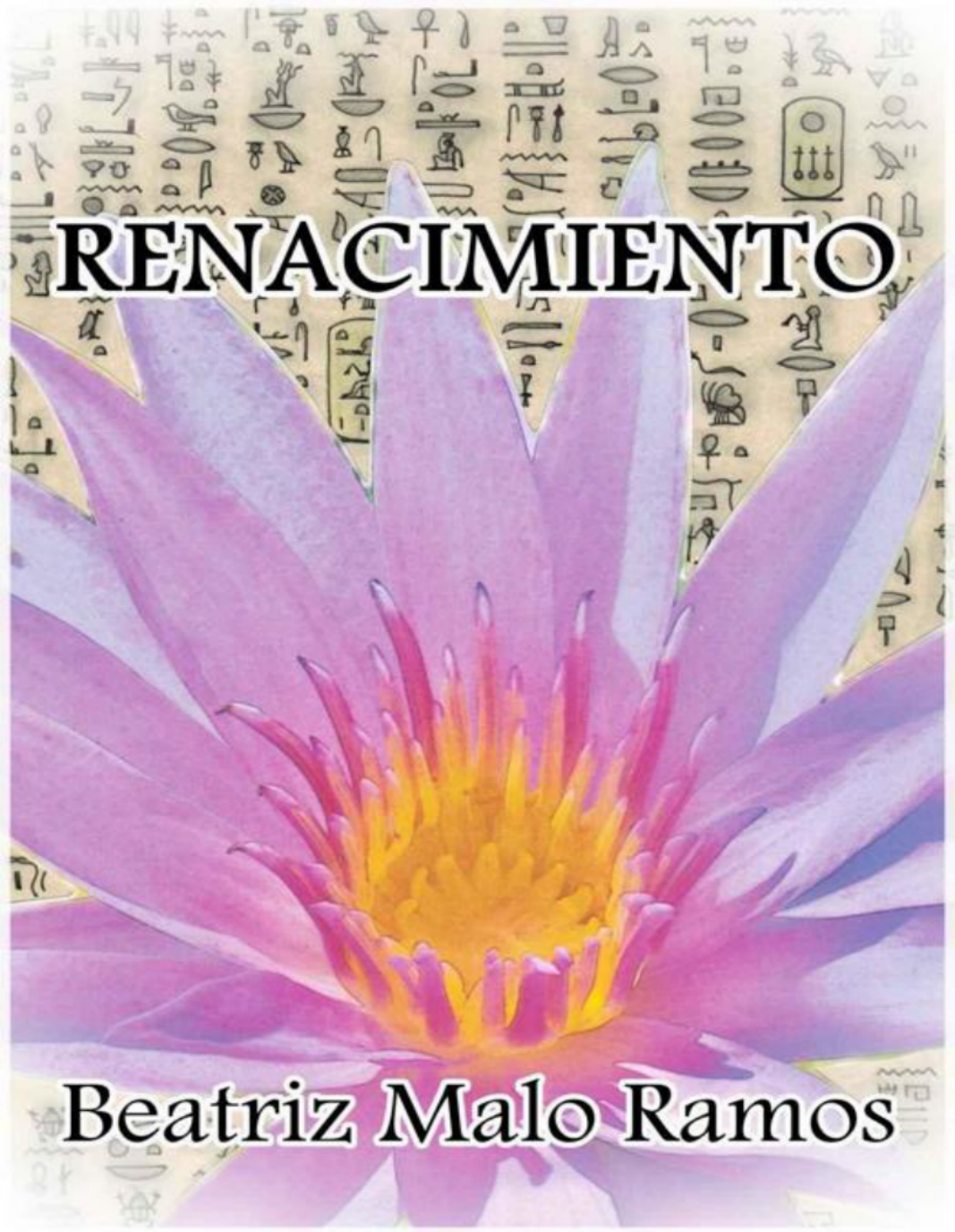
RENACIMIENTO
Beatriz Malo Ramos

Renacimiento – 2014 Beatriz Malo Ramos.
Diseño de portada: Beatriz Malo Ramos.

Todos los derechos reservados.

Número de registro: SA – 161 – 14

INDICE

Prólogo
Uno
1
Dos
2
Tres
3
Cuatro
4
Cinco
5
Seis
6
Siete
7
Ocho
8
Nueve
9
Diez
10
Once
11
Doce
12
Trece
13
Catorce
14

Prólogo

- Háblame de ella.

Badia iba vestida como podría vestir cualquier diosa o miembro de la realeza, adornada con joyas y una peluca que había pertenecido precisamente a una reina egipcia. Así, a Senenmut también se le vistió con todo lo que una vez fue suyo. Ahora estaban sentados frente a frente sobre unos bancos de piedra cubiertos con cojines de lino. El tiempo pareció detenerse en el instante en que Badia comenzó a hablar. Contemplaba enamorada sus propios logros, materializados en el hombre que la miraba y del que ella era responsable de haberle devuelto a la vida. Era la culminación de su carrera, y de los sueños que la habían acompañado durante toda su vida. Ese momento por el que tanto había luchado y tantas noches la había mantenido en vela imaginando cómo sería. Ahora hacía al fin la petición a la única persona que podría responderle y a la que siempre había reservado aquellas palabras. Él, que había compartido con aquella mujer extraordinaria mucho más que las instancias más altas del poder. Ahora al fin escucharía la historia de sus propios labios y la visión del mundo a través de sus ojos.

- Desde que su padre me llevó a su presencia supe que cumpliría con mis obligaciones, no sólo por el honor y el prestigio con el que me obsequiaba el rey en recompensa por el valor que había demostrado en las guerras de Nubia luchando a su lado, o las recomendaciones de sus oficiales; sino por ella. Todavía la recuerdo mirándome con aquella sonrisa y esa curiosidad por saber quién era yo. De inmediato se volvió hacia su padre con el descaro que después reconocería en muchos miembros de la familia real, incluso en mí mismo, pero que en ese momento me hizo admitir todo lo que había escuchado de la princesa. Me valoró en voz alta como si yo no estuviera presente, confirmando la buena elección de su nuevo mayordomo, pero cuando su padre le habló de mis orígenes la expresión de su rostro se endureció. Ella misma, ya entonces, se consideraba muy diferente al resto del mundo, sabiéndose la hija del dios.

“Ahora sé que es absurdo pensar que una muchachita de quince

años pudiera hacer temblar a un hombre que había luchado junto a los Valientes del Rey y que le doblaba en edad. Por un instante incluso la temí, a pesar de que parecía haber olvidado hasta mi presencia. Incluso me sentí culpable simplemente al pensar que estaría a su lado en contra de su voluntad, aunque ella también se tuviera que someter a las decisiones sagradas de su padre. Tiempo después me confesaría que tan sólo era uno de sus muchos juegos de persuasión.

"La quise tanto, y ella también me demostró que más allá de las circunstancias que la habían empujado a estar a mi lado, me apreciaba de una manera especial. En vez de mí podría haber elegido al otro hombre que también la había sostenido y que incluso la merecía más que yo, o al menos esa relación hubiera resultado más natural que la nuestra. Al menos Hapuseneb y ella procedían de la misma familia. Habían crecido juntos en palacio, en el templo, y cuando yo entré en su vida, ellos ya planeaban dirigir las Dos Tierras. Él también llegó a convertirse en mi amigo, pero jamás hablamos de nuestros sentimientos respecto a la que por entonces era el motivo de todas las luchas de poder entre las dos líneas de la familia del rey; aunque era un secreto difícil de escondernos. No sé si alguna vez, antes o después de que yo entrara en la corte, hubo algún contacto cercano entre ellos. Ése fue el único asunto del que jamás llegamos a pronunciar una palabra, pero que solventamos desde un principio de una manera diplomática. Él me la cedió en el momento que tomó una esposa, y yo también supe agradecérselo. Después, ya sólo quedaba mi confianza que jamás perdió, aunque algunas veces fueron situaciones, actitudes, que me hicieron sospechar, pero que quizá estuvieron influidas por algunos celos de mi parte.

"Supongo que su curiosidad hacia mí fue primero por ser diferente a los demás. Una vez el rey, su padre, me llamó a su presencia cuando ya estaba muy enfermo y todos sabíamos que sería su hija favorita la que dirigiría el mundo tras los títulos de su hermano, pues ya lo llevaba haciendo varios años antes de que yo la conociera y era bien sabido el gran apoyo con el que contaba en la casa real y en la ciudad entera, pues hasta el dios había dado augurios y oráculos en su favor. En las últimas semanas había sido testigo de los múltiples ritos del templo para devolverle la salud, de las ricas ofrendas que se hacían en su honor, de las plegarias de los sacerdotes, pero los médicos habían sido claros. Nadie más que ellos, sus sirvientes y su hija habían pisado sus aposentos. El rey no había permitido a nadie acercarse a él y lo comprobé al observar a cada uno de los que esperaban al otro lado de las puertas en mitad de una tensión contenida.

"No te preocupes" me dijo ella, "he estado con él esta tarde. Sé que no te dirá nada malo". No dijo más antes de que los guardias me

hicieran un gesto brusco para que entrara, pero antes me volví y vi que había vuelto del lado de su madre, aunque aún me seguía mirando. Siempre había sospechado que él se había dado cuenta de la preferencia que mostraba hacia mí, pero si alguna vez tuve alguna duda, en ese momento me lo dejó claro. Comprendí además que ella ya conocía cada palabra que su padre me iba decir.

* * *

A través del cristal todo se veía impecable. Habían recreado en una pequeña sala cerrada las condiciones exactas de uno de los muchos patios del palacio real de Tebas de hacía más de tres mil quinientos años. Arianne realmente se sintió transportada a ese momento que tanto se habían esforzado por representar. El techo reflejaba la imagen de un cielo azul en el que brillaba el sol, iluminando las columnatas que rodeaban la sala imitando lo que había sido. Se habían levantado con la misma piedra que una vez formó parte de ese complejo, lo habían decorado tal cual fue y habían cultivado los árboles y las plantas de la misma manera que ellos lo habían hecho.

Cada miembro del equipo había guardado silencio, listos cada uno en su puesto, en ese segundo de incertidumbre previo al inicio de su proyecto; pero al instante se desató una intensa actividad que había sido minuciosamente planificada. Esta vez no había lugar a la equivocación y comprobarían si tanta dedicación de tiempo, dinero, esfuerzo, había merecido la pena. Tan sólo Arianne se mantuvo a unos centímetros de la ventana blindada, ajena a todo lo que se sucedía a sus espaldas.

Después de tantos años ya no necesitaba comprobar en la pantalla de un ordenador que todo se había iniciado como se había previsto, pero aún así estaba nerviosa. Se apretó con fuerza el auricular en el oído e inconscientemente pronunció en silencio las mismas palabras que Badia estaba diciendo en voz alta. Lo había ensayado tantas veces delante de ella que incluso podría haber ocupado su lugar. Sonrió levemente, orgullosa además por haber ofrecido a la investigación la parte más importante.

- Arianne – la llamó su jefe –, ¡Arianne!

Le incitó con una mirada apremiante para que de inmediato comenzara a supervisar todo lo que se sucedía en el laboratorio, atenta a cualquier imprevisto. Ahora esa era su única tarea en el tiempo que durara la entrevista. Le hubiera gustado permanecer allí en pie, pero debía tener controlada cada cosa que se sucediera en aquella habitación, y que el señor Donovan le había recordado. Se dio la vuelta y caminó despacio tras la mesa alargada orientada hacia el

cristal, hasta detenerse detrás uno de los operarios que controlaba todos los signos vitales de Senenmut desde un monitor.

Arianne seguía escuchando a su hermana, y aunque estaba atenta a lo que decía, pronto se convirtió en una mera melodía de fondo. Jamás había estudiado el egipcio antiguo como lo había hecho Badia y lo que sabía lo había aprendido de ella. Podía entenderlo, responder a cosas simples que ella le decía, pero no a tan alto nivel. Su ocupación había sido siempre la anatomía y la genética, y lo único que había hecho era emplearla de aquella manera, en recuperar a ese hombre.

- La temperatura del cerebro no debe superar los treinta y seis grados.

El operario asintió sin apartar la mirada. Arianne se inclinó un poco más sobre su hombro leyendo cada dato que aparecía.

- Que el cardiograma se mantenga constante – le indicaba siguiendo con el dedo la línea verde quebrada que marcaba –. Recuerda que si por cualquier motivo cambiara a color amarillo deberás bajar la temperatura de la sala, y si llegara al rojo… De todas formas, si eso ocurriera yo me ocuparía de ello.

Él volvió a asentir y Arianne se incorporó. Cruzada de brazos siguió observando todos los gráficos que se iban sucediendo. Tras su euforia inicial, ahora le empezaban a surgir las dudas y el pesimismo. El color rojo significaría abortar el proceso, sin tener la certeza de poder empezar de nuevo. Suspiró, pues ya había precedentes en aquel tipo de experimento, y no había nada que pudiera asegurar su éxito más allá de su confianza y la excesiva preparación con la que se había realizado. Para ella era la tercera vez. Ya había participado en proyectos de las mismas características, aunque con otros equipos y con mucho menos presupuesto y preparación. Las dos veces que se había intentado devolver la memoria y la vida, la primera a un sacerdote egipcio de época griega, y la segunda a una mujer de la nobleza de las primeras dinastías, jamás se pudo superar los cinco minutos de consciencia. Recordó cómo esas dos veces ella fue testigo de un aumento repentino de la temperatura corporal y antes de poder hacer nada su cerebro se había dañado completamente.

Tras volver la mirada un instante al otro lado del cristal, se volvió hacia Andrew Donovan, su jefe y quien había financiado por completo la investigación. Estaba sentado en la parte trasera del laboratorio, tras la mesa de metal que hasta la tarde anterior había sido el reposo del cuerpo de Senenmut, observando desde allí lo que para él había sido el proyecto más arriesgado que había financiado. La encimera que rodeaba tres de las cuatro paredes le servía de respaldo, y como ella, le notó tenso. Le hizo un gesto para que se acercara. Arianne bordeó el laboratorio y acercó un taburete a su lado.

- Señor Donovan – le habló por educación antes de sentarse.

- Arianne – contestó él sin apartar la mirada del frente, pero denotando una advertencia a la que ya estaba acostumbrada –, como os dije esta mañana antes de comenzar con esto, y creo que como os he recordado a todos desde el primer día que nos reunimos, espero muchos beneficios de este proyecto.

Arianne le miró de reojo sin decir nada. Siempre les había dejado claro lo que prendía al haberse hecho responsable de todo ello. Desde el principio había puesto mucho énfasis en los avances científicos que se darían si algo así salía bien, pero también era evidente que deseaba que su nombre fuera unido, y que su prestigio y su fortuna crecieran aún más. Él controlaba el Gran Museo de Inglaterra para el que trabajaban y el que había promocionado a su hermana, a ella y a los otros dos miembros de su equipo hasta el puesto en el que ahora se encontraban. Desde que le conoció siempre le recordaba como un hombre mayor, autoritario, pero sumamente inteligente, a lo que se añadía esa arrogancia que le brindaba el poder.

- Señor Donovan – le contestó, conteniendo su irritación e intentando ser positiva –, sabe que lo más arriesgado era poner en funcionamiento el cuerpo. Ahora que hemos superado esa fase, no hay motivos para pensar que algo pueda fallar.

- Como a veces le decías a tu hermana, una persona es impredecible – y esta vez la miró a los ojos –. Espero que todo suceda como dices, porque mi museo no se ha dedicado a vosotros para que después de todo sea un proyecto fallido como los que se han venido realizando durante los últimos años en otras instituciones mediocres. Tú misma debes saberlo, y mejor que nadie.

- Le aseguro…

- Mi prestigio se mantendrá intacto – le cortó –, y no me gustaría que para ello tenga que tomar medidas drásticas, ni olvidar lo mucho que habéis sacrificado por este proyecto.

- No, señor Donovan – contestó simplemente –, por supuesto que no.

Ambos callaron, sumiéndose en la voz grave, poderosa, que ahora escuchaba por el auricular, mezclado de fondo con el sonido de las teclas de los ordenadores, alguna que otra silla arrastrada por el suelo y los murmullos de los operadores. Únicamente aquel aroma a productos químicos y tecnología, conseguía contenerle sus nervios.

Arianne miró un momento al señor Donovan al escuchar la vibración de su móvil. Al descolgar intentó escuchar la conversación, pero únicamente pudo oír las respuestas de su jefe en escuetas afirmaciones. Por sus gestos incómodos, temió que pudiera haber ocurrido algún inconveniente más allá de aquel laboratorio.

- Te dejo al mando – le advirtió mientras se ponía en pie –. Tengo que salir. Vuelvo en seguida.

Esperó sentada sin moverse, observando cómo se quitaba la bata y la colgaba en el perchero que había detrás de la puerta. En cuanto se marchó, vio que Jake se había girado de manera inconsciente al escuchar la puerta. Al ver su sorpresa, ella se encogió de hombros. Él estaba en el ordenador de la esquina derecha, y sintiéndose ya sin aquella tensión por la simple presencia del señor Donovan, se levantó para ocupar de otra manera el tiempo. Sacó un taburete que había debajo de la mesa y se sentó a su lado. Mientras él comprobaba que no había errores en la traducción de todo lo que se decía tras la pantalla del cristal, ella se apoyó en la mesa, mirando de cerca otra vez a través del vidrio. Y como le había ocurrido al principio, no podía entender el significado completo de las palabras que aquel hombre pronunciaba, pero sí lo suficiente para reconocer muchos de los episodios que su hermana le había contado sobre él.

- ¿No te parece increíble que hayamos devuelto a la vida a una persona a partir de unos simples huesos? – le habló en voz baja.
- Sí – levantó la vista, para mirar también por encima de la pantalla del ordenador.
- Cuándo empezamos tan sólo teníamos una momia, y ahora…

Se miraron un momento, contentos de poder estar presentes en un momento así, y sobre todo que hubieran formado parte de ello de una manera tan directa. Habían sido muchos los fallos, los errores, ella había tenido que ensayar muchas veces, probar sus métodos en infinidad de momias de animales. Arianne además utilizó su experiencia de las dos veces en que había colaborado en la reconstrucción de un cuerpo humano. Cuando todo estuvo listo, después vino la manera de introducirle unos recuerdos que no tenía, en ese vacío entre su muerte y el desconcierto por estar de nuevo consciente. Una manera no traumática que le permitiera continuar de una forma lógica el curso de la vida adaptada a sus creencias, y que a la vez sirviera a sus propósitos. De eso se ocupó Badia, y no le fue difícil llegar a la conclusión de que lo que había que hacer era situarle en un plano diferente, en ese Reino de Occidente en el que los egipcios veían una imagen idílica de Egipto.

Mientras ella estaba enfrascada en sus experimentos, Jake y su hermana se pasaron años recopilando información en el arte y en los registros, estudiando cada detalle para tener una base sobre la que amoldar lo que él ahora estaba contando. Sonrió levemente, viendo ahora a su hermana en el papel de la diosa Maat, pesando el corazón del hombre que tanto había soñado conocer. Arianne había estudiado el orden de sucesión de los recuerdos, y al final de la cadena de conexiones en aquella parte del cerebro que había creado a partir de sus moléculas y tejidos que aún sobrevivían, había puesto en su memoria imágenes para que formaran una continuación. Acababan de

ver el resultado, que había sido todo un éxito.

- Toda esta semana mi hermana no ha hecho otra cosa que practicar una y otra vez lo que tenía que decir – sonrió.

- Ya, te recuerdo que nosotros también hemos estado en los ensayos.

- ¡Pero a vosotros no os levantaba en mitad de la noche y os obligaba a escucharla una y otra vez!

Rieron en silencio, antes de volver la mirada al otro lado del cristal. Jake se echó hacia atrás en su silla y miró por un momento el escenario que él había diseñado y Glenn lo había hecho real. Tras ese día aquellas piezas deberían volver a su lugar dentro del complejo del palacio real de Tebas, deberían limpiar las pinturas que habían recreado y devolver la piedra a su estado original en el que se plasmara el paso del tiempo. Al mirar el pórtico columnado, las figuras de reyes y dioses en colores vivos, la vegetación y los animales dibujados en los muros, los jeroglíficos que cubrían el resto del espacio, lamentó que todo ese trabajo se perdiera.

- Sabía que lo haría bien, pero todo ha salido mejor de lo que imaginaba. Ha sido increíble cuando ha abierto los ojos, cómo ha mirado a Badia. ¿Y ella? ¿Cuándo le tendió la mano y él se le agarró para llevarle a las sillas? – le decía emocionada, pareciéndole imposible lo que acababa de ver hacía unos minutos –. Realmente cree que ella es Maat, cree todo lo que le ha dicho.

Apoyada con los codos en la mesa, hizo un gesto con las manos, como si no fuera suficiente con sus palabras. Para transportar su cuerpo hasta allí le habían introducido en un sarcófago que ahora permanecía abierto bajo uno de los laterales del pórtico. Tras dejarlo allí y cerrar de manera hermética la sala, ya lista para comenzar con el experimento, únicamente Badia permaneció con él. A una señal a través del auricular que le habían introducido en uno de sus oídos, levantó la cubierta. Badia se arrodilló ante él y lo contempló un momento agarrada en el borde antes de coger una aguja que habían dejado en una caja a los pies. Aquello contenía el líquido que pondría a funcionar su corazón, pero debía ser introducido a una cierta velocidad. De otra manera su sistema colapsaría. Arianne le guió para ello desde el otro lado, vio cómo seguía exactamente lo que le decía y que ya le había enseñado a hacer. En cuanto calló, lo desconectaron para evitar interferencias. A partir de ese momento estaba sola, con él, quedaba en sus manos, y todo dependería de ella.

- Hiciste un buen trabajo con él – le reconoció Jake.

- Sí, las conexiones han funcionado, y espero que se mantengan así el tiempo suficiente.

Badia había dejado la jeringuilla vacía en su sitio, y desde el laboratorio todos esperaron esos segundos, expectantes. Al instante los

cardiogramas, las señales cerebrales, todo comenzó a mostrar signos vitales que les llegaban gracias al chip que habían introducido como extensión de las neuronas, y al ver a Badia tenderle la mano supieron que había abierto los ojos, que vivía. Al ponerse en pie y salir a la luz del sol y el cielo que también era producto de imágenes artificiales, ella le habló sobre lo que tan bien conocía. Arianne vio que su hermana había olvidado por completo que aquello se trataba tan sólo de una investigación. Imaginó que para ella, en aquel momento no debía existir nada más que las imágenes que aquel hombre le evocaba con sus palabras. Veía ese brillo en sus ojos que jamás había desaparecido en ella cada vez que hacía mención a cualquier cosa relacionada con Egipto.

Pero aún así, al mirarles de nuevo, se revolvió en el taburete, volviendo a ella todo aquello que le había inquietado a lo largo del proyecto y que muchas veces habían hablado. Sin embargo, ahora que estaban embaucados de lleno, más que nunca se preguntó por lo que él, Senenmut, pudiera estar sintiendo en ese momento, si podía sentir como lo hubiera hecho en un pasado. Le miró, y se preguntó, como tantas veces, si él, alguna vez en su vida pudo llegar a imaginarse así. Sabía que no, y eso en cierto modo le hacía sentirse extraña.

- Si todo sale bien – continuó, ahora más seria –, ¿te das cuenta de lo que esto puede significar?
- Sí – respondió de inmediato.
- ¿Y para él? ¿Y los que vengan después? – le preguntó, señalando con el dedo al otro lado del cristal. No era la primera vez que pensaba en ello, y muchas veces lo habían hablado –. Él, en el caso de poder decidir quizá no deseara que le hayamos hecho esto.
- Los egipcios, tras la muerte, creían que su cuerpo se levantaría, después de que todas las partes de las que se componía su ser volvieran a él. Sólo entonces podrían viajar por el mundo inferior hasta alcanzar los campos de Osiris. Es lo que vemos continuamente en las tumbas, todos los conjuros y las plegarias iban dedicados a eso. Era lo que esperaban – calló un momento y se encogió de hombros –. En cierto modo eso es lo que hemos hecho.
- No sé – dudaba, abstraída en su hermana que parecía tan feliz –. Pero él ya tuvo su tiempo, su vida… no sé… a veces me siento mal.

Jake, que también muchas veces había discutido con ella sobre la moralidad y la ética de aquel proyecto, no hizo más que mirarla de reojo y sonreír levemente. Arianne suspiró, y se puso en pie mientras devolvía el taburete debajo de la mesa.

- Bueno, voy a ver qué tal va todo.

Jake asintió, mientras volvía a concentrarse en la pantalla del ordenador y ella a comprobar que todos los gráficos estaban bien.

Al rato, al volver a mirar hacia su hermana y Senenmut, no le fue difícil retomar el hilo de la historia, pues muchas veces Badia se la había contado a partir de las investigaciones en los distintos lugares de Egipto, le había leído multitud de inscripciones, incluso se había aventurado a imaginar muchos aspectos que se podían entrever más allá de las palabras que aquella gente había dejado escrita. Sin embargo, se le encogió el corazón precisamente al escuchar de los labios de aquel hombre una última frase que había pronunciado, envuelta en unas circunstancias demasiado personales como para que fuera una mera coincidencia de que Badia hubiera adivinado exactamente lo que pudo sucederse en esa intimidad. Temió que quizá no hubiera entendido bien, pero al volver a mirar la traducción en el ordenador de Jake supo que no se había equivocado. A pesar de todo, siguió escuchando un poco más, queriendo desechar las ideas que le estaban surgiendo.

Sin embargo, su inquietud pudo con ella. Se levantó sigilosa y se fue a otro de los ordenadores a comprobar por enésima vez si alguna variable estaba empezando a dar problemas. Todo en él era normal. Miró el reloj de la pared y contuvo la respiración. Apenas llevaban una hora. No quería tener razón, pero con esa duda se decidió a esperar y escuchar aún más atenta todo lo que se sucedía tras ese cristal, ser objetiva. No quería dar algo por hecho sin una base fiable, menos ahora cuando habían llegado más lejos que nunca.

Siguió escuchando, leyendo de vez en cuando las traducciones, buscando una explicación a las sospechas que le estaban surgiendo esta vez. A pesar de que el cuerpo de Senenmut seguía en perfectas condiciones, temía que no hubieran conseguido recuperar su memoria por completo y que sus recuerdos no fueran únicamente los suyos. Cuando Badia donó unas cuantas células para comenzar con la recuperación de un cerebro de miles de años, jamás pensó que hubiera quedado algún resto de información que pudiera alterar el resultado. Aún no podía saberlo con certeza o si de repente se había obsesionado con esa idea, como si el que todo saliera bien no fuera ni siquiera una posibilidad.

Conforme pasaban los minutos no dejaba de repetirse una y otra vez que antes había que terminar y estudiar los resultados. El sonido de la puerta y una llamada por su nombre le volvió a distraer de sus pensamientos. Se levantó de inmediato al escuchar la voz del señor Donovan y se acercó a él.

- Ve abajo y mira qué tal va Glenn. Y dile que suba en cuanto pueda, tengo que deciros unas cosas.

Arianne le miró de reojo un momento antes de salir, intentando adivinar si había logrado solucionar sus problemas. Comprobó que su rostro aún demostraba cierta tensión, pero sobre todo un gran alivio.

- ¿Todo bien, señor Donovan? – le dijo con precaución.
- Sí Arianne, sí – asintió brusco –. Todo bien.

Calló un momento y suspiró.

- Venga – le incitó en voz baja y tranquila –, ve abajo.

Ella sonrió levemente y salió rápido sin importarle que tuviera que ser ella. Mientras caminaba por el pasillo entre las estanterías podría haber resultado como cualquier otro día, tranquilo, en silencio, con alguna que otra persona trabajando con alguna pieza en las mesas, pero en cuanto salió al descansillo para descender otra planta, pudo escuchar arriba en las escaleras los ecos de la actividad de un día normal en el hall de la entrada del instituto. Pero al instante, se concentró en los escalones y tras recorrer otro pasillo muy similar al que le llevaba cada día a su laboratorio, tocó la puerta de la sala donde estaba trabajando su otro compañero.

No esperó a que le respondieran para entrar. En cuanto abrió la puerta, Glenn ya se había dado la vuelta para ver quien era. Con él estaban sus ayudantes controlando todos los aparatos y atentos por si ocurría alguna emergencia que tuvieran que solucionar de inmediato con los sistemas de irrigación.

- ¿Ocurre algo? – le preguntó sorprendido al verla allí.
- El señor Donovan me ha mandado bajar – miró un momento entorno a la sala y se acercó a él –. Quiere saber si necesitáis algo y si todo va bien.

Arianne se cruzó de brazos y volvió a mirar en torno a ella para acabar con la mirada puesta en el techo, en la placa de plástico duro que dejaba suponer todo lo que se levantaba sobre ellos. A través de la plancha de plástico se veía la arena y ciertas raíces de las plantas acompañadas por los tubos de riego. Estaban justo debajo de la salita donde se situaba en ese momento su hermana realizando la entrevista, pero lo que allí hacían era velar por mantener en perfectas condiciones la sala superior.

- Pues ya ves que todo está perfecto – se encogió de hombros.

Se dio la vuelta en la silla hacia el ordenador y le fue mostrando con un clic cada ventana con todo lo que ese día él debía ocuparse.

- Humedad, bien. Temperatura, bien. Goteo cada cinco minutos. Cada planta y cada árbol ocupando su lugar. Luz al setenta por ciento. Brillo del sol de la tarde.

Se reclinó sobre el respaldo y levantó la mirada hacia ella sin mucho más que decirle.

- Todo está en su sitio.
- Bien – dijo simplemente.
- ¿Y arriba – le dijo con curiosidad –, qué tal se ve todo?
- Está todo perfecto – sonrió –. Muy bonito.
- Porque yo puedo verlo por esta pantallita – le dijo

mostrándole un pequeño cuadro a la derecha –, pero no es lo mismo. Ayer le di un último repaso a toda la vegetación y comprobé por última vez que les iba a dejar un escenario excelente. Llevo toda esta semana poniéndolo en marcha y ayer pasé como una media hora allí dentro. Te aseguro que tu egipcio se sentirá como en casa.

- Sí, y a Badia tendrías que verla. Siento decirte que hoy ella no va a prestar atención a otra cosa que no sea su hombre.

- Ya – rió –, aunque pusiera una temperatura de cuarenta y cinco grados ella seguiría allí como si nada.

- No lo dudes.

- Pero lo que ha disfrutado estas últimas semanas viendo cómo estaba quedando todo…

- Bueno – le dijo al final con unas cuantas palmaditas en el hombro –, me voy. Y también me ha dicho el señor Donovan que subas de inmediato. No sé qué querrá decirnos. Le han llamado, ha tenido que salir y acaba de volver ahora. No sé…

- Vale – contestó sorprendido, –, déjame un momento que deje aquí todo en orden y ahora voy.

- Nos vemos ahora – le despidió.

Arianne volvió rápido al laboratorio, y un par de minutos después Glenn también subió allí.

- Bueno, señores – comenzó el señor Donovan, llamando la atención a toda la sala –, ahora que ya estamos todos. O casi todos – rectificó mirando un instante al otro lado del cristal –. Jake, ¿cuánto tiempo queda para terminar?

- Calculo que en cuarenta y cinco minutos Badia habrá terminado – consideró al ver que ya le estaba conduciendo al final de su historia –, pero todo dependerá de lo que ella quiera alargarlo con alguna pregunta más o indagar en algún aspecto.

- ¿Arianne?

- Creo lo mismo, señor. El gráfico de todos los recuerdos que contiene su cerebro se acerca al cincuenta por ciento, y su físico empieza ya a dar muestras de cansancio. A lo sumo podía alargarse una media hora más de lo que Jake ha dicho.

El señor Donovan se había colocado ante la mesa de metal del final de la sala y todos se habían vuelto para atenderle. Arianne, Jake y Glenn estaban en pie cerca de él. Ya habían hablado en los días anteriores lo que harían en cuanto todo aquello terminara, pero siempre surgían contratiempos que había que solucionar sobre la marcha. Sabían por experiencia que nunca nada salía tal cual lo habían pensado, y precisamente por eso, solían esperar hasta el momento crítico para aclarar de lo que se encargaría cada uno.

- Bien – suspiró.

En un momento de silencio, abarcó la situación en su conjunto

para de inmediato ordenar con determinación de lo que se ocuparían.

- En cuanto Badia se levante de ese asiento y haya devuelto a ese hombre al lugar que le corresponde – habló señalándola con el dedo –, quiero que tú, Arianne, vayas con ella para cambiarse. Glenn, ya sabes que en cuanto Badia salga tienes que dejar todo en orden para que cuando vengamos mañana podamos empezar a desmontar ese escenario. Y Jake, tú devolverás el cuerpo a esta mesa, te encargarás de colocarle de nuevo en su nevera y vigilarle hasta que nos vayamos de aquí.

Hizo una pausa y les miró a los tres un momento antes de continuar.

- El señor Marzuq está arriba, he estado hablando con él, y acaban de concedernos permiso para llevarnos con nosotros el cuerpo de Senenmut.

No pudo evitar una leve sonrisa al verles contener un gesto de alegría.

- Por tanto Jake – continuó, volviendo a su típico tono autoritario –, no quiero que le suceda nada, tu tarea y tu responsabilidad será que llegue intacto a Inglaterra.

Les advirtió a los tres con una mirada y de inmediato continuó.

- Cuando Badia esté lista, subiremos al vestíbulo. El señor Marzuq me ha pedido explícitamente que quiere ser el primero en hablar con nosotros.

El señor Donovan se detuvo un momento, cavilando si aún le quedaba algo más que decir. Todos se quedaron mirándole expectantes por si había alguna otra noticia inesperada. Al ver que no había nada más les hizo un gesto con las manos.

- Sigan trabajando.

Después de las palabras del señor Donovan cada uno volvió a sus tareas. Glenn regresó al piso de abajo, Jake a seguir comprobando las traducciones y sus ayudantes a vigilar que todo funcionara correctamente. Ella aún dudó un momento de pie, mirando de reojo a su jefe que observaba a toda la sala.

- ¿No tienes nada que hacer, Arianne? – le preguntó indiferente sin ni siquiera mirarla.

- Me gustaría comentarle algo – se atrevió a decir.

- Pues dime.

La miró esperando a que hablara, pero en cuanto comenzó, cambió totalmente su actitud desinteresada.

- No quiero que eso salga de aquí – le advirtió determinante, acercándose a ella de manera confidencial –, y menos que se lo digas a tu hermana. Déjame que yo me encargue. Hablaré contigo esta tarde y ya veremos lo que hacemos.

- ¿Qué ocurrirá si ha salido mal?

Pero al instante se arrepintió de haber pronunciado esa pregunta. Él la miró inflexible. Recordó sus amenazas de esa mañana al inicio del experimento, e irremediablemente vio en los próximos días los últimos trabajando para él.

- Pase lo que pase nada va a salir mal – declaró –. Tanto si hemos conseguido la información que deseábamos con ese hombre o no, el proyecto habrá sido un éxito.
- ¿Quiere decir…? – comprendió.
- Quiero decir – le cortó –, que lo importante ha sido llegar hasta aquí. Él – le indicó señalando en dirección a la pantalla de cristal, pero sin dejar de mirarla –. Para mí que tenga o no fundamento histórico lo que está diciendo es lo que menos me preocupa, aunque sería conveniente. Si hemos logrado traer a un hombre a partir de unos restos de su momia, eso será lo que quiera ver el mundo, y lo que nosotros contemos será lo que crean.
- Pero señor Donovan… – le replicó atónita, por el simple hecho de pensar en mentir sobre algo tan delicado –, ¿cómo vamos a dar algo por cierto que podría no haber ocurrido o que no es seguro? Bien, cuando hagamos los informes, las publicaciones, nos centraremos en el aspecto científico del proyecto, pero al final una de las preguntas será qué historia ha contado él.
- ¿Y qué es seguro, Arianne? – se encogió de hombros, pero denotando toda su determinación –. Tu hermana, Badia Winfrey, lleva trabajando conmigo mucho antes de que tú comenzaras a investigar en este proyecto, y debo decirte que si es su versión la que se ha dicho hoy, entonces estoy tranquilo. Podría fiarme más de ella y de todos sus estudios que de las palabras de ese hombre aun teniendo la seguridad que no ha interferido ningún factor externo en él.

Arianne acabó asintiendo, dándole la razón a los argumentos que parecían tan lógicos. No sabía cómo lo hacía, él siempre acababa imponiéndose sobre cualquier voluntad que se le opusiera.

- No nos aventuremos a sacar conclusiones – le dijo en un tono más tranquilo –. Ahora eso que te he dicho será lo importante. Nos centraremos en todo el trabajo que se ha hecho hasta llegar aquí, todo su desarrollo, ¿de acuerdo? Lo comprobaremos todo, tendremos tiempo para estudiar los resultados, pero lo primero que tienes que hacer ahora es tranquilizarte.

Arianne asintió, porque en eso él tenía razón.

- No hables a nadie sobre esto – le repitió –, no quiero que aquí en Egipto pongan en duda absolutamente nada. No quiero que mi museo ni mi nombre se desprestigien justo en este país. Y menos cuando tu hermana va a quedarse aquí.
- ¿Podríamos volver a intentarlo de nuevo? – le preguntó anticipándose a algo que daba ya por cierto –. ¿Se podría volver a

repetir el experimento después de que, de ser así, haya limpiado cualquier resto contaminado… si es que se puede?

- Conoces la situación – le recordó –. Quizá algún día… según las circunstancias, y sólo si Badia quiere.

Arianne la miró de reojo al otro lado del cristal. Asintió y decidió que había sido suficiente.

- No nos precipitemos – le repitió el señor Donovan en voz baja.

Arianne volvió a asentir.

- Muy bien – contestó –, muchas gracias.

El señor Donovan se sentó en uno de los taburetes del final de la sala y Arianne se acercó al cristal a esperar que terminara el experimento, pensando ahora en todo lo que tendrían que hacer a partir de entonces y si al final podrían decir que había sido un éxito.

Cuando intuyó que estaban a punto de terminar se sentó en una silla al lado de Jack. Él continuó ante el ordenador con sus traducciones, pero unos segundos antes de que Badia cerrara la conversación, él se adelantó hablándole en voz baja.

- Ya termina – le dijo con una mirada apremiante.

Ella asintió y fue rápido a reemplazar a su ayudante en el ordenador que vigilaba todos los signos vitales. Nada más sentarse y comprobar de un vistazo que todo continuaba bien, levantó la mirada por encima de la pantalla. Respiró hondo al ver a su hermana quedarse en silencio. Estaba a la vez nerviosa, inquieta, preocupada, sobre todo por no saber a qué atenerse, ni qué podría sucederse en los próximos segundos. Sabía perfectamente que tanto al comienzo como ahora al final, eran los momentos más delicados.

Arianne vio cómo su hermana se levantó cuando fue consciente de que había terminado. Vio su pesar al mirarle por última vez, pero sabiendo perfectamente lo que tenía que hacer en ese momento. Badia le prohibió que se girara para mirar a donde iba, y ella aprovechó ese momento para recoger del interior del sarcófago la otra jeringuilla que permanecía llena. Se acercó de nuevo a él, y le miró un instante a sus espaldas antes de inyectarle el líquido que le haría de nuevo un ser inerte, justo sobre el corazón para que se detuviera de nuevo, siguiendo los pasos que le había marcado ella. Senenmut ni siquiera se percató de lo que Badia le hizo, y con suavidad lo posó boca arriba sobre el banco donde había estado sentado. Badia ya no le volvió a mirar a la cara, esforzándose por controlar todas las emociones que la embargaban. Lo único que había visto y que pudo sentir era el mundo que él había compartido con ella. Únicamente esas imágenes habían cubierto su mente. Ahora volvía a ser consciente de todo lo demás.

Haciendo uso de toda su fuerza de voluntad, sabiendo que ese momento también tenía que pasar, se encaminó a la salida. Arianne

vio detenerse todos los gráficos en el ordenador y ahora se preparó de inmediato para recibirla. Al abrir la puerta, justo al lado de la pantalla de cristal, la primera cara que vio al salir fue la suya, sonriente, impaciente, pero aún así, para Badia el traspasar el umbral fue como si el mundo ajeno fuera ese al que regresaba.

- Felicidades – le susurró mientras le daba un abrazo.

Pero ella únicamente le correspondió con un suspiro. Era incapaz de decir nada. De inmediato Jake se acercó también a ella para darle su enhorabuena, pero Arianne, antes de que todos sus ayudantes hicieran lo mismo, la sacó del laboratorio para llevarla a los baños, donde le estaban esperando sus ropas sobre una mesa que habían colocado allí especialmente para ese día. Badia se sentó en la silla y de reojo se miró a sí misma en el espejo.

- Ha sido increíble – susurró, volviendo la mirada a su hermana.

Ésa era la única manera en la que pudo resumir su encuentro, y después de un rato acabó sonriendo al ver también la emoción de Arianne, mirándola expectante sentada entre los lavabos. La miró un par de veces y acabaron riendo sin saber por qué, intentando deshacer ese nudo que le oprimía en la garganta.

- Por Amón, Hathor, Isis, Osiris y todos los dioses egipcios – le habló sin poder contener la emoción, con una sonrisa infinita y casi sin poder reprimir las lágrimas –. Dios mío, Arianne, no te puedes imaginar lo que ha sido estar allí, escuchar su voz, ¡mirarle a los ojos! ¡A él!

- Ya – contestó, pues había podido ver en su cara toda esa ilusión al otro lado del cristal –, pero ahora será mejor que empieces a cambiarte. Nos están esperando arriba.

Bajó de un salto de la barra de los lavabos y Badia igualmente se levantó de la silla contemplando su ropa sobre la mesa y su bolsa de aseo.

- Parece que ha pasado una eternidad desde que vine aquí a cambiarme para empezar con esto – comentaba, mientras empezaba a quitarse todos sus atuendos egipcios con ayuda de su hermana, y todavía con una emoción contenida –. ¿Cuánto tiempo he estado?

- Casi cuatro horas.

- Cuatro horas… – suspiró mirándola en el reflejo del cristal –. Ay Arianne…

Se mordió el labio mientras respiraba hondo y la miró una vez más antes de empezar a vestirse rápido. Suponía que habría mucha gente que querría hablar con ellos. Mientras ella se arreglaba en los lavabos, Arianne se ocupó de dejar todas las ropas, las joyas, la peluca, todo lo que había utilizado, bien colocado para recogerlo al día siguiente. Casi lo había olvidado, pero mientras recogía lo que

Badia se iba quitando, le volvieron todas las dudas que tenía sobre el proyecto, casi sin poder reprimirse a pesar de lo que le había advertido el señor Donovan. A pesar de todo, creía que tenía derecho a saberlo.

- Badia – resolvió, dándose la vuelta.
- Ayúdame a quitarme el khol – le dijo sin prestarla atención ofreciéndole un par de toallitas y desmaquillante, sumida todavía en su ilusión –, es imposible. Ahora entiendo por qué lo utilizaban.
- Badia – le repitió en un tono grave.
- ¿Qué pasa?

De inmediato ella también se quedó seria, dejando caer la mano, completamente desconcertada por el cambio de actitud de su hermana.

- Mientras estabas ahí dentro – comenzó de manera prudente –, ¿notaste algo raro?, ¿algo que te hiciera sospechar?
- No entiendo – contestó brusca, nerviosa –. ¿A qué te refieres?

Arianne sin embargo, no supo cómo encaminar el tema sin evitar decepcionarla. Miró un momento a su alrededor, pues al instante se arrepintió de haberla hecho dudar. Pensó que debería haber hecho caso al señor Donovan y esperar al final del día, al menos hasta después de hablar con él y que le hubiera dicho qué hacer.

- Dime si ha ocurrido algo – le obligó autoritaria –, y si no me lo querías decir, mejor te hubieras callado. ¡Arianne!
- ¿No notaste demasiadas coincidencias?

Badia se encogió de hombros, sin saber a dónde quería llegar. Con una sola mirada le exigió que le hablara claro.

- Sospecho que haya habido una cierta contaminación de su memoria – le dijo con pesar –, de tu parte.
- ¿Qué estás diciendo? – le contestó a la defensiva, sin querer entender lo que le decía.
- Por favor, Badia – le contestó ahora ella con desdén –, ¿crees que te estaría diciendo esto si no tuviera una cierta seguridad?
- No quiero escuchar tonterías – concluyó, volviéndose de nuevo al espejo para terminar de arreglarse.
- Badia…

Ella se estaba dando cuenta de que podía ser cierto lo que le decía, sin embargo, aquello había significado demasiado como para echarlo por tierra tan pronto. No quería desengañarse aún, y era precisamente eso lo que le molestaba, pensar que después de todo no había sido él mismo; que esas horas no hubieran significado más que verse a ella misma en sus palabras.

- Por favor Badia… – le insistió al ver que se quedaba callada.

- ¿Qué? – le contestó simplemente.

Estaba disgustada y Arianne lo notó en seguida.

Badia se apoyó en la barra, dejándolo todo para comenzar a hacerse a la idea en la que no quería pensar sin haber demostrado nada aún. En el fondo, agradecía saber cada detalle, pues de lo contrario sí que se hubiera enfadado con ella.

- Badia – comenzó ahora mucho más determinante –, he estado escuchando. No soy una experta y no he estado atenta constantemente, pero hay cosas que tú me has metido en la cabeza durante todos estos años y de las que hemos hablado. ¿Cómo puedo explicar que haya oído de él en varias ocasiones las mismas palabras que tú alguna vez me has dicho? Había veces que parecía que eras tú la que hablabas.

En un instante se le pasó toda la entrevista por la cabeza. Cada una de sus palabras, su historia entera, y aunque se resistía a creérselo, comenzó a entender lo que su hermana le acababa decir, viendo ahora su propia imaginación en algunos momentos que él le había contado y que cuando había estado con él no había sabido ver.

- A ver, no quiero decir que todo lo que él ha dicho no sea realmente su propia memoria – le calmó –. Digo que sólo ciertas partes han podido estar contaminadas. Algunas – le matizó –. Puede haber ocurrido a pesar de todas las precauciones, que hayan quedado restos de tu información en las células que donaste para esto y que haya pasado desapercibido en las pruebas y los controles.

- ¡Pero él también me ha contado cosas que yo no sabía!

- ¡Por eso te digo! – insistió paciente –, que no sé hasta qué punto están afectados sus pensamientos por ti. Quizá sea una mínima parte, tan insignificante que podamos pasarla por alto, y también hay que ver en qué momentos ha influido. Ten en cuenta que también hay cosas que él no nos ha contado simplemente porque no ha habido tiempo. Habrá que hacer pruebas…

Arianne fue a continuar explicándole que no tenía por qué dar todo por perdido, pero ya no necesitaba escuchar más. Badia le detuvo levantando un dedo pidiendo silencio. Agitó la mano con la mirada baja pidiéndole un poco de tiempo. No podría haber escuchado una palabra más sin derrumbarse.

- Badia – le llamó al cabo de un rato –. ¿Volverías a intentarlo? Si te dijera que estoy dispuesta a probar de nuevo, a corregir todo lo que haya podido salir mal, ¿estarías dispuesta?

Desde que decidiera contárselo, había pensado en la oferta que el señor Marzuq le había hecho años atrás y en la que alguna que otra vez le había insistido. Ahora quizá podría reconsiderarla y utilizarla para trabajar allí en Egipto con su hermana o al menos que le fuera más sencillo colaborar con ella desde Inglaterra. Cuando Badia volvió

a levantar la mirada y girarse a ella, vio toda su desolación, a pesar de que sabía que pronto se le pasaría, primando todos los éxitos que habían conseguido y las experiencias positivas de haber llegado tan lejos.

Ella esperaba asegurarle en los meses que vinieran que no se había cometido ningún error.

- Han sido muchos años, Arianne – le dijo sincera –. No quiero, ya no tendría fuerzas para volver a empezar. Esto se suponía algo único. Ya me había mentalizado de que todo esto sería el final, ya me había hecho a la idea, y ahora… No.

Calló un momento desviando la mirada hacia las ropas que había utilizado y que ahora estaban sobre la silla. La mitad de su vida la había dedicado a ello, no podría pasarse la otra mitad que le quedaba buscando un final que quizá nunca llegara.

- Sabíamos que algo podía ir mal, pero eso que me has dicho no es seguro, ¿verdad? – le dijo anhelante a la vez que volvía a mirarla, buscando desesperada una última esperanza –. Son solos sospechas.
- Ya sabes que ahora tengo que analizar todos los resultados.
- Aún así… – suspiró, sonriendo a pesar de todo al pensar en él –, ha sido bonito tenerle de frente.

Por un momento se refugió entre sus manos y cerró los ojos.

- Badia – le insistió por última vez sobre su propuesta –, llegado el caso… ¿estás segura que no quieres siquiera que lo intentemos?
- Olvídalo Arianne – le negó.

Y sabiendo que tenían que irse terminó de maquillarse y retocándose el moño que había llevado bajo la peluca con un poco de agua y espuma. Arianne la miró en silencio hasta que terminó.

- ¿Estás bien?
- No lo sé – suspiró.

Cerró el neceser, se alisó la falda, se colocó la camisa y se miró por última vez al espejo antes de volverse a su hermana.

- Vamos – le sonrió.

Arianne asintió. Quizá sólo necesitaran despejarse de todas esas horas de tensión, escuchar otras opiniones y verlo con perspectiva.

Volvieron al laboratorio y cuando entraron, ya estaban esperándolas para subir de inmediato al hall. Sólo faltaba Glenn que estaba terminando de apagar todos los aparatos en el sótano. Badia desvió un momento la mirada hacia la pantalla de cristal, viendo cómo se apagaban las luces y la parte superior dejaba de ser el cielo bajo el que había pasado las últimas horas. Pensó además cómo se habría visto desde ese otro lado. Deseaba ver el video y comprobar con la cabeza fría lo que Arianne le había dicho, pero sabía que para

eso debía esperar al menos al día siguiente.

- Badia – se acercó a ella el señor Donovan.

Le estrechó la mano y le felicitó por todo su trabajo. Pudo ver todo su orgullo y ella misma se sintió complacida sabiendo que a pesar de todo habría merecido la pena. Se la llevó a parte al final de la sala y le habló de los planes que tenían para ese día que ya había contado a los demás.

- Nos iremos en una semana – añadió al final, en una actitud mucho más personal –. Tengo la impresión de que no te volveremos a ver en Inglaterra, o al menos para trabajar con nosotros.

- Creo que está en lo cierto – asintió con una leve sonrisa.

- Pero debo decirte que si algún día decides volver, tienes un puesto asegurado en mi museo. No dudes en dirigirte a mí si algún día lo necesitas, pondré cualquier medio que esté a mi alcance a tu disposición.

Badia se quedó un momento en silencio sin saber muy bien qué decir. Sabía perfectamente que en cuanto ellos se marcharan de Luxor, sus contactos se resumirían a simples colaboraciones, y si tenía en cuenta la situación del país, apenas ni eso. Ella misma sabía que su mayor deseo era quedarse allí para siempre, y que así sería. Asintió en silencio agradeciendo aquella manera de despedirse de ella.

En ese momento Glenn entró por la puerta, recordándoles que ahora sí debían irse.

- Que lástima que este país se haya quedado con la mejor de todos mis investigadores – le sonrió –, yo te quería para mí.

- Gracias, señor Donovan.

Al subir a la entrada, Badia creyó que toda aquella gente que estaba esperando le causaría algún tipo de impresión, pero en vez de eso se sintió orgullosa del efecto que había causado el proyecto. El señor Marzuq, jefe del Consejo de Antigüedades, fue el primero en acercarse a ellos. Dejó que fuera el señor Donovan quien le hablara de cómo había ido todo, pero al final le preguntó a ella directamente por su experiencia. Le dijo lo mismo que le había contestado a su hermana, que había sido maravilloso.

Al rato se les acercó el director del instituto y otras personas que también habían colaborado con ellos todos esos años. A cada uno les preguntaron algo, pero a la que más se dirigieron fue a Badia. Arianne al verla ahora, sonriente, contenta, contándoles lo bien que había ido todo, incluso ella misma se lo creyó. Escuchó cómo le preguntaban a su hermana qué había sentido estando allí, si se correspondía con lo que había esperado. Aparentó que todo había sido impecable y en ese momento, mientras respondía a cada pregunta Arianne llegó incluso a dudar de que no fuera ella la que se habría equivocado. Aunque no había olvidado sus dudas, ya no parecían tan importantes, y por

primera vez después de tantas horas, empezó a sentirse un poco más positiva.

En cuanto terminaron y la gente se fue marchando, ellos fueron a recoger sus cosas para hacer lo mismo.

Esa noche cuando regresaron a casa, a pesar de estar cansadas, de desear más que nada dormir después de un día tan largo, ninguna de las dos tenía ganas de irse a la cama.

- Ya hemos terminado – le repetía Badia, intentando hacerse a la idea.
- Sí.

Badia estaba recostada en el sofá, pero de repente se incorporó y se quedó mirando a su hermana. Fue a decirle algo, pero calló al instante.

- Arianne – le dijo, tras pensar exactamente lo que le quería decir –. Pase lo que pase, quiero saberlo todo.
- Pues si no es a ti – se encogió de hombros –, ¿a quién se lo iba a decir?

Badia era la única que realmente había terminado con aquel proyecto. Tenía que estar segura de que su hermana y el resto de su equipo le informarían hasta el más mínimo detalle de todos los resultados que concluirían en Inglaterra. Para ellos aún quedaban muchos meses de trabajo y por un momento les envidió.

- Ojalá pudierais terminar aquí.

Arianne asintió, pero en seguida, tras entenderse con una mirada, se levantó y le dio las buenas noches.

A la mañana siguiente, y todavía teniendo muy presente cada instante del día anterior, Badia se pasó desde primera hora en el laboratorio sentada ante un ordenador repasando hasta el más mínimo detalle del video de la entrevista. Todos estaban trabajando a su alrededor, no hubo ni un momento de silencio, pero ella con los cascos y centrada únicamente en las imágenes que veía, estaba ajena a todo ello. No dejaba de repetirse a sí misma las palabras y las insinuaciones que Arianne le había dicho y ahora no dejaba de ver matices que sólo hubieran podido salir de ella.

Ni siquiera se percató de que llevaba horas ante la pantalla cuando Arianne se sentó a su lado trayéndole una bolsa con un bocadillo.

- Quizá tengas razón – suspiró –. No sé…

Arianne se sentó a su lado.

- Supuse que no ibas a volver a casa para comer así que…
- Gracias – le dijo, mirando qué le había traído.
- Cuando lleguemos a Inglaterra voy a comenzar con las pruebas – le dijo de inmediato.
- Sé que vas a tener razón – le dijo en un instante de duda.

- ¿Ahora eres tú la pesimista? – sonrió, pero de inmediato bajó la mirada –. Sabrás exactamente cuál es el resultado. Contando con el señor Donovan, te garantizo que te haremos llegar todos los detalles de las pruebas que hagamos sin que nadie pueda interceptarlas. Ayer por la tarde hablé con él. No vamos a decir nada de todo esto hasta que no estemos seguros.

- Hazlo bien Arianne – le suplicó, demostrándole también su porte más determinante –. Al menos esta vez quiero que quede claro.

Arianne asintió en silencio. Eso era lo que todos querían.

- Estaré esperando cualquier noticia tuya – concluyó Badia.

Y durante el resto de la semana lo único que tuvo que hacer fue ayudarles a recoger todo para que se marchara definitivamente. La sala en un par de días estuvo vacía, habían devuelto las piedras que habían tomado prestadas de las ruinas del palacio real a su estado original, borraron las pinturas y ella misma se encargó de que volvieran a su sitio. Cada planta fue llevada al vivero de la ciudad y vendieron al dueño el resto que habían estado cultivando allí. Procuraron dejarlo todo como cuando pusieron un pie por primera vez en Luxor.

Badia suspiró en cuanto Jake cerró las puertas de la furgoneta que había venido a buscar la cámara frigorífica para llevarla a El Cairo y desde allí a Inglaterra, lo último que ya quedaba por hacer antes de que pusieran rumbo al aeropuerto. Tenían todo listo y recogido para marcharse, ya habían guardado su equipaje en los taxis y se habían despedido de ella. Ahora tendría otras ocupaciones, un trabajo allí mismo que estaba esperando que le confirmaran. Estaba contenta, impaciente por comenzar de verdad una vida allí, pero a la vez no dejaba de echar de menos todo lo demás. Les observó desde lejos desde la puerta del instituto y antes de meterse al coche Jake se despidió de nuevo con una simple mirada y prometiéndole que cuidaría bien de su hombre.

Por un momento quiso regresar con ellos a Inglaterra, ser como siempre la que se responsabilizara de todo, pero al verles marchar y al regresar al interior supo que no, que no había nada que más deseara que lo que ahora por fin había conseguido. Lo confirmó cada día que siguió.

Una de esas mañanas, antes de irse a trabajar, lo que menos imaginaba era que el portero la detuviera para entregarle un paquete que había recibido a primera hora. Lo cogió sorprendida, pues ese día tan solo se había levantado con la idea de ir al instituto para recibir unos nuevos objetos que iban a llegarle de una tumba de Asasif. Había pasado ya más de un año desde que su equipo se marchó. Miró el sobre marrón de tamaño folio, pesaba, pero al buscar algún sello o algo que delatara su origen sólo vio su nombre en una de las esquinas.

Empezó a intuir qué era y la persona que se lo había enviado, pero no lo abrió hasta que llegó a su despacho en el instituto. Cerró la puerta con llave y casi temblando lo abrió. Lo sacó todo de una vez y lo primero que vio fue el nuevo número de la revista en la que ellos solían publicar sus artículos en Inglaterra y detrás una carpeta de plástico. Al abrirla adivinó de inmediato la letra de su hermana. Era justo lo que había imaginado, pues sería la única que hubiera podido mandarle algo así y de manera totalmente confidencial evitando todo tipo de control. Sonrió para sí al leer el post-it que había pegado en la portada de la revista, donde simplemente le decía que le enviaba todo lo que le había prometido.

Extendió sobre la mesa la revista y unos folios sujetos por una grapa, y comprobó que no había dejado nada dentro del sobre. A pesar de su inquietud, dejó el informe de los resultados para el final. Primero quiso ver qué era lo que habían publicado. Desde que se fueron no había tenido noticias de ellos ni sobre el proyecto. Miró el índice de la revista y fue a la página donde comenzaba el artículo.

Como esperaba, lo habían orientado hacia el trabajo que había hecho Arianne. Explicaba con detalle cada paso que habían realizado hasta haber conseguido restituir en un hombre vivo los restos de una momia, pero conforme iba leyendo, vio que al final también hacían alusión a la historia que Senenmut le había contado a ella. Sin embargo, ni la confirmaron ni la desmintieron. Terminó de leer, y aún se entretuvo viendo algunas fotografías y ojeando el resto de la revista.

El artículo le había dejado una sensación un poco ambigua, sobre todo respecto a lo que a ella más le interesaba. Tuvo la impresión de que aún les quedaban algunos detalles por estudiar y que quizá no habían querido comprometerse sin tenerlo claro.

Todo ello le devolvió una pizca de esperanza por que al final no hubiera habido contaminación de la memoria. Miró el informe de reojo, y se decidió a leerlo. Con ello sabría exactamente en qué punto se encontraban y si se correspondía con lo que habían publicado, y también a todo lo que ella se había anticipado ese año cuando pensaba en los posibles resultados que parecían no llegar nunca.

Respiró hondo, e incluso le costó empezar sabiendo que aquello podría ser definitivo. Según decía, tras recuperar los restos originales, de dejar la momia tal cual fue una vez, de haberla enviado a restaurar y asegurarse de que no había sufrido ningún daño, se había dedicado a estudiar cada detalle de su cerebro. Al llegar a una de las páginas finales su mirada se desvió de inmediato a un párrafo que Arianne le había marcado en lápiz con un asterisco y una flecha hacia abajo. De ahí al final estaba justo lo que le interesaba.

Para recuperar y comenzar con la reconstrucción de su cerebro

de manera íntegra habían necesitado de células vivas a las que añadir la información genética que extrajeron de los restos de materia cerebral que había quedado adherida en el interior del cráneo. Al ir leyendo recordó cuando decidió ser ella la donante, los meses que siguieron en que tuvo que someterse a pruebas de compatibilidad, firmar cientos de papeles, certificados, hasta que antes de salir del quirófano el médico le enseñó el frasco con sus células y Arianne le dijo que todo había salido bien.

El informe seguía explicando cómo habían limpiado su información genética y la posibilidad de que una mínima parte de ella hubiera pasado desapercibida a los controles antes de introducir la de Senenmut. Insistía en ese punto, y por un momento a Badia le temblaron las manos creyendo que en la línea o en el párrafo siguiente leería que su hermana había tenido razón y sus recuerdos se habían mezclado con los de Senenmut. Hablaba de que esa mínima parte de su propia información se podría haber visto incrementada a la hora de la duplicación de las neuronas y que de esa manera podría haber afectado a la memoria de él.

Pasó la última página del informe, y vio marcado un párrafo más. En todas las pruebas dio negativo. No siguió leyendo. Dejó los papeles sobre la mesa y se sintió feliz al saber que había sido él quien le habló. Se tomó un momento para recordar esas horas en que le había confiado su vida. Creyendo realmente que ella era la diosa Maat.

Despacio empezó a recoger todo lo que su hermana le había enviado y antes de guardar el informe de la investigación terminó de leer hasta el final. Sabía que había un margen de error, que a pesar de haber repetido las pruebas cinco veces y con métodos distintos podían estar equivocados, pero sabía que esa prudencia era un simple formalismo en toda investigación. Con lo que había leído tenía la seguridad de no habían sido sus propias ideas las que había escuchado de Senenmut.

* * *

La enfermedad de su padre sucedió ocho años después de que yo entrara a su servicio. Cuando ella ya había dejado de estar a mi cargo desde el año anterior. Apenas faltaban unos meses para que se convirtiera en reina de Egipto y a su lado yo ejercía un amplio poder como cualquier gran noble de la corte. Ella y su padre pusieron a mi disposición todo lo necesario para explotar el talento que vieron en mí, y de esa manera brindarlo a su entera dedicación. Me acostumbré rápido a esa vida, y me gustaba aunque fuera dura, sin descanso, e incluso peligrosa. Siempre debía estar alerta si quería permanecer, mucho más en aquellos momentos tan críticos, en que ella además

esperaba el que podría ser el futuro heredero de las Dos Tierras. Para ningún noble de la corte habían pasado desapercibidas mis constantes visitas a sus aposentos que al final ya no tenían ningún fundamento más que estar con ella. Pronto empezaron a criticar aquella situación, y aunque yo solía presentárselo como un asunto de vital importancia, ella me respondía con sus risas y su completa despreocupación. Me decía que poco le importaba con tal de evitarle una de sus incómodas visitas a su hermano. “Es un crío que no sabe hacer nada más que estar entre las faldas de su madre, y sin el carisma de un rey”, le criticaba con amargura cada vez que salía el tema. “Tú eres más parecido a mi padre y a mi familia de lo que jamás será él”.

A pesar de que llegué a ser el que mejor la conoció, hubo secretos que siempre se guardó para sí. Ella jamás me dijo de una manera abierta si aquella niña que nacería había sido fruto de las escasas veces que había cumplido como esposa de cara a su hermano. Yo se lo solía insinuar, se lo preguntaba con indirectas, pero a veces creo que ni ella misma sabía quién era el padre. Yo quise pensar que era mía, y solía notar en su mirada cada vez que nos veía juntos que también anhelaba que fuera así.

Estoy seguro de que muchos pasaron toda su vida esperando la declaración de una guerra civil, y que incluso el rey temía convertirse en Osiris sólo por no dejar a sus hijos un gobierno tan complicado sin haber concluido todos sus propósitos, y que dudaba que salieran bien parados si él faltaba. Pocas conversaciones recuerdo tan bien como aquella noche en que el rey me hizo comparecer a solas con él. Aunque ella me había dicho que no me preocupara, sentía que el corazón se me iba a salir de un momento a otro, más aún cuando vi a su padre en mitad de la cama. Al principio me quedé paralizado sin saber muy bien cómo reaccionar, estaba tan débil, tan viejo, tan cansado, pero a pesar de todo me incliné para mostrarle todo mi respeto. No imaginé que estuviera tan mal, aunque ella me contaba que cada día los informes de los médicos eran cada vez peores, y me dolía porque a él se lo debía todo. Me miró y yo también le correspondí sin apartar los ojos de él. Me sobrecogió, porque aún pude distinguir que la esencia del dios permanecía en él a pesar de estar despojado de todos los signos de su realeza. Había poca luz, dos o tres antorchas colgadas de las columnas que daban a la terraza, y sobre los altares y las mesillas se mezclaba el aroma de la carne de los sacrificios que se traían del templo y ese olor a incienso tan agradable. Tenía la cabeza untada en aceites, las sábanas le cubrían hasta la cintura y por el pecho tenía colgados decenas de amuletos. Lo único que se me hizo familiar fueron sus ojos negros pintados de khol, que seguían mostrando su determinación y su poder.

Nunca había tenido el privilegio de estar en los aposentos reales,

a pesar de llevar todos esos años viviendo en palacio. Le mire como si jamás le hubiera visto antes, y él pareció darse cuenta de la impresión que había causado en mí. Acabó por dedicarme una media sonrisa y ofrecerme una de las sillas que había a sus pies. Cuando yo entré ya no había nadie y a pesar de todo me resultó natural que fuera así. “Sé que Anubis me busca y que los dioses no me van a conceder el tiempo suficiente para ver culminados todos los proyectos que tenía preparados para mi hija. Quería que ella fuera mi heredero, y la proclamé como tal, pero al final temí que no fuera suficiente o que el poder se le acabara escapando. ¿Qué estúpido, verdad?”

Parecía arrepentido, afligido por haber cambiado de opinión en el último momento y haber dudado que ella pudiera llevar las riendas del país. Pude ver que recorría el techo con los ojos y que sonreía de manera irónica, pero yo no pude hacer nada más que seguir mirándolo inmóvil en mi silla. Entendí que lamentaba que al final no hubiera quedado únicamente su hija como parecían augurar las sucesivas muertes de todos sus hijos.

“Te puse a su lado por ser el mejor” me siguió hablando al cabo de un rato, “y me consta que ella se ha ganado por méritos propios tu entera fidelidad. Lo único que te pido ahora es que no permitas que se mantenga en un segundo plano, que continúes con lo que yo he comenzado. Los dos sabemos que mi hijo Tutmosis me seguirá pronto y aunque no lo hiciera, jamás se preocupará por otra cosa que no sean todos los placeres de palacio. Sé que eres un hombre sensato y que no permitirás que el país se vuelva a dividir. Sé también que mi hija pondría por ti el mundo a tus pies, pero no quieras alcanzar la realeza de su mano. No debe ser así. Ya eres un hombre de la corte, sabes que eres imprescindible, y lo mucho que ella espera de ti”.

A pesar de estar ante el rey, me sentí molesto porque pusiera en duda mis prioridades. Conocía mi posición y en ese momento no supe ver que todas sus palabras eran simples formalidades. En realidad, lo que estaba haciendo era darme su consentimiento para continuar con aquella situación que él mismo había promocionado, sabiendo además mi poco interés por tener entre mis títulos el de Señor de las Dos Tierras. En ese momento aquel aspecto estaba fuera de mis objetivos, aunque al final acabara ejerciendo como tal. “Yo también espero mucho de ella, Majestad”, le respondí con orgullo. No sé cómo me atreví a tomarme la libertad de hablarle como a cualquier otro hombre, pero no pareció molestarle, noté incluso que se sintió complacido por ello. “No la decepciones”. Yo asentí, sabiendo que eso jamás ocurriría, orgulloso de poder cumplir mi palabra.

Uno

El Cairo.
Años antes de finalizar el proyecto.

Badia entró en la habitación de su hermana como un torrente mientras ella únicamente la seguía con la mirada sin soltar el pomo de la puerta. Atravesó el recibidor y se sentó en el tocador dejando de golpe ante el espejo todos sus peines, gomas y horquillas. Arianne esperó un momento sin saber cómo interpretar aquella repentina interrupción cuando a esas horas ya debería estar casi lista para salir. Todavía tenía puesta la bata del hotel y no le fue difícil suponer que se había desesperado intentando hacerse el moño, que ahora le tendría que hacer ella. La miró con precaución antes de acercarse despacio a sus espaldas, procurando no hacer nada que pudiera molestarla aún más.

- Toma.

Badia suspiró un par de veces antes de ofrecerle uno de los cepillos sin decirle nada más. Apenas había dormido esa noche, se había levantado antes del amanecer, y aún así se le echaba el tiempo encima. Tenía los nervios a flor de piel y ni siquiera había sido capaz de pintarse sin que le temblara la mano. Desde hacía días sólo tenía en la cabeza la entrevista que se sucedería ese mediodía. Cerró los ojos en cuanto sintió el contacto de las púas en su cabeza y los dedos de su hermana recogiéndole el pelo. Por un momento se relajó por completo, pero al abrir de nuevo los ojos para mirarse, toda la tensión volvió a ella.

- Me gusta el traje que llevas – comentó indiferente, buscando alguna manera de evadirse.
- Lo sé – sonrió Arianne –, iba contigo cuando me lo compré.
- Sí, es verdad.

Pero aunque intentó distraerse con temas triviales, no fue capaz de engañarse, y el silencio aún le ponía más nerviosa.

- Todo va a salir bien – le dijo Arianne, mientras comprobaba que el moño había quedado perfecto.

- ¿Qué todo va a salir bien? – levantó la cabeza, mirándola con furia a través del espejo –. ¿Cómo eres capaz de decirme eso ahora? Vamos, termina ya.

- Lo siento – contestó a la defensiva –, sólo intentaba tranquilizarte.

Arianne ignoró sus palabras, y se fue a buscar al baño un bote de laca. Al volver la vio con la cara hundida en sus manos. No le dijo nada antes de echársela y ella tampoco se movió.

- Me pone nerviosa – susurró Badia, cómo si únicamente pensara en voz alta –, el señor Andrew Donovan, señor de Inglaterra entera, todos esos franceses que no nos han dejado de vigilar ni un momento desde que pusimos un pie en El Cairo, el ministro, el jefe del Consejo, el embajador francés, el embajador inglés y eso que a alguno de ellos ni le conozco.

Había hablado con ironía, pero aún así su actitud le estaba poniendo nerviosa a ella también.

- A mí también me sacan de quicio, pero si queremos continuar con esto, no nos queda otra opción. Tenemos que volver a Luxor sea como sea, hemos llegado demasiado lejos como para perderlo todo ahora.

- Claro – contestó mientras se levantaba y recogía lo que había traído –, como de ti no depende que renovemos los permisos… Yo voy a tener que dar la cara delante de ellos y "hacer uso de todos mis encantos de palabra".

- ¿Eso te dijo el señor Donovan? – se sorprendió, sin poder esconder una sonrisa.

- Sí.

Y aunque estaba indignada por aquella situación, al final, al mirarla de reojo, acabó sonriendo ella también. Su investigación se había alargado más de lo previsto y aunque intentaron prolongar su estancia más de lo que les permitían sus acuerdos con el gobierno egipcio, sus puestos eran demasiado notables como para pasar desapercibidos. Tan sólo una semana después de la caducidad de sus visados y tras dos avisos de las autoridades egipcias y francesas de que abandonaran el país de inmediato, ellos y todo su equipo habían sido detenidos y llevados a la capital. Sin embargo, todo su proyecto había quedado en los laboratorios de Luxor y sabían que de tardar mucho más o de ser obligados a volver a Inglaterra, la mayoría de él se perdería. Intentaba consolarse de que al menos estaban disfrutando del hotel más lujoso de la ciudad por cortesía del Estado, aunque aquello no compensara lo más mínimo la situación.

Llevaban ya diez días allí, en una reclusión que no les permitía salir más allá de las puertas del complejo, haciendo trámites y solicitudes que constantemente les denegaban. El señor Donovan era

una de las personas más influyentes de Inglaterra y no le fue difícil convencer al embajador de su país para que concertara una reunión urgente con las personas de las que dependían en ese momento.

- Sabes que anoche me llamó para que bajara a cenar con él –le contó rápido mientras se dirigía a la salida y Arianne la seguía de su lado –, para recordarme por enésima vez que debo mostrarme perfecta esta mañana. Ya sabes, advertencias y más advertencias. Según él, debemos hacer uso de las pocas ventajas con las que contamos, y que una de ellas soy yo. Según él, la autoridad de una mujer es mucho más persuasiva que la del hombre, por mucho que sea rico y poderoso como él.
- Una actitud muy típica en él.
- "Es solo pura elegancia" – intentó imitar a su jefe con la voz más grave que pudo –. Sabe lo poco que me gusta hablar en público.
- Lo hace precisamente por eso.
- Ya.

Trabajaban para él desde hacía mucho tiempo, pero sobre todo conocían sus métodos para probar a todos aquellos que tenía a su cargo y se beneficiaban de alguna manera de su fortuna. Sabía que la estaba poniendo a prueba al obligarle a hacer lo que más detestaba, más aún en una situación tan crítica; aunque luego no se arrepintiera, incluso se alegrara de haberlo hecho y ser ella la protagonista. Y hasta cierto modo le admiraba por ese sentido que parecía llevarle siempre hacia la opción más apropiada. Pero los méritos y el orgullo siempre venían después. Reconocía además que en cierto modo tenía razón y que si había alguien que pudiera simpatizar mejor con los miembros egipcios era ella por poseer la nacionalidad egipcia además de la inglesa. Fue otro de los aspectos en los que le insistió la noche anterior.

Hacía décadas que Egipto estaba controlado por el gobierno francés tras la guerra civil que había arruinado completamente las bases del país. Esa medida, que en principio sería una simple precaución provisional, fue un honor que se tomó Francia por haber sido la responsable de la mediación y del final del conflicto, en contra de las pretensiones de Inglaterra. Ahora todas las órdenes se dictaban en París, y conocían el poco afecto que les profesaban a pesar de que no les quedara más remedio que aceptar ciertas licencias para mantener el equilibrio. Bien sabían que si querían conseguir algo, era ganándose a las autoridades locales y forzar la situación desde el interior, y eso ya lo tenían prácticamente conseguido desde hacía mucho tiempo. Si estaban allí era por ellos y por su insistencia de abrirse a las innovaciones que sólo ellos podrían brindarles. En aquellos años el señor Marzuq, jefe del Consejo de Antigüedades, les había visitado alguna vez y siempre les había mostrado su simpatía,

pero de las máximas autoridades estaba claro que sólo intentaban ponerles trabas por motivos políticos de los que sólo les llegaban sus órdenes.

Badia suspiró, entendiéndose con una mirada grave. Ése era el único obstáculo que debían salvar, pero era consciente de que era un asunto clave. No podían perder la única oportunidad que tenían para seguir adelante con el proyecto. Allí en Egipto no se regían por las mismas restricciones que en Inglaterra o en el resto de Europa, y no había otro lugar donde les permitieran realizar lo que estaban haciendo. Desde el principio, en Londres una comisión de bioética les había prohibido llevarlo acabo. Allí todo era diferente. Badia estaba encantada de que hubieran acabado precisamente en Egipto, pero muchas veces echaba de menos la profesionalidad y las facilidades a las que estaba acostumbrada en Inglaterra.

Se habían detenido un momento tras la puerta, pero en seguida Arianne la abrió para que su hermana regresara a la habitación contigua y terminara de prepararse para la cita que les esperaba.

- En hora y media en el hall – le recordó antes de marcharse.

LEVANTÓ LOS OJOS EN CUANTO la moqueta dio paso al mármol rosa del vestíbulo del ascensor, que le advertía de la inminencia de la entrevista. Llamó impaciente un par de veces al botón, aún sabiendo que no por ello llegaría antes.

- Vamos – susurró a punto de desesperar.

Veía las cuerdas moverse, detenerse al instante, volviéndose a poner en marcha, y por un momento casi perdió los nervios. Tenía que soportar además las miradas furtivas de los agentes que custodiaban día y noche el ala de las habitaciones donde se encontraban ella y los demás miembros de su equipo. No se habían dignado ni a contestarla cuando les preguntó si alguien más había salido ya. Ni siquiera se habían movido de sus puestos, uno por cada puerta, y aunque supieran de antemano todos sus movimientos.

Al fin escuchó ese sonido agudo que le avisó de que el ascensor ya estaba allí. Entró rápido y en el poco tiempo que tardó en descender los siete pisos no dejó de mirarse ni un momento al espejo que tenía justo enfrente. Por la imagen que veía era digna de enfrentarse con éxito a esa situación y a muchas más complicadas, pero justo en ese instante ella misma no se sentía como tal.

Sin embargo, en cuanto se abrieron las puertas, todos sus problemas parecieron diluirse entre el lujo que la rodeaba. El sonido de sus tacones se mezcló entre el eco del silencio y el agua de las pequeñas fuentes que fluían entre los jardines interiores del gran recibidor. Una cúpula de cristal ambarino culminaba a la altura de unos tres pisos, iluminando el complejo pero sin perder eL fresco

aroma del loto. Ahora quiso enfrentar la situación, todo a su alrededor le invitaba a ello, y si le hubieran dejado la oportunidad, no hubiera permitido que nadie ocupara su lugar.

Badia abarcó con la mirada el vestíbulo, buscando alguna cara conocida. Sin embargo, sólo encontró a los botones llevando maletas de un lado a otro en la más absoluta discreción y a los recepcionistas enfrascados en los papeles y en las pantallas del ordenador. Pero al mirar en la otra dirección, hacia la zona de las salas de conferencias y el restaurante, vio que era la única que faltaba. El señor Donovan, su hermana, Jake y Glenn ya estaban allí, esperando en los sofás previos a las escaleras. Aceleró el paso, e incluso antes de que llegara ya se empezaron a levantar.

- Ya nos han anunciado que el ministro, el jefe del Consejo de Antigüedades y los embajadores nos están esperando en la cafetería – le avisó de inmediato el señor Donovan mientras se ponían en marcha.

Badia asintió con arrogancia, dispuesta a demostrarles lo mucho que valía. Por eso, y por el orgullo de ser la imagen y el nombre al que irremediablemente iba unido el motivo por el que estaban allí.

Ella entró primero del lado de su jefe a la cafetería que había sido reservada especialmente para ellos, después de recordarles a cada uno con una simple mirada el protocolo que debían seguir. Nada más entrar se les acercó de inmediato el embajador inglés.

- Andrew Donovan – le tendió la mano –, es un placer volver a verle. Ha sido difícil convocar esta entrevista, espero que sepamos resolver el asunto y que podáis volver a vuestro trabajo de inmediato.
- Confío en ello.

Tras esa breve bienvenida, él mismo les condujo ante los demás presentes. Se mantuvieron en pie mientras el señor Donovan saludaba a cada uno de ellos, que tras levantarse un instante, volvieron a sentarse en torno a la mesita cuadrada que mediaba entre ellos.

- Señores, permitidme que os presente a mis colaboradores – les decía el señor Donovan, mientras traían para ellos unas bebidas –. La señora Badia Winfrey, historiadora y arqueóloga por la Universidad de El Cairo, y responsable del equipo de investigación. Su hermana, Arianne Winfrey, especialista en genética; el señor Glenn Shildfild, doctorado en biología y botánica; y el señor Jake Mallard, doctorado en arte egipcio y antropología; los tres por la Universidad de Oxford. Ahora, y desde hace diez años que comenzamos este proyecto, trabajan para mí, como dependientes del Gran Museo de Inglaterra.
- No ponemos en duda sus capacidades, ni las de vuestro equipo – le habló tranquilo el embajador francés –. Si estamos aquí es por asuntos legales. Una legalidad que ustedes han infringido.
- Nada de esto hubiera ocurrido si ustedes hubieran sido tan eficaces para renovarnos los permisos y atender nuestras peticiones

como lo fuisteis al mandar agentes para arrestarnos.

Badia le miró de reojo. Había sido un reproche que en boca de otra persona hubiera sonado a la defensiva, e incluso infantil. De él, fue una amenaza. Por un momento casi olvidó que aquella era la señal para intervenir. Había tomado la copa de bebida entre las manos y estaba moviendo los hielos con la pajita cuando el embajador francés iba a reprocharle por lo que había considerado una ofensa.

- Señores – les interrumpió en su disputa, inclinándose hacia delante.

Se irguió en su asiento, y tras dejar la copa sobre el reposavasos, pasó la mirada por cada uno de los presentes. Advirtió su sorpresa, pero no le importó en absoluto.

- Todos tenemos intereses en que se resuelva de inmediato esta situación – comenzó en su actitud más diplomática, haciendo el papel que se le había pedido –. Lamento que la situación política de Egipto interfiera de tal manera en las investigaciones que se están realizando en este país, que vuestro gobierno ponga tantas trabas a empresas como nosotros que únicamente están invirtiendo una enorme cantidad de capital y que en cierto modo es el responsable de su recuperación.

"Únicamente queremos un poco más de tiempo para concluir esta temporada y regresar con resultados fiables a Inglaterra para que puedan ser investigados allí. Le aseguro que de ser así, no tendríamos motivos para volver aquí al menos en un par de años.

Durante más de media hora, discutieron, ella sobre la urgencia de regresar a Luxor para recoger lo que les habían obligado a dejar inconcluso, y él, sobre el deber que le exigía cumplir de manera estricta la ley. En ese tiempo notó además la simpatía del jefe del Consejo y del ministro egipcio que ya conocía, pero que se veían obligados a dejar en un segundo plano por sus obligaciones políticas. En esa ocasión únicamente intentaron mantener una actitud conciliadora entre ambas partes, aunque ella esperaba que con ello se presionara al embajador. Él sin embargo, respondía a sus peticiones y sus razonamientos con la constante obstinación que había demostrado en todo momento.

- Admítalo – le reprochó el señor Donovan, sin poder reprimirse más detrás de su porte sereno y su aparente indiferencia. Hasta ese momento se había mantenido al margen –, lo que realmente le empuja a expulsarnos es que estemos a punto de conseguir el éxito donde sus más reconocidos investigadores fracasan una y otra vez.

- Señora Winfrey, usted tiene razón en una cosa – intervino el señor Marzuq, sin dejar surgir una nueva tensión entre ambos –, el gran bien que su empresa está haciendo en lo referente a la ciencia. Pero os dimos un límite. Pedisteis un tiempo, y se os concedió. No echéis la culpa a otros si no habéis sabido administrarlo

adecuadamente.

- Está bien – elevó la voz el embajador francés, como si de repente se le hubiera ocurrido una solución –, ¿cuánto queréis?

- Otros seis meses – respondió Badia de inmediato, tras el leve consentimiento de su jefe.

- Tendréis ese tiempo – concedió.

Pero aquella leve sonrisa y su rápida aceptación, les hizo desconfiar de inmediato. Todos esperaron que dijera algo más, y tras beber lo poco que quedaba de su vaso, se recostó en su asiento mirándola burlón a los ojos.

- Pero no antes de pagar una debida sanción – concluyó –. Se os prohíbe la entrada al país tantos meses como días hayáis estado aquí de manera ilegal. Siete creo recordar, hasta que se os arrestó para traeros aquí. Pues esa cantidad multiplicarla por tres.

- Pero… – intentó reprocharle.

- Saldréis en dos días hacia Inglaterra.

Badia contuvo un gesto. La reunión había terminado y no habían conseguido nada. Se iban, y con ello todo lo que una vez había soñado conseguir. Iban a perderlo todo. Había estado tan cerca, lo había sentido tan real, que ante la negativa sintió como si le arrancaran la mitad de ella misma. La impotencia por no haber sido capaz de cambiar las tornas, la rabia y el odio que sintió con sólo mirar la cara del embajador francés, le produjo un nudo en la garganta que incluso estuvo a punto de que se le saltaran las lágrimas.

- Yo me quedo.

Su voz imperiosa les silenció a todos, que habían hecho el amago de levantarse.

- Señora Winfrey, ¿no ha entendido lo que le he dicho?

- Lo he entendido perfectamente, pero yo me quedo. Como egipcia no pueden obligarme a marcharme.

- Se equivoca – la desafió de la manera más autoritaria –. Alego a su condición de inglesa, y como máxima autoridad que me ha sido concedida por el Organismo Internacional de París, y con la aceptación del Ministerio Egipcio, le obligo a abandonar el país con el resto de sus compañeros, por todo lo que se ha tratado anteriormente. Si me veo en la obligación de hacerlo por la fuerza, su sanción será más severa que la de los demás, y se le retirará su pasaporte por el tiempo que crea conveniente.

- En ese caso renuncio, renuncio a él, a mi pasaporte inglés y a todos los derechos que me confiere dicha nacionalidad.

- Señora Winfrey – se adelantó de inmediato su embajador –, ese es un tema que debería pensar antes.

- Ya lo he pensado – se volvió con furia hacia él, para volver a mirar desafiante al francés –, y he decidido quedarme.

Tras disculparse, ambos embajadores se retiraron unos metros para tratar en privado aquella decisión tan repentina. No adivinó lo que estaban hablando, pero sabía que no podrían hacer nada si ella había decidido perder la ciudadanía.

- Badia – le susurró su hermana –, ¿se puede saber que estás haciendo?

Badia miró sobresaltada la mano que Arianne había puesto sobre la suya.

- ¿Te has vuelto loca? No sabes lo que estás haciendo…

Pero ella ya no respondió, simplemente la contempló seria. Arianne supo en seguida que ya había tomado una decisión y no habría nada que le hiciera cambiar de opinión.

- Aún tenemos dos días – se inclinó Jake hacia ellas –, piénsalo al menos hasta mañana.

- ¿Sabes que por esto podrías no volver a salir de Egipto? – continuó su hermana –. O al menos no con la facilidad con lo que lo has hecho hasta ahora. Vas a arrepentirte.

Badia siguió sin decir nada, y ante su desinterés por escucharles, Arianne buscó con la mirada al señor Donovan.

- Ella es libre para decidirlo – contestó simplemente.

Y al girarse hacia él pudo darse cuenta que él la apoyaba, incluso que se sentía enormemente satisfecho por haber encontrado una solución que les permitiera continuar con el proyecto. Toda la confianza que había puesto en ella no había sido en vano, y aquél fue otro motivo que le dio apoyo a lo que por sí misma había visto como única solución. Ahora con más motivo no se echaría atrás.

Ambos embajadores no se demoraron mucho y tras advertirla de nuevo sobre el giro que daría su situación, se lo preguntaron por última vez.

- Yo me quedo – anunció definitivamente, poniéndose en pie.

- En ese caso – asintió el embajador inglés –, mañana por la mañana estaré aquí con todos los papeles necesarios para formalizar los trámites.

BADIA ESPERÓ AL BORDE DE la piscina con la toalla de su hermana en la mano.

- ¿Segura que no quieres meterte? – le incitó aún dentro del agua.

- No, gracias.

- Tú siempre tan seca – le sonrió irónica.

Arianne ni siquiera se molestó en salir por las escaleras y mientras se envolvía en la toalla caminaron a las mesas de la terraza donde Badia había estado sentada con Jake y Glenn. Ellos ya se habían ido hacía rato para recoger lo poco que les habían permitido

llevarse, pero ellas aún se quedaron un poco más. Esa misma noche, en tan solo tres horas, vendría a buscarles una escolta para llevarles al aeropuerto, mientras que ella aún pasaría esa noche allí para regresar a la mañana siguiente a Luxor.

Pidieron algo de cenar y durante ese tiempo cada una se sumió en sus propios pensamientos. Con ella el silencio no le resultaba incómodo, incluso podía olvidarse de que estaba presente. Agradecía momentos así.

- Todavía no puedo creerme lo que estás haciendo – habló de repente Arianne, como si fuera la única cosa que hubiera tenido en la cabeza durante toda la cena.

- ¿Acaso no te alegra que todo nuestro trabajo no se eche a perder?

En ese momento el camarero se acercó a retirarles los platos y a ofrecerles el postre. Arianne esperó a responder cuando se hubo marchado.

- No. Sabes a lo que me refiero – dijo, apoyándose en la mesa –. En Inglaterra tenías un trabajo hasta ayer mismo, un excelente trabajo en el mejor museo del mundo, al que quizá ya no puedas volver. El señor Donovan, por supuesto, no cambiará nada en absoluto, te seguirá pagando igual, te seguirá financiando porque aún estamos enfrascados en este proyecto que él dirige. ¿Pero que pasará cuando acabemos? ¿En cinco, diez años? ¿No has pensado en eso? Eres una persona reconocida, no tendrás problema para encontrar trabajo en cualquier sitio que te propongas, aquí en Egipto. Pero salga bien o salga mal lo que estamos haciendo, tu nivel de prestigio y de vida ya no será el mismo. Cuando te llamen, te inviten a congresos y a reuniones ya no podrás acudir, te olvidarán, y cuando quieras volver a ese mundo ya te va a ser imposible. Si teníamos que empezar de nuevo, se empezaba. ¡Por dios Badia, esto era sólo un trabajo, allí tenías tu vida!

Badia paseó la mirada por sus ojos, pero en realidad ni siquiera prestó atención a lo que ya no tenía sentido. Era una noche cálida, de finales de primavera, y todo a su alrededor respiraba esa esencia del pasado, de la historia, que ella tanto adoraba. La terraza donde se encontraban estaba situada en la azotea del hotel, pero hubiera podido pasar por cualquier jardín egipcio de hacía tres mil años. Las palmeras, las flores, el agua, las mesas donde estaban sentadas, y sobre todo las estatuas que adornaban los diferentes espacios de la terraza le hacían sentirse como si realmente se encontrara en el tiempo que a cada momento anhelaba vivir. A sus espaldas podía imaginar las puntas de las pirámides que se veían desde allí. Podría contarle cada dato de aquellos antiguos dioses, cada detalle, sus leyendas, sus intrigas, todas sus anécdotas, como hacían tantas veces.

Todo lo demás perdió sentido para ella.

- Ya tienes una excusa para no volver, ¿no es así?

Adivinó su hermana de su ausencia.

- Y ni siquiera te importa lo que te digo – sonrió.
- Alguna vez te he dicho que lo daría todo por esto, ¿verdad?

Hizo un gesto con la cabeza, como si quisiera abarcar Egipto entero con la mirada. Arianne calló, perdiéndose en las manos de su hermana que sostenían la taza de café.

- Sí – reconoció en voz baja.

Badia miró un momento el fondo de su taza vacía antes de perderse de nuevo en su alrededor, en una mezcla de nostalgia y alegría. Arianne tenía razón, que ahora tenía el motivo para anclarse definitivamente en ese país. Miraba a la gente que nadaba en la piscina, los que estaban tumbados en las hamacas a la luz de las estrellas, pero sobre todo, una niña que pasó a su lado de la mano de su madre le recordó a ella misma. En los días más calurosos de verano, y también en cualquier momento del año cuando ella se lo suplicaba, su madre le llevaba a bañarse a una playa que había a las afueras de Armant, la ciudad donde había nacido, a unos kilómetros al sur de Luxor. Su padre había pertenecido al cuerpo médico de voluntarios que habían acudido allí tras la guerra civil, y tras los dos años que duró su estancia, dejando a una mujer y una hija, regresó a Inglaterra. De las tantas veces que se lo había escuchado decir a su madre, cuando él volvió a buscarlas, le resultó incluso familiar a pesar de que no lo había conocido nunca.

Arianne terminó de comerse su helado y fue ella la que se encargó de avisar al camarero para que apuntara la cuenta al nombre, un simple alias, que el primer día les habían facilitado para todos los gastos que realizaran durante su estancia. Badia la miró un momento, todavía recordando aquella vida. La última noche antes de marcharse, ella se detuvo tras el umbral de la puerta de la calle. Justo sentados al otro lado estaban sus padres y pudo escuchar que hablaban de ella. Su madre le estaba pidiendo que se la llevara con él a Inglaterra. En ese momento no entendió por qué ella tampoco se iba con ellos, pero después tendría la certeza de que hubiera sido imposible. No le hubieran permitido salir del país. Se marcharon solos, y con casi diez años que contaban entonces se dio cuenta perfectamente que no la volvería a ver. Y luego llegó ese nuevo país, otra gente, unos estudios. Su padre había formado una nueva familia; ella creció, tuvo éxito.

Pero desde entonces siempre extrañó ese mundo que consideraba como parte de sus propios antepasados, siempre quiso saberlo todo de los cuentos que su madre le contó y que le sedujeron desde un principio. A ella jamás la echó de menos, ni esa vida que apenas recordaba como real. Allí en Inglaterra no la necesitaba, como si su

única misión hubiera sido empujarla a ser como era, y a pesar de que le guardaba mucho cariño. Ella ya tenía una familia, una nueva madre, un padre, una hermana, que no cambiaría. La tierra era lo que la atraía y todo lo que el tiempo había apilado en ella. Caminar por donde lo habían hecho los mismos reyes hacía miles de años, ver lo que ellos ordenaron levantar, estar donde ellos estuvieron, sentirlos como personas que fueron alguna vez. Y todo lo que hacía se orientaba hacia esas aspiraciones. Ya juró una vez que nadie le impediría conseguir sus propósitos, y ahora renovaba de nuevo esa promesa.

- He hecho lo que debía, lo sabes, y para mí no supone ningún sacrificio que no esté dispuesta hacer. Además – sonrió, antes de levantarse para marcharse –, estando aquí siempre estaré bien.

Porque era el simple el hecho de estar lo que le hacía feliz.

1

Cuando esa noche fui a visitarla, porque ella me lo había pedido en cuanto salí de la habitación de su padre, ya estaba tumbada en la cama. En cuanto me vio se puso en pie y esperó al borde de la cama a que yo me acercara, pero no me moví. "¿Te lo ha dicho?" me preguntó. Yo le dije que habíamos hablado, porque en realidad, nada más ver su expresión grave al hacerme la pregunta, no supe si realmente nos estábamos refiriendo a lo mismo, o qué quería decir exactamente. "No te lo ha dicho".

Suspiró, y se volvió a tumbar en la cama. Dio unas palmaditas a su lado sobre el colchón, y respondiendo a aquel gesto me acerqué a sentarme a su lado. Le agarré la mano en silencio, la acaricié y sin soltarla le pregunté qué era eso que debería saber. "Mi padre se muere" contestó. "Antes de llamarte me dijo que lo más seguro era que no se levantase de esa cama, pero que si lo hacía, iba a prepararlo todo para darle a mi hermano sus títulos, para hacerle rey. Y yo por supuesto, como su esposa, recibiría de mi madre el título de Esposa Real". Entonces la miré a los ojos y aunque intentó mostrarme cierto desdén, vi que estaba triste porque al final las cosas no habían salido como ella siempre había esperado, como una vez su padre y Amón, a través del oráculo, le habían prometido. Aquello había sucedido cuando ella tenía doce años y habían pasado ya diez desde aquello. Y ahora él también la dejaba sola. "¿Qué haré si él no está? ¿Quién me va a ayudar?". Su voz era tan desesperada. Podía haberle dicho que yo, que yo jamás iba a permitir que cayera ni que le ocurriera nada malo. La iba a guiar como él lo había hecho hasta ahora, y aunque lo sabía, también yo era consciente que su padre representaba un lugar en ella mucho más sólido de lo que jamás podría serlo yo.

Sabía que nada que le dijera le iba a hacer sentir mejor, así que antes de volver a mi habitación me tumbé un rato a su lado. Al menos necesitaba que se sintiera protegida. Al abrazarla sentí que me daba un vuelco el corazón. Ella era mi vida en lo privado, en lo público y ante los dioses. Cuando le acaricié el vientre noté cómo la criatura que llevaba dentro se movía; al instante ella puso su mano sobre la mía y

me agarró fuerte. “Ojalá todo esto hubiera sido diferente” fue lo último que me dijo esa noche, y que más de una vez me diría.

Tras unos días en que pensamos que todo se acababa, y en contra de todos los pronósticos de los médicos y magos, Amón decidió que el rey, su padre, viviría un poco más para dejar zanjados los asuntos en las Dos Tierras antes de ascender a la barca de Ra. Tardaría casi dos años más antes de que Anubis le viniera a buscar. Fue en ese tiempo cuando debí asimilar lo mucho que había aprendido aquellos años en la corte y hacer uso de toda mi memoria para unir en una misma historia la vida de su familia. Antes habían sido otras mis prioridades. La administración de sus bienes me ocupaba la mayor parte del tiempo, y cuando no tenía que solucionar o vigilar algo relacionado con sus propiedades, estaba en palacio con ella ocupándome de su educación personalmente.

Lo que ella me contaba, las disputas de su madre Ahmes con Mut-Nefer, la segunda esposa, y su odio hacía esa línea de la familia del rey, la preferencia que le profesaba su padre por encima de sus hijos, lo mucho que echaba de menos los cuidados de su abuela; todo aquello me resultaba incluso una situación natural. Sin embargo, cuánto más conocía sobre ella más me daba cuenta de que su posición no era en absoluto corriente. Tras la apariencia de ser únicamente la princesa preferida, con una personalidad fuerte y poderosa, estaba todo lo demás. Lo que su abuela le había dejado era mayor que cualquier fortuna que otra persona en el reino pudiera poseer. Indirectamente, todo aquello me llevó a comprender mejor las intrigas que por aquel entonces se estaban sucediendo entre las dos esposas del rey, y cómo ya se habían anticipado a aquella situación. Que ella ascendiera al poder no había sido algo casual, y podrían haberlo planificado incluso antes de que ella naciera.

La gran reina Ahmes Nefertary, su abuela, la eligió por encima de sus propias hijas. Y ella siguió sus pasos, como su padre. Todo lo que de ella habían aprendido se dejó notar en su forma de gobernar. Jamás la conocí personalmente, pero puedo asegurar que no serían muy diferentes. La vi tan solo una vez, de lejos, cuando se celebró una fiesta en su honor por el templo a su memoria que su hijo el rey Amenhotep le había regalado. Todos los Valientes del Rey fuimos a presentarles nuestras felicitaciones comandados por el entonces príncipe Tutmosis. Ya en aquellos años se decía que la situación de la familia real era difícil, pues los dioses parecían negar un heredero a Egipto. Ella siempre me dijo que su tía la reina Meryt-Amón tenía una salud muy delicada, y mi madre, que trabajaba para ella también hacía referencia a sus continuas dolencias.

Yo entré en el ejército cuando el rey Amenhotep acababa de subir al trono, y por entonces corrían rumores de que su madre Ahmes

Nefertary estaba favoreciendo a sus espaldas a su único nieto, hijo de su hijo mayor Pasair a quien le hubiera correspondido ser el Horus si no le hubieran matado en una de las expediciones a Retenu. Era evidente, pues pronto a Tutmosis se le adjuntó al poder como corregente de su tío, recibiendo todos los apoyos de la casa real y sin ninguna resistencia. Incluso le casó con su hija pequeña Ahmes para legitimarle.

Yo me encontré con aquella situación, y he de reconocer que Tutmosis tenía mucho más carisma que su tío. Si se hubiera seguido la línea legítima de sucesión, todo hubiera acabado en la misma persona, en ella. Cuando Amenhotep murió y Tutmosis ocupó el poder en solitario todo se sucedió con total normalidad. La gente le quería, también porque todos veían en él la imagen de su padre Pasair, que había sido el hijo del dios Amón. Pero luego Tutmosis cometió un error, casándose con una de las muchas mujeres del harén, y todo por simple capricho. Ella me solía decir que en los últimos años de la vida de su padre, cuando se quedaban a solas, y le solía decir lo bonita que era, la gran mujer en la que se estaba convirtiendo, lo muy orgulloso que estaba de que le acompañara en los actos públicos, de presentarla como su heredero; también aludía a que ella debería haber sido siempre la única.

Ella siempre les odió, a Mut-Nefer y a los tres hijos que le dio a su padre; y para mí fue imposible no hacerlo tampoco. Ella les aborrecía por su incompetencia, por su cobardía, pero yo además tenía motivos mucho más egoístas. Ellos, y sobre todo Tutmosis, el hijo más pequeño, me veían como su rival, y yo a veces, en mi orgullo, me descubría considerando que ella únicamente debía pertenecerme a mí. Y aunque yo jamás les temí de modo alguno, no iba a perdonar que aquel crío me pusiera en evidencia, incluso que me provocara delante del ejército al que yo mismo había servido y que sabía que tanto me respetaba. Ella me frenó, ante los ojos de todos, porque en ese momento hubiera sido capaz de atravesarle el estómago. Lo habría hecho sin dudar, de hecho no dudé. En cierto modo aquel día fue la prueba de la rivalidad abierta que existía entre nosotros y ellos, pero también de mi superioridad frente a él.

Ella había ido a los campos de entrenamiento a pasar revista a las tropas. Ahora yo ya la acompañaba en prácticamente todos los actos públicos. Iba de su lado, a su derecha, pero a nadie le resultaba ya extraño. “Tú” se atrevió a decirme “apártate del lugar que me corresponde a mí”. El príncipe se había acercado hasta nosotros en cuanto nos vio aparecer, y cuando ya las tropas estaban formadas y en silencio. Me resultó absurda aquella orden que no pensaba cumplir, y pude ver que a ella también se le antojó peculiar, incluso graciosa. “Tutmosis” le dijo con una sonrisa burlona “lo único que consigues

con esto es avergonzarte a ti mismo. Vuelve al que realmente es tu lugar ahora". Ella además no perdía la oportunidad, si podía, de ponerle en ridículo. Me miró de reojo y yo tampoco pude esconder una sonrisa. Pero lo que me hirvió la sangre fueron sus siguientes insistencias. Una ofensa hacia mí hubiera podido consentirla, pero a ella jamás. No cuando además él no era nadie a su lado para reclamarle nada. No pude controlarme cuando habló de nosotros, cuando la acusó de rebajarse a mí como podría haberse rebajado cualquier mujer de las Casas de la Cerveza. "Y tú que dices ser tan noble, tan divina, la hija del dios, la heredera de las Dos Tierras, tienes el valor de presentarte aquí ante el ejército del lado de un aldeano al que tú has vestido de rey. ¿Y me acusas a mí porque nuestro padre quiso convertir en su esposa a mi madre? Pero tú, hija de Amón, permites que en tu lecho de oro e incienso un hombre indigno te gobierne".

Aún, con solo pensar en aquellas palabras, puedo sentir la misma ira que me dominó entonces. No sé por qué no fue ella quien le detuvo, por qué le dejó seguir hablando. Me hubiera evitado hacerlo a mí. En ese momento no fui consciente de que por algunos, por mis adversarios, podía haber sido interpretado como mi intención de acabar realmente con su vida, de mis presuntos planes contra el príncipe para dejar así el camino libre a mi pupila. Eso era lo que se decía entonces en ciertos círculos de la corte. Ella se dio cuenta perfectamente. Las circunstancias apoyaban esas suposiciones, porque el rey había proclamado que en tan solo tres meses, en primavera, traspasaría su realeza a Tutmosis bajo el control de su hija. Había pasado medio año desde su enfermedad, pero él mismo sabía que los dioses no le regalarían mucho tiempo más. No se recuperó del todo, y ahora sólo pretendía dejar bien sujetas las riendas del gobierno. Comprobaba lo que ella me dijo aquella noche.

Se puso ante mí y me obligó a guardar el arma, como si hubiera sido yo el causante de aquella situación. En ese momento vi en ella esa distancia, esa autoridad que se reservaba para todos excepto a mí. Una mirada tan cortante, que con su simple actitud me hizo obedecer sin nada más que objetar. Ni siquiera me di cuenta del daño que le había hecho mi reacción. Le había forzado a respaldar a su hermano. Pero después de ello, todo continuó como si nada hubiera pasado y cada uno aguardamos en un tenso silencio hasta que terminó la revisión, como si algo peor pudiera pasar al más mínimo movimiento.

"A sus ojos soy un trofeo". Me recibió con esas palabras tras mandarme llamar urgentemente. "Ha sido una suerte que los dos hijos mayores de esa estúpida estén muertos, pero viendo ahora la alternativa que me ha quedado…". Si me tenía que contar algo importante siempre lo hacía por las noches, en su habitación, ante los

únicos oídos de Sat-Ra. Su nodriza estaba constantemente presente, y de hecho, por aquellos tiempos, no recuerdo ni un solo encuentro entre nosotros en que no estuviera ella. Después, todo sería diferente, incluso al principio me resultaría extraño compartir una habitación únicamente con ella, los dos, sin nadie más.

Me había acostumbrado a Sat-Ra, y también sabía el gran cariño que ella me tenía. A veces nos miraba y sonreía. Nos cuidaba como si fuera nuestra madre, a pesar de que a mí me llevaba sólo un par de años. Para Sat-Ra ella era su niña desde el mismo momento en que la reina Ahmes la puso a su cargo, desde el primer día de su vida. No había ningún secreto suyo que no supiera. Eso implicaba por supuesto, conocerme a mí en todos los sentidos, personalmente y a través de lo que ella pensaba de mí. Allí en palacio ellas eran lo más parecido a mi familia que tenía. Para mí también fue un gran apoyo, pero esa noche, lo único que vi en ella era una mirada de advertencia.

"Les odio porque ellos no tienen nada" me siguió diciendo ella, sin ni siquiera volverse hacia mí, sentada en una silla mirando hacia la terraza. "Yo soy la hija de Amón. Él me prometió las Dos Tierras a mí, y no quiero compartirlas". Y de repente, se levantó, caminó por toda la habitación, mirando a Sat-Ra, y yo mirándola a ella. "No ha tenido valor de hacerlo" murmuraba. "Mi padre, ¡Mi padre! No ha tenido valor. Cómo ha sido capaz de dejarme tras la imagen de un niño que aún anda bajo las faldas de su madre y que tiembla al poner un pie más allá de los jardines del harén. A mí. Yo." Y yo la veía seguir caminando, pero mi prudencia me decía que era mejor no hacer nada. La dejé desahogarse. "Mi abuela no habría querido esto para mí. Si ella estuviera aquí esto no hubiera pasado. Si ella hubiera estado en el lugar de mi padre habría sometido a todos a sus decisiones". Al final ya no sabía si se lo decía a su nodriza, a mí, o sólo pensaba en voz alta. Estaba demasiado nerviosa por lo que había pasado esa tarde, en realidad por lo que se venía sucediendo desde que ella tenía memoria, y yo ese día no había ayudado para nada a mejorar las cosas. Se detuvo y me miró a los ojos. "Dime, ¿por qué tengo que soportarle?".

Egipto jamás había prescindido de un Horus, de hecho aquella situación era impensable. Le respondí de manera inconsciente con otra pregunta, que una vez dicha me arrepentí de haberla pronunciado. Se me ocurrió preguntarle qué haría sin un rey. Me miró como si me fuera atravesar ella misma, pero también encontré en ella un tono de súplica. "Reinar, como mi padre quiere que haga".

En ese momento, con una sola palabra que ella hubiera dicho, hubiera dado la orden de asesinarle. Después de aquella tarde ella les odió más que nunca y fue entonces cuando me ordenó explícitamente que mi nombre predominara sobre el de su hermano, y que jamás les mencionara en cada monumento que saliera de mis manos si no era

estrictamente necesario. Nunca atacó a su persona como tal, siempre a su memoria y al recuerdo que quedaría de él y su línea de la familia. Sin embargo, siempre esperé que aquella sentencia llegara, y quizás a ella se le hubiera pasado por la mente en alguna ocasión tomar medidas aún más drásticas, pero si fue así, no aludió jamás a aquella posibilidad, como tampoco lo haría después con su sobrino, aún sabiendo que era el motivo que podría hacerle caer del poder. Siempre tuvo demasiados escrúpulos cuando se trataba de la muerte.

Antes de despedirme vi en sus ojos que había algo más que quería decirme. Le pregunté que si estaba bien y me dijo que no. "¿Qué has hecho Senenmut? ¿En qué estabas pensando?". Al instante me di cuenta que desde que entré por esa puerta, se había guardado todo su desconsuelo. "¿Qué me has hecho?". Ella era precisamente a la que más le perjudicaron las consecuencias de nuestra irresponsabilidad, de su hermano y de mí. Por un instante temí que no pudiera soportarlo más, pero en seguida comenzó a darme instrucciones para solucionarlo de inmediato. "Mañana cuando vengas a despertarme te daré la orden de que reúnas a todos los nobles en audiencia. Ordenaré que no quede absolutamente ningún registro del altercado de esta tarde ni cualquier tipo de alusión. Una vez zanjado, no se hablará más de ello."

Dos

Badia se levantó de un salto de la cama en cuanto sonó el despertador, pero al darse cuenta de que aún quedaba mucho tiempo para marcharse, decidió tomárselo con calma. Corrió despacio las cortinas, encendió la música, y aún en pijama se quedó mirando al instituto al otro lado de la calle. Las primeras semanas le había resultado extraño estar allí sin nadie más, pero ahora ya se había acostumbrado a que no se encontraría con su hermana en la cocina del apartamento, ni tendrían que urgir a Jake y a Glenn que tenían alquilado el piso de abajo para ir a trabajar.

Ese día no tenía muchas expectativas, tan sólo acercarse a media mañana a los laboratorios a comprobar que todo se mantenía en su sitio, y regresar de nuevo a casa. Tampoco tenía ganas de mucho más. Era pleno verano, a esas horas ya hacía calor y la calima no contribuía a mejorar el ambiente. Se vistió sin ganas y fue a tomar algo de desayunar antes de recoger la habitación y prepararse para salir.

Bajó por las escaleras los cuatro pisos. Era un edificio viejo, no tenía ascensor como la mayoría del país, y ya era una costumbre no levantar la vista del suelo evitando resbalar con los peldaños de piedra pulida de tantas pisadas. Como cada día, se concentró en sus pasos hasta que salió al portal.

- ¿Alguna carta, algún mensaje para mí? – le preguntó al portero.

Y aunque desde que regresó no hubo una sola mañana que hubiera alguna novedad, también se había convertido en una costumbre.

- Hoy sí – le contestó con una sonrisa –. Han dejado este mensaje para usted.

Badia lo cogió sorprendida, pues a pesar de su insistencia diaria, no esperaba nada en absoluto. No era como antes, cuando cada día tenía notas insistentes del señor Donovan o de algunos de sus compañeros con citas, cambios de horarios, avisos, mensajes urgentes. Esta vez sin embargo era un simple trozo de papel escrito por uno de los lados. Reconoció la letra del portero, e inconscientemente lo leyó

allí mismo.

- ¿Cuándo ha llamado mi hermana? – se sorprendió –. ¿Ha dicho algo más?

Pues allí tan solo le había dejado el recado de que ese mismo día estuviera preparada en el laboratorio a las dos de la tarde, con el ordenador encendido, porque había solicitado conexión para hablar con ella. Tan sólo iban a disponer de media hora para poder hablar. Casi le tembló la mano, sabiendo que aquello sólo podía significar que había ocurrido algo malo. Desde que se marcharon del país, hacía ya casi un mes, no había tenido noticias de ellos, y casi lo prefería así.

- No ha llamado, señora – se encogió de hombros –, es lo que ponía en su mensaje que me ha reenviado la embajada inglesa a la recepción del edificio a primera hora.

- Gracias – dijo simplemente, sin saber qué esperar de aquello –. Muchas gracias.

Y con la nota aún de la mano, se encaminó rápido hacia el instituto. Subió las escaleras de entrada de dos en dos y una vez en el vestíbulo bajó hasta los laboratorios. Aquél era el único lugar privado, reservado exclusivamente para las investigaciones. Ni siquiera los estudiantes tenían acceso a él. En la planta baja había además un pequeño museo con todo lo que se había ido descubriendo en las excavaciones de la ciudad, una biblioteca, los despachos, y las plantas superiores estaban dedicadas a las clases de todos aquellos alumnos que estudiaban allí. Ese día poco le importó todo aquello, y ni siquiera prestó atención a alguna que otra persona que quiso pararla para hablar con ella.

Pasó de largo por el pasillo central del primer piso del subterráneo, dejando atrás todas las estanterías y pasillos laterales colmados de restos catalogados, hasta llegar por fin a la sala donde estaban realizando su proyecto. Al entrar cerró con llave y se detuvo un momento para mirar el interior, sabiendo perfectamente lo que tenía que hacer. Como cada vez, miró el termómetro que estaba en uno de los laterales de la puerta y tras comprobar que estaba como debía estar, a quince grados, respiró hondo bordeando las mesas para encender uno de los ordenadores. Mientras se encendía se recostó sobre el respaldo de la silla y leyó de nuevo la nota.

Durante ese mes no había hecho más que clasificar todo lo que habían estado estudiando esos meses, almacenando cada cosa en su sitio, procurando que no se perdiera nada, hasta que su equipo pudiera regresar de nuevo.

Badia sintió tras ella la presencia silenciosa del objeto central de su proyecto. Al entrar había mirado de reojo la mesa donde se situaba la cámara con el cuerpo de Senenmut que estaban recomponiendo, y de nuevo dio gracias por que no hubiera sufrido daños durante los

días que tuvieron que ausentarse. A la momia ya habían logrado implantarle ciertos tejidos y músculos a los huesos, pero debido al tiempo que pasaron en El Cairo estuvieron a punto de perderlo todo. Sin embargo, gracias al ayudante de su hermana que había conseguido entrar a allí y sellarlo en su cámara frigorífica al cabo de unos días, los restos se habían conservado. Cuando ella regresó a Luxor le dijo que habían empezado a crearse colonias de bacterias en ciertas zonas de los músculos que ya habían reconstruido. Él había logrado eliminar cualquier resto de contaminación y a partir de ahora se mantendría allí los casi dos años que Arianne tardaría en regresar.

Pero aunque no pudieran avanzar con él, había otras muchas cosas que aún tenían pendientes. Ahora había mandado solicitudes al Consejo de Antigüedades para que le concedieran los permisos de excavación para investigar en Deir El-Bahari y en Armant, pero de momento ninguna de ellas había sido contestada. Temía que su estancia se convirtiera simplemente en una espera, aunque al menos estaría allí para vigilarlo todo de cerca. Esa había sido la primera razón para quedarse y no iba a permitir que nadie echara todo aquello a perder; aún así, quería aprovechar el tiempo de alguna manera.

El sonido de los avisos del ordenador le sacó de sus cavilaciones, y de inmediato dejó todas las redes y conexiones preparadas para cuando su hermana le mandara las solicitudes para aceptar la conversación. Tras media hora vagando junto a las encimeras y las mesas vacías, deteniéndose ante la cámara sobre la mesa, apoyándose en la pantalla de cristal que daba a otra pequeña sala, de momento oscura pero que sería su escenario; al fin, una advertencia se abrió en la pantalla solicitando permiso desde Inglaterra.

- Aceptar, aceptar – susurró impaciente mientras pulsaba con fuerza el ratón.

El corazón le latía con fuerza, pero en cuanto vio la gran sonrisa de Arianne en la pantalla soltó en un suspiro toda su tensión. Dejó que fuera ella quien empezara hablar, con su típica emoción diciéndole que al fin le habían concedido permiso para tener conexión con ella después de varios intentos. A pesar de que sólo iban a disponer de media hora, sería suficiente para ponerse al día.

- ¿Te ocurre algo? – le acabó preguntando Arianne al haberla visto tan seria.

- No – dijo, sin haber olvidado su preocupación –, pero me has dado un susto de muerte esta mañana cuando vi la nota que habías dejado. Pensé que había pasado algo.

- Pues lo único que pasa – contestó acomodándose en la silla, con una media sonrisa –, es que quiero saber que tal está mi hombre.

- No es *tu* hombre – le sonrió ahora ya más relajada.

- Está bien… – rió –, quería saber que tal está *nuestro* hombre.

- Bueno, ahora ya bien.
- ¿Qué quieres decir? – sospechó por aquella matización.

Badia le explicó lo que había ocurrido, y vio que ahora era su hermana la que se ponía seria.

- Menos mal – suspiró –, todos los tejidos que le hemos aplicado son perfectamente reemplazables. Hubiéramos perdido tiempo, nada más, pero si hubiera llegado a los restos…
- Pero no ha pasado – le cortó, intentado olvidar el tema.
- Apártate un poco – le pidió Arianne –, déjame que lo vea.

Badia estaba justo en medio de la cámara del ordenador y la mesa sobre la que estaba la nevera.

- Bueno – le dijo mientras se arrastraba con la silla hacia un lado para dejarle ver, indicándole con la mano al final de la sala –, tendrás que imaginártelo ahí dentro.
- Ya – sonrió anhelante, apoyando la barbilla sobre su mano –, me lo imagino. Pues ahora cuídale, y haz todo lo que te haya dicho mi ayudante.
- Lo sé. Y vosotros, ¿qué estáis haciendo ahora?

Por el fondo que había tras ella adivinó que Arianne estaría en su despacho del Museo, y no entendió por qué no estarían con ella el señor Donovan o Jake, o Glen, para hablar con ella.

- Hace un rato que he llegado al despacho – le confirmó –. He empezado a trabajar ya en el chip que implantaremos en el cerebro. No te puedo contar mucho más porque ni siquiera lo hemos programado. Aún queda ver si funciona, probarlo, mejorarlo… ya sabes. Glenn está el Botánico preparándote un bonito jardín. Está probando semillas para llevarlas a Luxor cuando volvamos. Y Jake de momento se está encargando de las visitas que te debería tocar guiar a ti y de todas tus cosas. Creo que hoy le tocaban un par de grupos por la tarde, y la semana pasada terminó con el artículo ese que tenías que mandar a no se qué revista. Todos me han dado recuerdos para ti. Bueno, y el señor Donovan sigue como siempre, qué decirte que tú no sepas. Y… – continuó tras darse la vuelta un momento para mirar la hora –, creo que ahora me tienes que contar tú rápidamente antes de que se nos acabe el tiempo.

Badia la escuchó, deseando por un momento estar allí para darles las gracias a todos personalmente por el trabajo extra que tenían que realizar en su lugar.

- No te preocupes – le dijo Arianne al ver que dudaba –, me han garantizado que esta conversación sería confidencial.
- Ya – contestó, sin fiarse del todo, pero aún así le contaría las novedades que habían ocurrido ese último mes.

Le habló sobre lo que había estado haciendo esos días en el instituto, y también sus intenciones de seguir excavando en las zonas

que tenían previstas para las siguientes campañas.

- Pero... – le advirtió con un cierto tono de misterio –, aunque todavía no me hayan contestado, el jefe del Consejo me mandó el otro día un e-mail diciéndome que vendrá a visitarme la semana que viene. No me ha dicho nada aún de lo que quiere decirme, no sé, estoy nerviosa, no sé si será para bien, para decirme que finalmente me conceden los permisos para las excavaciones en Deir El-Bahari o Armant, o todo lo contrario.
- Tendrás que esperar entonces.
- Si me los niegan tengo pensado comenzar con los esquemas para ir organizando un poco lo que será la entrevista, con todos los datos que hemos conseguido hasta ahora. Ya sé que no es lo que teníamos pensado, y que quizá para ello es demasiado pronto y que debería estar también Jake aquí, pero si no puedo hacer otra cosa… También he pensado ir al sur si el señor Donovan lo acepta y si es que puedo ponerme en contacto con él. Aunque ya hemos excavado allí sé que aún hay zonas intactas. Él también quería dirigirse allí alguna otra vez antes de terminar con esto. Podemos sacar aún mucha información de aquella zona.
- Badia – le detuvo –, ¿sabes lo que estás diciendo?
- Lo sé perfectamente – le respondió tajante.

Ambas sabían que en el sur no tendrían problemas para excavar porque desde Kom-Ombo y Asuán hasta la frontera de Sudán no estarían bajo el domino de ningún poder. No había ley que les pudiera prohibir nada, únicamente eran las mafias las que les garantizaban el acceso y su seguridad, y a Arianne era eso lo que no le daba confianza. Las dos veces que habían estado allí al menos tenía la certeza de que su integridad estaba asegurada porque el señor Donovan se encargó de pagarles cantidades desorbitadas por su seguridad. Aún así ella tuvo miedo, a pesar de que Badia parecía estar encantada en aquellos parajes semidesérticos, sin preocuparle en absoluto las guerrillas de los jefes locales y los hombres armados que les vigilaban. Esta vez estaría sola por mucho que de nuevo estuviera respaldada por el dinero de su jefe si él le concedía el permiso.

- No te precipites… – le advirtió.
- Sé lo que hago – contestó con un tono intransigente –. Si consigo el dinero suficiente, por el señor Donovan o por otros medios, iré allí.

Miró hacia otro lado, sabiendo que no merecía la pena discutir ahora. De hecho no le apetecía ni tenía ganas.

- Aún nos quedan cinco minutos – le habló Arianne, como si de inmediato lo hubiera olvidado todo.

Pero a pesar de que podrían haber estado hablando durante horas, se quedaron mirándose en silencio.

- ¿Y qué tal tú todo en casa? – le preguntó Badia.
- Bien – se encogió de hombros –. Los niños bien, en la escuela, tu cuñado trabajando, yo aquí. No hay mucho que contar, la verdad, lo de siempre. El domingo pasado fui a buscar a mamá y nos pasamos un rato por tu casa para abrirla y ventilarla. Por cierto, se enfadó mucho cuando le conté lo que habías hecho.

Badia asintió levemente, conteniendo una sonrisa, pues se imaginaba que Arianne habría tenido que aguantar el enfado de su madre como si hubiera sido ella la que hubiera tenido la culpa. También sospechó que se le pasaría enseguida y que ahora estaría echándola de menos. Siempre las trató a ambas por igual, como si las dos fueran sus propias hijas, y nada de eso cambió cuando su padre faltó.

- ¿Y qué tal está ella?
- También bien, bueno, ya sabes – sonrió –, quejándose de vez en cuando, pero bien.
- Bueno… – comentó al mirar el aviso en rojo en la pantalla de los segundos que ya apenas les quedaban.
- ¿Te arrepientes, Badia? – le preguntó antes de que se cerrara la pantalla, queriendo saber si ahora que podía ver la situación con perspectiva no le parecía tan maravilloso lo que había hecho.
- No – contestó segura –, claro que no.

Al volver a ver a su hermana se dio cuenta de las muchas cosas que había perdido, porque no podría volver a Inglaterra en muchísimos años. Arianne ya se lo advirtió la última noche antes de marcharse. No era fácil salir del país, más bien casi imposible cuando además se trataba de un destino que no fuera Francia, y más ella que había negado ante las máximas autoridades de su nacionalidad. No tendrían contemplaciones al negarle los visados, y ella tampoco se rebajaría a pedírselos porque no lo deseaba. A cambio había conseguido otras cosas que para ella siempre habían sido lo más importante. Quedarse. Le hubiera gustado no renunciar a lo que con tanto esfuerzo había conseguido en Inglaterra, pero cuando se sentó ante aquella gente en la cafetería del hotel de El Cairo supo que esa vez debía que elegir. Eligió lo único de lo que no podría prescindir.

Después de que la ventana se quedara negra con una frase en amarillo en el centro que le decía que su tiempo había terminado, aún se quedó un rato más traspasando la pantalla con la mirada. Cuando advirtió el silencio que la rodeaba se dio cuenta de que también tenía frío. Llevaba ya un par de horas allí dentro y hasta entonces no se había percatado de que estaba en manga corta. Fue al perchero y se puso la chaqueta y la bata del laboratorio para el tiempo que le quedaba por estar allí. Se entretuvo un rato mirando el correo y alguna que otra cosa en Internet, hasta que supuso que ya se habrían

marchado todos los estudiantes. No deseaba encontrarse con todo ese tumulto de gente a la entrada del instituto. Lo único que aún persistía cuando salió fue ese calor que le golpeó nada más cruzar al otro lado de las puertas.

Tenía hambre y bajó hacia la ribera hasta llegar al puerto desde donde salían los barcos y ferries para cruzar al otro lado del Nilo. Ese día no le apetecía regresar tan pronto a casa. Alargó el tiempo sentada en un pretil a la sombra de las palmeras, perdiéndose más allá de la otra orilla, imaginando todas las maravillas que se escondían tras los riscos y que conocía tan bien. Al volver la mirada hacia las tiendas del puerto, la gente yendo y viniendo, algunos turistas esperando a subir a los barcos… se dio cuenta lo mucho que había cambiado Egipto desde que ella era pequeña. Lo notó la primera vez que regresó y de nuevo lo confirmaba. El ambiente tan europeo que antes sólo lo hubiera encontrado en la capital, ahora se había extendido al resto del país. Era ya raro ver a las chicas jóvenes que usaran el velo, tan solo las mujeres más mayores mantenían esa costumbre. También los hombres habían dejado de usar barbas y ya cualquiera caminaba por la calle sin importar con quién o a dónde iba. A veces, al pensar en ello incluso le resultaba extraño, cuando para ella, de niña, mientras vivió en Armant y las pocas veces que habían visitado Luxor, todo eso había sido lo normal.

Antes de levantarse para volver a casa pensó por un momento en la pregunta que le había hecho su hermana antes de colgar. Ella quería estar allí. Y como tantas veces, tuvo la certeza de que Arianne jamás la comprendería.

2

A lo largo de su vida muchos la cuestionaron. Dijeron que yo era el responsable de todos y cada uno de sus actos, dijeron también que era yo el que realmente gobernaba tras ella. Eso no es cierto. Todas sus cualidades eran extraordinarias, pero yo le di la experiencia que a ella le faltaba. Le enseñé todo lo que yo sabía, ordené a los mejores maestros que la educaran, todo conforme a lo que su padre me había ordenado. Tenía que convertirla en rey, pues para él ya no existía otra persona mejor que ella para sucederle. Durante esos años entré en contacto con las personas más destacadas del reino, y de todas ellas fue el Primer Profeta de Amón, Hapuseneb, el que desde el principio me ofreció todo su apoyo. Él la cubrió con todos los honores del dios mientras yo sacaba de ella toda su valía.

Pero tras la coronación de su hermano Tutmosis como rey en corregencia con su padre, el ascenso de ella a Esposa Real, y con una hija de la que muchos tenían sus dudas para llamarla Hija Real, la situación en la corte se agravaba cada día. El débil equilibrio era ya insostenible, y estalló tras la muerte de su padre, pues su persona era la única que hasta entonces había mantenido unidas las diferentes facciones. Fueron meses muy difíciles. Los recuerdo incluso más que los últimos años de mi vida. Veía intrigas y peligros allá donde miraba. Recelaba de todos, cada uno que venía a mí, incluso en audiencia, creía que era para matarme, si me invitaban a alguna comida apenas podía disfrutarla pensando que estaba envenenada. Ni siquiera cuando estaba con ella en lo más seguro de sus aposentos, o en el templo en las capillas más sagradas de Amón. En todo momento tenía ese presentimiento de que todo tipo de peligros se me echaban encima.

Bien sabía que todo aquello era por mí, porque también en ese momento en que el rey murió, nuestra situación se volvió más complicada. Ya no podía protegerla como antes alegando a la autoridad que su padre me había otorgado sobre ella. Pero en vez de alejarse, aprovechó su posición y su poder para elevarme a los puestos más altos del gobierno. Sabía que ella también tenía miedo aunque no

me lo demostrara, y eso le hizo convertirme en la persona que controló hasta el más mínimo detalle de palacio. Estoy seguro que eso, en vez de favorecernos, precipitó todo lo que estaba por venir.

Pronto logré olvidar todos mis temores, me relajé, y aunque en ese momento no era consciente, más tarde me tendría que lamentar. Me veía a mí mismo invulnerable. En tan sólo unos meses la Casa del Rey estuvo en mis manos y muchas funciones sagradas de la familia también dependían de mí. Quizá mis oponentes entendieron eso como una evidencia de mi posición junto a la reina, temiéndolo como una anticipación a mis intenciones de apartar a su hermano del poder. Para mí, era estar por encima de todos ellos. Nada en palacio ocurría sin que yo lo supiera. Y junto a palacio, siempre iba el templo. Precisamente allí estaba Ineni, que era el rostro de mis oponentes políticos. Todo aquello lo vio como la última amenaza antes de ser atacado directamente. No puedo negar que ansiaba su puesto, pero con él no tenía prisas para que el tiempo y los dioses decidieran en mi lugar. Él, como mayordomo de Amón, aún concentraba en sus manos más poder que yo, desde una visión general del reino. Y además era el confidente personal del rey. Todos sabíamos que la mayoría de los actos del joven Tutmosis eran amoldados por él. A ojos de la corte la guerra era entre él y yo.

Ineni ya era viejo cuando yo le conocí, y extremadamente inteligente también. Pero ya no había nada que pudiera hacer a mi lado. No me preocupaba demasiado, porque de manera extraoficial ya tenía asegurado ese puesto, y él también lo sabía. Durante esos años no hubo otra cosa que me importara más que ir acumulando puestos, posiciones y poder. Y quizá me volviera un poco imprudente, pues en ocasiones llegué a pensar que los dioses miraban por mí tanto como si perteneciera a la familia real. De Ineni… es cierto que aprendí mucho de él, de hecho teníamos que trabajar juntos a menudo. Él era el responsable de todos los trabajos y obras que se realizaban en Egipto, y yo, como representante de la reina y jefe de todas sus posesiones, era el que me encargaba de velar por su progreso.

Desde hacía un par de años ella le había pedido que realizara su tumba y un templo a su memoria. Después todo aquello lo terminaríamos Hapuseneb y yo, pero de momento tenía que soportar ver cómo en aquellas paredes se iban levantando realidades que no eran del todo verdad. Ineni jamás la reconoció a ella como lo que era y siempre era el motivo de nuestras discusiones.

Un día cuando una de las salas de la tumba estuvo lista para empezar a pintar, Ineni nos llamó a ella y a mí para que fuéramos a dar nuestro visto bueno. Me sentí frustrado al ver cómo allí lo único que hacía era dejarla en un segundo plano, como una simple esposa del rey, callando todo su verdadero poder. Me puse a la defensiva,

pero ella me hizo callar para darle la razón a él. “Me gusta”, declaró. “Buen trabajo Ineni, está bien así. Volveré cuando esté terminado”. En ese momento no entendía cómo parecía conformarse con lo que Ineni le mostró. Yo veía sus miradas de resignación, me miraba a mí y suspiraba. Ahora entiendo que lo único que estaba haciendo era esperar, pero para mí era únicamente una forma de perder lo mucho que habíamos conseguido.

Mi problema fue confiarme demasiado, pensar que detrás de él la oposición era un simple espejismo que se desvanecería cuando él ya no estuviera. Tampoco me preocupaban las intrigas del harén de las que me llegaban rumores, ni le di mucha importancia a lo que ella me comentaba sobre el nuevo hijo de su hermano con Isis, una de las concubinas, y que pensaba que eran simples celos. Debí escuchar también a Hapuseneb, que tantas veces me advirtió.

“Mira, es ese”, me dijo ella un día en que fuimos a las residencias del harén. Estábamos en los tejados porque no quería que nadie nos viera, y desde allí pude ver en uno de los patios a una mujer joven, que no debía superar los dieciséis años y jugando con un niño en sus brazos. Me quedé mirándolos, pero me resultaron insignificantes. Cómo podía tener celos de aquella simple mujer, ella que era la Señora de las Dos Tierras, con una hija a la que yo estaba procurándole la misma educación que a su madre, preparándola para que ella fuera su heredera. Era porque esa concubina le había dado un niño y temía que de nuevo la tradición se impusiera, aunque ya debería saber que eso no significaba nada. Pero ella me decía que sí, que eso lo cambiaba todo, que ahora existía un heredero varón en el que muchos verían al Horus Viviente. “Y Tutmosis se siente orgulloso de presentarlo como su hijo, ¡antes que a mi propia hija!”, les seguía criticando. “Y además se ha atrevido a ponerle el nombre de mi padre. Le odio”.

Pero yo más que eso temía que con él, mi nueva pupila, su hija Neferura, se viera supeditada como a ella le había ocurrido con su hermano. Quizá ella también viera que la situación se repetiría y era eso lo que le tenía tan irritada. Se dio la vuelta, apoyándose de espaldas en la repisa. Yo les observé un poco más. Al escuchar las risas que me venían del patio, de las otras concubinas adorando aquel niño como si realmente fuera un hijo real, juré que no iba a permitir que a Neferura le ocurriera lo mismo. Ella me la había confiado como su mayordomo, su maestro, su preceptor, todos los cargos que yo había ejercido con ella misma, pero además, entre todos esos títulos me la entregó como su padre.

Estaba demasiado seguro de mí mismo, y quise decirle que confiara en mí. No me dio tiempo, cuando se volvió hacia mí pasándose las manos por la cara, como si le hubieran escapado

algunas lágrimas. “Estoy embarazada, Senenmut”. Lo dijo con tal indiferencia que llegué a pensar que no lo deseaba, pero yo me volví a ella con un nudo en la garganta. No sé con qué cara debí mirarla, porque en seguida, al mirarme de reojo y a pesar de las circunstancias, se echó a reír. “¿Tan extraño te resulta?”, pero al momento bajó la cabeza, afligida.

* * *

A pesar de la situación no mostró reparos en elevarme aún más hasta casi rozar sus mismos privilegios. Intentó adjuntarme a los trabajos de Ineni en el templo, y me concedió cargos que sólo le correspondían a él. Se sintió amenazado, él y todos los que no estaban de acuerdo con aquella política. Ni ella ni yo hicimos mucho caso a las posibles amenazas, pero todas aquellas circunstancias precisamente fueron la mezcla que casi me hicieron caer.

Ineni también era el mayor apoyo para Tutmosis, el hijo de su hermano e Isis, a quien juró que ayudaría para que él fuera el rey. Esto lo supe por Hapuseneb después de que el complot se desatara, al indagar en las opiniones del templo; y aunque tarde, entendí que en algún momento se tenía que haber sucedido algún ataque hacia mí. Me pareció lógico después de que ocurriera. De poco me servía ya saber que él planeaba apartarme del poder desde hacía mucho, pero me hizo prudente y me marcó para todos mis actos en el futuro. Ya no dejaría nada al azar.

La declaración del nacimiento de un posible heredero, que muchos decían que tampoco sería de sangre completamente real, aceleró los planes de Ineni y entre los que debió haber gente muy poderosa. Tardaron sólo dos semanas en ponerlo en marcha, cuando además coincidió con una recaída del rey de la que tampoco dudaron en echarme la culpa, a pesar de que su salud siempre había sido delicada. Si yo hubiera muerto, al menos me hubiera consolado que él no me habría sobrevivido muchos meses más. Lo que jamás le hubiera perdonado es que le hubiera ocurrido algo a Neferura.

Por aquel entonces yo ya era Superior de los Profetas de Montu en Iuny. Fue uno de los primeros cargos religiosos que había ocupado y ella me había concedido ese honor por ser el dios de la ciudad donde había nacido. Eran las fiestas de Montu, y al haberme otorgado también el derecho para decidir sobre una parte de las obras de Egipto, aproveché esa oportunidad. Y aunque no tenía intención, aquello fue tomado como una provocación. Lo primero que hice fue encargar unas estatuas mías con Neferura y otras de mis padres para ponerlas en el templo y que el dios supiera siempre de mí y de los favores tal altos con los que me obsequiaba la Señora de las Dos

Tierras.

Ese día también Neferura me acompañaba. Siempre quería venir conmigo allá donde fuera y ese día con más razón porque le dije que tenía una sorpresa preparada para ella. Le gustaba estar en Iuny, en la casa de mis padres, con ellos, con mis hermanos. Teníamos un jardín y un pequeño huerto. Recuerdo cómo mi madre la sacaba a jugar allí con los animales cuando aún casi no sabía ni andar. Por aquel entonces solía llevarla a menudo, sobre todo porque su propia madre me lo pedía. Decía que sospechaba, que era mejor mantenerla a una prudente distancia del palacio hasta que la situación fuera segura. A mí me parecía que exageraba, pero la complacía para que estuviera tranquila, además, no me importaba en absoluto, todo lo contrario. Adoraba estar con Neferura. Cómo la quise… ¡siempre parecía faltarme tiempo para estar con ella!

Ese día salimos pronto, una barca nos estaba esperando en el embarcadero de Amón para llevarnos a Iuny. Las estatuas ya habían sido cargadas la tarde anterior. Eran de diorita, la piedra negra, más hermosas a esas primeras horas de la mañana en que la luz les hacía estar aún más brillantes. Me sentí orgulloso con mi primer trabajo de obras. Nada más subir al barco, Neferura se me escapó de las manos y corrió hacia ellas. "¿Te gustan?" le pregunté, pues a pesar de que no tenía ni siquiera cuatro años, quería saber también su opinión. Eran más del doble de altas que ella y era evidente que las miraba asombrada. La cogí en brazos y se empezó a reír, señalándome que ahora era más alta que yo y que las esculturas. Se pasó la media hora que tardamos en llegar dando vueltas alrededor del mástil donde estaban sujetas, pidiéndome que le leyera lo que ponía en esas estatuas y buscando su nombre y el mío entre los jeroglíficos.

Habría sido un día perfecto, pero ya estaba planeado para que ni siquiera pudiéramos desembarcar. Sabían que yo sería el último en bajar junto a mis obras. Siempre fue muy típico de mí quedarme hasta el final comprobando que todo salía como había ordenado. Yo apenas me di cuenta de lo que ocurrió hasta que ya hubo pasado. Todo el pueblo había salido a recibirnos al embarcadero de Iuny. Los sacerdotes y detrás de ellos mi familia y mis amigos más cercanos. Neferura bajó con Pennejebet, un antiguo militar que empezó su carrera en las guerras de reunificación con el rey Ahmosis, muy respetado en la corte, y una de las principales personas que había aconsejado al rey Tutmosis y a su hija. Él había sido nombrado por ella como el mayordomo de Neferura en los primeros dos años de su vida, antes que yo, y ahora era su escolta. Varios sirvientes y sacerdotes del templo de Amón bajaron después con las ofrendas al dios, hasta que ya sólo quedamos los marinos del barco y yo. Yo mismo me agaché para empezar a cortar las cuerdas que sujetaban las

estatuas.

No recuerdo siquiera que llegara a poner una rodilla sobre el suelo. Lo siguiente que vi fue a mi madre entre tinieblas, y sus manos con un trapo de lino frío sobre mi cabeza. Y voces, susurros, pero que se me clavaban como agujas en la sien. Pronto empecé a reconocer a todos los que me rodeaban, cada rincón de la casa de mis padres y cuando vi a Neferura pude adivinar de inmediato por qué estaba allí. Pennejebet la tenía sujeta delante de él, impidiéndola que viniera a mi lado. Yo estaba sentado en una silla, apoyado contra la pared. De un lado me sujetaba mi hermano y por el otro mi madre. Justo en el umbral estaba mi padre hablando con alguien. Miré a todos, exigiéndoles que me contaran lo que había pasado, quise levantarme, enfadarme, pero ni siquiera tenía fuerzas para hablar. Miré hacia la puerta, y por el sol que entraba adiviné que estaba apunto de atardecer.

"Senenmut", Hapuseneb entró del lado de mi padre, y realmente me sorprendió escucharle. "La Señora de las Dos Tierras personalmente me ha ordenado que venga a buscarte y que te custodie yo mismo hasta palacio". Lo dijo en voz alta, urgente, para que le escucharan todos los servidores que esperaban al otro lado. Supe que también quería advertir así por lo sucedido, con su simple tono de voz. "¿Dónde está ella?" le pregunté, casi de manera instintiva. Hapuseneb simplemente asintió con una expresión que me delató que había sido mucho más fuerte su prudencia. Aún así había mantenido la esperaza de verla aparecer.

Regresamos a Tebas y en ningún momento Hapuseneb se apartó de mi lado. No me quiso contar nada por el camino, porque sabía que podía haber mil oídos escuchándonos. "Déjame a mí esta vez" me susurró en cuanto salimos de la casa de mis padres. "Deja que yo me ocupe de todo, ¿de acuerdo?". No me quedó más remedio que asentir, por la única razón que no hubiera sabido cómo proceder al no conocer las circunstancias que él y toda la ciudad ya parecían saber de sobra.

Intenté mantenerme en pie hasta que llegué a mi habitación, pero no me encontraba bien en absoluto. Me tumbé en la cama y empecé a temer que el golpe dejara algún tipo de huella en mí. Por un momento no me importó otra cosa que no fuera quitarme ese dolor de cabeza insoportable y que el mundo dejara de moverse a mi alrededor. Escuché que Hapuseneb me hablaba, pero ya no le presté atención.

En ese tiempo no pensé ni un momento en todo lo que aquello abarcaba, más allá de ese dolor que no me dejaba pensar. Creo que me quedé dormido y no sé cuanto tiempo pasaría hasta que vino ella. Me despertó con el sonido brusco de las puertas. Las abrió de par en par y al instante estaba a mi lado, arrodillada sobre mi cama y como si

tuviera que comprobar por ella misma que realmente era yo. “¿De verdad que estás bien?” me repetía. Me incorporé mientras ella no dejaba de tocarme la cara, el pecho para comprobar que mi corazón seguía funcionando, pero cuando me empujó un poco de lado para ver detrás de mi hombro y puso su mano encima, la sentí palpitante, ardiente, como si la piel fuera a estallarme. Contuve un gesto y ella retiró la mano. Vi en su cara el alivio, porque podría haber sido mucho más grave. Volvió a mirarme mientras me apretaba fuerte de la muñeca. “Estás vivo”, me susurró, pero lo dijo casi de una manera anhelante, como si me hubiera perdido y recuperado de nuevo. Noté también que le temblaban las manos, a pesar de que su voz era firme. Al momento se volvió para dar órdenes a todos los que se encontraban también allí. Dejé que me vieran sus médicos, que sus magos me trajeran amuletos y recetas y que ella misma se encargara de hacer ofrendas de incienso a los dioses en el altar de mi habitación.

Se hizo de noche, y fue despidiendo a todos hasta que sólo quedamos Hapuseneb, ella y yo. Ella se sentó al borde de la cama y Hapuseneb acercó una silla a su lado. No queríamos que ni siquiera los guardias que esperaban en la puerta pudieran oír una sola palabra. Me lo contaron todo y sus sospechas. No dije nada porque coincidía con ellos. Era demasiado evidente lo mucho que algunos deseaban mi muerte, pero de nuevo les dije que estaba vivo. No iba a consentir que aquello se repitiera de nuevo.

Hapuseneb nos despidió, pero ella parecía no querer separarse de mí. Esperó a que se marchara para mirarme detenidamente. La observé mientras lo hacía, a una prudente distancia, como si temiera tocarme, como si ya no fuera el mismo.

El miedo me inundó en ese momento, al ver su rostro desolado, la manera en que me aferraba a ella con sólo mirarme, y cuando fui capaz de abarcar aquel ataque desde todos los puntos de vista. “Estoy vivo” le repetí por enésima vez. Ella asintió. Yo quizá por ese amparo que me reportaba el poder y ella porque jamás había conocido otra cosa que la seguridad y la inmunidad de su divinidad y todo lo que la rodeaba. Hasta ese momento habíamos visto el mundo a través de esa evidencia, hasta que fuimos conscientes del peligro real que atañía estar en la cúspide. Fue entonces cuando se dio cuenta que era vulnerable, como yo, y cómo todo lo que había levantado para ella podía desvanecerse de un día para otro.

Podía tener la certeza de que a ella jamás la tocarían. Su posición era demasiado valorada por todos y cada uno de los cortesanos, y su talento único; pero conmigo era diferente. A ella sólo querían frenarla. Era yo el que realmente hacía peligrar lo que ellos consideraban el orden del mundo; en realidad una simple justificación para apartarme del poder por considerarme indigno de él. De hecho a ella la

admiraban hasta mis oponentes. Había nacido para gobernar, para ocupar el poder, y Amón la quería en él. Nadie lo negaba, pero deseaban que se mantuviera en el lugar de una mujer.

Jamás supimos exactamente quiénes estuvieron detrás porque quiso dejarlo pasar. Al mismo día siguiente me reincorporé a mis actividades. Aún no me encontraba demasiado bien, pero no quería dejar que pusieran en duda mis capacidades. En cuanto la escuché hablar en la audiencia, supe en seguida que esa mañana había estado hablando con Hapuseneb antes de dirigirse a la sala del trono. Ese día había sido él quien había ido a despertarla con los primeros emisarios, no yo, como solía hacer. La noche anterior, antes de salir de mis aposentos ella me había dicho que no me levantara hasta que el visir abriera el palacio y convocara la audiencia. Me dijo que necesitaba descansar. Yo lo acepté sin más, pero entonces, al oír sus sentencias ante la corte, su determinación sin atreverse a mirarme, supe que no quiso que estuviera presente esa mañana. Dijo que fue un accidente al haberse desprendido el mástil. Nadie la creímos, pero era su palabra.

Entre los dos habían concluido no iniciar un proceso, y sabían que eso me molestaría. Sabían que yo me hubiera opuesto, y de esa manera lo único que podía hacer era limitarme a aceptar su decisión. La escuché, y reconozco que me sentí furioso por mí, por ella, por tener que rebajarnos a las circunstancias que imponían unas personas que no significaban ni la mitad que nosotros. Ella, sumiéndose hacia su hermano y el éxito de esa concubina. Era eso lo que me exasperaba. Lo único que me vino a la mente una y otra vez durante la audiencia fue imaginarme la cara de triunfo de esa mujer, pues aquella actitud de parte de la Gran Esposa Real sólo conseguiría fortalecerla, a ella y hacia el heredero al trono que de momento era su hijo.

No intervine, no dije nada, y en cuanto se abrieron las puertas del salón salí rápido de allí. En ese momento no hubiera podido controlarme y quería evitar que nadie se dirigiera a mí. Sentía que todo mi esfuerzo, todos aquellos años a su lado, las promesas que le había hecho a su padre una vez; veía que todo aquello se me escapaba de las manos. Ahora precisamente era cuando había que actuar. El rey estaba enfermo, su hijo apenas superaba el año, su madre era una simple mujer del harén. Y luego estaba ella, nacida del dios, de sangre real, con una hija de esa misma línea y apunto de tener quizá un heredero que les desplazara completamente, y al fin unir en sus hijos todas sus ambiciones. Tan diferente, con tanto poder en su persona, y completamente legítima; pero con esa obsesión que la empujaba a mantener su dignidad intacta y mostrarla así al mundo. A veces creo que fue eso lo que nos detuvo a la hora cumplir definitivamente sus sueños. Aquél fue uno de esos momentos decisivos, y lo perdimos. Quizá si hubiera sabido que sus expectativas no se iban a cumplir, a lo

mejor habría cedido. O no. Tengo que reconocer que seguramente hubiera hecho lo mismo. Muchas veces se quejó de que su padre no había sabido romper con la ley en su favor, pero ahora puedo ver que ambos eran iguales, y que siempre siguió sus pasos.

Mientras estaba en mis aposentos me daba cuenta que ya no tendríamos jamás otra oportunidad como aquella para apartar del poder a nuestros opositores por una razón justa. Pero al final me resigné a aceptar sus decisiones, pues empecé a dudar de que mi juicio fuera el correcto. Quizás ellos tenían razón, quizá fuera mejor así. Porque en realidad, qué iba a poder hacer cuando Ineni a pesar de todo seguía controlando tanto el templo como Mayordomo, como la ciudad, por ser Alcalde de Tebas. Entendí entonces su paciencia y su resignación, porque a pesar de todo, cuando la vi aquella mañana no distinguí en ella ningún atisbo de derrota, tan sólo ese temple impasible propio de un rey. Ella había declarado que todo continuaría según su mandato y la orden de Amón, lo que se traducía en olvidar el incidente, en continuar como si ese día jamás hubiera existido. Conforme pasaron las horas incluso me convencí que había sido la mejor solución. Aún así, al final de la tarde volvieron a surgirme las dudas. Me había calmado, ahora ya podía razonar sin desesperarme y decidí que lo mejor que podía hacer era ir a hablar con ella.

Me dirigí a sus aposentos cuando intuí, por el sol, que ya habría vuelto del templo de Amón de realizar los últimos ritos del día. Cuidando la puerta estaba Nehesy, un nubio que su padre había traído para ella de sus campañas cuando estuvimos luchando contra Kush. Desde entonces se lo asignó como su guardia personal para que se convirtiera en su sombra. Nos llevábamos bien y siempre me apoyó en todo momento. Él, junto a Sat-Ra, era el único que sabía con certeza de nosotros, y muchas veces se convirtió en mi cómplice. Llegué a contarle cosas que a ningún otro habría dicho. Al verle allí, no me quedó ninguna duda de que ella estaba dentro, y también que no quería ser molestada por la manera en que su lanza cubría la entrada. Su actitud cambió al verme, sonrió y me dejó pasar.

Cuando entré no vi a nadie, pero escuché susurros al otro lado de la cortina de abalorios de madera, en el baño, así que me senté en una silla junto a su tocador y me quedé mirando la tarde a través de las columnas, esperando simplemente. “Senenmut” me dijo, y cuando me giré para mirarla me di cuenta que se había llevado una sorpresa al verme allí. Sin saber por qué, no supe qué contestarle, y si pretendía que le diera una explicación por haberla interrumpido. No parecía enfadada, pero tampoco tuve la sensación de que estuviera deseando verme hoy. En cuanto Sat-Ra salió detrás de ella se dedicó a arreglarse como si yo no estuviera presente. Y yo seguía mirándola, mientras estaba sentada al borde de la cama y su criada le echaba sus cremas y

sus cosméticos, hablando de asuntos triviales.

Era tan extraño pensar que era la misma persona que veía cada día al otro lado de esas puertas. Se levantó cuando Sat-Ra se retiró a una orden suya a recoger el baño, y aún se quedó mirando el sonido del roce de las cortinas antes de volverse con una mirada que me heló la sangre. “Me vi sin ti”, me dijo. Me asusté, porque pocas veces la había visto de esa manera, tan rígida, como si nada ya pudiera hacerle daño. Dio un par de pasos y continuó hablándome. “Sentí que ya no iba a poder contar contigo nunca más, que no te iba a volver a ver. Y me di cuenta que hubiera podido continuar, que era perfectamente capaz de seguir sola. Me sorprendí a mí misma al tener la certeza de que hubiera podido hacerlo. Hubiera volcado todo en Hapuseneb, lo sabes. Antes de que saliera a buscarte ya dividí tus poderes entre mis hombres más fieles, con la seguridad de que iba a ser así a partir de ahora. Y pensé… me imaginé…”. Pero en ese momento dudó, me desvió la mirada y respiró hondo para continuar. Sabía que a pesar de que no quisiera demostrarlo le dolía todo aquello que me estaba diciendo.

“Me imaginé cómo habría sido todo si tú no hubieras aparecido en mi vida, si mi tía Meryt-Amón no te hubiera recomendado en la escuela de oficiales, si tu madre jamás hubiera decidido entrar a su servicio, si… se me pasaron tantas cosas por la cabeza, Senenmut”. Calló, pero esta vez sin dejar de mirarme, como si tuviera que comprobar por enésima vez que realmente había sobrevivido. “Y ahora que te lo he dicho, quiero olvidarlo para siempre”.

Años después me contaría con detalle, en diferentes conversaciones, lo que había ocurrido en palacio mientras yo estaba inconsciente en Iuny en la casa de mis padres, cómo habían dejado todo preparado dando por hecho que ya no iba a regresar. No sabía muy bien cómo sentirme por sus palabras, porque a la vez que estaba orgulloso por su cautela, no dejaba de sobrecogerme su alusión a una vida sin mí, ya no en un futuro, sino también en su pasado. Sin embargo, en ese momento ninguno de los dos quería darle más vueltas. Como me había dicho, ya había pasado. Tras unos instantes de duda, volvió a ser la misma de siempre y acabó dibujando una sonrisa en su cara, ahora tan cálida, y no pude hacer más que devolverle otra sonrisa. Sin embargo, al mismo tiempo, toda ella me resultó tan frágil. Le hice un gesto para que se acercara a mi lado y en silencio acercó una silla para sentarse junto a mí.

Le hubiera dicho tantas cosas, pero únicamente le pasé el brazo por los hombros y la acerqué un poco más a mí. Pocas veces permitíamos apartar por completo nuestras obligaciones cuando estábamos juntos. Siempre había algo urgente que tratar, algún asunto que requería de nuestras discusiones más allá del gusto de verme en

privado; como si necesitáramos una excusa para que yo pudiera cruzar esas puertas del dormitorio de la Gran Esposa Real. Pero ese día fue suficiente estar así, abrazado a ella, sin decir nada. Y aunque no quise, sus palabras me hicieron pensar en todos aquellos años desde que entré a palacio, y más que nunca deseé ofrecérselo todo. Quise concluir mis promesas, a pesar de que sabía que se negaría en la manera en que yo quería llevarlas a cabo y que jamás me lo hubiera permitido. “Déjame hacerlo” le dije. “Tú debes ser la única”. Levantó la vista, siendo consciente de que aunque lo deseaba, no iba a ser la causante de la muerte de su sobrino, menos ahora que estaba a punto de tener al hijo que podría ser el Horus que heredara de ella las Dos Tierras. Sonrió con ironía, pero aún no la dejé contestar. “Déjame hacerlo” le insistí.

Ella confiaba demasiado, y al mirarme adivinó que mis pensamientos no concordaban con los oráculos favorables que el dios había dado a lo largo de esos meses. “Todo va a salir bien”. Me lo dijo en voz baja, con una sonrisa confiada, como si no pudiera ser de otra manera. “Todo va a salir bien”, me repitió.

Tres

El señor Marzuq, jefe del Consejo de Antigüedades, llegó en su coche a la hora exacta. Badia ya había recibido su aviso y le estaba esperando a los pies de las escaleras del instituto. Le vio salir de la parte trasera cuando su chófer le abrió la puerta, y de inmediato se acercó a ella. Se quitó las gafas de sol y con la otra mano le saludó a ella. Le incitó a entrar al interior y en el mismo vestíbulo se detuvo para advertirle de aquel encuentro.

- No debería estar aquí, señora Winfrey – le habló serio, en voz baja –, ni debería estar colaborando con usted.

A Badia se le hacía difícil esconder su inquietud, sabiendo que de aquel día no pasarían sus dudas sobre las peticiones que llevaba dos meses solicitando, pero al decirle aquello supo de inmediato que no traía buenas noticias.

- Si lo hago es porque confío en vuestro proyecto, conozco todo lo que tenéis que ofrecernos, y poco me importa la política de esos franceses que no hacen más que poner trabas a todo lo que no sea suyo. Quizá ustedes en su lugar hubieran hecho lo mismo – calló un momento para mirar a su alrededor, comprobando que nadie podía escucharles –. No la defendí en aquella reunión porque era evidente que no ibais a conseguir nada. Pero su actitud, señora Winfrey…

- Si lo hice fue porque era la única que podía continuar adelante con esto – le contestó, orgullosa de poder decirlo –. No iba a permitir que me expulsaran de mi país justo ahora.

Notó que estaban empezando a llamar la atención, a pesar de que estaban en uno de los laterales y protegidos por varias estatuas que les flanqueaban. Los alumnos empezaron a llegar para sus clases y vio cómo la presencia del jefe del Consejo no pasaba desapercibida. Empezaron a observar los ojos curiosos que se posaban en ellos, además de todos aquellos que llegaban para comenzar la jornada.

Desvió la mirada al resto de la sala, observando a la gente pasar de un lado para otro y considerando la situación que ahora se le presentaba, y sobre todo ese apoyo que pensó que había perdido. A pesar de todo, quería ser prudente. Bajaron a los laboratorios seguidos

del par de guardaespaldas que habían llegado con él, y en uno de los descansillos que a esas horas estaba tranquilo, se sentaron alrededor de una mesita para hablar de lo que realmente le había traído allí.

- No va a conseguir esos permisos, señora Winfrey – le aseguraba el jefe del Consejo con pesar –, créame. Pero yo puedo darle otras ocupaciones que puede que le resulten mucho más interesantes.

- ¿De qué se trata?

Aunque se intentó hacer a la idea de que el rechazo a sus solicitudes sería lo evidente, siempre había tenido un ápice de esperanza. Se tuvo que tragar su resentimiento, maldijo en silencio una vez más aquella política, y de inmediato, dejó de darle más vueltas a lo que sería inevitable para abrirse a cualquier otra opción. Badia se inclinó hacia delante en la silla, dispuesta a escuchar alguna oferta que compensara su desilusión.

- En las últimas décadas se han realizado cientos de excavaciones, y la mayoría han carecido de una debida atención. Simplemente han sido búsquedas de antigüedades para ser guardadas en los almacenes de un museo o venderlas de manera ilegal a otros países – Badia asintió, pues conocía bien la situación –. Podemos tener tesoros incalculables acumulados sin ningún sentido. Venga a El Cairo, quiero ofrecerle el privilegio de redescubrir alguno de ellos.

Le sonrió al terminar, como si estuviera absolutamente seguro de que los resultados serían un éxito, y que ella iba aceptar.

- Venga conmigo – le repitió con una sonrisa enigmática –, le aseguro que le agradará la sorpresa.

Si aquella era la única manera que tenía de aprovechar el tiempo, no iba a decir que no. Podía ser incluso interesante, y no perdería nada por ver lo que le presentaba. A pesar de que no dijo nada, él pareció entender su silencio dando por hecho que la tenía a su disposición.

- Recoja sus cosas, y mañana saldremos a primera hora.

- ¿Mañana?

Él asintió, y la dejó un momento para considerar la propuesta, siguiendo un cierto protocolo de cortesía, a pesar de que ya no había ninguna duda de su respuesta. Su actitud era obvia, y pocos segundos después Badia acabó sonriendo.

- Mañana entonces – confirmó ahora sin ninguna duda.

Antes de las siete y media de la mañana estaba lista a las puertas del instituto con una pequeña maleta en la mano y colocándose con impaciencia el bolso. Miraba continuamente la hora en la pantalla del móvil. Y veintiséis, y veintisiete. Le daba la sensación de que el tiempo se había detenido. Miraba al cielo y ya hacía un calor insoportable, con aquella canícula que no había desaparecido en toda la semana. Pensaba en lo que se encontraría en El Cairo, y que el jefe del Consejo

no había querido revelarle del todo. Cansada, a pesar de que sólo llevaba diez minutos esperando, se retiró al escaso refugio que brindaba la sombra del muro del edificio. En ese momento vio su coche negro acercarse y detenerse al borde de la acera.

El señor Marzuq llegó puntual, pero en vez de él, uno de sus guardaespaldas se bajó del coche y le indicó que él la esperaba dentro. Le cogió la maleta para guardarla en el maletero, le abrió la puerta trasera del coche y le indicó con un gesto que pasara. Badia le dio las gracias con una leve inclinación de cabeza, y nada más acomodarse advirtió que el jefe del Consejo estaba a su lado.

- Si le preocupa su seguridad, le garantizo que yo responderé por usted – fue lo primero que le dijo, sin ni siquiera saludarla –. Durante su estancia todo correrá a mi cuenta. Le he conseguido una habitación en un hotel a un par de minutos del museo. Estará todo a su gusto.
- Se lo agradezco – contestó, sorprendida por tal recibimiento.
- A pesar de que no hayamos tenido un contacto cercano hasta ahora – continuó –, sé todos los detalles de su carrera. Desde el primer momento en que usted y su equipo puso un pie en Egipto, yo ya de antemano conocía cada una de vuestras dedicaciones con detalle. No le haría este ofrecimiento si no estuviera seguro de que es usted la persona idónea para él.
- Ya – asintió Badia.

Calló un momento, volviendo sus ojos más allá de los cristales tintados que le protegían del sol y de las miradas indiscretas. Acababan de dejar atrás las últimas casas de Luxor y ahora sólo se veían los campos secos, esperando la época húmeda que comenzaría en un par de semanas. En cierto modo le intimidó lo que le había dicho, pues aunque sabía que antes de concederles ningún permiso habían leído sobre ellos hasta el más mínimo detalle, no dejaba de recelar por que supiera tanto de ella.

- ¿Qué le hacía pensar que iba a venir con usted? – le preguntó Badia con curiosidad volviendo de nuevo su mirada hacia él –. Ha sido un viaje demasiado precipitado.
- He esperado muchos años para encontrar a alguien como usted, señora Winfrey – sonrió levemente –. Lo que me hubiera sorprendido es que lo hubiera dudado un instante. Además, un imprevisto, un viaje tan repentino, no creí que eso debiera preocuparle después de todo.
- No – le sonrió a su vez –, claro que no. Si merece la pena, por supuesto que no.
- Puede darle datos muy importantes.
- ¿Qué es exactamente lo que me ha ofrecido y yo he aceptado?

El señor Marzuq rehuyó su pregunta, y ella supo de inmediato

que debería esperar hasta verlo personalmente. Sin embargo, durante el viaje sí que le dio tiempo a averiguar exactamente lo que quería de ella. Durante los años que llevaban investigando en Egipto, había seguido todo su trabajo de manera minuciosa, y según él, estaba esperando el momento adecuado para ofrecerle lo que la tarde anterior le había propuesto. Ahora podría dedicarse por completo a ello sin ningún otro proyecto de por medio que ralentizara su trabajo.

- Dos años serán suficientes – le decía –, y cuando su equipo vuelva aquí ya estará totalmente disponible para ellos.

Badia le escuchaba, impaciente por saber al fin qué era aquello tan extraordinario de lo que no quería darle ni una pista. Le había dicho también que quizá cambiara la visión que se tenía del periodo que ella estaba estudiando, o que le diera un gran impulso; pero que eso, ni siquiera él mismo podría asegurarlo hasta no ver los resultados.

Siguieron la autopista del río, Nilo abajo, sucediéndose continuamente campo y pequeñas poblaciones en las más de cinco horas que duró el viaje, y de vez en cuando también podía distinguir a lo lejos diferentes restos y campos arqueológicos que ella conocía. No hicieron ninguna parada y pasado el medio día ya se encontraban a las puertas del hotel donde se alojaría en su estancia en la ciudad.

- En una hora pasaré a buscarla – le avisó antes de que saliera del coche.

Badia asintió en silencio, mientras la recibía un sol asfixiante y el bochorno de la tarde al otro lado de la puerta. Cogió su maleta que ya le habían dejado a su lado, y con paso rápido cruzó la calle hasta el hotel. Al instante volvió agradecer el aire acondicionado y el fresco que dejaba el agua de los pequeños jardines con los que solían recibirles en los hoteles del país. Aquél no era tan espectacular como en el que les habían obligado a instalarse la última vez, sin embargo, la sensación que ahora le reportaba el estar allí era mucho más agradable.

Nada más recoger la llave de su habitación fue a dejar sus cosas, a arreglarse después del viaje, y antes de que pudiera sentarse a descansar, ya tuvo que estar de vuelta en el vestíbulo. Esperó un par de minutos tras las puertas de cristal, y como esperaba, el coche del jefe del Consejo estuvo puntual para acompañarla al museo.

- AQUÍ ESTÁ.

El señor Marzuq la contemplaba aún con la mano sujetando el cajón que acababa de abrir para ella. Badia observó cada uno de los objetos que estaban allí almacenados, con su número, cada uno en su bolsita y su etiqueta, pero aún así, todavía expectante sin poder adivinar el alcance de aquello que le presentaba. Botes de cerámica, pequeños sellos, plaquitas escritas, joyas, algún que otro trozo de

papiro.

- Mire esto – comenzó a explicarle al cabo de un rato, señalándole una caja de madera –. Ésta es la pieza que quería mostrarle.

Era una pequeña urna cuadrada de cedro dentro de un plástico, recubierta con la típica decoración del periodo más próspero de la civilización egipcia, justo el que ella estudiaba. No tenía más de treinta centímetros de largo y en la superficie había dibujos de sus dioses, algunos chapados en oro y otros simplemente pintados. El señor Marzuq la cogió con cuidado y la colocó en la mesa que había justo a los pies de las estanterías. Hizo un hueco entre las demás cosas que había encima y acercó una de las lámparas justo encima de aquel maravilloso objeto. Ahora, podía distinguir además toda la decoración que la rodeaba, con flores de loto y los ojos *Udyat*.

- Mire justo aquí – le indicó con la punta de su bolígrafo cerrado –. Supongo que reconoce este símbolo, ¿no es así?

Badia se sentó en una silla y aplastó el plástico junto a la madera para verlo mejor.

- Por supuesto – susurró levantando la mirada.

Volvió a mirarlo de nuevo mientras se dibujaba una sonrisa en su cara y sentía como la emoción afloraba por todo su cuerpo. En una de las esquinas laterales, dominando las cenefas que la bordeaban había una figura de un buitre, cuyo cuerpo era uno de esos típicos ojos, y sosteniendo dos manos levantadas en sus garras que eran el signo del *ka*. Sin apartar los ojos de la caja y casi sin atreverse a tocarla, escuchó como el señor Marzuq abría otro de los cajones tras ella. Al instante estaba sentado a su lado con varios cuadernos y fotografías.

- Me da usted la razón en que no hay duda que esto pertenece a su reina – le sonrió levemente.

- Así es – suspiró, todavía emocionada –. Ese es su criptograma.

Pero todavía le resultaba más inquietante qué era lo que contenía la caja. Contuvo su curiosidad, pues estaba segura que esta vez él sí que le contaría todo lo que sabía. Comenzó a abrir uno de los cuadernos y a extender unas cuantas fotografías en blanco y negro.

- Estos objetos fueron encontrados en la capilla de Hathor dentro del complejo del santuario de Ra en Heliópolis – le comenzó a explicar –. Las excavaciones fueron realizadas a finales del siglo XIX y comienzos del XX. Aquí tiene el diario de excavación y todas las notas que Theodor Sanjey, el arqueólogo inglés que la dirigió, realizó durante cada una de las campañas.

Badia cogió el cuaderno que le ofrecía y le echó un vistazo rápido, sin darle más tiempo a ver entre aquellas páginas gastadas su

caligrafía entremezclada con dibujos y borrones.

- Podrá ver a medida que lea el diario que lo que le he mostrado es una tercera parte de lo que encontraron. Esto es lo único que hoy queda – le dijo, señalando hacia el cajón que le había enseñado –. Si mira en la página treinta y cinco, creo recordar, verá una referencia muy interesante.

Badia lo abrió por esa página y vio el dibujo de una tablilla.

- Hoy está perdida, pero gracias a ella se pudo fechar exactamente el año en que la reina hizo las ofrendas a la diosa, y lo que es más interesante, es que ella no las hizo personalmente.

- Año tres – leyó.

Pero al intentar buscar el nombre del rey que datería el reinado no lo encontró por ningún lado. Vio algunos vacíos en el centro del dibujo, pero al leer el final observó los títulos de Senenmut que más solía utilizar. El de Mayordomo de Amón, Mayordomo de la Hija Real Neferura, y el de Depositario del sello del Norte.

- Él hizo la ofrenda en su nombre – comprendió, levantando la mirada para que el señor Marzuq se lo confirmara.

- Sí – asintió –, pero ya podrá leer todos los detalles en las próximas semanas. Tenga también todas estas fotos – le indicó –. Se realizaron unos cincuenta años después por un equipo suizo que excavó la Casa de la Vida del templo de Ra, y esto es su diario. Por desgracia, todos los objetos han desaparecido también.

Pero su leve sonrisa al ofrecerle el resto de los documentos, le indicó que también allí encontraría cosas sumamente interesantes.

- ¿Y la caja? – le preguntó al ver que no la había vuelto a mencionar.

No dijo nada, y en vez de responderle, se levanto para guardarla de nuevo en su sitio. Badia se levantó también siguiéndole con la mirada, esperando una respuesta.

- Lo dejo a su elección abrirla o no – contestó después de haber colocado todo en su sitio –, lo que contiene no ha visto la luz en más de tres mil años. Theodor Sanjey desistió al ver que era prácticamente imposible sin romperla, y desde entonces no se ha vuelto a estudiar. Lo que quiera que contenga, se cuidaron muy bien de sellarla con las mejores resinas.

- O simplemente ellos siempre hacían las cosas así – sonrió –. Impecables.

Badia contuvo la respiración por un instante, apretando los cuadernos aún más sobre sí, imaginándose uno de los tantos misterios de la reina y su mayordomo, guardados en aquel objeto que ahora estaba a su alcance y totalmente a su disposición.

- Cuando haya estudiado todo lo que le he ofrecido, no dude en comunicarme su decisión.

- Lo haré.

Durante el resto de la tarde le estuvo enseñando las zonas de trabajo del museo. Tras mostrarle el resto de los almacenes, la condujo a los laboratorios, donde esperaban un par de personas que trabajarían con ella durante el tiempo en que estuviera estudiando en el museo, tanto para análisis de los restos, trabajos de conservación, como para asistirla en cualquier cosa que necesitara. El señor Marzuq anunció explícitamente que todo estaba a su disposición, tanto de los restos almacenados como de las colecciones expuestas y cada uno de los recursos del museo.

* * *

Era prácticamente de noche y acababa de regresar del museo. Hacía ya casi un mes que estaba allí, pero justo esa tarde se planteó si de verdad aquella investigación iba a estar a la altura de sus expectativas. Por un momento no lo vio tan maravilloso como el jefe del Consejo pretendía hacerle creer. Cada dos o tres días pasaba a ver sus avances, animándola e interesándose por que todo marchara bien. Después de varias semanas, llegó a pensar incluso que la estaba utilizando para hacer un trabajo que para otra persona hubiera resultado tedioso e incluso decepcionante.

Se acomodó en una de las sillas de la terraza del hotel, con una barrita de chocolate en una mano y en la otra uno de los diarios que en todo momento llevaba consigo. La luz de la bombilla era débil y todavía hacía calor. Levantó los pies sobre la silla de enfrente, miró al cielo y mordió un trozo de la barrita, pensando en la lógica de todo lo que una vez pudo suceder en aquel país, en una historia que prácticamente había hecho como suya y de la que sin embargo, cada vez sentía menos sólida.

Siempre solía ocurrirle cuando encontraba algo nuevo, algún descubrimiento que podría cambiar o añadir datos a lo que ya conocía. Solía sentirse así en ese tiempo de incertidumbre hasta que encontraba una conexión, una lógica. Se calmó pensando que esa vez no tendría por qué ser diferente. Debía haber una explicación para que aquellos documentos de los que hasta entonces no conocía su existencia, estuvieran echando al traste muchas de las bases de lo que hasta entonces había dado por seguro e irrevocable.

Hasta ahora daba por supuesto que Senenmut había residido en el Palacio Real de Tebas tras entrar en la corte. En alguna de las representaciones de los papiros del diario se hablaba de que se había levantado una residencia en Heliópolis. Y sin embargo, ella hasta donde tenía entendido, él jamás había tenido su propia casa. En el diario se le vinculaba además con el clero de Ra y como maestro en la

Casa de la Vida del dios, pero nuevamente ella podía estar segura que sus únicas atribuciones religiosas habían estado en Tebas y en sus alrededores, y con los sacerdotes con los que había tenido más relación habían sido con los de Thot en Hermópolis. Su poder en el norte había sido político, como el representante de la reina. Sabía que ella le había otorgado la corona roja, que le había ofrecido atribuciones reales para que dominara sobre el Bajo Egipto como si realmente hubiera ocupado el lugar del faraón, y justo eso, en aquellos documentos se lo atribuían al Primer Profeta de Amón. Hasta donde sabía, Hapuseneb había sido el visir del Norte, y era él quien había concentrado los más altos títulos religiosos como Jefe Superior de todos los templos. En esos documentos parecían simplemente haber confundido los nombres o las atribuciones de los dos hombres más poderosos del reino: Senenmut y Hapuseneb.

Al cabo de unas semanas todo le parecía un sinsentido, sin saber ya qué creerse y qué no. Abrió por el principio el diario de la expedición del arqueólogo Theodor Sanjey y con la mirada perdida paseó los ojos por aquella primera página en la que databa el primer día de la excavación, el lugar, los principales colaboradores, y al final del todo, a la derecha, su firma prácticamente ininteligible. Pasó esa primera página y empezó a leer en silencio aquellas primeras líneas que ya se sabía prácticamente de memoria. *"Antes que nosotros nadie había excavado en este lugar del santuario de Ra en Heliópolis. Tras un trabajo de limpieza comenzamos a excavar las ruinas de la capilla de Hathor. Después de varios días retirando la arena llegamos al primer suelo que databa de la dinastía XIX, de la época del Gran Ramsés. Pero lo más sorprendente fue lo que encontramos bajo la losa de un altar tras un afortunado accidente."* No siguió leyendo, estaba agotada y su mente no le permitió concentrarse mucho más. Pero en su intento por continuar, pasó una mirada rápida hasta el final de la hoja, sabiendo que había sido justo allí, tras romperse la losa porque simplemente habían puesto uno de los cubos de arena encima, donde habían encontrado todos esos objetos de un reinado muy anterior, y que a partir de entonces todas las investigaciones del arqueólogo estuvieron dedicadas a esa reina de las que hablaban todas las piezas.

- ¿Pero por qué tantas contradicciones? – susurró para sí misma completamente desesperada, abriendo un par de hojas al azar más adelante.

Tal cual lo había abierto lo volvió a cerrar sujetándolo contra sus piernas. Suspiró cansada mientras aplastó con la mano el envoltorio de la chocolatina, como si así pudiera escapar también toda su frustración. Al final, dejó que las voces que se sucedían en la calle y la imagen del edificio de enfrente llenaran su mente, pues ese día no podría haber hecho nada más.

A PESAR DE TODO SIGUIÓ con sus trabajos, investigando cada objeto que tenía y releyendo una y otra vez los diarios con los dibujos de las piezas perdidas. Una noche, no supo si en sueños o cuando estaba apunto de quedarse dormida, fue como si de repente le vinieran todas las respuestas de una vez, o al menos una posible explicación a tantas incoherencias. Se levantó de golpe y buscó a tientas en la mesilla los diarios mientras encendía la luz, maldiciendo porque no se le hubiera ocurrido antes.

Todo ese tiempo había partido de la base de que las traducciones que se hicieron en su tiempo fueran correctas, pero quizá fuera precisamente lo que estaba equivocado. Evitó que las notas a los dibujos interfirieran en la interpretación del texto original, y cuando ella misma hizo su propia traducción las comparó con las existentes. Sonrió con orgullo, porque no se había equivocado. Algunas de las palabras habían sido mal interpretadas, y aquello llegó a confundir a la investigación completa de ambos equipos de arqueólogos, primero los ingleses y después los suizos. Ambos habían cometido errores básicos, y aunque ella conocía a la perfección el idioma del Egipto de la época de la dinastía XVIII, quería comprobar con un diccionario de la mano que tampoco había cometido fallos.

Estuvo toda la noche enfrascada en aquella tarea, en la que su cama se convirtió en un mar de papeles y notas; incluso había llegado a perder la noción del tiempo bajo la luz de las lámparas. Ni siquiera se lo pensó a la hora de coger el teléfono y marcar de inmediato el número del señor Marzuq. Mientras sonaban un par de toques miró el reloj, pues hasta ese momento no se había percatado de que podía ser tan temprano.

- Siento despertarle a estas horas – se disculpó al notar su alarma, pues ni siquiera había amanecido –, sólo quiero pedirle si hoy puede venir al museo. Tengo algo muy interesante que decirle.
- ¿Y para eso me molesta a estas horas, señora Winfrey? – le replicó sumamente enfadado.
- Necesito que me abra el edificio si es posible ahora mismo.
- ¿Me puede decir qué está ocurriendo?
- Es importante, se lo aseguro.
- Muy bien – accedió.

En cuanto colgó se levantó rápido de la cama, se vistió, se aseó y guardó todos sus papeles, cuadernos y notas en la carpeta que paseaba todos los días de la habitación hasta el museo. La guardó en el bolso y salió rápido del hotel. Vio que el cielo estaba empezando a aclararse levemente por el este, pero ella ya había comenzado su día mucho antes. Estaba tan emocionada, tan entusiasmada por ver una luz tras un día y otro de frustración, y de caminos que no le llevaban a ningún

sitio. Y como tantas veces, supo que encontraría una respuesta.

Necesitaba empezar cuanto antes para dejar zanjado ese día todo el asunto de las traducciones y sobre todo hablar con el jefe del Consejo que sabía que esos días estaba muy ocupado. Había llegado antes que ella y ya le tenía la puerta abierta y estaba esperando en el descansillo.

- Señora Winfrey – se acercó a ella con un porte severo que casi la hizo arrepentirse de haberle llamado.

- Por favor – le detuvo antes de que pudiera decir nada más –, déjeme que le muestre todo lo que he descubierto.

Le indicó con la mano que se dirigieran al interior, y él, sin dejar de lado su mezcla de enfado y expectación, la siguió por los pasillos hasta el lugar donde él mismo la había conducido el primer día. Se sentaron en las sillas y en un tenso silencio Badia extendió sobre la mesa los papeles con los que había estado trabajando durante toda la noche.

- Le advierto que más le vale que sea importante – le dijo cuando pareció que había terminado de colocarlo todo.

Badia contuvo un gesto mirándole brevemente, precavida, antes de comenzar a explicarle sus descubrimientos y sus especulaciones. Le explicó y le leyó cada punto en el que se habían equivocado y cómo ella lo había reemplazado por la traducción exacta. Vio su rostro de sorpresa al mostrarle todo aquello, la perfección de su dominio del idioma y cómo únicamente le había hecho falta unas cuantas horas de la noche para llegar a todo ello.

- La secuencia ahora vuelve a encajar a la perfección con la cronología y la sucesión de los hechos que otras fuentes arqueológicas, sobre todo en Deir El-Bahari y en las tumbas de los nobles, nos habían dado; es más, la complementa. Aquí se dan algunos títulos de Senenmut que hasta ahora no conocíamos relacionados sobre todo con cargos sacerdotales, y que completan muy bien a los que por entonces había acumulado. Nos da una idea del poder efectivo que desde el comienzo había tenido sobre el Bajo Egipto, y que las intenciones de la reina de vincularlo con el Delta ya se venían planificando desde bien temprano.

- Bien señora Winfrey – comentó satisfecho, tomando alguno de los papeles donde estaban las nuevas traducciones –. ¿Y cuáles son ahora sus intenciones?

- Señor Marzuq, no quería tomar ninguna decisión hasta no haber estudiado a fondo los diarios y los datos existentes. Es lo que usted también me pidió. Ahora que puedo decir que he terminado con ello, en las próximas semanas, le haré un informe sobre todo lo que he averiguado, y después, por fin, me dedicaré a la caja – sonrió, todavía emocionada por el giro que había dado todo en unas horas –. Veré qué

puedo hacer. No me gustaría dañarla en ningún sentido.

- Muy bien, señora Winfrey – le respondió a su vez –, sabía que no me estaba equivocando con usted. Estaré esperando su dossier.

Badia asintió, y en cuanto el jefe del Consejo desapareció por la puerta, no esperó para ponerse a la tarea.

3

Con ella nada fue fácil. Durante esos cuatro años que duró el reinado de su hermano, muchas veces intenté alejarme. Yo al menos estaba decidido, y ella también parecía de alguna manera querer hacer las cosas como debían ser. Algunas veces ella quería dejarlo claro, sobre todo a ojos de la corte, al aparentar su fidelidad hacia el rey. Yo por mi parte, no quería darle más motivos que la hicieran tambalearse, dejando que en ocasiones fueran otros los que la aconsejaran o la acompañaran en sus obligaciones. Aún así me necesitaba y yo la necesitaba a ella. Ya eran demasiadas mis competencias como para pensar que alguna vez iba a poder distanciarme lo más mínimo. Y personalmente tampoco lo deseaba.

Y después de todo, concentramos el poder absoluto en nuestras manos. De eso se trató siempre, y yo la había ayudado a convertirse en lo que era: la Señora de la Tierra Entera. Todo el mundo se inclinaba a sus pies, ella dirigía las Dos Orillas. Al fin.

Cuando Tutmosis murió no hubo motivos para mantener una ficción en la que ya nadie creía. Incluso Ineni se sumió a ella y le reconoció su poder, aceptándome con ello a mí también. Y junto a nosotros, Hapuseneb también disfrutó de su triunfo. Los tres gobernábamos ahora el país.

Durante los setenta días que duraron los funerales parecimos olvidar cualquier vestigio de las turbulencias de los últimos meses, proyectándonos ahora sobre una base inestable que debíamos asegurar en nuestro beneficio. Lo cierto es que jamás pudimos conseguirlo. Lo único que nos permitió seguir adelante fue aquella situación extremadamente insólita. Con que una de aquellas circunstancias hubiera fallado, nos hubiéramos venido abajo. Pero ella realmente parecía ser la favorita del dios, a pesar de que Amón no había dejado de ponerla a prueba.

Sus sueños se habían roto en mil pedazos cuando su madre le dijo que había tenido otra niña. Yo estaba en la puerta con Nehesy y Hapuseneb, vimos su rostro desolado y al instante estalló en lágrimas cuando Sat-Ra se acercó a su lado con su hija. La miró desconsolada y

ni siquiera quiso cogerla. Su hermano también estaba allí y fue él quien se ocupó de ella. Parecía haberse recuperado de sus fiebres, pero todos sabíamos que poco se podía hacer ya por su salud. Vi cómo cruzaron una mirada, cómo ella le suplicaba que viviera el tiempo suficiente para permitirle tener un heredero. Recuerdo que Hapuseneb hablaba de algo, y que Nehesy le respondía, pero yo únicamente tenía ojos para lo que se sucedía al otro lado del umbral. Me sobresalté cuando Nehesy me puso la mano en el hombro. Le miré y me repitió la pregunta. "¿Qué vas a hacer?" me dijo. Pero yo me encogí de hombros, porque realmente no tenía ni idea de las expectativas que habían girado de aquella manera tan brusca. Aquella situación ya no dependía únicamente de nosotros. "Ahora con más razón debemos hacer que prevalezca ella y su linaje". Susurró Hapuseneb. Lo sabía, pero sólo podíamos esperar y confiar en él, que era el único que ahora podía influir en las decisiones de la realeza a través del dios. Sin embargo, ya al día siguiente todos habíamos perdido la esperanza de apartar a su sobrino Tutmosis de la sucesión.

Su madre Ahmes se encargó de despedir a los médicos, a las matronas, a los magos y los sacerdotes, que se llevaron a la niña para prepararla para el día siguiente en su presentación en el templo. Nosotros esperamos aún un poco más en la puerta hasta que el rey salió de allí. No nos dirigió ni siquiera una mirada, y casi lo agradecí. Al instante Ahmes se acercó a nosotros y nos dijo en un susurro que entráramos, que su hija quería que estuviéramos allí.

Estuvo llorando toda la noche. Nosotros tres, su madre, y Sat-Ra, además de sus otras criadas, nos quedamos con ella hasta que amaneció, incluso cuando el sol iluminó de nuevo la habitación no quería dejarnos marchar. "Tienes que dormir" le insistía su madre. Pero ella únicamente se negaba, revolviéndose en la cama, sollozando entre sus almohadas. Había momentos en que creía desbordarme al ver en ella toda esa impotencia que no le permitía hacerse dueña de sí misma. Me miraba de vez en cuando y veía en sus ojos una angustia que me atravesaba entero. Lo sentía tanto por ella...

Al final Ahmes nos obligó a retirarnos para ir al templo. Ella estaba ya tan cansada que no nos dijo nada cuando escuchó que nos levantamos. Antes de salir vi como su madre le prometía a su espalda volver al mediodía y contarle todo lo que había pasado, pero ella no hizo gesto alguno, y siguió mirando al infinito como si no le importara en absoluto. Dejó con ella a Nehesy y a Sat-Ra, y por un momento les envidié. No quería dejarla, pero sabía que tampoco me necesitaba en ese momento.

No la vi hasta el día siguiente. Intenté un par de veces acercarme a lo largo de la tarde, pero decidí retirarme cuando las dos veces Nehesy me dijo que su hermano estaba dentro. A la tarde siguiente fue

ella quien me mandó llamar. Esa mañana no hubo audiencia real, y Useramon, el visir, se encargó de recibir todos los informes en el lugar de la reina. Nadie requirió mi presencia y decidí pasar esas horas con Neferura. Estuvimos en los jardines de palacio, jugando, y yo además planteándome el devenir de la que ya consideraba como mi propia familia. Inconscientemente no había dejado de pensar en ella, pues me daba la sensación de que ensombrecería por completo a su hermana recién nacida, Meryt-Ra, como había decidido llamarla el dios. Sospechaba que su segunda hija no significaría mucho comparado con Neferura, y lo temía porque para mí ya había comenzado a ser así.

Sin embargo, cuando fui a ver a su madre, su actitud ya no era la misma que cuando dejé esa habitación. Parecía que las palabras que hubiera tenido con aquellos que la habían visitado la habían hecho aceptar la situación. Pero yo pude notar que su decepción persistía detrás de las leves sonrisas que se esforzaba por dedicarme. Me había llamado para ofrecerme un puesto al lado de Meryt-Ra, como su preceptor, como lo había sido con ella y con Neferura. Por supuesto lo acepté, porque aún así, no dejaba de ser su hija y no podía negarle la ayuda que me estaba pidiendo. Pero también nos dábamos cuenta de que esta vez no me dedicaría por completo a ella, básicamente porque ya no me quedaba tiempo dentro de mis muchas obligaciones.

Estaba sentada en la silla de espaldas a su tocador y yo me había quedado de pie en la esquina de la cama. Todavía estaba tan desconcertado que ni siquiera me atreví a hacer otra cosa que permanecer en pie escuchándola. Con un gesto me hizo acercarme un poco más. Me sostuvo las manos y respiró hondo. “Sólo quiero que procures que es tratada como mi hija, como una princesa de sangre real” me dijo, diciéndome con ello que únicamente tendría la responsabilidad de supervisar a todos aquellos que se encargarían realmente de ella. Nada íntimo, nada personal. Al mirarla a la cara supe que quizá habría otros muchos motivos, que se reducían a que con ella ya no me unían tantos vínculos como con la primera.

Pero aún así, todavía debería soportar otro golpe que sería para ella la proclamación de su sobrino Tutmosis como corregente por parte de su hermano, tan sólo quince días después de que ella diera a luz, y junto a ello, le otorgó a Isis el título de Madre del Rey. Mut-Nefer, la madre de su hermano, había muerto hacía un par de años, y por ello, se creyó con derecho a otorgárselo a esa concubina para legitimar su posición. Quería protegerla de nosotros porque era evidente que una vez que él e Ineni faltaran podíamos hacerla mucho daño. Algunos decían que la quería, no lo sé, lo único de lo que sí que estoy seguro es que nos temían.

“Ni siquiera me ha consultado” me susurraba consternada la noche del banquete. Nuevamente ella había tenido que ceder en su

voluntad acudiendo al banquete en honor de esa mujer y su hijo Tutmosis para evitar cualquier rumor de disensión por nuestra parte, pero esta vez no dudó en mostrar su oposición sentándose a mi lado y lejos de él. A pesar de que ella no sería apartada en su puesto de Gran Esposa Real, y como el rey le diría en una reunión privada días más tarde, como regente de su hijo, siempre le quedó el recelo de no poseer el domino total sobre la otra línea de la familia de su padre, intuir que su poder se desvanecía aunque estuviera ocurriendo todo lo contrario. Su hermano, a pesar de que ni siquiera había cumplido los veinte años, sabía que se moría, que le afectaba la misma enfermedad que se había llevado a sus dos hermanos mayores, y también era consciente de que ella era la verdadera dueña del país que él poseía únicamente de nombre.

Durante esa noche tuvo que soportar las miradas triunfadoras de Isis, y que con los años se repetirían en muchas ocasiones. Después, aprendió a ignorarlas pues perderían todo fundamento, pero esa noche le incomodaron, incluso estuvo apunto de desesperarse. Un par de veces hizo un ademán de levantarse pero yo la retuve con disimulo en su asiento.

Y al final, durante las últimas semanas de vida del rey, empezamos a prepararnos para lo que se sucedería de inmediato. Sabíamos que no se recuperaría y esta vez sí que se cumplieron nuestras expectativas. Apenas nos preocupamos de sus funerales, que estuvieron dirigidos por Isis y el clero de Amón, ni de la proclamación del nuevo faraón, Tutmosis, un niño que no llegaba a los dos años de edad, y que fue un simple formalismo. Nosotros estábamos demasiado ocupados por asentar el nuevo gobierno, y durante esos setenta días, efectivamente, vimos cómo el mundo entero acabó de volcarse de manera completa en nuestras manos. Nadie osó cuestionarla, y yo me alcé a su lado a lo más alto. Ya no debíamos mantener ningún tipo de protocolo ni de fidelidad a alguien que respaldara sus decisiones. Ahora poseía el derecho pleno para dominar el país por su propia mano y ser reconocida como tal.

Retomamos de inmediato todo aquello que habíamos dejado latente tras la muerte de su padre. Después de aquel paréntesis la situación había quedado de nuevo como entonces, sin nadie que pudiera hacerle frente, pero ahora con la ventaja de cuatro años más de experiencia que le habían hecho afirmarse en todas sus convicciones. Y la realidad es que ella jamás dejó ni un momento las riendas del poder, y ahora más que nunca estaba dispuesta a seguir ejerciéndolo. Su mano ahora era completamente firme y cuando la vi en la primera audiencia como regente de las Dos Tierras, no pude sentirme más orgulloso de ella.

Me di cuenta que habíamos esperado con ansiedad ese momento,

esa libertad. Todo lo que ocurriera antes de que el rey muriera parecía tras unos días un simple espejismo. Veía esa esperanza en sus ojos, esas nuevas ilusiones, esa certeza de que los designios del dios y la voluntad de su padre se estaban cumpliendo. Eso que Amón le había prometido trece años atrás, ser la heredera, el Horus. Sin embargo, para que llegara el momento de colocarse las coronas del soberano, tuvimos que esperar aún siete años más.

Cuatro

Badia y el señor Marzuq estaban inclinados tras el médico que controlaba la pantalla del escáner. Al cabo de una semana, Badia le había entregado al señor Marzuq el informe que le había prometido sobre los objetos de la excavación del templo de Heliópolis. A lo largo del día recibió su aprobación, y de inmediato se centró en el último objeto que le quedaba por estudiar. Habían pedido una cita en el hospital de la ciudad para someter a la caja a una resonancia esa misma tarde, y después de pasarse la mañana dejando ordenado todos los demás objetos y los diarios que ya no necesitaría, ahora al fin pudieron ver lo que contenía su interior.

- Hay una pequeña cerámica en una esquina parecida a las que se utilizaban para ofrecer las bebidas a los dioses – susurraba Badia, observando cada detalle que le permitía aquella reconstrucción –, y todas esas otras cosas, como bolitas, que hay desperdigadas…

Miró por un momento al señor Marzuq, intentando saber si él podía adivinar qué podía ser.

- Parece que es una tela – sugirió –, como si le hubieran cosido todos esos abalorios.
- Cristal – declaró el médico.
- ¿Cómo?
- Cristal – les dijo seguro, mirándoles de reojo –, la densidad es la típica del cristal.

Badia se irguió, mirando alternativamente a la máquina de la resonancia y a la pantalla que tenía ante ella. El tiempo ya se les había terminado y tuvo que ver cómo la caja salía del examen. Regresaron al museo en el coche del señor Marzuq, y durante el trayecto ninguno de los dos dijo nada. Bajaron a dejar la caja en su sitio y mientras él volvía a cerrar el cajón, Badia se quedó mirándole pensativa. Por lo que había visto, todo aquello se ajustaba perfectamente a las ofrendas comunes que podía hacer alguien a los dioses. Quizá para ellos no tuvo más importancia que uno de los muchos regalos a Hathor, pues sabía además que esa diosa era una de las favoritas de la reina, y no sería de extrañar que a lo largo de su vida hiciera tantas como aquélla.

Todo ello se lo comentó al señor Marzuq antes de salir del museo.

- Ropa y comida – concluyó –. Típico.

Pero a pesar de todo, deseaba con todas sus fuerzas verlo con sus propios ojos, pues todavía tenía cierta inquietud por encontrar algo que delatara la importancia de aquel descubrimiento. Quizá significara mucho más que aquellos simples objetos, y como había visto en más de una ocasión, lo verdaderamente importante eran las ofrendas de voz que contenía, todo aquello que escribían en su interior y que equivalía a su objeto real. Sabía por experiencia que podía ser así.

- Todos estos objetos nos han dado mucha información sobre la primera parte de la vida de Senenmut en la corte, pero quizá ahí dentro – dijo señalando el cajón –, haya más. Quizá algo clave, o quizá nada, pero ya que tenemos la oportunidad, no me gustaría dejarlo pasar.

Calló un momento, decidida ya a hacerlo.

- Quiero abrir la caja.
- Ya le dije que es usted la que decide.

Badia asintió con orgullo.

- Lo prepararé todo entre lo que queda de día y mañana.
- Avíseme cuando esté listo – le advirtió.
- Por supuesto.

HABÍAN ELEGIDO EL MISMO LUGAR, en la mesa de la sección de estanterías junto al cajón que guardaba los objetos que había estudiado para abrir la caja. Estaba con ella un par de conservadores del museo que le habían proporcionado todos los materiales y que se encargarían de manejar el objeto. Ella, tras advertirles por última vez que debían tener sumo cuidado, bordeó la mesa para dejarles trabajar. Se colocó justo enfrente, al lado del señor Marzuq y sin quitar la vista de la caja, esperó inclinada sobre la mesa hasta que escuchó el sonido de la madera cediendo. Habían calentado levemente las resinas, lo suficiente para hacerlas un poco más blandas pero sin llegar a dañar la madera; sin embargo, se pasaron casi una hora intentando atravesar el borde con distintos tipos de espátulas y hojas de metal. Llegó un momento que creyó no aguantar más la inquietud, sonriendo a la vez por aquella sensación que ni una sola vez había dejado de sentir al hacer un nuevo descubrimiento.

- ¿Ya está? – preguntó impaciente.

Ambos asintieron y le dejaron a ella el honor de ser la primera que viera el interior. La cogió de sus manos y colocándola de nuevo sobre la mesa, levantó con cuidado la tapa.

- Mirad – susurró.

Dudó un momento antes de tocar nada.

- Sáquelo – le apremió el señor Marzuq.

Badia asintió y primero cogió el frasquito de cerámica que ya sabía que se iba a encontrar. Vio que estaba sellado, y la marca pertenecía a los almacenes del templo de Amón. Al mirarlo más de cerca, vio un jeroglífico en la parte inferior que delataba su contenido.

- "Ofrenda que hace la Señora de las Dos Tierras de miel para Hathor, el Ojo de Ra y Señora de la Turquesa" – leyó maravillada.

- Así que confirmas que es de la reina – le susurró el señor Marzuq tras ella.

- No hay duda.

En seguida volvió a mirar al otro objeto que permanecía intacto en el interior de la caja. El médico no se había equivocado y vio que aquellas telas tenían cosidas decenas de bolitas de pasta vítrea. Eran azules oscuras, el color de la realeza, y también pudo intuir que seguían algún patrón determinado. Al sacar el vestido y mostrárselo a todos vio que era mucho más hermoso de lo que había imaginado, y que los demás también lo contemplaban admirados.

- El lino es de primera calidad – les explicó –, este procede de Siria y se convirtió en el más prestigioso a comienzos de la dinastía XVIII. En esa época llegó la moda del norte de Mesopotamia, con los plisados, el vidrio como abalorios... Justo como este.

Badia no pudo resistirse a colocárselo sobre sí e imaginarse vestida con él. Sería uno de los muchos que ella tuviera, y al mirarlo de nuevo distinguió flores de loto dibujadas con las cuentas de vidrio. A pesar de que ya sabía que no encontraría más que unas telas y el bote de cerámica, de tener la certeza que para su dueña aquello no habría significado más que uno de los múltiples regalos que hacía a los dioses; a Badia le resultó único. Era simplemente el saber que era suyo, que habría usado ese vestido, que lo habría tocado. Y ahora ella era la primera que volvía a verlas después de que la reina hiciera depositar sus ofrendas en la capilla de la diosa.

Tras un instante, lo colocó sobre la mesa y se dirigió al señor Marzuq.

- Me gustaría disponer de un maniquí – le pidió –, para probar el vestido y ver si necesita alguna reparación, aunque parece estar intacto, como el primer día. Creo que estará de acuerdo.

- Por supuesto – asintió, volviéndose de inmediato a los conservadores –. Encargaos de ello y de cualquier otra cosa que ella os pida. Ahora tengo que irme – le dijo en voz baja –, y le felicito de nuevo.

Badia asintió con orgullo. Ella aún se quedó un poco más con los conservadores tomando las medidas exactas para que le buscaran un modelo perfecto. A los dos días tuvo allí lo que había pedido. Esta vez sólo estaba con ella uno de los conservadores, pero le fue suficiente

para vestir entre los dos a su modelo de madera.

El traje se correspondía con la talla de la reina, para una persona de poco más de metro y medio de altura y de constitución liviana. Supuso por ello que lo habría utilizado aún cuando era joven, pues sabía además por las pinturas de ese periodo, que era el estilo que habría vestido la Esposa Real. No era para nada un traje ceremonial, y seguramente lo utilizaría únicamente para estar en palacio. Se agachó y con la mano movió los bajos como si se tratara de los pies al andar. Se la imaginó caminando con ello por los pasillos y los patios, dejando ese delicado sonido del roce de unos cristales con otros a su paso.

- Es bonito – comentó el conservador –, y casi no necesitaría ser restaurado. Yo diría que simplemente hay que reforzar el lino justo en las partes que ha estado doblado.

Badia se levantó y se puso a su lado examinándolo de nuevo con la mirada.

- Sí – asintió –, y como mucho coser alguno de los abalorios que he visto que están un poco sueltos. Pásame los alfileres.

Y volviendo de nuevo con el vestido le marcó los sitios donde tendría que trabajar. Una vez hecho, se llevó el modelo para comenzar a trabajar en él. Ella se quedó sola, y aunque podría haberse marchado ya, no tenía muchas ganas de regresar al hotel. Sacó de la estantería la caja que ahora sólo contenía el frasco de cerámica y estuvo con ello hasta que el reloj le avisó que el museo iba a cerrarse. Se había dado cuenta que en la parte interior de la tapa había algunas inscripciones más y esta vez las leyó detenidamente. Nuevamente hablaban de él, de Senenmut, y su cercanía a la reina. Ya le habían avisado un par de veces de que tenía que marcharse, y rápidamente copió los jeroglíficos en un papel para llevárselo a su habitación.

Como había leído directamente de la madera, hablaba de la gran responsabilidad que le había otorgado la reina a Senenmut en su nuevo puesto relacionado con la administración del Delta y su completa confianza en él, y todo ello lo ponía ante los ojos de Hathor para que la diosa le otorgara también a él su favor.

Aquel trabajo no le había proporcionado datos excepcionales para su investigación, como en un principio habían imaginado, pero como también le prometió el señor Marzuq, en absoluto la había decepcionado. Todo lo contrario, había complementado títulos y funciones de Senenmut a lo que ya sabía, y sobre todo había confirmado que todo lo que había sospechado era completamente cierto. No era exagerado cuando afirmaba que ya desde antes de la muerte de Tutmosis II, Senenmut tenía una posición firme al lado de la reina. Ahora tenía la prueba de que la cercanía que después mostrarían sin tapujos a lo largo de todos los monumentos de Egipto, se daba desde tan temprano. Ella siempre se había esforzado por

demostrarlo con argumentos lógicos y pruebas arqueológicas, y ahora ya no podrían quitarle la razón.

Estuvo trabajando con ello una semana más haciendo los informes para los archivos, pero después de aquello y de revisar la caja por enésima vez por si algo se le había escapado, fue el frasco de cerámica lo que atrajo su atención, y sobre todo su inmensa curiosidad. Iba a clasificarlo, pero al tenerlo entre sus manos sintió el impulso de abrirlo también. Dudó aún más que cuando tuvo que decidir abrir la caja o no. Ahora tendría que romper el sello, aunque por lo demás sería mucho más sencillo. Volvió a sentarse en la mesa, y perdió la cuenta del tiempo que estuvo mirándolo. Al final no pudo resistirse y tras mirar a su alrededor procurando que nadie la viera, con una espátula comenzó lentamente a introducirlo al alrededor del borde. No tuvo que hacer fuerza al hacer palanca y de inmediato se abrió.

Sonrió al ver que efectivamente contenía miel como decía la inscripción de ofrendas. Decidió en un instante aprovechar para mandar que estudiaran sus componentes y su calidad, auque no para ella, sí que podría ser útil para otro tipo de investigaciones. Fue a buscar una cajita de cartón para llevar una pequeña muestra a los laboratorios, y en seguida volvió a sentarse ante la cerámica y su contenido. Después de tres mil quinientos años estaba cristalizada, pero sabía que aún se podría comer. La miró de nuevo, y con el mismo pico de la espátula hizo un boquete en la superficie completamente intacta. Un trocito chascó como si fuera caramelo y casi sin pensarlo, en vez de dejarlo en la caja, se lo llevó a la boca.

Se apoyó sobre el respaldo en la silla y todavía jugando con la miel en su boca se echó a reír. Era el mismo sabor que ellos habrían probado, y siempre había tenido ganas de cumplir ese antojo. Jamás había hecho una cosa así, pero de inmediato, sintiéndose culpable, sacó una muestra y volvió a cerrarlo rápidamente y anotar los datos del frasco para clasificarlo para los catálogos.

Con ello ya no había más que hacer, pero el señor Marzuq le avisó un par de días después que estaban pensando en ampliar una de las exposiciones de la sección sureste del museo, y los meses que tardaron en arreglarla, a ella la mantuvieron ocupada datando y marcando en tarjetas los restos almacenados que iban a exhibir, y sobre todo reordenando algunas de las secciones de los fondos del museo.

Siempre regresaba tarde al hotel, después de haber tomado algo de cena por el camino, casi directamente para meterse a la cama. Pero ese día no tenía sueño, y se quedó haciendo tiempo en la terraza antes de irse a acostar. Sentada en una de las sillas con el móvil en mano y mirando las diferentes carpetas sin sentido ninguno, acabó por mirar

el calendario. Sin darse cuenta había pasado allí más de un año y medio prácticamente dos desde que su equipo regresara a Inglaterra. No había vuelto a tener noticias de ellos desde que habló con su hermana, pero suponía que ya estarían preparando todo para regresar.

Como si la hubieran estado escuchando, un par de días después, mientras estaba preparando el argumento de uno de los paneles que colocarían en la exposición, la interrumpió uno de sus ayudantes diciéndole que el jefe del Consejo bajaría a visitarla en unos instantes. No le dio tiempo casi a recoger la mesa cuando él apareció por la puerta.

- Quiero que venga conmigo – le dijo con urgencia –, tengo noticias sobre su jefe.

Le siguió de inmediato, sin poder esperar a salir de allí para preguntarle qué ocurría. Simplemente le dijo que estaba confirmado el día de su llegada. Sonrió aliviada, pues por un momento pensó que le daría una mala noticia. No dijo nada más hasta que llegaron a su despacho en el ministerio. Ya le tenía preparado una copia de todos los papeles que el embajador inglés le había enviado de parte del señor Donovan. Vio que llegarían a Luxor en tan solo dos meses y que su estancia duraría otros seis, pero además pudo ver los permisos de excavación en Deir El-Bahari aunque sólo fueran durante treinta días y en pleno verano.

- Por si en el último momento pusieran algunas trabas – le dijo el señor Marzuq tras explicarle lo que ella misma estaba leyendo –, quédese usted con esta copia.
- Muy bien – asintió, volviéndolos a guardar en su carpeta.
- Quédese en El Cairo hasta final de mes – continuó –, el hotel ya está pagado, y podrá terminar al menos con la parte de la exposición que ha empezado a preparar –. El día uno yo mismo me encargaré de que la lleven a Luxor y allí podrá seguir con lo que dejó cuando vino aquí.
- Muchas gracias por todo, señor Marzuq.
- Lo mismo digo, señora Winfrey – le correspondió –, ha sido un placer tenerla este tiempo con nosotros.

Asintió levemente mientras se levantaba y le tendía la mano para despedirle.

EN SU APARTAMENTO DE LUXOR todo estaba tal cual lo dejó. Le dio la impresión de que apenas había pasado una semana fuera. Era pasado el mediodía cuando corrió las cortinas del salón y el sol de la primavera calentó enseguida la sala. Se sentó en el sofá y con la carpeta que le había dado el señor Marzuq en la capital, se sentó en el sofá para leerla de nuevo. Había pensado mucho en la opción que se le

había pasado por la cabeza cuando todo su equipo regresó a Inglaterra y que había comentado a su hermana la única vez que habló con ella como una posibilidad. Ahora de nuevo al ver que sólo tenían un mes para realizar excavaciones en el santuario de la reina, pensó aprovechar el resto de los meses en las excavaciones en el sur. No sabía si el señor Donovan acabaría aceptando, pero al menos quería planteárselo si él no tenía una idea mejor.

No hizo mucho más el resto del mes que pasearse del instituto a casa y supervisar que todo estaba en su sitio. Ya sólo podía pensar en el día que les viera aparecer, que le contaran todo lo que habían avanzado en sus investigaciones, y ella por su parte hablarles de lo que había estado haciendo todo ese tiempo, y sobre todo empezar de nuevo a trabajar con ellos.

4

Aún me quedaban casi veinte años por delante, en los que no dejé ni un momento de sentirme orgulloso por cada día que pasaba, viendo levantarse ante mis ojos todo lo que imaginaba, mis proyectos, todas sus ambiciones, haciéndose realidad lo que tanto habíamos perseguido. Pero siempre con la certeza de que todo aquello algún día vería su fin, que no tendría una continuidad. Sin embargo, el tiempo con el que contábamos, aquel momento que nos pertenecía, nos permitió ocultar cualquier preocupación por el futuro que algún día se sucedería.

Retomamos de inmediato todos y cada uno de los proyectos que habíamos dejado de lado a la muerte de su padre y ahora sí que los llevamos a cabo, además de otros muchos que no habían tenido tiempo de ver la luz.

Ineni vivió el tiempo suficiente para terminar su propia tumba, como si se hubiera obligado a vivir hasta ese momento, y antes de que se cumpliera un año de la muerte del rey, él siguió el mismo camino ante la presencia de Osiris. Ese mismo día fui nombrado Mayordomo de Amón, y con ello el título que más poder me otorgó durante el resto de mi vida. Ahora, por encima de mí sólo estaban Hapuseneb y ella.

Fueron sus hijos junto a ella y Hapuseneb quienes que encargaron de ofrecerle todos los honores en los setenta días que duró su momificación y sobre todo cuando le llevamos a la necrópolis. En los últimos meses yo había ayudado a Ineni a dirigir los últimos trabajos y me había encargado de esculpir personalmente ciertas antecámaras, pero él jamás me había permitido entrar a la sala del sarcófago, y tampoco lo hice hasta el día que le llevamos a su tumba.

Cuando entré con ella y los sacerdotes para dejar su sarcófago y realizarle los últimos rituales sobre su cuerpo y a los dioses, me sorprendí de lo que vi. Desde que ella tomó la regencia había notado un cambio de actitud. Realmente parecía haber desaparecido la tensión entre ellos y se les veía juntos como en los primeros años que yo entré en palacio y como suponía que había sido su relación hasta

que yo me interpuse en sus intereses.

Pude ver en los murales cómo ella aparecía como gobernante de las Dos Tierras, cómo reconocía su realeza y su papel en el trono de Horus. Vi que siempre la había valorado, y cuando me miró de reojo adiviné que ella lo había sabido desde el principio. “A mí siempre me quiso, Senenmut” me dijo en susurro. “Sirvió a mis abuelos, a mi tío, y quería a mi padre como si fuera su hermano. Compartían las mismas opiniones sobre mí y estaba de acuerdo en hacerme a mí la Señora de las Dos Tierras. Era eso lo que había decidido Amón y él había jurado apoyar a mi padre y cumplir los mandatos del dios”.

Entre las penumbras vi su sonrisa por mi sorpresa, y complacida volvió la vista al frente. “Y luego apareciste tú, mi padre te entregó a mí y tú te impusiste en la corte”. En ese momento yo también volví la mirada hacia los sacerdotes y me perdí en los gestos de Hapuseneb abriendo la boca a la momia de Ineni mientras seguía escuchando sus susurros entre los cantos de la ceremonia. No la miré más que un instante, pues se me hacía más imponente ella misma que la situación que nos rodeaba. “Sin embargo, él nunca quiso cambiar las tradiciones y por eso se volcó en mi hermano intentando frenarte a través de él. Eras tú el que siempre le hizo temer por un corte en la realeza y una amenaza para la legitimidad de mi familia”.

No hacía falta que me dijera nada para saber que yo era la causa de muchos de sus problemas y muchas veces me preguntaba por qué aún así se empeñaba en desafiar al país entero manteniéndome en tan alta estima, pero sobre todo demostrarlo al mundo con los muchos privilegios con los que me otorgaba. Yo por mi parte, tampoco dudaba en ocultarlo, y de inmediato me venía la respuesta, porque era obvio que no había nadie mejor que yo. Lo había demostrado una y otra vez. De no ser así, en esos momentos no hubiera estado allí en pie. Fue lo que de nuevo se me pasó por la cabeza al escuchar sus palabras, que en absoluto eran un reproche. “Siempre serás tú”, me dijo, “pero también será mi voluntad que a pesar de todo permanezcas a mi lado”.

INCLUSO ANTES DE LA MUERTE de su hermano ya muchos la consideraban la hija de Amón. Ahora sólo teníamos que extender su prestigio a lo largo del Nilo. En una de las audiencias Hapuseneb sugirió que viajáramos al Delta, hasta Menfis y que se mostrara junto a su sobrino ambos como reyes de Egipto. Todos estuvimos de acuerdo. Sin embargo, antes de terminar esa mañana, fue ella la que nos dio una sorpresa a nosotros. Me declaró a mí como el portador del sello del Norte y a Hapuseneb como visir del Bajo Egipto. Si antes él y yo ya éramos inseparables, a partir de ahora íbamos a trabajar juntos prácticamente para todo. Quiso además que cuando llegáramos al

Delta, nosotros nos quedáramos una temporada allí haciendo patente nuestra autoridad en su nombre mientras ella regresaría de nuevo a Tebas. Quería también con aquel gesto demostrar a la ciudad que era perfectamente capaz de dirigir por ella misma las Dos Tierras. Todas sus intenciones le salieron bien, pues esta vez no podía ser de otra manera. Su autoridad se vio reforzada en el Sur, y nosotros aseguramos de manera inquebrantable su poder en el Norte y proyectamos su dominio más allá de la frontera. Alejamos cualquier intención de una nueva invasión por parte de los asiáticos, como había sido desde los tiempos del reinado de su tío, y aseguramos por completo la paz.

La situación no podía sernos más favorable. El día anterior a nuestra partida había dejado como regente de la ciudad a Useramon, el visir del Sur y al nuevo alcalde de Tebas que había ocupado el puesto tras la muerte de Ineni, a su madre como señora del palacio y a Nehesy como jefe superior de las tropas, la guardia y la policía, para que vigilaran que todo se cumplía según sus órdenes. Embarcamos un mes después de la inundación, y sabiendo ya previamente de nuestro éxito, bajamos por el Nilo haciendo las paradas en las ciudades que habíamos programado. De todas ellas la que más me sorprendió fue Abydos. Era tan… mágica. Tebas, aunque todavía no se ajustaba a la gran capital en la que después la convertiríamos, era maravillosa, el templo de Amón era a lo que estaba acostumbrado; pero allí sentí realmente que el ambiente que nos rodeaba estaba cargado de la esencia de los dioses. El segundo día al amanecer, cuando fuimos a ver la tumba de Osiris, noté todo el poder que emanaba de ese lugar y no dudé que allí estaba el cuerpo del dios.

En ninguna otra ciudad pasamos más de una noche y siempre dormíamos en la embarcación, pero allí, ella quiso quedarse un par de días más. Los sacerdotes de Osiris ya nos tenían preparados nuestros cuartos en las dependencias de la Casa de la Vida y su recibimiento fue triunfal.

Ofrecimos presentes al dios y ella misma se encargó de oficiar las ceremonias. Yo también participé en todas ellas, pero sobre todo fui el que dirigí las ofrendas para los altares de sus antepasados que también tenían capillas en ese templo. Yo era sacerdote en Tebas del culto al rey Ahmosis y de la reina Nefertary. Inmediatamente después de la muerte de su hermano, quiso reforzar mi posición. Me ofreció muchos títulos y cargos civiles, me convirtió en el portavoz del Consejo de Nobles, me dio el título de Heraldo Real, me convirtió en príncipe, en gobernador de todos los almacenes, y tras la muerte de Ineni, la economía entera de las Dos Tierras estuvo en mis manos. Pero también quiso unirme más aún a los dioses, quería que me acercara un poco más a ella, a su condición de hija de Amón. Ya controlaba el

templo de Montu en Iuny, mi ciudad, pero además ahora me nombró sacerdote de Maat, de Amón, de Neith, y de inmediato, pasé a controlar el culto funerario de su familia, y justo allí en Abydos sus antepasados habían levantado sus cenotafios y se les hacían multitud de rituales y ofrendas para sus *kau*.

Al cabo de los años incluso llegaría a asimilarme a los dioses, pero ahora al declararme en un puesto que sólo podría pertenecer a los hombres de su familia, en el lugar más sagrado de Egipto, quería plasmar mi vinculación con la casa real. Y algo mucho más importante, declarar que esa era su voluntad y que debía ser aceptada. Para ella era la segunda vez que acudía allí. La primera fue con su padre poco después de ser elegida por Amón, antes de que yo la conociera. Antes de llegar me contó que entonces la habían acogido como la heredera. Ahora quería garantizar realmente su lealtad.

Esa noche en el banquete que se hizo en nuestro honor me senté a su lado y ya no me quedó ninguna duda que sus palabras eran aceptadas por todos. Si teníamos asegurado Abydos, los demás centros acatarían también nuestros mandatos. Con nosotros habían venido también Hapuseneb y un par de sacerdotes de Amón, su sobrino Tutmosis, Neferura, Sat-Ra y algunos de los servidores de palacio, pero esa noche sólo acudimos al banquete Hapuseneb y yo junto a ella. Durante el día había dejado a Tutmosis acompañarla en todo momento a su lado, como rey de Egipto que era, y también con Neferura mostrándola como su futura reina, pero ahora estaba claro que quería dejar patente que la única regente del país era ella. Siempre quiso guardar las apariencias con su sobrino y jamás le quitó lo que le pertenecía por derecho, sin embargo, ella también quería la parte que le correspondía.

Yo estaba a su lado en la mesa y al otro tenía a Hapuseneb. “¿Te das cuenta cómo te miran?” me dijo él de repente mientras cenábamos. Le miré desconcertado, sin saber muy bien qué quería decir. Yo no había notado nada extraño. “En absoluto les importaría proclamarte como el nuevo Horus si así fuera la decisión de la Señora de las Dos Tierras” sonrió. “Y verás que lo mismo ocurrirá a medida que descendamos en cada una de las ciudades del Alto y Bajo Egipto”. Yo me reí, incrédulo de lo que me estaba diciendo, pero él riéndose también por mi actitud, sólo me dijo que lo comprobaría con mis propios ojos. Y tuvo razón. Él siempre supo anticiparse a las situaciones. Y así, de la misma manera que nos recibieron en Abydos y en Dendera, que había sido la primera ciudad en la que hicimos una parada, fue ocurriendo a lo largo del Nilo hasta que llegamos a Menfis.

Para mí estaba resultando un viaje muy agradable. Jamás había ido más al norte de Tebas, y todo lo que conocía eran los lugares al

sur de la ciudad donde las tropas del rey habíamos luchado en las guerras contra el país de Kush. Todo aquello no tenía nada que ver con lo que había visto de joven. A medida que descendíamos por el río me di cuenta perfectamente de lo que significaba esa diferencia entre las dos tierras de Egipto. En el sur se concentraba el poder, pero allí en el norte se palpaba la riqueza por la que era famoso nuestro país. Y ahora yo era el responsable de todo ello. En realidad, éramos Hapuseneb y yo. Le miré mientras descendimos en la gran capital del Norte, Menfis, que se me antojó mucho más imponente que la misma Tebas. Por aquellos años aún no habíamos comenzado con los trabajos en nuestra ciudad y cualquiera de aquellas localidades plasmaba mucho mejor lo que era la esencia de Egipto.

Él, como ella y Sat-Ra, ya habían estado allí una vez, pues ellos también acompañaron a la comitiva del rey cuando quiso presentar a su hija al mundo entero. Me sonrió al notar mi sorpresa por todo lo que veía. “Y aún nos espera mucho más” me susurró Hapuseneb justo antes de bajar del barco. Si yo, a mis cuarenta años, estaba admirado por todo lo que se levantaba ante mí, Neferura parecía considerar todo aquello como un espejismo. Yo había cuidado de ella en todo momento, y ahora de nuevo la agarré de la mano para nuestro recibimiento en el puerto de la ciudad. No había dejado de sonreír ni un solo momento en todo el viaje, y cada vez que por las noches la llevaba a acostar no dejaba de decirme lo contenta que estaba, y que cuando fuera mayor quería ser como su madre, para ser la señora de todos esos lugares y poder hacer sus templos aún más bonitos. Y yo siempre le contestaba que sería así, porque realmente debía ocurrir de esa manera. La última noche que dormimos en la embarcación antes de llegar a Menfis volvió a contarme todo lo que ella haría si fuera reina, y aunque todavía no tenía más de seis años, yo la escuchaba fascinado. Yo dormía con ella en cubierta, justo al otro extremo del pabellón real y al lado de los departamentos de los sacerdotes. Había soltado ya las lonas y estaba sentado a su lado intentando que se metiera en la cama porque no quedaban más lámparas encendidas que las nuestras. Antes de repetírselo por última vez, aunque ninguno de los dos teníamos muchas ganas de dormir y hubiéramos seguido jugando durante horas, acabo por hacerme caso.

Recuerdo tanto aquellas noches… simplemente con ella, tan bonita, tan niña. Tantas veces las eché de menos. Pero de ésa última recuerdo sobre todo una pregunta que me hizo. Creí que ya se había quedado dormida, pero al rato me tocó el brazo con un dedo. “Senenmut” me susurró. “¿Qué?” le dije yo. “Senenmut, cuando yo sea reina, ¿tú construirás para mí templos y estatuas, como haces para mi madre?”. Giré la cabeza y vi en sus ojos tal esperanza, tantos sueños, como había visto una vez en su madre los primeros años que estuve a

su lado y me hablaba de los designios que le tenía reservado su padre y el dios. “Todo lo que tú quieras”, le contesté. Me sonrió también y me dio un beso antes de volver a tumbarse. A mí me dejó una sensación extraña, pues por un momento anhelé ver las cosas tan simples como lo hacía ella.

Antes de desembarcar miré a Neferura, y nuevamente me sentí orgulloso de llevarla de mi mano, pues tenía la completa certeza de que sería una reina excelente. Mientras, ella se adelantó con su sobrino en primer lugar y después, nosotros recibimos los honores correspondientes a los miembros de la familia real. Lo primero que hicimos, como en cada lugar, fue ir al templo a entregar nuestras ofrendas, pero esta vez teníamos que hacer mucho más que honrar a un dios. Nos quedamos en la ciudad cinco días, en los que revisamos personalmente todas las cuentas y los trabajos, comprobando que se cumplía según los mandatos que se hacían llegar desde Tebas. Todo estaba en orden.

El cuarto día por la tarde después de haber pasado la mañana en el templo, comprobando los almacenes de grano, las casas del oro y de la plata, y por la tarde en la residencia del gobernador en una audiencia con los nobles del Delta; aún quería que visitáramos la necrópolis para procurar que el culto funerario también se seguía realizando allí. Ella quería ganarse el total respeto de los sacerdotes de Ptah de Menfis y una legitimidad absoluta de las élites, pues le habían comentado que desde que su abuelo había expulsado a los asiáticos de aquellas tierras, los muertos no habían recibido los rituales oportunos.

Mandó a unos heraldos ir a buscar a su hija y a su sobrino, y junto al gobernador, al supervisor de la necrópolis y los nobles nos dirigimos a la llanura al otro lado del río. Yo también estaba de acuerdo en reactivar el culto funerario y de restaurar los monumentos que habían pertenecido a antiguos reyes, como ya ocurría en el sur, pues era una obligación de todo rey. Recorrimos la necrópolis hasta que el sol se ocultó, y durante el banquete de esa noche me pidieron opinión sobre cómo se debería proceder, por dónde empezaríamos, y por sus semblantes y sus asentimientos, me di cuenta que se haría todo como yo estaba diciendo. Casi no había terminado de hablar cuando ella sentenció que yo sería el responsable de los trabajos y que todos debían obedecerme. Nadie se opuso a su palabra, y yo una vez más comprobaba que su lealtad sería completa.

“Deja constancia de que yo he hecho esto” me dijo aparte al final de la noche, mientras nos levantábamos para regresar a nuestros aposentos, “y procura que la imagen que guarden de mí sea la de un rey”. La miré a los ojos y vi tanta ambición en su mirada que yo tampoco dudé un instante en complacerla. Asentí en silencio y sonreí en cuanto ella me bordeó para marcharse. Así debía haber sido

siempre.

Apenas dormimos un par de horas cuando el sol volvió a nacer en el cielo. Hapuseneb y yo nos quedamos un tiempo más en el Delta, afirmando nuestros nuevos cargos que nos unían directamente con aquella parte de Egipto. Todos los demás pusieron rumbo a Tebas esa mañana. Nosotros después de dejar todo organizado en Menfis teníamos planificado acudir a Heliópolis, un poco más al norte, pues yo tenía especial interés en visitar a sus sacerdotes y la Casa de la Vida, y Hapuseneb quería establecer buenas relaciones con el clero de Ra, que era el más poderoso después del de Amón.

Pero antes teníamos que dejar fijadas las líneas de los trabajos que ella nos había encargado. Hice llamar a los mejores arquitectos y les expliqué explícitamente cómo deberían proceder en cada detalle sobre un plano general que yo mismo había hecho, como el modelo al que ellos deberían adaptarse. Y como ella me había ordenado, me aseguré de que su nombre figurara en los cartuchos reales y que sus títulos se adaptaran a la concepción que debía tenerse de ella. Mientras Hapuseneb se encargó de establecer los presupuestos con los responsables de las casas del oro y de la plata, además de dejar escrito todos los demás materiales que deberían comprarse. Asignó las tierras necesarias para poner de nuevo en explotación y que estarían destinadas a la producción de las ofrendas para las tumbas, y además ordenó mandar misivas por la región para buscar trabajadores que las cultivaran.

Trabajamos desde la salida del sol hasta el anochecer, pero me sentía bien. Era la primera vez que abarcábamos un trabajo de tal envergadura prácticamente sin límites. Estaba orgulloso de lo que hacía, de cómo lo que yo decía era aceptado sin discusión y sin tener que rendir cuentas a nadie. Hapuseneb y yo éramos las máximas autoridades, y bien podía leer en sus rostros que nuestra fama había trascendido hasta aquellos lugares, pero sobre todo yo, como si mis palabras fueran las de la Señora de las Dos Tierras. Ahora yo poseía el sello del Norte, y como tal, todos veían en mí una manifestación del mismo rey; de ella.

Pasamos un mes en Menfis, más de lo que hubiéramos esperado, pero había tanto que hacer... Cada día surgía un nuevo asunto, muchos requerían nuestra presencia, incluso me invitaron a participar en una cacería en el desierto a la que no pude negarme. Allí en Menfis era donde se encontraban las mejores escuelas militares del mundo y entre sus oficiales distinguí a algunos que habían luchado conmigo junto a los Valientes del Rey en la toma de Kerma, la capital de Kush. Quería demostrarles que no había perdido ni un ápice mi antigua destreza y que seguía siendo tan bueno en las armas como en el gobierno. Pasamos cinco días en las llanuras del oeste y no les

defraudé en absoluto, aunque debo reconocer que temía no estar a la altura. Me sentí orgulloso además al demostrarme a mí mismo que eso no había ocurrido, incluso me obsequiaron como regalo una yegua negra, uno de los mejores ejemplares de Siria que había llegado desde Retenu como tributo ese mismo año. Ese animal siempre logró evocarme todos mis triunfos, y cada vez que la mirara a partir de entonces me vendría a la cabeza aquel viaje, y detrás, cada paso que había dado hasta llegar allí. Muchas veces me recordaba también que debía ser fuerte para afrontar todos los éxitos que estaban por llegar. Personalmente significó para mí un trofeo, un amuleto, y cuando murió, casi una década después, ordené momificarla y excavar un nicho junto a mi tumba y la de mis padres para no olvidarlo nunca.

Y tras un mes en Menfis, al fin llegamos a Heliópolis. A pesar de que estaba siendo una de las mejores experiencias de mi vida, también estábamos impacientes por regresar a Tebas. En los diez años que había pasado a su servicio jamás me había separado un solo día de ella, y una parte de mí quería volver a esa rutina. Lo primero, como en cada lugar, fue entregar las ofrendas a Ra y a Hathor que ella me había encargado realizar en su nombre, y de inmediato, me dirigí a la Casa de la Vida. Quería aprender todo lo que allí se guardaba, estudiar lo que una vez había realizado Imhotep, que había oído que se guardaba en secreto en aquellas bibliotecas, todo para comenzar con cada proyecto que tenía en mente para elevar a Tebas a lo más alto.

A mi regreso me detendría también un par de días en Hermópolis. Los sacerdotes de ambas ciudades me mostraron todo lo que pedí, y en realidad era mucho más de lo que jamás hubiera imaginado. En Hermópolis me mostraron los libros sagrados de Thot y todos los secretos que allí se habían escrito desde el primer día de la creación. Aprendí tanto en aquellos días, pero sabía también que eso sólo era una mínima parte de los saberes que contenía la Casa de la Vida. Por suerte, en un futuro tendría a mi disposición todos aquellos documentos que los sacerdotes no dudaban en enviarme cuando yo lo solicitaba. Yo a cambio juré reconstruir los dominios de aquellos dioses que los asiáticos habían dejado destruidos como había podido ver a lo largo de mi viaje. Pero allí sobre todo conocí a Djehuty, que acabaría convirtiéndose en uno de los grandes apoyos con los que contaríamos a partir de entonces. En cuanto le vi, quise tenerle a mi servicio y él no dudó ni un instante en aceptar un puesto junto a mí. No me hizo falta más que cruzar un par de palabras con él mientras nos dirigía a mí y a Hapuseneb por la biblioteca para percatarme de toda su valía.

No sé si aquel viaje me cambió la manera de ver el mundo, pero ya un par de días antes de salir de Heliópolis, recordé la pequeña conversación que había tenido con Hapuseneb durante el banquete en

Abydos, y simplemente por curiosidad le pregunté cómo había estado tan seguro de que yo sería aceptado simplemente porque era el deseo de la Señora de las Dos Tierras. Saqué el tema por la noche mientras cenábamos, cuando estuve seguro de que nadie nos prestaba atención.

Observé un momento el gran salón del alcalde de Heliópolis, donde nos alojábamos, antes de preguntar a Hapuseneb. Ya había notado que allí en el Norte todo era diferente, cómo la autoridad real o cualquier representante de ella era acatado sin discusión, como el enviado de una divinidad. Me contó que aquellos lugares del Egipto Medio y del Delta todavía tenían muy presente el reinado de Ahmosis y Nefertary. Él por haberles devuelto la paz, y ella por ser la imagen de lo divino y la responsable que había restaurado su mundo. Me dijo que no les interesaba en absoluto las intrigas que tenían lugar en la capital y lo único que pretendían era rendir su favor a los descendientes de los reyes. “Toda esta gente y todos los templos tienen aún muy presente la guerra” me dijo con pesar. “El hijo mayor de los reyes Pasair fue mandado aquí a gobernar hasta que a él le tocara ocupar el puesto de su padre. El dios le había elegido desde antes de que naciera para ser el futuro Horus, y además él se ganó el prestigio y el respeto de sus servidores por sí mismo. Ya entonces se le veneraba incluso como un dios, y aún hoy le siguen haciendo ofrendas a su nombre”.

Alguna vez ella me había contado la historia del que había sido el padre de su padre y el hermano mayor de su madre, que no había conocido, pero que todo el mundo en la familia ya le honraba en vida como un Espíritu Excelente. “Aquí esa es la imagen que se tiene de la realeza” me añadió firme. “Deben a los descendientes de Amón la vuelta al orden y la estabilidad”. Y entendía por tanto, que no había nadie más legítima que ella. “Yo comparto con la Señora de las Dos Tierras el linaje del rey Ahmosis. Ahora tú” me aconsejó, “refuerza tu prestigio. Ya has demostrado ser un buen gobernante. Termina de ganártelos a tu favor estableciendo nuevas obras allá donde la reina Nefertary no pudo terminar. Cuando regresemos a Tebas esa será la imagen que quede de ti”. Asentí, pues era justo lo que ella había hecho en Menfis, y que a lo largo de los años no sería nuestro último proyecto.

Cinco

Badia miró el frasco que le había enseñado su hermana a través de la luz. No tenía más de tres centímetros de alto y flotando en el líquido amarillento estaba un minúsculo trocito compuesto de células.

- Dentro está el chip – sonrió Arianne.
- No pensé que fuera tan, tan pequeño.
- No mide más que un cuarto de una uña.
- Ya veo.

Se lo devolvió, aún sorprendida por los resultados que había conseguido en esos dos años. Habían llegado esa misma mañana y no habían perdido ni un solo instante para comenzar a recolocarlo todo para comenzar a trabajar de inmediato. A última hora de la tarde Badia buscó un momento para reunirse con su hermana y que le mostrara con lo que llevaba todo el día impacientándola. No podía esperar al día siguiente para ver lo que contenían cada una de las cajas que la había ayudado a colocar. Arianne dejó el frasco sobre la encimera y cogió de la estantería una caja mucho mayor. Mientras la abría, Badia sospechó lo que contenía y una mirada cómplice se lo confirmó. Aún así, cuando tuvo el tarro entre sus manos, casi le parecía imposible que aquello había salido en parte de ella.

La última vez que había estado en Inglaterra su único trabajo había sido ayudar a Arianne a proporcionar el material que les permitiera reconstruir el cerebro de la persona que querían revivir. El cráneo de la momia tenía aún restos de materia cerebral pegada a él, pero sabían que para ponerlo en marcha iban a necesitar células vivas. Ella se ofreció voluntaria para brindarle a su hermana una base sobre la que trabajar. No lo dudó un instante, quizá únicamente en el momento en que escuchó la taladradora que iba hacerle un agujero en su cabeza, pero de inmediato se concentró en lo que el médico le iba ordenando hacer y decir. Tenía además a Arianne justo enfrente que la miraba con una gran sonrisa hasta el momento que él le dijo que habían terminado. No sintió nada, y ahora ya sólo le quedaba una pequeña cicatriz; y estaba orgullosa de ello. Le habían extraído tan solo unas pocas células, de las que Arianne había eliminado toda su

información genética y las había dejado completamente vacías. Después las había multiplicado hasta alcanzar una cantidad similar que podía contener el cerebro de una persona adulta, y era eso lo que ahora contemplaba.

- Toma, toma – se lo devolvió, casi sin palabras –. ¿Y ahora qué tienes que hacer?

- Cuando empezamos – le contaba mientras dejaba todo en su sitio – comprobé que en los restos del cerebro de Senenmut aún quedaba ADN y otro tipo de información, que nos van a permitir hacerle tal cual fue. Ya sabes que sin eso no podríamos estar haciendo esto. Mi ayudante me ha dicho que mañana podemos empezar. Ya tiene todos los materiales y los compuestos preparados.

- Sí – le confirmó –, sé que ha estado por aquí trabajando en ello.

- Vamos a extraer todos los restos que aún queden en él y devolverles su forma original. Hidratarlos, eliminar cualquier resto de resinas, polvo o cualquier impureza, restaurar las células que estén dañadas... prácticamente como si fueran uno de tus muchos papiros o vasijas que encuentras en tus excavaciones – sonrió –. Y por último, unirlos a tus células para conseguir recuperar su cerebro de manera íntegra.

Badia asentía. Sabía más o menos cómo funcionaría el proceso, porque su hermana ya lo había hecho previamente en sus experimentos con diversos tipos de momias de animales. En todos los casos había tenido éxito, pero aún así no dejaba de preocuparse cada vez que le hablaba del tema.

- Pero esto es mucho más que un simple animal con los que has trabajado – le dijo –. Sólo tendremos una oportunidad.

- Tú déjame a mí – le tranquilizó –, ya verás como todo va a estar bien.

Sin embargo, no dejaría de preocuparse hasta que lo tuviera de frente y comprobara una vez terminado todo que no se había cometido ningún error. Le terminó de explicar cómo después de que reconstruyeran el cerebro le irían sometiendo a impulsos eléctricos para restablecer todas y cada una de las conexiones y así conseguir restaurar todo lo que fue una vez. Por último, cuando comprobaran de nuevo que todos los datos y variables del chip eran correctos, lo introducirían en su cuerpo. Era así como había funcionado en todos los casos y Arianne tenía la confianza de que esta vez saldría bien.

- Bueno – sonrió, mirando de reojo la mesa de metal donde estaba la cámara frigorífica –, y mañana veré también a ver qué tal está nuestro hombre después de tanto tiempo.

- Bien – rió –, le he estado vigilando y cuidando muy bien.

Aunque he estado casi todo el tiempo en El Cairo, tu ayudante me ha escrito muy a menudo y sé que está bien.

Arianne sabía que antes de todo lo que le había contado y de ver por fin sus últimos avances recompuestos en ese cuerpo, primero tendrían que ocuparse de continuar con lo que habían dejado a medias. Callaron un momento, sabiendo que habían estado a punto de perderlo todo si ella no hubiera vuelto a tiempo para autorizar la entrada a la sala y evitar que cualquier bacteria hiciera daños irreversibles. Ahora Arianne debía terminar de recomponer sus huesos, sus músculos, la piel; todo lo que sería el soporte de su proyecto. En lo que se refería al cuerpo ya había estado trabajando los años anteriores y tenía el modelo sobre el que trabajar para reconstruir sus restos. Eso era sencillo, pero habían dejado su rostro para el final. Mientras hablaban, Arianne había encendido uno de los ordenadores, y en cuanto estuvo listo introdujo su pen-drive en una de las ranuras. Busco el archivo y en la pantalla apareció la representación en la que habían estado trabajando sus ayudantes en Inglaterra.

- Esta será más o menos su cara – le dijo –, ya sabes que luego la expresión, las características de los músculos y la piel con la que contemos, puede variar ligeramente lo que ves. Pero es esto.

Badia observó la representación en 3D mientras acercaba una silla a su lado. A partir de las radiografías de la momia que habían hecho al principio de su proyecto habían basado todas las investigaciones para la restauración de su cuerpo. Y al verlo otra vez no se sorprendió. No era muy diferente a cómo lo imaginaba ella a partir de las pinturas y las estatuas a las que estaba acostumbrada. Se adaptaba perfectamente a sus rasgos y a las imágenes que ella misma había hecho con sus ayudantes cuando estaba en Inglaterra. Ya habían realizado alguna vez alguna reconstrucción facial, pero aquélla era muchísimo más detallada y sobre todo la que le permitiría a Arianne no cometer ningún error a la hora de llevarlo a cabo en carne y hueso. Le fue presentando cada detalle, cada indicación, cada defecto al que se tendrían que adaptar. Le enseñó en el dibujo cada fase en las que ella tendría que trabajar, las medidas, los planos faciales, todo.

- Pero antes tengo que terminar con lo referente a su cerebro – le indicó –, una vez que esté listo en el interior de su cráneo, y que hayamos terminado también con el resto de su cuerpo y ya podremos empezar con su rostro.

Badia por un momento se asustó ante lo que le estaba diciendo, pensando que estaban equivocándose en la manera de proceder.

- ¿No me dirás que vais a introducir ya los órganos y todo su interior? – le preguntó incrédula –. ¿Cómo piensas conservarlo entonces?

- No, no, no – le detuvo –, los órganos será lo último.

Badia la miró expectante, esperando una explicación.

- Sé lo que ocurre si hacemos eso – continuó, como si fuera evidente, molesta incluso porque estuviera cuestionando sus conocimientos y pretendiendo saber más que ella en esos temas –. Vamos a ver, lo primero que voy a hacer va a ser terminar de reconstruir el cuerpo y para adaptarnos a un volumen real vamos a colocar órganos artificiales, sintéticos, esterilizados – le matizó, recordándole que eso la lo habían hablado hacía tiempo –. Mientras, voy a trabajar en su cerebro como te he dicho, y eso sí que lo voy a colocar en su sitio. El cerebro, si lo mantenemos a una temperatura adecuada y bien cuidado puede conservarse perfectamente, y de inmediato comenzaremos con la reconstrucción del rostro. ¿Ya?

- Sí – asintió mucho más tranquila –, de acuerdo.

Arianne sonrió mirándola de reojo, y Badia le contestó con una mirada de advertencia, previniéndole de que todo debía salir bien. En silencio, se quedó pensando mientras Arianne apagaba el ordenador. Ya no quedaba mucho para ver terminado su proyecto, comparado con los años que llevaban tras de sí. Aún así, y con las ganas de verlo al fin acabado, le daba la sensación de que no había pasado nada desde que comenzaron. Recordó cuando hacía unos diez años que habían retirado la momia de Senenmut del museo de El Cairo, el mismo día que las autoridades les adjudicaron su posesión de manera completa, con la condición de no sacarla del país. Aún así, todavía el señor Donovan seguía presionando por el derecho de llevársela con él una vez que hubieran terminado con el proyecto. Incluso ella misma, que era tan propensa a defender que muchos de los restos arqueológicos debían permanecer en su lugar de origen, creía que en este caso, en Inglaterra estaría mucho mejor cuidada.

- ¿Y tú? – le preguntó Arianne sacándola de su ensoñación.

No había olvidado su primera y última conversación poco después de que regresaran a Inglaterra, y recordaba perfectamente sus intenciones. Estaba tranquila porque le había contado brevemente que había estado la mayoría de ese tiempo trabajando en El Cairo con el jefe del Consejo de Antigüedades, pero temía que aún quisiera dirigirse al sur. Sabía lo terca que era, y que si se le había metido una idea en la cabeza no pararía hasta conseguirla. Casi pudo adivinar la respuesta antes de que le contestara.

- Antes de volver a El Cairo hice una última petición para que me concedieran los permisos de seguir excavando en Deir El-Bahari o en el templo de Montu en Armant – recordó con pesar –, y me los volvieron a denegar.

- ¿Y? – le insistió impaciente en un instante que ella se quedó callada.

- Viendo ahora que al señor Donovan le han concedido sólo un mes en Deir El-Bahari, le voy a pedir que regresemos al sur.

- Ya.

- Esta vez no vas a venir – le tranquilizó al ver su gesto de disgusto, pues sabía perfectamente que no deseaba en absoluto regresar a aquel lugar –. Tú tienes cosas mucho más importantes que hacer aquí, y no creo que ahora el señor Donovan te permita dejar por un momento este laboratorio según vamos de tiempo. Jake y yo vamos a ir mañana a hablar con él. A Glenn se lo dije esta mañana, pero él también tiene que quedarse.

Únicamente acabó por decirle que tuvieran cuidado, pues sabía ya de antemano que su jefe les concedería el viaje y todo el presupuesto que necesitaran. Sabía que él también mencionó alguna vez volver allí. Era consciente de lo importante que era ese lugar para indagar en la parte de la historia que estaban investigando, pero no dejaba de producirle cierto resquemor cada vez que recordaba el ambiente que allí se respiraba. Era consciente de que a Badia eso no le importaba en absoluto y que incluso ese riesgo le incitaba a regresar.

- Has perdido la cabeza completamente – suspiró.

Badia se rió. Hacía tiempo que había dejado de tomar en serio todas sus advertencias, pues le ponía nerviosa todas sus precauciones que para ella no significaban nada. Ningún peligro supondría una barrera que no pudiera cruzar, más cuando tenía todos los medios para ello.

- Sí – le confirmó –, pero lo necesitamos y estoy totalmente dispuesta a correr el riesgo. ¿Para qué estoy aquí si no?

A PRIMERA HORA EL SEÑOR Donovan les reunió a los cuatro en el laboratorio para explicarles las líneas generales que iban a seguir en los seis meses que durara su estancia. Dejó a Arianne la responsabilidad en lo referente a los restos de la momia y dejar al menos un cuerpo íntegro. No quería que su proyecto se alargara mucho tiempo más y eso dependía de ella. Asintió, pues esperaba terminarlo prácticamente en ese tiempo. Ya había ensayado mucho y ahora sólo quedaba ponerlo en práctica. A Glenn le encargó tener un diseño listo y toda la organización para la sala donde llevarían a cabo el experimento, pero una vez que hubo terminado con ellos, llamó a Jake y a Badia que salieran con él. Ambos se miraron un momento, alarmados ante la urgencia que les demostró. Hablaron justo al otro lado de la puerta.

- Me ha sido muy difícil conseguir los permisos de excavación para Deir El-Bahari – les recordó –, y ya veis que únicamente me los han concedido para un mes. Parece que ahora está un equipo francés trabajando allí, y es evidente que no quieren que nosotros avancemos

más que ellos, más conociendo nuestros proyectos.

Badia recordó por un momento las pocas veces que había acudido en el tiempo que había estado sola en Luxor, advirtiendo que otra gente estaba excavando en zonas donde ellos habían estado antes.

- Sé que tú lo has intentado – dijo mirando a Badia –, pero ya no vamos a conseguir más de lo que tenemos y podría asegurar que éste va a ser el último año que nos van a permitir trabajar en el templo y yo diría que en toda la ciudad.
- No pasa nada – resolvió ella de inmediato –, con este mes será suficiente para terminar con lo que habíamos dejado pendiente en las campañas anteriores. En realidad ya no hay mucho más que hacer allí salvo para los restauradores. Tenemos documentado cada rincón del templo y todo lo referente a nuestra reina que existe allí y en el Valle de los Reyes.
- Es cierto – dijo Jake de inmediato –, la única zona que dejamos pendiente fue la Sala del Almacén. Dejaremos cualquier otro detalle, aunque nos hubiera gustado estudiarlo más a fondo, sobre todo en las capillas de la tercera terraza, porque no creo que nos digan mucho más de lo que ya tenemos.

Miró un momento a Badia por si estaba de acuerdo y vio que sí. El señor Donovan por su parte asintió ante su propuesta, y les indicó que antes de comer debían tener preparados todos los diarios y los cuadernos para dirigirse al yacimiento esa misma tarde. Él por su parte se encargaría en esas horas de dirigirse allí para contratar a los obreros que les ayudarían en las excavaciones.

- A las cinco quiero veros a los dos allí.
- Muy bien.
- Pero antes – les detuvo al ver que ya se iban a buscar todo lo que les había dicho –, tengo que hablaros sobre el resto de los meses.

Badia contuvo la respiración, nerviosa, pues precisamente de eso quería hablarle en cuanto tuviera un momento a solas con él. Por cómo les había organizado el día, pensaba hacerlo esa misma tarde, pero al decirle aquello, pensó que quizá él ya tenía otros planes.

- Viendo la situación actual – les advirtió –, aquí en Luxor sólo vamos a conseguir trabas y pocos resultados. Si aún quedan cosas nuevas por descubrir no va a ser aquí.
- Señor Donovan – le interrumpió Badia, al ver una oportunidad para hablarle de lo que llevaba pensado ya mucho tiempo.

Él la detuvo levantando la mano.

- Quiero proponeros regresar al sur.

Badia sonrió, pues era justo lo que había pensado ella. Aquella zona que antes era plenamente egipcia y que ahora era tierra de nadie, pero que bien sabía que podía brindarles grandes hallazgos. Ya

lo habían comprobado.

- Sabéis que es peligroso – les recordó –, pero puedo conseguir sin problemas los fondos necesarios para financiaros una estancia de tres meses allí. Comenzaré mañana mismo con las negociaciones si aceptáis. El dinero y las transferencias están aseguradas, pero sobre todo necesito vuestra respuesta lo más pronto posible para ponerme en contacto con los jefes locales.

Asintieron de inmediato porque no había nada que pensar. Era evidente que sí. Sabían por la última vez que la respuesta de aquellos hombres que controlaban la zona al norte de la frontera con Sudán podían retrasar la respuesta a sus peticiones según se les antojara o según les conviniera con los negocios que previamente ya tenían pactados.

- Os advierto que una vez os deje allí, vosotros seréis los únicos responsables de lo que os ocurra. Yo no podré hacer mucho si estáis en problemas. Aún así, ¿queréis hacerlo?

Y de nuevo asintieron sin dudar.

- ¿Conformes entonces? – les repitió.
- Absolutamente.
- Bien – resolvió –, si es así, había pensado mandaros dos meses a Gebel El-Silsilah y otro mes a Asuán. Creo que son los dos lugares más interesantes.
- Perfecto.

Pero de momento, aún les quedaba mucho trabajo por delante en la ciudad. Durante el resto de la mañana estuvieron ordenando los documentos que tenían guardados de años anteriores. El señor Donovan ya se había encargado de presentar todas las autorizaciones a los guardias del monumento que les permitían trabajar allí y cuando ellos llegaron no tardaron en comenzar con sus tareas. Dieron una vuelta por todo el conjunto calibrando cómo estaba todo respecto a la última vez, y tras comprobar que no había cambiado mucho, salvo por los trabajos de restauración en ciertos puntos, se dirigieron a la sala que les interesaba y a la que iban a dedicar la mayoría de su tiempo.

- Bueno – suspiró Badia paseando la mirada por el interior desde el umbral –, creo que lo primero que hay que hacer es limpiar todo esto.

Aquella pequeña sala, en una de las esquinas del pórtico de la tercera terraza, era la única que no se sabía con certeza para qué había servido. No había signos claros de las funciones que ocupó dentro del complejo, pues podían ser muchas. Sin embargo, lo que más les había llamado la atención desde el principio fue la imagen en pie de Senenmut justo a la entrada, borrada de manera intencionada en tiempos posteriores, pero donde claramente se le distinguía. Ahora se guardaban allí materiales de trabajo y como su nombre indicaba, se

había convertido en un pequeño almacén.

Los obreros tardaron un par de días en vaciar la sala, y de inmediato se pusieron con lo que verdaderamente les podría llevar a aclarar sus dudas. Jake se encargó de estudiar a fondo el diseño de la sala y de buscar alguna referencia que pudiera compararla con alguna otra del mismo periodo. Llevaron a cabo prospecciones, limpiaron el suelo, las paredes, el techo, en busca de alguna inscripción o alguna referencia. Al cabo de diez días uno de los trabajadores les mandó llamar.

Badia estaba fuera del complejo, en una mesa bajo los toldos limpiando unas cuantas piezas de cerámica de las temporadas anteriores que contenían restos de ofrendas. Estaba concentrada separando las diferentes semillas de trigo y cebada que habían quedado en el fondo y ni siquiera escuchó que Jake la llamaba hasta que le tocó el brazo.

- Rápido – le dijo con urgencia, pero con una sonrisa que delataba buenas noticias.
- ¿Qué ocurre? – le preguntó mientras se dirigían a la parte superior del templo.
- Mientras limpiaban una de las paredes se ha desprendido un trozo de piedra caliza – le decía casi sin poder contener la emoción –. Y… bueno, vamos.

No le dijo más, porque quería que fuera ella quien lo viera. Al entrar vieron aún sentado en el andamio al hombre que había estado trabajando en ello y con el trozo de piedra a su lado esperándoles.

- Ahí está – le señaló Jake arriba del todo.

Badia miró el hueco en una de las esquinas superiores. Comprendió de inmediato que había una doble pared. Sin esperar más, se subió al andamio mientras el resto de los trabajadores se congregaban al otro lado del umbral. Aunque entraba luz del exterior acercó una de las linternas para verlo mejor. Primero vio los restos de pintura que habían quedado en la parte desprendida, y después se acercó al hueco que había quedado en la pared. El color amarillo que se dejaba ver en dos semicírculos en la parte inferior era tan brillante como si lo hubieran pintado el día anterior, y con una forma que se le hacía muy familiar. Tras mirarlo detenidamente fue como si de repente pudiera ver el resto de la figura que ocultaba la segunda pared de piedra caliza. Mandó bajar al obrero, y en su lugar Jake subió a su lado.

- Esto – le señaló la zona pintada –, son las plumas de la corona de la esposa del dios.

Al decirle aquello le pareció evidente. Asintió mientras veía toda su emoción al contarle las teorías que le estaban llegando como un torrente.

- Ella tuvo ese título, pero dudo mucho que precisamente este espacio estuviera dedicado también a sí misma – le decía, mirando alternativamente a él y al hueco de la pared –. Teniendo en cuenta la imagen de Senenmut de la entrada, es imposible que fuera para ella. En todos los lugares del templo donde aparece su imagen siempre es arrodillado adorándola, jamás en pie.

- Excepto en la zona donde relatan la expedición al Punt – comprendió, empezando a vislumbrar sus teorías –, la única de las dos donde también está en pie, pero a su lado, hablando a Hapuseneb y a Puyemra sobre el oráculo de Amón para mandar la expedición.

- Justo – apuntó –. En esa se le representa al mismo nivel que un miembro de la realeza, él transmite las palabras sagradas de Amón, por tanto, esta sala no sería en honor a la reina como divinidad para adorarla como en resto de sus representaciones del templo, si no para alguien relacionado con ella en la que él tuviera alguna responsabilidad.

- ¿Su hija? – se le ocurrió.

- Eso es lo que creo – sonrió –. En líneas generales no me sorprendería nada encontrar tras esta pared otra en que Neferura fuera la protagonista.

Ni siquiera habían alcanzado el mediodía, pero ya no hizo otra cosa durante el resto de la tarde que dedicarse personalmente a esa sala. Dejó que Jake dibujara en el cuaderno lo que habían descubierto y de inmediato se puso a organizar a los obreros para que comenzaran a retirar el resto de la pared. Esa tarde sólo lograron quitar la esquina superior, donde se dejó ver una cenefa que alternaba la cobra y la cabeza de la diosa Hathor. Todo se adecuaba a sus expectativas, pero a medida que iban avanzando en los trabajos los datos le desconcertaban. Repitieron las pruebas de datación de la primera pared y esta vez también de la segunda, y al cabo de un par de días, cuando le dieron los resultados, se sorprendió que coincidieran exactamente. Si no las hubieran colocado una encima de otra no hubiera podido distinguir cuál sería la más antigua. Tras darle vueltas había llegado a la conclusión de que quizá se arrepintieran de inmediato de haber pintado esos murales. O que queriendo proteger lo que allí se guardaba, la reina hubiera dado la orden de tapiarlo inmediatamente dándole un destino distinto. Sin embargo, no podría asegurar nada hasta que terminaran de retirar toda la caliza que cubría la pared original.

No podía pensar en otra cosa, habían pasado ya veinte días desde que comenzaron a excavar y aparte de su emoción por aquel repentino descubrimiento, no dejaba de preocuparle la idea de no poder terminar. Ni siquiera llevaban un tercio del trabajo y no habían descubierto todavía ningún nombre al que pudieran adjudicar la

dedicación de la sala.

Una de esas tardes, mientras recogían todos los materiales, guardaban las piedras que iban sacando del templo en la tienda que habían colocado en uno de los laterales de la avenida y terminaban de registrar lo que habían hecho ese día, Arianne se dejó ver por el campamento. Les saludó contenta y en seguida acercó una de las sillas de plástico para sentarse al lado de su hermana.

- ¿Cómo tú por aquí? – le preguntó sin ni siquiera levantar la vista del diario de excavación.
- He terminado pronto, y como hoy no hacía tanto calor como estos días…
- Has venido a hacerme una visita – rió, mirándola de reojo.

Asintió, sonriendo también mientras se reclinaba sobre la silla acomodándose como en el sofá de su casa. Por un momento perdió la mirada más allá de los postes que sostenían el toldo bajo el que estaban, en el templo, que desde aquella posición dejaba ver los tres niveles de columnas, como si únicamente con ellas se pudiera sostener la montaña, y las dos rampas de acceso que parecían invitarle a adentrarse en él. Un poco más a la izquierda el sol estaba a punto de ocultarse tras los riscos, y durante un tiempo indefinido no pensó en nada que no fuera la imagen que tenía ante sí tras unos matices grisáceos que le dejaban las gafas de sol.

Badia la observó un momento tras revisar lo que había escrito, sabiendo que también ella adoraba ese lugar. La primera vez que lo había visitado le dijo que, aunque nunca le había creído cuando se lo decía, era verdad que se respiraba un aire diferente, como si realmente fuera un lugar divino.

- Una de las mejores perspectivas – dijo Arianne simplemente, al escuchar que su hermana se levantaba.
- Sí.
- ¿Quién ha decidido poner aquí la tienda y las mesas? – le preguntó, aunque la respuesta era evidente.
- Yo – sonrió.
- Ya veo...
- Voy a guardar esto – le dijo –, espérame aquí un momento y ya nos vamos.

Arianne asintió levemente y mientras volvía la mirada de nuevo al templo, supo que aquella noche, como todas las anteriores, su hermana le hablaría con pelos y señales de cómo le había ido el día y después le preguntaría a ella sobre sus trabajos en el laboratorio, obligándole a decirle también todos los detalles aunque fueran insignificantes.

Ni siquiera esperó a alejarse unos metros por la carretera que les unía al embarcadero para contarle de nuevo sus teorías y cavilaciones.

Cruzaron el río, y camino a casa se pararon en la terraza donde solían tomar algo los fines de semana o por las noches después de cenar.

- Mañana veré quién es la que posee esa corona de esposa del dios – le decía, moviendo el batido con la pajita y mirando de vez en cuando a su alrededor –. ¡Por fin hemos llegado a ese nivel! Hoy hemos retirado hasta la zona de la corona donde aparece el disco solar, y al lado está claramente la parte superior de un cartucho.
- ¿De verdad crees que esa sala estaba dedicada para la hija de la reina? – le preguntaba Arianne.
- Es lo único que se me ocurre.
- A lo mejor te da una sorpresa – supuso.
- Sí – se encogió de hombros –, también sería bonito encontrar algo que no me espero, pero lo dudo.

Tras darle vueltas y decir en voz alta todas sus dudas y suposiciones dejó que fuera Arianne la que hablara. A pesar de no llevar ni un mes en Egipto, ella ya lo traía prácticamente todo listo para comenzar de inmediato en cuanto regresaran, y eso le hizo avanzar de una manera vertiginosa en la creación de su hombre.

5

Desde que su padre me entregó a ella, no había pasado tanto tiempo sin verla. Sin embargo, tampoco la eché de menos durante aquellos meses que Hapuseneb y yo pasamos en el Norte. Pensaba en ella, por supuesto, pero el orgullo por servirle, hacer cumplir su voluntad, presentarme en su nombre y hacer todo lo que me había confiado, todo eso me hacía feliz por encima de cualquier cosa. Después haría otros viajes, y tendría la misma sensación. Siempre me costaba más dejarla por las noches o pasar unas simples horas sin ella en la misma ciudad, que marcharme durante una larga temporada.

Cuando la vi esperando por nosotros en el embarcadero de Amón, me dio la sensación de que había sido justo el día anterior cuando la despedí en Menfis. De su lado también estaba su sobrino y Neferura, y detrás de ella su madre con Meryt-Ra y el resto de los profetas de Amón. Habían preparado un gran recibimiento, pero en cuanto desembarcamos vi su impaciencia por que todo aquello terminara. Adiviné que había algo importante que debía decirme y por las miradas que cruzó con Hapuseneb me dio la sensación de que él ya lo sabía incluso antes de comenzar con todo lo referente a nuestro viaje. No dejé de sospechar durante toda la ceremonia en el templo, ni tampoco me lo quité de la cabeza cuando regresamos a palacio para celebrar una audiencia en la que le dimos parte de todo lo que habíamos hecho. Me dio la sensación de que habían acordado algo hacía ya tiempo y que yo no sabía. Al final, logramos quedarnos los tres solos en la sala del trono.

“He decidido entregar todas mis funciones a mi hija” declaró, mirándome a los ojos. “Todos mis títulos que hagan referencia a que algún día pude ser esposa del dios, y todas las propiedades que conllevan”. Miré a Hapuseneb y vi que sonreía levemente. Confirmé que ya lo habían hablado, y que incluso había sido él el que le había recomendado hacer eso. Cuando le mandó retirarse, ella me lo confirmó. Me sorprendió recibir aquella noticia de manera tan repentina, pero aún así me parecía una buena idea. Sabía que algún día tendría que hacerlo, pero aún no me lo esperaba.

Me explicó que lo había pensado durante aquellos meses y al final había accedido. Sus razones se basaron en desligar todas las vinculaciones que la habían unido a su hermano como su mujer y como su reina. Era evidente que si quería ser rey, el Señor de las Dos Tierras, aquello tropezaba con la imagen oficial de señora y regente. Yo la apoyaría hasta el final de manera incondicional, porque ese era también mi objetivo.

Me ordenó prepararlo todo para hacer de Neferura la nueva Señora de las Dos Tierras. Había que crear la imagen de un gobierno estable, un rey, su sobrino, con su reina, su hija, dándole a él la realeza que necesitaba para ocupar el trono de Horus. Debía dar un equilibrio, para ella abrirse el camino hacia el último escalón que le quedaba por alcanzar. "Mientras ellos garanticen el orden divino aquí en la tierra, como Isis y Osiris" me dijo con orgullo, "yo gobernaré el mundo como la hija de Amón, como Horus y Hathor unidos en mí en una sola persona". La observé por un momento sentada en su trono, mirándome también, diciéndome con una media sonrisa que la tierra entera ya estaba a sus pies. Con un gesto de sus dedos me dijo que me marchara. Sin embargo, antes de irme me advirtió que en mis trabajos y en todas sus representaciones no delatara aún sus intenciones aunque pudieran ser conocidas ya por toda la corte. Me dijo que fuera poco a poco, porque aún había mucho que preparar para que ella pudiera ser rey por título propio.

Hapuseneb siempre había creado para ella la legitimidad regia a través del dios, pero fue a partir de entonces cuando comenzó a explotar aún más su origen divino. Mi tarea sin embargo, era mantener firme la administración de todas las riquezas de su familia y dirigir de primera mano todo aquello que me había encomendado, que era el gobierno de las Dos Tierras.

Como mayordomo de Neferura, yo también era el responsable de su persona y de todo lo que ella poseería a partir de ahora y que conocía muy bien porque eran todas las propiedades que una vez habían pertenecido a su madre y que yo mismo administraba. Al cabo de unos días, después de revisar que todo estaba en orden, fui a buscarla para hablarle de los planes que teníamos para ella e irla preparando para su nuevo puesto. Oí su voz ya antes de llegar al jardín y entre las columnas la vi con Tutmosis jugando al *senet*. Estaban con Iput, una de las hijas de Pennejebet, y que les había alimentado a los dos cuando eran pequeños. Ahora ella les solía cuidar en palacio y normalmente siempre se llevaba con ella a sus hijos para que jugaran juntos. Me quedé un momento en el pórtico mirándoles a todos alrededor del tablero, e imaginando por un momento el futuro que les aguardaba. Esperé a que terminaran esa partida y sin querer sonreí al ver a Neferura enfadarse porque había perdido.

En cuanto les llamé a los dos, vinieron de inmediato a los pies de las escaleras donde yo estaba, expectantes por lo que les pudiera decir. Desde que la puso a mi cargo siempre había intentado promocionarla para que fuera ella la que un día heredara el trono, pues sólo a ella debía pertenecerle. Habría hecho cualquier cosa para apartar a Tutmosis de la sucesión, para que fuera ella la única candidata al trono de las Dos Tierras, pero a su madre parecía gustarle hacer las cosas difíciles. En realidad sé que no era eso, que había muchos motivos que le hacían respetar a su sobrino. Ella lo veía como una garantía por si todo lo demás fallaba, como un punto de apoyo, y otros que quizá se me escaparan. Reconocía que hubiera sido mucho más fácil si hubiera sido él su propio hijo, su primogénito, y supongo que a veces ella anhelaba que fuera así. Si no fuera por ser quien era y todo lo que representaba, habría apostado por él sin dudarlo. Pero yo buscaba por encima de todo imponer su linaje real, a su hija, y me producía cierto recelo vincularla con Tutmosis como cuando su padre la vinculó a ella con su hermano.

Cuando le conté todo lo que íbamos a darle me sonrió con orgullo. Todas las posesiones que iban de la mano del cargo de esposa del dios, que iban desde el Men-Set que había levantado Nefertary, las mujeres que allí se preparaban para el culto de Amón, las tierras del oeste de Tebas hasta Iuny, y sobre todo tener una posición privilegiada en los rituales del templo; todo iba a pasar ahora a su nombre y yo velaría porque se respetara esa decisión. Al volverme hacia Tutmosis vi que estaba enfadado. "¿Y yo qué?", me reclamó. "Tú ya eres rey", le dije, como si eso fuera suficiente para que quisiera pedir algo más. Pero en seguida se echó a llorar y se sentó enfurruñado en las escaleras. Neferura se había puesto a mi lado y supuse que se había burlado de él. Se llevaban un par de años, pero ya competían como si de ello dependiera el reino entero. La reñí con una mirada, le mandé en silencio que se marchara, y me quedé con él un rato más.

En el fondo, aunque era un niño, ya comprendía que no se le tenía la misma estima que a sus hermanas, sobre todo con Neferura, y mientras a ella se le consentía en todo, a él constantemente se le estábamos reprendiendo. Me dijo que su tía era severa con él, y que yo nunca le hacía caso. Me habló también de que había escuchado a alguno de los funcionarios decir cuando iba con su tía que él no era realmente el rey, y cuando me dijo que Hapuseneb le daba miedo cada vez que iban al templo no pude evitar sonreír. Me había esforzado en poder entenderle entre sus llantos, y al final me pidió que le dejara volver con su madre, que él no quería seguir viviendo en palacio.

Me sorprendí a mí mismo consolándole y asegurándole que cuando creciera él sería el Señor de las Dos Tierras. Pareció

tranquilizarse y al final acabó diciéndome que cuando llegara ese momento conquistaría el mundo y que todos hablarían de él para toda la eternidad. Por un instante le creí, pero en seguida volví a tener conciencia de todo lo demás y ya no quise seguir alentándole. Le hice entender que a pesar de todo, él no tenía sangre completamente real a pesar de ser hijo del faraón, y que por eso debía hacer caso en todo lo que su tía le dijera, que si éramos severos con él era porque debía demostrar que de verdad se merecía ser el Horus, pero que además, si quería serlo, debía tener a su lado a su hermana. Le dejé bien claro que siempre dependería de ella. "Ya lo sé" me dijo otra vez enfadado, mientras se limpiaba las lágrimas con las manos, "pero me pone nervioso". Se quedó en silencio y todavía vi lo molesto que estaba mientras me miraba de reojo. "A mí me cae mejor Satiah" suspiró. "Ojalá ella fuera mi hermana de verdad". Le miré a él y miré a Satiah que ahora estaba jugando con su propio hermano al *senet* que ellos habían dejado allí, y en realidad no me importó que me hubiera dicho eso. Me resultó incluso lógico que se sintiera mucho más cómodo con sus hermanos de leche que con Neferura que constantemente estaba provocándole.

Por primera vez me sentí en la obligación de complacerle, y al levantarle le extendí mi mano. Le dije que le acompañaría al complejo de Luxor para ver a su madre, pero sólo por ese día. Me agarró la mano en seguida, sonriendo y dándome las gracias. Desde que murió su padre Tutmosis, Isis, su madre, pareció recluirse en el harén excepto para ciertos actos en que debía ir del lado de su hijo como madre del rey. A pesar de todo, no dejó nunca de dedicarnos esos gestos orgullosos, como si ella algún día pudiera pasar por encima de nosotros. Sabía que lo único que le importaba era que su hijo había conseguido ser rey, y eso le hacía creerse con derecho a mirarnos por encima del hombro. También sabía que no tenía poder alguno, y cuando esa tarde me vio aparecer de la mano de su hijo vi cómo su rostro se volvía tan blanco como el lino.

Ahora fui yo quien me permití dedicarle una mirada triunfante. A pesar de todo estaba tranquilo, pues sabía que ni ella ni su hijo jamás significarían nada al lado de la verdadera Señora de las Dos Tierras y su linaje que provenía del dios. No me moví del umbral y en todo momento vigilé cada movimiento y cada palabra. Ella estaba en uno de los salones con otras concubinas. Dejé que dedicaran cumplidos a su hijo, que le ofrecieran de comer algo de las mesas, que él le hablara de sus tareas como rey a nuestro lado. Al cabo de un rato le llamé para regresar. Él me pidió que le dejara un rato más, pero me negué. Al volver conmigo, vi toda la rabia de aquella mujer. Sabía que me odiaba a mí mucho más a cualquier otra persona, más que a ella, pero no me importaba en absoluto. Yo lo tenía todo, y ella no tenía

nada.

Yo le conté a ella de aquél encuentro y pareció tomarlo muy en serio. Me advirtió y me recordó que no debíamos subestimar a aquella mujer, pero sobre todo, detrás de sus palabras intuí el respeto que le guardaba a su sobrino. Me hizo entregarle en su nombre algunas tierras del santuario de Montu de Karnak, para que fueran por completo de su propiedad, según ella, para que sintiera que también le tenía en cuenta como a sus hijas. Tutmosis pareció contentarse y a partir de entonces me dio la sensación de que ya no le importaba tanto aparecer detrás de su tía al verse ahora un poco más en consideración. Supuse además que lo que yo le dije le hizo entender que para ser rey como tal aún tenía que esperar, y sobre todo prepararse con todo su ser. No sé si más adelante tendría en cuenta lo que le dije o si alguna vez pensó en ello, pero mientras fueron pasando los años lo vi dando todo de sí para demostrar su valía, tanto en las escuelas del Palacio de la Reina como en los campos de entrenamiento del ejército. Muchos de sus maestros y todos los oficiales me dirían en un futuro que no habían visto a nadie con ese carisma, y los más mayores me hablarían de que a veces veían en él a su abuelo. Me sentía orgulloso, pero a la vez me daba coraje por ella y su hija. Ella también me diría alguna vez aquellas palabras, con una mirada triste e inevitable.

* * *

Tenía a mi alrededor muchas personas que me asistían y me ayudaban a llevar un buen control de todas mis funciones, pero la manera tan espectacular en que habían crecido mis responsabilidades me hicieron temer que mucho de ello se me escapara. Necesitaba más gente, pero no le dije nada ella, simplemente por el orgullo de ser yo el que me ocupara de todo. Sin embargo, ella ya se había dado cuenta de que lo que había puesto sobre mí era demasiado para una persona sola, y en los días siguientes todavía me estaría esperando otra sorpresa por su parte.

Acababa de terminar de una reunión del Consejo de los Nobles y fui a entregarle los informes que ellos me habían dado sobre la situación de los dominios que cada uno gobernaba. Después de hablarle presentado algunas peticiones que ellos me habían hecho, de revisar con ella los datos, y de darme respuestas para trasmitírselas en su nombre, se me quedó mirando como si hubiera algo mucho más importante ese día para ella. Se levantó de la silla y mientras se acercaba a mí hizo una señal a los guardias. “Estoy segura de que me lo agradecerás” me susurró.

No sabía qué tenía pensado esta vez, pero noté que casi estaba

ella más impaciente que yo, y cuando me giré hacia la puerta a un gesto suyo comprobé lo que me había dicho. Había hecho llamar a uno de mis hermanos, Minhotep, para nombrarlo administrador de las tierras de la esposa del dios, con lo que le ponía bajo mi responsabilidad para ocuparse del control de todas las propiedades que ahora pasarían a ser de Neferura. Me sorprendí, pero también estaba enormemente complacido por aquella decisión. No podía haber elegido a otra persona mejor y en la que yo más confiara. Ese mismo día ya se instalaría en el Palacio Real y por sus semblantes era evidente que ya llevaban acordándolo bastante tiempo. Tras ofrecerle unas tablillas de madera y sus sellos que demostraban su nuevo puesto, me pidió que comenzara de inmediato a mostrarle sus obligaciones. Se lo agradecí infinitamente antes de despedirme de ella con una sola mirada.

Estuve el resto del día con él. Cogimos una de las embarcaciones del templo y fuimos al otro lado del río para que conociera el Men-Set y enseñarle ese día los almacenes. Él se había ocupado siempre de las tierras de mis padres, que a la vez dependían de los dominios de la esposa del dios. Conocía el sistema y no me hizo falta detenerme en los detalles, sólo ponerle al día de la situación que ahora él tomaría de mis manos. No hablamos de otra cosa que no fuera su nuevo cargo, y sólo al final, de regreso a palacio, me preguntó por Neferura. Le dije simplemente que estaba bien. Él la conocía, de hecho, muchas veces cuando la llevaba conmigo a Iuny e íbamos a visitar a mis padres él siempre se quedaba jugando con ella y se la llevaba a pasear por los campos. Le tenía cariño, y esa tarde cuando regresamos fue ella la que salió a recibirnos a las puertas de palacio al enterarse de que a partir de ahora mi hermano viviría con nosotros.

"¿Aún sigues siendo su favorito?" me dijo tras un silencio, mientras volvíamos en el barco. Estábamos en la cubierta, apoyados en la barandilla viendo alejarse las colinas del oeste. Me crucé de brazos sin poder esconder una sonrisa. Sabía bien a qué se refería. Le miré de reojo y bajé la mirada asintiendo. "Aún" le contesté. Vi que también sonreía y en seguida me dio un par de golpecitos con su hombro. "¿Y?". Pero no le contesté, qué iba a decirle que él no supiera por mí o por los múltiples rumores que corrían por el país entero. Yo sabía perfectamente que era bien conocida mi estrecha relación con la reina, y que muchos suponían lo que era un secreto aparente. A esas alturas el palacio, la ciudad y las Dos Tierras estaban al corriente de los vínculos que me unían con ella, pero por nuestra parte jamás dimos nada por hecho. Nunca fue un asunto oficial y si hubieran buscado alguna prueba nunca la hubieran encontrado. Siempre nos esforzamos por no dar motivos para una guerra o disputas en la familia, que ya de por sí eran difíciles de sostener. Yo nunca di

motivos que pudieran suponer una usurpación o intenciones de borrar el linaje de su hermano. Ella por su parte, amaba Egipto en primer lugar y sabía cuál era su deber. Todo lo que hacía iba destinado a mantener el equilibrio.

"Ya sabes lo que pienso" me dijo él, adivinando mis pensamientos. "Siempre te he dicho que puede que algún día esto traiga consigo problemas mucho mayores". Y aunque yo le escuchaba, los dos sabíamos que a esas alturas ya no había nada que me pudiera hacer volver sobre mis pasos, porque era imposible y porque no lo deseaba. Me recordó cuando estuvieron apunto de matarme, y me previno de que algún día eso podía volver a repetirse, no ahora, pero sí en un futuro cuando el rey que en ese momento era simplemente un niño quisiera tomar lo que era suyo. Y lo que le pertenecía era todo lo que yo controlaba. "Aún así" me dijo al final "me alegra ver hasta dónde has llegado. ¡Cualquiera lo hubiera imaginado!" rió. "Y gracias a ti, estoy aquí hoy".

Seis

A las siete de la mañana ya tenían todo listo para comenzar lo que prometía ser el día clave para el estudio de aquella sala que llevaba intrigándoles desde que pusieron un pie en el conjunto. Badia estaba a los pies del andamio y cruzada de brazos miraba nerviosa hacia arriba, cuidando que aquel hombre hiciera el trabajo de manera impecable. No dejaba de susurrarle que tuviera cuidado a pesar de que sabía de sobra que tenía la práctica suficiente para no dañar en absoluto las rocas y las pinturas.

Hacía mucho que no sentía tal emoción, y cuando el trabajador comenzó a desprender el trozo que destaparía la cara de la mujer que estaba allí representada, creyó que por un momento se le iba a salir el corazón. Durante un instante no existió otra cosa que aquel trozo de piedra desprendiéndose de la pared que había detrás, pero en seguida se le vino a la cabeza las palabras que su hermana le había dicho la noche anterior, y se recordó de nuevo que en arqueología no podía dar nada por hecho.

- Oh, dios… – susurró.

La piel de la mujer representada estaba completamente pintada de negro y con sólo ver aquello ya supo enseguida quién era. Los jeroglíficos que habían destapado los días anteriores hablaban sobre los títulos y las funciones de la esposa del dios que ya esperaban, pero al ver su rostro oscuro sus expectativas cambiaron por completo ante la persona a la que pertenecían. En cuanto atisbó los primeros signos de la parte superior del cartucho, ya no le quedó ninguna duda. Estaban en el lugar consagrado a Ahmes Nefertary, la primera que había ejercido el cargo de esposa del dios después de que el título desapareciera tras la llegada de los asiáticos y la división del reino. Sabía además que ella había tenido un templo justo en ese lugar y que habían desmantelado para poder levantar el actual.

A partir de ese momento fue como si el tiempo se acelerara, y en poco menos de cinco minutos pudo ver de manera completa su rostro y el nombre.

- Badia – escuchó a Jake a su lado.

Ella se giró hacia él y adivinó también su sorpresa. Por un momento incluso había olvidado que estaba a su lado. Fue a decir algo más, pero de inmediato volvió la mirada al panel.

- ¿Lo habías imaginado? – le preguntó ella.
- Habría sido tan lógico esperar ver esto – le dijo aún incrédulo –, y en ningún momento se nos pasó por la cabeza.
- Esta sala no estaba dedicada a su hija – comprendió –, sino a su abuela.
- Al menos debíamos haberlo supuesto.

Badia asintió, dejando que su mente se llenara ahora de nuevas teorías que esta vez estaba segura de no equivocarse. Sabían que aquella mujer, fundadora de la dinastía, con quien todos y cada uno de los reyes que vinieran después intentarían relacionarse para justificar su legitimidad, había sentado las bases de un nuevo poder. Ya en vida se la consideraba divina y su culto se extendió hasta más allá de la dinastía XIX, pero sobre todo fue admirada por todos aquellos que la conocieron.

Por otros documentos sabían que el templo de Millones de Años que su hijo Amenhotep le había regalado a su madre Nefertary había sido su mayor deseo, aunque ella misma nunca pudo construirse mientras fue reina. Siempre antepuso sus obligaciones con los dioses y el país que sus propios intereses, y dedicó su fortuna a ello. También habían dejado constancia de que la parte más sagrada del templo la habían trasladado un poco más al norte. Aunque ahora ya no quedaba nada, sabían que habría estado en un lugar cercano a la entrada del hipogeo de Senenmut, pero que muchas de las demás rocas habían sido reutilizadas en Deir El-Bahari. Ahora afirmaban que lo que habían hecho allí era levantar una estancia en conmemoración del antiguo templo.

- ¿Pero por qué lo tapiarían después? – pensaba Badia en voz alta esa tarde.
- De momento – suspiró Jake –, eso no lo podremos saber hasta que no sepamos qué hay representado sobre la segunda pared.
- ¿Y la figura de Senenmut en pie justo antes del umbral de entrada?
- Él era sacerdote del culto a los antepasados de la reina, ¿no?
- Sí.

Se quedó un momento con la mirada perdida en la punta del lápiz antes de guardarlo en el estuche. Durante el resto de la mañana y toda la tarde había estado dibujando en los cuadernos el perfil de las impresiones que había dejado la pintura en la segunda pared, y después Jake se encargó de pintar las figuras y darles color. Él se iba a marchar ya al instituto para escanear el trabajo, pero ella aún se quedó allí para recoger todo el material, ordenarlo y cerrar la tienda.

- Nos vemos mañana – se despidió Jake.

Badia asintió con una leve sonrisa, pero de inmediato volvió a sumirse en un estado de decepción que la había acompañado durante toda la tarde. Después de la emoción de esa mañana, había dejado paso a la desilusión por no poder saber un poco más, alguna razón, y aún más pensando en los pocos días que les quedaban. Lo único que pedía era que les diera tiempo a retirar por completo la pared exterior, porque por más que buscaba en lo que ya tenían, no había encontrado nada que delatara el secreto de la sala en algún signo, algún jeroglífico, que se les hubiera pasado desapercibido cuando aquellos trozos estaban en su sitio.

Lo único que podía afirmar es que ambos muros se habían realizado en un periodo que no podría ir más allá de medio año de diferencia. Según le había dicho Jake, cuando la segunda pared se levantó, las pinturas que quedaron ocultas aún estaban relativamente frescas. De otro modo el negativo de la segunda pared no podría haber sido apenas visible, y sin embargo, era casi tan perfecto como el original. Suspiró mientras ponía el cerrojo a las cadenas que cerraban las lonas de la tienda de campaña que tenían asignada. Podrían haber sucedido tantas cosas.

Durante la semana que aún les quedaba del permiso trabajaron a contrarreloj desde la salida del sol hasta el atardecer. Cuando apenas quedaban tres días para terminar el mes, podrían decir que habían logrado sus expectativas en aquella sala. Habían retirado por completo la segunda pared, habían fotografiado cada rincón, tenían todo bien documentado, listo para estudiarlo con más detenimiento. Procuraron ser lo más detallistas posibles, porque sabían que si pasaban algo por alto, ya no tendrían acceso a ello.

- No se me ocurre qué más podemos hacer ya – le decía Jake mientras revisaban una última vez la sala, ya sin andamios o algo que delatara su estado hacía un mes.

- Quién nos iba a decir que este pequeñito espacio nos iba a dar tantas sorpresas.

Estaban en el centro de una sala de doce metros cuadrados, mirando unas pinturas que habían estado ocultas desde hacía más de tres mil quinientos años, y sabían que en tan sólo dos días ya no se les permitiría acceder allí. Tendrían que esperar mucho para volver a verlas, mientras otros ocupaban su lugar en los trabajos de restauración y conservación que comenzarían en pocas semanas. Su descubrimiento había corrido por todo Egipto y los equipos de trabajo egipcios y franceses ya estaban interesándose por todo lo que habían hecho. Hacía dos días había tenido que recibir al alcalde de Tebas para enseñarle todo aquello, y bien sabía que esos deseos llegaban de más arriba.

Badia pensaba en ello mientras iluminaba la sala con la linterna, releyendo de nuevo todos los jeroglíficos de las paredes y mirando de arriba a abajo las figuras por enésima vez. Le resultaba tan hermoso, y si muchas veces a lo largo de aquellos días se había sentido frustrada, ahora estaba orgullosa por lo que habían encontrado. En el panel principal, justo enfrente de la puerta estaba la figura de Nefertary que tanto les había llamado la atención desde un principio, pero ahora podía verla en su contexto. Enfrente estaba su hijo Amenhotep haciéndole ofrendas y rezando a los dioses por ella, muy similar a las representaciones que había de ambos en la tumba del rey. En ese lugar además se veían otras imágenes que también se le hacían familiares por los murales del templo de Amón, en los muros laterales a derecha e izquierda de la puerta, donde se la veía con las ropas rituales de esposa del dios y la peluca redonda, oficiando ella los ritos en el templo.

- No sé por qué tapiarían todo esto – le dijo Badia a Jake –, pero una vez cubierto, he estado pensando que quizá no les diera tiempo a terminarla, o simplemente la dejaron así, pondrían una estatua en el centro, aquí, donde estamos, un altar de ofrendas, y con eso sería suficiente. Los dioses verían lo que en realidad contenían estos muros y eso sería suficiente.
- Puede ser – asintió.
- Y la figura de Senenmut a la entrada de esta sala – añadió –, le podría representar como el garante de su culto.

Pero en ese momento callaron al escuchar unos pasos acercarse. Al girarse vieron al señor Donovan en el umbral y por su cara no había venido simplemente a felicitarles por su trabajo.

- Me han dicho que estabais aquí – dijo desde donde estaba, con una nota urgente en la voz –. Tengo malas noticias.

Olvidando todo lo demás se acercaron a él, y con un gesto les indicó que salieran. Hacía una hora que habían cerrado el monumento al público y ellos eran los últimos que quedaban allí. Le gustaban esos momentos finales del día en que no se escuchaba más de fondo que el silencio de las rocas y la luz apagada del final de la tarde. Miró un momento la cima de la montaña que se elevaba sobre el patio de la tercera terraza donde estaban, antes de que el señor Donovan volviera a llamarles la atención.

- Acaban de llamarme de El Cairo – les dijo mirándoles a ambos –. Mañana van a venir el embajador francés y el ministro egipcio. Quieren ver nuestros trabajos. En realidad, solamente las excavaciones de esta sala y los materiales que hemos descubierto. Vuestro trabajo.

Badia suspiró. Ciertamente eran muy malas noticias, pues su presencia nunca auguraba nada bueno. Sabían por experiencia que

podían ser arbitrarios según sus antojos, más con ellos, y por tanto, no podían prepararse ante nada para aquella visita tan inesperada.

- ¿Habéis hecho copias de todos los bloques, de todas las pinturas, de los diarios…? – les empezó a prevenir.

- Las fotografías están en las bases de datos del instituto – le dijo Jake.

- Pero los diarios y los cuadernos de excavación, los originales que tenemos aquí guardados son los únicos – añadió Badia, preocupándole aquella actitud tan cautelosa –. ¿Para qué cree usted que van a venir?

- Han querido pillarnos desprevenidos. Pueden llevarse cualquier cosa que vean aquí. Así que quiero que de inmediato, Badia, vuelvas al instituto, te lleves todos los cuadernos y hagas fotocopias de todo. Tú, Jake, vas a llevar de la tienda lo máximo que te dé tiempo a recoger hoy – miró un momento el reloj y el cielo antes de apresurarles –. Tenéis dos horas antes de que cierren el Valle.

Ambos asintieron, dispuestos a trabajar toda la noche si hacía falta, cada uno dedicándose a la tarea que les había encomendado. Antes de marcharse su jefe añadió algo más.

- Felicidades – dijo al final –, habéis completado este sector del templo con la pieza más importante.

Les sonrió levemente, orgulloso por ellos, demostrándose de nuevo que su prestigio y su dinero habían sido bien invertidos a pesar de las adversidades.

- Por cierto Badia – se detuvo tras alejarse unos pasos –, no te marches a casa sin que hable contigo. Te buscaré en el instituto.

Badia se quedó pensando mientras les dejaba solos, no por lo que le acababa de decir, sino por la razón por la que les había felicitado. Por un momento no lo comprendió, pero no hizo falta más de un segundo para darse cuenta. Volvió rápido a la entrada de la sala haciendo que Jake la siguiera. La miró abarcándola por completo, resultándole muy lógico lo que el señor Donovan había intuido.

- Tiene razón – susurró Badia, señalando más allá de la pared de enfrente de la entrada –. Si caváramos un túnel aquí, llegaríamos a las capillas de la reina y de su padre, a las que se llega por la entrada que hay en la otra esquina del pórtico.

Le miró un momento, conteniendo la emoción al ver que aquel espacio realmente se ajustaba a su conjunto.

- Debía haber una sala dedicada a Ahmes Nefertary en el templo. Otra vez se ve su insistencia en su legitimidad, en relacionarse con las personas de su familia que le hacían ser digna de su posición.

- Y con los dioses – añadió él –. En la segunda terraza, en esta zona está la capilla de Hathor.

- Todo está relacionado – le recordó –, ellos no hacían las

cosas porque sí.

- Cierto – asintió –, pero creo que ahora hay cosas muchísimo más importantes de las que ocuparse.

* * *

Nada más entrar en casa dejó las llaves y el bolso sobre la mesa del comedor y de inmediato se dejó caer sobre el sofá. Arianne la miró.

- ¿Qué ha pasado? – le preguntó extrañada –. Ya pensé que no ibas a volver nunca.

Badia miró un momento el reloj que había sobre la televisión y cerró los ojos sin decir nada. No creyó que fuera tan tarde. Por un momento quiso olvidarlo todo envuelta por el sonido de fondo de la televisión.

- Nada – susurró –, no ha pasado nada, sólo que mañana va a venir el embajador francés y el ministro a "ver" nuestro trabajo.

Le contó muy resumido su día, y sobre todo no quiso extenderse en el tiempo que había transcurrido desde que el señor Donovan les había ido a buscar a Deir El-Bahari hasta ese momento. Era evidente que estaba cansada, y además Arianne había notado toda su ironía.

- Deberías haberme llamado – le riñó –, si acababa de salir, y estando aquí a un paso.... Yo aquí en casa no he estado haciendo nada.

- No importa – le contestó ya indiferente –, Glenn aún estaba por allí, ha estado ayudándome.

- Pues con más razón, entre los tres hubiéramos terminado mucho antes.

- Ya da igual – contestó, pero por su tono amargo Arianne notó que había pasado algo más.

Esperó un momento, viendo si era ella misma la que se lo contaba. Ante aquella noticia tan repentina temía que ella también tuviera que hacer algo. Al menos quería saber si tendría que presentarse para recibirlos, y si era así por qué no le habían dicho nada. La miraba expectante y Badia sintió sus ojos puestos en ella. La miró y sonrió levemente intuyendo lo que estaba pensando.

- Oh… Arianne… – le dijo entre una mezcla de enfado e ironía –, no te preocupes. De nuevo voy a ser yo la que dé la cara. El señor Donovan me lo ha dejado bien claro.

- ¿Qué te ha dicho esta vez?

- Pues básicamente que después de la última vez, no hay otra persona más adecuada que yo.

- En eso tiene razón – le dijo con prudencia.

- Ahora no te pongas de su parte – contestó irritada –, siempre me hace lo mismo.

Arianne no pudo evitar reír al verla quejarse por algo de lo que luego disfrutaba y de lo que se sentiría orgullosa.

- No te quejes, por algo eres la responsable del proyecto, la primera después del señor Donovan…

- Ya... si yo sé que es así, y me siento tranquila sabiendo que soy yo la que tengo que hablar con ellos – reconocía algo más relajada –, pero me pone nerviosa, no lo puedo evitar.

Se acomodó en el sofá y escuchó que Arianne hacía lo mismo. Se quedaron en silencio mirando la televisión, que para ella en ese momento era únicamente una sucesión de imágenes sin sentido. Sólo podía pensar en el encuentro del día siguiente que aún no había tenido lugar.

- Después de todo lo que pasó… – habló al cabo de un rato, sin dejar de mirar la pantalla –, ¿qué voy a tener que hacer esta vez?

Hasta ese momento, las máximas autoridades del país jamás se habían preocupado de vigilarles personalmente, pues ya les tenían controlados por otras vías, sin tener la necesidad de ocuparse ellos mismos. Desde hacía dos años que habían venido a buscarles para enviarles de vuelta a su país, eso había cambiado. Y la situación, aunque no quisiera reconocerlo, le asustaba. Temía perderlo todo en último momento, que ahora que estaban tan cerca del final interfirieran en sus proyectos y acabaran robándoselo. Temía sobre todo no poder hacer nada por evitarlo, pues ya se le estaban acabando las opciones. Sabía que allí en Egipto tenía gente que le apoyaba, el señor Marzuq era el mejor ejemplo, pero quizá ni eso fuera suficiente.

Badia se volvió hacia su hermana y sólo pudo encogerse de hombros con una mirada frustrada. Arianne la comprendía y asintió levemente.

- Imponte – le aconsejó –. Párales los pies en cuanto veas que se sobrepasan lo más mínimo. Lo hiciste muy bien en aquella reunión, les diste una imagen determinante, no te dejaste intimidar por ellos. Demuéstrales simplemente que eso no ha cambiado. El señor Donovan y Jake estarán contigo, no puede salir mal.

- Gracias – le dijo, a pesar de que intuía que sólo pretendía darle ánimos –, pero sabes que sí, que cualquier cosa puede venirse abajo de un momento a otro.

Cuando aún no había salido el sol, ellos ya estaban esperando junto a su tienda en Deir El-Bahari. No habían cruzado una sola palabra en todo el camino hasta allí y todavía se mantenían en un silencio tenso. Badia estaba sentada en una silla con los brazos sobre la mesa, contando el tiempo que quedaba para ver aparecer a aquellas personas que no deseaba ver en absoluto. Intentaba relajarse, pero ni aún perdiéndose en el paisaje lograba respirar tranquila. De vez en

cuando miraba a Jake, sentado enfrente de ella, y al señor Donovan que no había parado de caminar de un lado para otro. Notaba su preocupación tan grande como la suya.

Aún así, habría extendido aquellos instantes por un tiempo indefinido. Pocas veces acudían tan temprano al complejo, a la luz de las primeras horas de la mañana, el cielo empezando a clarear, con esa brisa fresca cálida del verano que le obligaba a frotarse de vez en cuando los brazos. Y el silencio, como una vez lo concibieron los reyes que pisaron por primera vez aquel lugar.

- Las seis – susurro.

Jake asintió, mientras observaron a los primeros turistas caminar por la avenida que llegaba hasta allí y el ruido de fondo de las verjas que abrían los guardias. Eso les recordó que ellos estaban allí por una razón muy diferente. A las seis y media vieron acercarse a un coche escoltado por un par de vehículos de la policía, que delató que aquéllos eran a los que esperaban. Se pusieron de inmediato en pie y con una simple mirada el señor Donovan le advirtió de todo lo que habían hablado la tarde anterior, pues esta vez también esperaba mucho de ella.

Badia respondió a las preguntas de ambos, del embajador francés y del ministro egipcio, les habló de todo lo que pedían con una determinación que demostraba sus aptitudes. Recorrieron el templo, y cuando regresaron a los pies de su tienda, ellos adivinaron que allí no estaba todo sobre lo que habían estado trabajando ese mes. Aceptó las felicitaciones de ambos en las que notó su rencor, y al final, cuando ya creyó que habían terminado tras un par de horas soportándoles con entereza, decidieron ir al instituto.

- Ha sido una de las mejores visitas que he hecho en Deir El-Bahari – le dijo el ministro francés –, pero ahora me gustaría ver lo que realmente habéis obtenido. Nos veremos en el instituto en un par de horas.

Por su forma de mirarla sabía que sus intenciones iban mucho más allá. Lo había temido durante todo el recorrido, y era evidente que ese día no se iban a marchar con las manos vacías. Al volverse al señor Donovan vio que ya estaba marcando un número en el móvil. Se retiró unos pasos, pero escuchó perfectamente que estaba llamando a Arianne para advertirle de que en cualquier momento podrían recibir la visita del embajador y el ministro, que estuvieran preparados Glenn y ella y que no hicieran nada en el caso de que se presentaran allí antes que ellos.

- Vamos – les urgió en cuanto colgó.

6

Nunca, nada de lo que tuve fue realmente mío. Únicamente mis títulos marcaban mi poder. Jamás tuve una casa propia, ni bienes, ni tierras a mi nombre, incluso renuncié a mi parte de la herencia cuando mis padres murieron. No tuve nada de eso, porque no lo necesitaba. Nunca le pedí nada para ostentar mi posición, ni a ella ni a nadie, y cuando alguien me lo insinuaba, negaba en silencio o sonreía levemente. Ya antes de que muriera su padre, ella también me ofreció darme riquezas o lo que yo quisiera. Sólo lo hizo una vez. Comprendía tan bien como yo que no me interesaba en absoluto, con tal de que jamás me alejara de su lado. Ella era mi único privilegio, y yo tenía la sensación de que los dioses me habían colocado allí por alguna razón. Nada me importaba más que acompañarla y cumplir todo lo que Amón había preparado para ella. Yo quería estar ahí cuando alcanzara el poder, ayudarla, y una vez que lo conseguimos, dirigir para ella las Dos Tierras.

Con eso era suficiente, pero había algo que sí deseaba y sólo ella podía cumplir. Fue lo primero y lo último que le pedí: estar con ella toda la eternidad y recibir el favor de los dioses para que fuera así. Se lo dije una noche que me había mandado llamar, antes de marcharme de nuevo a mis aposentos. Aún la tenía aferrada a mí, y ella me acariciaba en silencio el brazalete que su padre me había regalado por mi buen servicio al terminar las campañas de Nubia. Miraba su mano, de vez en cuando observaba a Sat-Ra sentada en el tocador arreglando unos vestidos, y que a veces se cruzaba con mi mirada de manera fugaz.

Hacía un par de años que su padre me había puesto a su servicio y unos meses tan solo desde la primera vez que la había visitado en aquella habitación, pero ella ya parecía haber olvidado cualquier barrera que pudiera alejarme algún día de la corte. Para ella ya no cabía esa posibilidad, y estaría en lo cierto.

Sabía que era su deseo que yo estuviera allí, pero a mí aún me seguía imponiendo demasiado su presencia, pues no podía apartarme de la cabeza ni un instante que a quien tenía entre mis brazos era a la

hija del dios. Como si no fuera correcto, como si por el simple hecho de haberme atrevido a tocarla estuviera traicionando la confianza que su padre había puesto en mí. Cada vez que acudí a ella en aquellos primeros años, temí porque en cualquier momento pudiera entrar por la puerta su padre, su madre, o que llegara a oídos de cualquier otra persona más allá de Nehesy o su nodriza que sabía que me cubrirían. Ella, sin embargo, parecía siempre tan tranquila, tan confiada, sin importarle arriesgarse a pesar de que para mí pudiera significar la muerte. Pero su padre estaba al corriente, y se lo consentía.

Dudé antes de hablarle, la observé de nuevo, y estuve a punto de echarme atrás. Le sostuve su cara sobre mis dedos y ella levantó la cabeza. Hice que me mirara a los ojos, pero ante mis palabras se quedó callada. Tuve miedo al no saber cómo interpretar aquella reacción que no había sido más que un gesto helado. No sabía si la había ofendido, si yo era un capricho, si sólo significaba un juego para ella, o si estaba conmigo como una manera de oponerse a su hermano y toda su línea de la familia. En vez de contestarme miró a Sat-Ra, que había escuchado todo lo que le había dicho. “Dale lo que pide” le dijo. Vi de qué manera se miraban, con esa sonrisa cómplice que me delató que había mucho más detrás de lo que yo pudiera saber. Me constaba que yo solía ser uno de sus temas frecuentes de conversación. Sin decir nada su nodriza sacó algo del cajón y se lo llevó. Se lo puso en la mano sin que pudiera verlo, pero al instante ella me ató del cuello una cuerda con el amuleto de un *ank*.

Al mirarme de nuevo sonrió levemente y me susurró que por qué le pedía algo tan sencillo si ella podía regalarme hasta lo imposible. Me dijo que lo haría si ese era mi deseo y jamás faltó a su palabra. “Todo lo que yo tengo, todas mis riquezas, son también tuyas. Toma todo lo que necesites y no dudes que yo siempre te voy a sostener en cualquier situación. El palacio siempre estará abierto para ti, ésta es tu casa y yo soy tu familia. Te prometo todo lo que poseo ahora y lo que en un futuro será mío.” Su rostro me demostró una convicción firme, de la que jamás se retractaría, y entonces supe que hablaba en serio, que desde el primer momento en que me persuadió para estar con ella, ya planeaba su vida junto a mí. Tuve la certeza de que no era el simple capricho de una muchacha.

Lo mucho que en apariencia llegué a poseer, todo era suyo. Ella lo compartió todo conmigo, pero a lo largo de los años esa promesa significó mucho más de lo que yo jamás soñé. Me lo prometió, y cada día me demostraba que además lo hacía con todo su corazón. En cuanto estuvo en sus manos, incluso me brindó un lugar junto a los dioses, me permitió esculpir en piedra mis ofrendas y colocar mi imagen en las zonas más sagradas del templo de Amón y después en el suyo propio, y un día además me ofrecería la realeza en la Tierra de

Osiris.

Un par de noches después de que mi hermano Minhotep se instaló en palacio, se dio un banquete en su honor como bienvenida, y era ya tarde cuando nos retiramos a nuestros aposentos. "¿Nunca has pensado en otras posibilidades?" me dijo mi hermano justo al doblar la esquina que nos llevaba al pasillo de los dormitorios. Me detuve en seco y le miré desconcertado. No pude comprender en absoluto qué quería decirme. "Nunca me atreví a preguntártelo" me dijo en voz baja, dudando un instante, "¿pero por qué te empeñas en dar motivos para que se hable aún más de ti?". Me enfadé, porque empecé a vislumbrar a dónde quería llegar. Le di un empujón advirtiéndole que no tenía derecho a reclamarme nada. Discutimos, pero al final comprendí que no tenía sentido enfadarme con él. Respiré hondo y nos miramos un rato en silencio, hasta que se acercó a mí susurrando y comprobando que nadie nos podía escuchar. "Toma una esposa, cásate, ten hijos, constrúyete un palacio si se apetece" me dijo, "¿crees que ella no te daría cualquier cosa para complacerte? Sé que la quieres y podrías seguir viéndola cuando quisieras, pero deberías al menos pensarlo ahora que todavía estás a tiempo". Fui a hablar, a contestarle, pero me obligó a escuchar todo lo que tenía que decirme.

"A tu edad ya deberías tener incluso nietos, ¿y qué haces en vez de eso?" continuó determinante. Yo no pude hacer más que callar y escucharle. "Tú, Senenmut, que podrías elegir a cualquier mujer de Egipto. Elige una, busca a alguien que te permita formar alianzas, una hija de los sacerdotes o los nobles del Norte, da al fin una estabilidad al país, y dile al mundo: ésta es mi vida. Deja patente cuáles son tus competencias en el palacio real, tus grandes privilegios y tus límites aunque no los tengas. Aparenta estar en el lugar que debería corresponderte y acalla de una vez a todos aquellos que buscan motivos para desacreditarte, sean verdad o mentira. Afirma tu imagen de cara a la élite del país y luego haz lo que te plazca con ella".

En un instante me recorrieron todos esos pensamientos con las promesas que ella me hizo una vez. Ahora se había vuelto real, y lo único que anhelaba era no perderlo nunca. Jamás me lo había planteado, nunca lo había tenido como una opción porque yo ya había formado con ella una casa, una familia. Ella era para mí la única esposa que hubiera podido tomar. Todos a mi alrededor tenían a alguien a quien poder llamar Señora de la Casa. Yo no, ni tampoco lo deseaba, porque yo en realidad tenía mucho más que eso, tenía a la Señora de las Dos Tierras. La vida que ella me ofrecía era la única que deseaba, fuera como fuese y bajo cualquier condición.

Sin embargo, las palabras que mi hermano me dijo, se estuvieron repitiendo en mi mente días después cada vez que la veía. Lo volvía a considerar en silencio con ella de frente mientras hablaba en las

audiencias o cuando Sat-Ra me abría la puerta de sus aposentos y la veía esperándome dentro. Y a veces, analizándolo fríamente, me surgían las dudas si no habría tenido razón. Se trataba de una obligación política, de mi deber, pues con aquel acto demostraría de manera clara mis intenciones, que no eran ni mucho menos hacerme con la realeza gracias a ella, y que era precisamente lo que muchos temían. Llegó un momento en que incluso llegué a sentirme culpable por estar a su lado, como las primeras veces que me hizo llamar. Me preocupaba y en ocasiones me imaginaba a mí mismo viviendo aquello en lo que Minhotep me había hecho pensar.

Una noche acabé por contárselo a ella, a pesar de que sabía que podía considerarlo y que incluso me incitara a ello. Pero al mirarme, sus ojos me atravesaron, como si con aquellas palabras la hubiera decepcionado de la manera más absoluta, como si la hubiera derrumbado con una simple sugerencia. Se apartó de mí como si la asustara y tras mirarme en silencio un poco más de rodillas al borde de la cama, se levanto rápido para ir a sentarse en su tocador. Seguía mirándome y vi que le había dolido, sobre todo por la certeza de que le estaba hablando en serio. Recuerdo además que era la primera vez que estuvimos realmente solos. Sat-Ra se había ido en cuanto me dejó pasar, y no sé por qué lo hice justo ese día. Me había recibido tan contenta, tan ilusionada, pero a mí quizá fuera esa extrema intimidad la que me hizo no poder callármelo más.

“¿Te gustaría?”, me preguntó. “No”, le contesté seguro, pero sin pensar añadí otro tipo de argumentos. Le dije que no, pero le sugerí que tomar una esposa quizá fuera bueno para ella también. No entiendo por qué pretendía ponerme trabas a mí mismo, cuando hubiera sido mucho más sencillo dejar la propuesta de lado y admitir que no tenía sentido estar hablando de ello. En esos momentos tenía la certeza de que iba a instigarme a cumplir lo que sería adecuado para el país.

“Si es así, ¿por qué me has pedido opinión?” me habló a la defensiva. “Si es tu decisión, ¿por qué debería yo influir en ella?”, se irguió en la silla y me miró con desdén. “Sabes cuál será mi palabra”, y ésa era precisamente la que no quería escuchar. Hice un gesto de impotencia, mostrándole que sólo pretendía su bien. Ella asintió levemente, y yo sentí cómo el mundo se me venía encima. Sentía el corazón a punto de estallar, sin poder imaginar qué se le estaría pasando por la cabeza. Y al instante entendí que me estaba diciendo que lo hiciera, que actuaría como se esperaba de ella, que incluso ante mí siempre primaría su imagen como Señora de las Dos Tierras.

Por un momento aparte la mirada hacia sus brazos. Vi cómo se rascaba nerviosa con las uñas, siempre lo hacía de manera inconsciente cuando estaba inquieta o preocupada, y cuando se daba

cuenta en seguida se echaba unos aceites que siempre tenía preparados en su tocador. Esta vez sólo notaba su mirada inflexible sobre mí, y ante su silencio pude tener una imagen de lo que sería nuestra relación a partir de ahora, al día siguiente y todos los que vinieran después. No sabía cómo iba a mirarla en las audiencias, cómo me trataría, si mis poderes se iban a ver disminuidos con el tiempo, o si por el contrario me mantendría a su lado en ese puesto de honor y en todas mis funciones. Realmente, ahora, con ella allí, lo dudaba, y se me hizo imposible la opción que mi hermano me había presentado, que todo continuara igual entre nosotros. Era lógico que pretendiera castigarme de alguna manera después de todo lo que ella había dado para que estuviera donde estaba y más que nunca lamenté haberla defraudado.

Lo mejor que podía hacer ya era marcharme, pero en cuanto hice un ademán de levantarme, al instante la tenía de nuevo a mi lado, abrazándome y diciéndome que no la dejara jamás. “Senenmut” me dijo sin separarse de mí, “ninguna otra mujer será tuya. No voy a permitir que nadie más que yo se atreva a tocarte”. Sonaba autoritaria, y la fuerza con la que me rodeaba me demostraba una vez más el gran poder que concentraba en su persona. “No quiero que lo hagas. No quiero que tomes una esposa, ni que tengas hijos, ni que te alejes de aquí”. Me exigió que no hiciera nada al margen de ella. “Entonces no haré nada”, le susurré, si era eso lo que deseaba.

“No soportaría verte formando una familia que no fuera la mía. Tú ya decidiste quedarte conmigo el día que entraste en palacio.” Estaba aturdido por su repentino impulso, como si no consintiera verse despojada de su posesión más valiosa. Estaba tensa, la notaba respirar nerviosa, pero en cuanto puse mis manos sobre su cintura, pareció relajarse. Me miró de nuevo e intentó sonreírme. “Este es tu lugar. Debes estar aquí” me advirtió. “No voy a dejarte marchar”, y en realidad me alegré de que fuera así.

Creo que fue la única vez que se comportó de manera egoísta, que no tuvo fuerzas para obligarse a cumplir su deber. Aunque los dos sabíamos que era lo que deseaba decirme, jamás pensé que fuera a reaccionar así. Antes de decirle nada, yo sabía que mi decisión iba a depender de lo que ella me dijera, y me sobrecogía también saber que su respuesta iba a ser un sí. Todo lo contrario de lo que me acabó diciendo. Ella jamás hubiera antepuesto sus propios deseos a lo que consideraba correcto, y me lo había dejado patente en multitud de ocasiones en las que quizá hubiera sido adecuado proceder de manera tajante. Ahora sin embargo había actuado de una manera completamente irracional. Cuando crucé las puertas, aun teniendo la certeza de que jamás me apartaría de ella, todavía me temblaban las piernas pensando que eso no debería haber acabado así. Aún así, no

pude evitar sonreír mientras me alejaba.

Al día siguiente, una hora después del amanecer, cuando fui a despertarla para entregarle los informes de la mañana, no quedaba en ella nada que delatara nuestra conversación de la noche anterior. Me alegré de que fuera así, y sobre todo que no volviéramos a hablar de ello. Todo seguía su curso como lo habíamos dejado a la caída del sol.

Recuerdo que uno de los informes de ese día anunciaba la llegada de los cargamentos de oro de Nubia para el mes siguiente. A medida que su escriba lo iba leyendo en voz alta, su rostro delataba que ya tenía planes para esa fortuna. Primero nos ordenó a todos los que estábamos allí nuestras tareas para ese día y al final nos dijo lo que estábamos esperando. Declaró que un tercio del oro iría para el tesoro del templo, otro tercio para su sobrino Tutmosis, y el resto para Neferura. Me sorprendió esa decisión, pero también entendía que era justa. Antes de que pudiéramos decir nada, ordenó a todos que nos fuéramos y ella marchó con Hapuseneb al templo a realizar los ritos de Amón. Ella no me dijo nada hasta unos días después, pero cuando esa tarde me reuní con Hapuseneb en el templo, me contó que pretendía hacer oficial el traspaso de todos los títulos religiosos a su hija en cuanto tuvieran el oro. “Te pedirá que lo utilices en su nombre para comenzar con los trabajos de construcción. Con la fortuna de su hija te dirá que reabras las canteras del sur, que lo reviertas en reconstrucciones de templos de Kush para garantizar la paz y en la Región de las Cataratas” me sonrió de manera cómplice, y yo a su vez me sentí orgulloso porque eran unos planes magníficos. “De mi parte tendrás a tu disposición la fortuna del templo para los trabajos que programamos en el norte”. “Y además” añadí yo, suponiendo lo que me iba a decir en seguida, “el oro de su sobrino servirá para empezar ciertas construcciones en la ciudad y también en el sur. Como rey, tendrá la obligación de dedicar una parte para lo que ella considere oportuno”. “Y él se sentirá orgulloso por hacerlo y los nobles estarán tranquilos al ver que el orden se mantiene” concluyó. “Mientras ella gana aún más prestigio y poder” susurré.

Nada podía ir mejor, y todo se fue sucediendo como habíamos planificado. El oro llegó junto a un heraldo del virrey de Nubia, los escribas adjudicaron las propiedades a sus nuevos dueños y yo vigilé cada paso hasta que estuvo seguro en los almacenes. Y justo dos días después se celebró una gran fiesta en la ciudad en honor de Neferura. El templo puso todo a su disposición, salimos a primera hora a recibir el oráculo del dios, que sólo dio signos favorables, y de inmediato volvimos al interior del templo para celebrar los ritos. Se la declaró esposa del dios, mano del dios y divina adoratriz de Amón, además de convertirse por ello en regente del Norte y del Sur.

Estábamos en la capilla de Maat, y yo la miraba orgulloso. Estaba

tan guapa ese día, sentada en el trono donde a los reyes se les otorgaba la realeza de parte de Osiris y Amón. Como una verdadera reina, seria, con el flagelo en la mano, mirando a todos los que estábamos allí como si realmente fuera superior a todos nosotros. Me miró a mí después de que su madre le ofreciera todas las joyas y las coronas que ahora marcarían su nuevo estatus. Yo únicamente tenía ojos para ella, y pocas veces me sentí tan feliz con sólo mirarla.

Pasamos el resto del día en el templo realizando los ritos apropiados para ganarse el favor de todos los dioses. Ella misma se encargó de purificar la estatua de Amón, de dedicarle las ofrendas y las plegarias, de realizar los sacrificios, y a pesar de que era la primera vez que lo hacía sola, no necesitó que Hapuseneb la ayudara en nada, ni que Puyemra la asistiera como segundo profeta de Amón que había estado instruyéndola durante meses. Parecía como si llevara haciéndolo durante toda la vida. Sí que había asistido a su madre desde hacía algunos unos años, pero aún así, me fascinó verla tan firme y segura. Incluso en los ritos en los que su hermano participó con ella, parecía predominar en todo momento.

Al atardecer regresamos a palacio y con los últimos rayos del sol ella se dejó ver en el Balcón de las Apariciones. Toda la corte y la ciudad entera estaba allí congregada a las puertas de palacio para verla a ella, ya proclamada como la nueva esposa del dios. Djehuty y yo nos encargamos de organizar la seguridad aquella tarde. Él acababa de terminar sus estudios en la Casa de la Vida cuando se vino conmigo a Tebas, pero desde el principio, y a pesar de ser tan joven, no dudé en darle uno de los puestos de mayor responsabilidad a mi lado. Fue él quien ocupó mi puesto como mayordomo de palacio y me ayudó también a dirigir los tesoros de la casa real, de templo y a los artesanos. En todo momento confié en él y jamás me defraudó. Me sirvió bien, a mí, al dios y a ella. Ese día él se encargó junto a mí de vigilar a cada persona y cada movimiento, cuidando la zona de cualquier peligro y por que todo fuera como ella lo había planificado para uno de los días más importantes de su hija.

Sólo me distraje un instante cuando Neferura salió ante la ciudad entera con la corona de plumas de esposa del dios del lado de su hermano. De reojo vi cómo todos y cada uno de los que estaban allí se inclinaron ante ella, pero lo que más me sorprendió fue ver tras ellos a su madre, por primera vez en público con el *nemes* del rey. Estaba claro lo que dejaba patente ese día, y durante el banquete de esa noche no dudé en confirmarlo. En ese momento miré a Hapuseneb y vi en su rostro la misma sorpresa que yo. Lo había decidido ella sin contar con nuestra opinión, aunque si lo hubiera hecho la hubiéramos apoyado de todos modos. Aunque al principio me había pedido prudencia, ahora ya no dudaba en otorgarse las atribuciones de un rey

abiertamente, y yo era el primero en desear que fuera así. Sentía que más allá de cualquier soberbia, se lo merecía. Me alegré. Ese día estaba feliz porque mostramos al mundo el verdadero orden que debía haberse establecido desde el principio. Sin embargo, sólo lo lamenté esa misma noche porque Neferura dejaría de vivir con nosotros. Tras la cena, la barca real la llevó al Men-Set donde viviría a partir de ese momento. La iba a echar de menos a pesar de que la siguiera viendo a menudo, y si hubiera podido irme con ella lo hubiera hecho, pero sabía que no podía alejarme de palacio. Al menos estaba tranquilo de que mi hermano cuidaría de ella. Le habíamos dejado a él la responsabilidad completa de su persona y sus propiedades, como pudiera hacerlo yo hasta ese momento. Ocuparía a partir de ahora todas mis funciones respecto a ella bajo mi supervisión.

Nos quedamos allí hasta que vimos las luces de la embarcación llegar a la otra orilla, y justo en ese momento ella, que estaba a mi lado, se volvió hacia mí. Fue como si quisiera decirme algo, pero en vez de eso respiró hondo y apretó los labios volviendo la vista de inmediato a la ribera izquierda del Nilo. Noté que me agarraba la mano disimuladamente aprovechando las sombras que dejaban las antorchas que nos rodeaban, pero antes de dar la vuelta para marcharnos, volvió a levantar la mirada. “Eres un buen padre para ella”, me susurró. Su voz me sonó tan convincente, como si fuera lo único en lo que había estado pensando. Yo sonreí, pues sabía que era cierto. Nadie la hubiera cuidado mejor que yo, y más allá de que hubiera una mínima posibilidad de que aquella niña fuese también mía, llegó un momento en que eso ya no me importaba tanto. Siempre la querría como tal, y tenía la certeza de que Neferura también me veía así. Podía estar tranquila que haría por su hija todo o más de lo que había hecho por ella.

Lo único que no obtuvo ese día fue el título de esposa real. De momento ella se lo reservaba hasta que llegara el momento en que ella misma fuera nombrada Señor de las Dos Tierras, pues ya teníamos claro que sucedería, y que para ello no quedaba ya mucho. Pero aún debíamos esperar un poco más hasta que Neferura pudiera tomar como esposo a su hermano. Sólo unos cuantos años más.

Siete

Badia se sentó frustrada en la silla al lado de su hermana, se apoyó con los codos en la mesa y por un momento hundió la cara entre sus manos intentando apartar de sí la situación con la que se habían encontrado esa mañana.

El embajador francés y el ministro se habían marchado tras su visita al instituto a última hora de la tarde del día anterior, después de comprobar todos y cada uno de los detalles de su investigación. Creyeron que había sido suficiente con las restricciones que les llevaban poniendo todos aquellos años, las copias de sus trabajos que habían querido obtener y que ellos habían conseguido negarles. Por eso, no les parecía en absoluto una casualidad que esa mañana un virus hubiera borrado sus documentos. El señor Donovan se había pasado horas al teléfono desde primera hora y al ver que sólo le respondían con evasivas había marchado de inmediato a El Cairo.

- No sólo no se han conformado con robarnos nuestras investigaciones del último mes – le decía, intentando controlar su rabia –, ahora esto.
- Esperemos que mañana los técnicos puedan recuperar algo.
- Lo dudo.

Se quedaron un rato en silencio, ella paseando la mirada por el laboratorio y Arianne dándose por vencida en intentar alguna manera de recuperar una mínima parte, buscar alguna carpeta donde quedara algún archivo, y después de dos horas, apagando los ordenadores tras haber comprobado cada uno de los que había allí.

- Bueno, yo al menos podré seguir con lo mío – suspiró, intentando buscar algo bueno en todo ello –, tengo mis propias copias.
- Y nosotros en un mes nos iremos al sur, así que supongo que esto no es lo peor que nos podía pasar.

Pero eso no lograba consolarla. A pesar de todo, de no necesitar de inmediato los resultados de las excavaciones, de saber que no les detendría en su proyecto, no dejaba de irritarle lo que les habían hecho.

- No tenían derecho.

Miró a su hermana amenazante, como si por un momento ella hubiera sido la culpable, antes de levantarse de golpe. Ya no quería seguir allí ni hacer nada el resto del día. Se quitó la bata de manera apresurada, cogió el bolso y regresó a casa sin importarle nada más. Sin embargo, no había hecho más que entrar por la puerta cuando le sonó el móvil. Estuvo a punto de colgar en cuanto vio en la pantalla un número privado, pero en el último momento apretó la tecla verde.

- ¿Quién es? – contestó brusca.
- Ya sé que no está pasando un buen día señora Winfrey – le dijo al otro lado una voz que se le hacía familiar.
- Señor Marzuq.
- Sí – le confirmó, para explicarle de inmediato el motivo de su llamada –. Su jefe acaba de salir de mi despacho en este mismo momento. Sé todo lo que ha ocurrido, y lo lamento mucho.

Badia le agradeció su preocupación, pero aún así, se mantuvo prudente. Sabía que podía confiar en él, pero tampoco quería decir nada porque no tenía la certeza de hasta qué punto estaba implicado en lo que había pasado. Únicamente le confirmó todo lo que el señor Donovan le había dicho y esperó a que fuera él quien le ofreciera su ayuda antes que pedírselo ella. De nuevo confirmó que no se estaba equivocando al considerarle un gran apoyo para sus intereses.

- Más allá de cualquier deber con este país, quiero que este proyecto os salga bien – y tras el teléfono, notó una convicción firme –. Quiero que dispongáis de la mayor información posible el día que pongáis en marcha vuestras investigaciones. Voy a hacer todo lo que esté en mi mano para colaborar con vuestro trabajo. Tiene mi palabra, señora Winfrey, que en cuanto comiencen las restauraciones en el templo y los trabajos de conservación, le ofreceré los resultados.

Por un momento no supo qué responder, pues aquello supondría poner en riesgo no sólo a ellos, sino también a él mismo. No esperaba tal ofrecimiento.

- Pero… – susurró –, esto puede comprometerle muy seriamente.
- Lo sé, y no me preocupa. Nadie tiene por qué enterarse. Y no sólo eso – continuó –, tiene mi palabra de que cualquier información que considere relevante de cualquier excavación o trabajo que se están realizando en este momento en Egipto y que crea que pueda interesarle, también las tendrá con usted.
- Muchísimas gracias, señor Marzuq.
- Ahora sólo espero que encuentren mucho más en su viaje al sur. Y no se preocupe – le advirtió antes de que pudiera negarle nada –, ha sido su jefe el que me lo ha contado. Nadie sabrá sobre ello, sólo quiero que sepa que cuentan con mi apoyo.

- Muchas gracias – repitió.

Tras colgar, se quedó un momento mirando el teléfono. Después de todo, las cosas se estaban solucionando mejor y más rápido de lo que esperaba, y aunque al día siguiente le confirmaron que no había manera de recuperar ningún archivo, ya no le importó tanto. Ahora sólo se dispuso a preparar su viaje hacia sus nuevos destinos de excavación.

* * *

Habían comenzado a guardar su poco equipaje en la furgoneta cuando aún era noche cerrada. Debían salir temprano para llegar a la supuesta frontera del sur de Egipto al amanecer. Cuando se montó en la parte trasera del coche, Jake se puso al volante, el señor Donovan a su lado, y escuchó el golpe sucesivo de las puertas al cerrarse, sintió todo lo que había pasado los últimos dos meses como un simple contratiempo. Ahora sus expectativas eran muy diferentes. Estaba contenta, nerviosa, ilusionada. Sólo quería llegar y ponerse de inmediato a excavar en aquellos parajes abruptos y peligrosos, pero que recordaba tan fascinantes.

El cielo empezó a aclararse a medida que se iban acercando a su destino. No habían cruzado una palabra desde que salieron de Luxor, y en la hora y media que llevaban de viaje no había dejado un momento de perderse en las estrellas, en los perfiles de los riscos de las montañas y las débiles sombras de algún que otro poblado a orillas del río. Pero con las primeras luces de la mañana, el señor Donovan empezó a recordarles todas las advertencias y formalismos que deberían cumplir con minuciosidad. Primero recordó a Jake cómo debía proceder una vez que les dejara solos, pues esta vez él sería el responsable de llevar todo a buen término. Mientras habló con él lo hizo en una voz apenas audible, explicándole todos los asuntos relacionados con el dinero que llevaba en la maleta que había colocado segura debajo de su asiento. Le recordó cuál era la parte que había acordado dar a los guardias de la frontera, lo que le correspondería entregar a los vigilantes de cada excavación, y otra buena cantidad de seguridad para ellos por sí surgía algún imprevisto.

- Badia – le dijo volviéndose a ella en cuanto terminó –, tú mantente callada, y no hagas nada.

- Bien – asintió.

Pues era lo único que ella debía hacer. Sabía bien que en aquel lugar no tendrían ninguna consideración por ella y que podía arruinarlo todo si se atrevía a decir cualquier cosa ante la presencia de todos esos hombres. Al cruzar una pequeña arboleda que marcaba el fin de la carretera principal, vieron a unos cuantos metros a los lejos el

puesto de control. Se pararon justo en ese punto para bajarse del coche.

Badia sacó las dos maletas, la suya y la de Jake, mientras que el señor Donovan le daba a él las últimas instrucciones.

- Buena suerte – les deseó –, y nos vemos en tres meses.

Asintieron, y antes de acercarse andando al puesto se quedaron un momento en silencio viendo alejarse el coche. Ahora sí que estaban realmente solos. No sería como la última vez, y aunque no quería reconocerlo, sentía cierto recelo. El señor Donovan les había dicho que la situación en la zona estaría mucho más estable que la última vez, que podrían estar tranquilos porque según había tanteado en el tiempo que estuvo haciendo las negociaciones con los señores de aquellas tierras, al menos habían dejado de luchar entre ellos por el control de los diferentes negocios y rutas. Según suponía, hacía poco que se había establecido esa especie de tregua, y eso les daba ventaja para poder dedicarse por completo a su trabajo sin preocuparse demasiado por alguna que otra interrupción inesperada, como ya les había ocurrido.

- Vamos – suspiró Badia, poniéndose en camino con decisión.
- Pase lo que pase – le recordó Jake mientras caminaban los escasos cien metros que les separaban de las barreras y los hombres armados que la custodiaban –, déjame hablar a mí.

Le advirtió una última vez con la mirada cuando ya estaban prácticamente allí, y mientras Jake comenzó a tratar con ellos, Badia se quedó a un par de pasos a sus espaldas, intentando ver si al otro lado estaban las personas o el coche que les llevaría hasta el lugar de las excavaciones. Se sintió inquieta al no ver a nadie, pero al volver la atención a la conversación con el jefe del puesto, y en cuanto Jake le mostró su documentación y le entregó el dinero, les dijo que les estaban esperando en el embarcadero.

No estaba lejos de allí, y en menos de un cuarto de hora ya estaban en la embarcación que les llevaría río arriba junto a uno de los pescadores de la zona. En cuanto se sentó en uno de los bancos laterales, en la parte delantera, sintió descargar esa presión que se había hecho con ella desde que se quedaron solos. No había pasado más de una hora y todo había salido bien, pero aún así le daba la sensación de que habían pasado allí toda la mañana. Agarraba con fuerza la maleta viendo en la cabina al dueño del barco poner en marcha el motor.

- Bueno – le sonrió Jake en cuanto dejaron atrás el muelle –, pues ya está.
- En cuarenta y cinco minutos estaremos allí.

Y tras dejar de lado su inquietud, ahora volvió a ella toda esa ilusión por llegar y estar de nuevo en las excavaciones. Ya no era

como la primera vez, ya conocían la zona, sabían dónde buscar y qué lugares repasar y estudiar un poco más a fondo. Cualquier peligro que podía haber sentido al verse apuntada por las ametralladoras de los guardias en el control, se había esfumado en unos cuantos minutos, con sólo sentir el movimiento del barco y poner rumbo al sur.

- Mira – sonrió, justo en el momento en el que el sol se apareció en lo alto de las montañas del este –, hasta Ra nos da sus bendiciones.

Notaron cómo la corriente se iba haciendo un poco más fuerte conforme se acercaban a Gebel El-Silsilah, y en cuanto atisbaron el amplio desfiladero que anunciaba el fin de su viaje, comenzaron a prepararse para bajar. Vieron que en la orilla ya les estaban esperando un par de hombres en los que reconocieron a los responsables de aquella parte del territorio que les habían recibido la última vez, con sus túnicas impecables hasta los pies y sus turbantes en la cabeza.

- El dinero – le pidió uno de los hombres de inmediato.
- Tres cuartos del precio acordado – le dijo Jake entregándole el maletín, pues lo demás lo guardaba ella en su maleta –, el resto se os entregará a nuestra partida.

Y tras comprobar su contenido y estar todos conformes con lo acordado, con un gesto de su mano se dieron ambos la vuelta indicando que les siguieran. El embarcadero estaba alejado del poblado, pero en vez de allí, les condujeron a los restos de una fortaleza romana que en tiempos pasados había servido como torre vigía y almacén de la villa. Había quedado abandonada durante la Edad Media y el muro que rodeaba el espacio no levantaba más de un metro del suelo. De la torre no quedaba más que la estructura y unas escaleras en forma de espiral que la última vez sólo se atrevieron a mirar desde el vano de entrada. Vieron que ya les habían montado la tienda a la sombra de la torre y que un par de vigilantes les estaban esperando en la parte de acceso. Al ver aquel lugar, aunque era pequeño, que podía ser recorrido en unos treinta pasos, se les antojó mucho más amplio que la última vez. De inmediato se dio cuenta de que entonces les habían colocado dos tiendas en vez de una para los cuatro, mientras que el señor Donovan fue el invitado de honor en la casa de los jefes. Sin embargo, sabía por experiencia que allí estarían bien y seguros alejados del centro del pueblo.

Donde una vez se había levantado la puerta del recinto, ya en el interior, dejó a Jake despedir a los dueños de aquel lugar y establecer un próximo encuentro para explicarles sus expectativas. Mientras, ella se retiró a la tienda con las dos maletas de la mano. Era grande, un poco más alta que ella, y donde en teoría podían caber hasta cuatro personas. Dejó el equipaje en el primer espacio que solían utilizar como un pequeño cobertizo donde dejar los restos que iban hallando

en los yacimientos, y en seguida abrió la lona que daba al segundo espacio. Sonrió al ver las dos camas potables a cada lado y un pequeño baúl de madera a los pies de cada una, mentalizándose para pasar las noches de los próximos dos meses allí.

ACABABAN DE TRAERLES LA CENA en una cacerola de loza y unas cuantas vasijas de agua que habían colocado en unos agujeros excavados para que durante el día se mantuvieran frescas. Se habían sentado en el suelo justo allí una vez que les dejaron solos. En todo el día no se habían alejado del recinto más que unos cuantos pasos, y en todo momento bajo la mirada atenta de sus vigilantes que se mantenían a una prudente distancia. Aún así, había sido un día largo, concretando por dónde empezarían y lo que harían en los días siguientes, o al menos lo que esperaba que les permitieran hacer. Y al fin, el sol se escondía tras ellos.

- A ver que nos han traído – dijo Badia con una sonrisa, haciendo de aquello algo familiar.

Levantó la tapa de la olla, y lo que había supuesto por el olor lo confirmó al verlo.

- Arroz con verduras – dijo contenta.
- Pues que aproveche.

Pero antes, cada uno con una vasija que podía contener más de dos litros de agua, brindaron por conseguir allí lo que no les permitían de otra manera. Decidió reírse ante aquellas costumbres típicas de aquellos parajes que casi había olvidado. En otras circunstancias le hubiera dado vergüenza comer directamente del perol ayudada únicamente de un trozo de pan como cuchara, pensar que tendría que acostumbrarse de nuevo a bañarse o lavar la ropa en el río, usar como servicio el resguardo entre las raíces de un árbol y el muro, pero aunque no habían pasado ni siquiera veinticuatro horas desde su llegada, ya lo había hecho de nuevo como suyo.

A la mañana siguiente se despertaron con la claridad del día, y para hacer tiempo hasta que fueran a buscarles, estuvieron repasando la lista que habían preparado el día anterior con las peticiones que harían a los jefes. Antes del mediodía tuvieron todo lo que habían pedido: folios, bolígrafos, herramientas y cuatro hombres que les ayudaran en sus trabajos y como acompañantes en las laderas del yacimiento. No esperaron al día siguiente, y de inmediato, Jake se puso a organizarlo todo para ir a ver personalmente los lugares que habían observado la tarde anterior desde el recinto.

Guardaron lo imprescindible en un par de mochilas y se pusieron en marcha junto a los cuatro hombres y sus dos guardias hasta llegar a los pies de lo que había sido la cantera de arenisca. Esta vez no se quedarían únicamente en la base de la ladera, pues ya habían atisbado

hacía cinco años que mucho más arriba también había multitud de estelas y grabados que habían dejado los egipcios, los nubios, los griegos y los romanos a su paso por aquel lugar. Ahora no buscarían tan sólo restos de la misma época de la reina, sino también cualquier cosa que pudiera hacer referencia a los años inmediatos después de su muerte y posteriores, que hablaran de ella o de su familia, o por el contrario, que la omitieran por completo como si jamás hubiera existido.

- Habrá cosas que Senenmut no nos podrá contar – le comentaba Badia a Jake esa primera tarde mientras se dirigían a las canteras –. Él no nos podrá hablar de los últimos años de la reina, ni de lo que pasó en los últimos años de su reinado.

Él asintió, pues eso era algo que habían tenido muy presente desde el principio. Por mucho que todo saliera bien, que Arianne consiguiera con éxito recuperar a Senenmut, había cosas imposibles, pues no podría hablarles de aquello que había sucedido en un futuro en el que él ya no estaría.

- Pero sí que sabremos por fin en qué momento exacto murió. Podremos intuir las razones que después llevaron a Tutmosis a actuar como lo hizo, aunque algunas sean evidentes. Es decir, asegurar la sucesión al trono, no sembrar precedentes para todas aquellas reinas que vinieran después, seguridad, estabilidad – le enumeró, haciéndole recordar lo que habían hablado muchas veces –. El día que hable con él sabremos el ambiente que se respiraba en palacio en esos últimos años de vida de la reina y podremos compararlo con los hechos que se darán después con su sobrino cuando decida ir eliminando sucesivamente los símbolos que mostraban a su tía como rey de Egipto. Las restricciones a su memoria y por qué después con el ascenso de Tutmosis al trono hasta la gente que la apoyó a ella en vida de manera incondicional se cuidó mucho de recordar que una vez se había coronado como rey.

- Buscamos entonces testimonios que puedan rellenar ese vacío – comprendió –. Algo que plasme si ya en los primeros años del reinado en solitario de Tutmosis se había comenzado a elaborar esa otra verdad con la que él quería legitimarse. Esos ocho años en que no hizo nada en su contra, pero que parece como si jamás hubiera existido.

- Quizá porque estaba demasiado centrado en sus campañas, o porque aún siguía viva Neferura y fuera ella quien le frenara a la hora de realizar cualquier acción sobre su madre. Pero sea como sea, es evidente que su recuerdo no se podía borrar de un día para otro, que la realidad de la corte y del país fuera muy diferente. Ella había hecho cosas que nunca nadie había hecho, hizo de Egipto un país rico, modernizado, lo llevó al máximo esplendor. Si Tutmosis pudo hacer

todo lo que hizo, iniciar las grandes campañas nada más ocupar el poder en solitario, fue gracias a la situación que su tía le había dejado, las rutas de comercio abiertas, seguras, y los tesoros llenos de oro. Que no haya documentos no quiere decir que se la olvidara de repente, y esa transición tan pacífica de uno a otro, todo, yo creo que demuestra que una vez desaparecidos Senenmut y Hapuseneb toda la corte se volcó en Tutmosis como la única persona capaz de dirigir el país y ella también debió aceptar esa situación, quizá tranquila, viendo a su hija como Señora de las Dos Tierras y a alguien como su sobrino, con veinticinco años, con todo su carisma, dirigiendo el país. Era natural que algún día él la relevara en el puesto, y supongo que todo el mundo lo vio de esa manera.

Sin darse cuenta, habían llegado a los pies de lo que había sido la cantera de Gebel El-Silsilah. Cada vez que se ponía a hablar sobre algo relacionado con sus trabajos parecía como si todo a su alrededor se detuviera y sus ojos sólo pudieran ver la historia que estaba contando. A él además podía hablarle del más mínimo detalle y de manera más específica, porque después de todo también era su especialidad y le podía dar otros puntos de vista mucho más fiables que cuando por ejemplo hablaba con Arianne o con Glenn, que únicamente lo hacían por intuición o por su experiencia de todo lo que había aprendido durante la investigación y desde sus propios campos.

Al llegar a un cruce de dos caminos, uno que les llevaría hasta los restos y otro que seguía descendiendo hasta el embarcadero, se detuvieron para organizar el trabajo de los próximos días. Habían caminado bajo el sol de la tarde una media hora hasta llegar allí desde el recinto de la torre que estaba retirado de la orilla del río. Entre su conversación y la emoción por comenzar no se había percatado del calor que la rodeaba hasta pararse bajo la sombra de las palmeras y sentir el fresco con el que les recibió la vegetación de la ribera. Mientras Jake les dijo a los obreros lo que debían hacer y dónde tenían que buscar, de advertirles de que tuvieran cuidado, de las técnicas para distinguir los jeroglíficos de la época que les interesaba de lo que podía ser una simple ralladura en la roca u otro tipo de señales, y tras repartirles unas cuantas hojas que había preparado con las principales inscripciones, cartuchos e imágenes que les servirían de guía por sí encontraban algo, ella esperó sentada en una roca con la mirada puesta en la otra orilla del río, allí donde los nobles de Egipto desde la dinastía XVIII se habían levantado sus propios templos a su memoria.

No le extrañaba que hubieran elegido precisamente ese lugar y que anhelaran que su *ba*, su alma, tuviera allí un sitio donde acudir siempre que quisiera y dar cada año la bienvenida a las aguas de la inundación. Sabía que además eso simbolizaba para ellos el

renacimiento, la vida, allí, en la puerta de Egipto. Sabía que lo que ahora veía no había cambiado mucho desde los tiempos faraónicos, en esas semanas en que el Nilo había alcanzado sus niveles mínimos, y que también tendría el privilegio de ver el momento de la crecida como pudiera suceder entonces, cuando el agua hubiera ascendido prácticamente hasta donde ellos se encontraban ahora. En ese momento le hubiera gustado cruzar al otro lado y volver a repasar los diferentes cenotafios que se habían construido los nobles de la reina, y sobre todo el de Senenmut, que distaba de ser únicamente eso. Sin embargo, no había dejado de pensar en todo lo que habían estado hablando de camino, suplicando por encontrar algo que confirmara todas sus teorías.

- Ya está – se acercó Jake a ella –, vamos.
- A pesar de todo, yo creo que él la apreciaba – suspiró Badia aún sentada, dándole ahora un toque más personal a la historia que plasmaban las pruebas que habían estudiado todos esos años –. Tutmosis jamás le negó su memoria, ni una vida en el Más Allá. Él la conoció, era su familia, había convivido con todos ellos durante veinticinco años. Si de alguien aprendió a gobernar fue de ella y de Senenmut y de todos sus cortesanos, de hecho es de los únicos de los que pudo aprender a dirigir el país, porque no conoció a nadie más que a ella en el poder. Que al final estuviera de acuerdo o no con su política, eso ya es otra cosa. Y yo creo que eso es lo que le diferencia a él de los reyes de la dinastía XIX, como Seti o Ramsés, que la eliminaron de manera metódica. Tutmosis jamás la reemplazó con las imágenes de sí mismo, reconocía su poder, en su tumba había vasijas con el nombre de ella, pero como reina, como Gran Esposa Real, como regente, incluso como diosa. Jamás como rey.
- Pues entonces – le dijo Jake encogiéndose de hombros –, busquemos algo que nos hable de ello. Probémoslo.

En realidad no sabía si algún día encontrarían algo que hablara con exactitud sobre aquellas circunstancias tan íntimas que un rey jamás hubiera plasmado sobre la roca, un muro o una estatua, ni que pudieran llegar hasta el fondo, ni tampoco las razones más personales. Pero aún así, no podía evitar hacer todo tipo de suposiciones que se adaptaran a lo que una vez pudo suceder en el seno de la familia real egipcia.

7

Su madre Ahmes siempre me resultó una figura tan lejana... como si al mirarla estuviera viendo la última imagen tangible que aún quedaba de ese pasado que los más mayores ya recordaban como algo lejano. Ella siempre estuvo más cercana a las ideas de sus padres y sus abuelos que al mundo que acabó por asentarse bajo las manos de su hija. Aún así, y viendo que al final todo había acabado de una manera muy diferente a lo que consideraba el orden y la tradición, eso no le hizo resistirse, si no confiar aún más en ella.

Esa mañana cuando entré en la sala y las vi hablando, comprobé de nuevo lo diferentes que eran. Ella ya estaba sentada en el trono y su madre estaba en pie a su lado. Me detuve en el umbral al verlas y ellas se giraron un instante antes de terminar de manera apresurada y entre susurros con su conversación. Me di cuenta que había pasado algo en el momento en que vi sus rostros, pero sobre todo cuando Ahmes me hizo una reverencia antes de marcharse. Me sobrecogió aquella muestra de respeto, y por un momento sólo escuché sus pasos marcados con el sonido de su bastón, sintiendo su mirada insondable aún clavada en mí.

Al levantar la vista hacia ella me hizo un gesto con la mano para que me acercara. Me quedé al borde del par de escalones que subían al atrio y de inmediato comencé a leerle la lista que me había pasado el visir de las personas que teníamos que recibir esa mañana. A pesar de que quise concentrarme en aquellos nombres y en los asuntos que reclamaban hablar con ella, me dejó una inquietud extraña. “Mi madre quiere irse a vivir al Men-Set” me dijo en cuanto levanté la mirada del papiro. “Quiere estar con Neferura, y también quiere llevarse con ella a Meryt-Ra”. Por un momento respiré tranquilo si sólo se trataba de eso, pero intuía que había algo más. “Sé lo que le pasa” continuó. “Creo que intuye que Anubis tiene la mirada puesta sobre ella… y yo también lo creo. La manera en que me ha hablado hoy…” Pero no me dijo más, sólo que esperaba que estuviera feliz allí y que sobre todo, Neferura aprendiera mucho de ella para que en un futuro dirigiera por sí misma el complejo y sobre todas las mujeres

que se educaban allí.

"Será una buena guía para Neferura" le dije al final, intentando esbozar una sonrisa. Pero a pesar de todo, era evidente que estaba triste y no conseguí animarla. "Sí…" me susurró, pero en ese momento Nehesy nos interrumpió anunciándonos que la audiencia debía comenzar. Ella levantó la mano pidiendo un poco más de tiempo, y antes de dejar pasar a nadie y de colocarme en pie a su lado, me dijo que me ocupara de llevar a su madre y a su hija esa misma tarde al Men-Set, que a partir de ahora ella se ocuparía de dirigir aquel lugar junto a mi hermano.

Y efectivamente pareció no equivocarse, cuando al cabo de unos meses recibimos a última hora de la tarde un mensajero de parte de mi hermano diciendo que acudiéramos inmediatamente allí. Nada más desembarcar y al ver a Neferura acercarse llorando a abrazar a su madre, ella me miró temiendo por lo que ya sabía que había sucedido. Siempre veía en sus ojos ese miedo cada vez que se mencionaban asuntos relacionados con las Tierras de Occidente, y más cuando rozaban a alguien cercano. Siempre había sido así. Sin embargo, a pesar de todo, en cuanto sellamos su cámara y tras los últimos ritos de sus funerales, me dio la sensación que todo en ella volvió a la normalidad, aunque un tiempo después me enteraría por otros que eso no había sido así. No permitió que nada ensombreciera sus ánimos, pues era mucho lo que debía hacer. Sus ilusiones superaban con creces a cualquier recuerdo de su pasado, y al fin y al cabo, su madre jamás la había marcado tanto como otras personas. Luego me daría cuenta que aquel momento le sirvió a ella para pensar en sí misma.

Recuerdo su mirada cuando fue su padre quien murió, o un año después de su madre, cuando Sat-Ra también murió sin que ninguno lo esperáramos. Para ella había construido una tumba en el mismo Valle y le regaló el sarcófago que se estaba construyendo para sí misma. Privilegios que le hubieran correspondido a una reina o incluso a un rey, ella se los otorgaba a su nodriza, lo que no hizo con su madre. Yo no estuve a su lado en el tiempo de sus funerales, pero por lo que me contaron, habían sido espléndidos y a partir de ese momento no faltaron para ella las ofrendas de comida e incienso. Siempre procuró que no le faltara de nada en la otra vida. Sat-Ra era a quien más quería en el mundo después de su padre, y nunca dejó de demostrarlo. Nadie pudo sustituirla, y para mí también se me hizo extraño no verla cada vez que después fuera a visitarla, o que fueran sólo sus otras criadas la que la cuidaran en la intimidad. No verla a su lado allá donde fuera, verla a ella sola custodiada únicamente por Nehesy y su guardia.

* * *

De nuevo, fue Hapuseneb quien me habló de los secretos de la familia real durante un nuevo viaje al que nos embarcamos esta vez al sur. Teníamos como destino la ciudad de Jenu, donde el Nilo entraba en las Dos Tierras. Yo ya había estado allí un par de veces con ella en las fiestas de Año Nuevo para recibir la inundación, pero nuestra estancia no había durado más de una noche, y yo además también había pasado por aquella región en la época de las guerras de Kush. Siempre me había resultado un lugar maravilloso, y la primera vez que lo vi, al mirar hacia la orilla oriental y ver aquellas canteras de arenisca intactas, soñé con utilizarlas algún día, dirigiendo la extracción de la piedra para la construcción de los monumentos del Señor de las Dos Tierras. En aquel momento jamás habría imaginado que los dioses estaban escuchándome y harían realidad mis aspiraciones de una manera mucho más espléndida que con lo que entonces me hubiera conformado. Pero ahora, al atisbar aquel punto en que las dos orillas parecían alcanzarse, con Hapuseneb a mi lado en una situación bien diferente y con aquella imagen según la recordaba en la tarde que viajaba en la barca real junto a los Valientes del Rey… recordé que las cosas no habían sido siempre así. Me recorrió un escalofrío al pensar que también todo lo que ahora tenía, algún día podría truncarse en beneficio de otros.

En el par de días que duró el viaje me habló sobre ella. La primera tarde, antes de que sirvieran la cena, nos quedamos solos en la parte delantera del barco. Al principio hablamos de cosas triviales, pero noté que hacía tiempo que había algo que le preocupaba. No le pregunté nada, pero con una mirada nos entendimos a la perfección. Yo me había dado cuenta y él quería contármelo. Después de los funerales de la reina Ahmes, él junto a Puyemra, el segundo profeta de Amón, se habían encargado de todo lo relacionado con su culto para la eternidad, y ella solía acompañarles después de haber terminado con los ritos diarios en el Templo de Amón. “Cada día que vino con nosotros, después siempre me pidió que la acompañara al otro lado de la montaña, a las colinas de Hathor”.

Me comentó que tenía intención de ampliar los trabajos en la tumba de su padre y excavar una segunda galería para ella. De aquello sí que alguna vez me había comentado algo, y comenzaríamos con ello un par de años después, pero también me habló sobre aquel lugar sagrado de Hathor, allí donde soñaba levantar su Templo de Millones de Años. En época del reinado de su hermano, Ineni había comenzado a excavar en la montaña, pero hasta donde tenía entendido todo había quedado paralizado a los pocos meses, porque según me dijo, era algo demasiado importante como para dejarlo en manos de cualquiera. “Sólo en ti puedo confiar para realizar un proyecto para la eternidad”

me había dicho, pero ahora parecía considerar a Hapuseneb mucho más adecuado.

A pesar de que él parecía estar perdido en el paisaje según me hablaba, yo no había quitado la mirada ni un momento de sus ojos. Estaba tenso por todas esas confidencias de las que a mí no me había dicho una palabra. Pero no fue sólo eso, fue también por algo que ella le había confiado sobre una conversación con su madre en la que reconocí aquel momento en que las vi a las dos hablar en la sala del trono. Temí estar perdiéndola, que tras todas mis responsabilidades comenzaba a apartarme realmente de lo que significaba estar a su lado. Muchas veces sentí que tenía más confianza con él que conmigo, pues con Hapuseneb parecía no guardarse ni la más mínima intimidad, y a veces, aunque resultara absurdo, al escucharle hablar incluso tenía celos de él.

"Le dijo que ella era libre para creerse hija de Amón o no", y ante aquella afirmación, logré apartar por un momento mis celos por la gravedad de lo que estaba diciendo. Quise hacerle mil preguntas, pero él me detuvo con un gesto para que le dejara terminar. No entendí por qué su madre le diría tal cosa, si eso sólo perjudicaría a lo que toda su vida se había esforzado por defender, por presentarla a ella como legítima para tomar la herencia que le correspondía. "Le dijo la verdad" me respondió Hapuseneb a todas mis dudas. "Antes de retirarse al Men-Set quiso decirle la verdad". Y entonces me contó palabra por palabra todo lo que la reina Ahmes le había dicho aquella mañana, y que a su vez sólo le había contado a él. Le había hablado sobre la noche en que ella fue concebida, cuando su padre Tutmosis había visitado a su madre en su palacio, y ella sintió algo diferente en él, todas sus promesas sobre el futuro que tanto defendería. Le dijo que aunque quería creerlo, jamás podría asegurar que realmente aquella noche el dios hubiera tomado el cuerpo del rey. Todo lo que un día vería sobre las paredes de su templo, y que yo en parte conocía por la visión de su padre que ella sí que me había contado.

"Ahmes nunca fue esposa del dios" comprendí de inmediato. Él me miró y asintió, pues era precisamente eso lo que la reina temía, que después de todo hubieran creado una simple ilusión, que hubieran interpretado mal los augurios, todo por el amor ciego que el rey profesó siempre por su hija. Hapuseneb me dijo que Ahmes cada vez temía más la decisión de los dioses y sobre el veredicto que un día daría su corazón, y fue eso lo que le empujó a confesarle a ella todas sus dudas que durante su vida pasó por alto. "Lo único que podía afirmar con seguridad era que su padre Tutmosis jamás faltó a la palabra que dio el día de su nacimiento a pesar de ser mujer, que le haría a ella la primera entre todas las nobles y que colocaría sobre su frente la realeza". Hapuseneb me miró un momento y suspiró

paseando la mirada por el barco, como si él mismo también dudara al recordar todas aquellas tardes con ella en las colinas de occidente. “Lo demás, ella sería libre de interpretarlo”.

Yo me negaba a creer que aquello fuera cierto, porque continuamente se había probado su divinidad, los oráculos habían sido claros respecto a ella, y sobre todo, yo tenía la certeza de que era así. Yo podía afirmar que ella sólo podía provenir del dios. “Ella es la hija de Amón” le dije, aún incrédulo e intentando negar una mínima posibilidad de que no lo fuera. Detuvimos nuestra conversación cuando vimos al otro lado del barco que los platos estaban listos y que muchos ya estaban sentados en los cojines. Pero yo no tenía hambre y lo único que hice fue tomar un par de frutas y mojarme continuamente los labios con la copa. Ahora entendía su preocupación, su intento de continuar todo con normalidad, pero sobre todo la actitud de la reina Ahmes y su esfuerzo a lo largo de todos esos años, y también las futuras referencias que ella haría sobre su madre alegando que Amón la había elegido sobre todas las mujeres para concebirla a ella. Sin embargo, ella jamás me hizo mención alguna sobre lo que Hapuseneb me contó aquella tarde.

“¿Y ella?” le pregunté de repente como si no hubiera pasado un instante desde que habíamos estado hablando a pesar de que ya era noche cerrada y parecía haberlo olvidado todo. Necesitaba saber lo que pensaba ella, aunque eso me lo demostraría con el tiempo. Por un momento él pareció desconcertado. “Ella…” le aludí. “Ella es hija de Amón” me cortó antes de poder decir nada, como si ya no quisiera insistir más, como si tras la incertidumbre de su madre, aquello fuera una verdad incuestionable. Bebió un sorbo de su copa, la dejó en su sitio y se volvió de nuevo a mí, casi hablándome al oído. “Siempre ha sido así, y yo me encargaré de que jamás nadie lo pueda negar”. Y para ello, también tendrían que pasar los años para ver plasmado en su templo de Millones de Años una verdad que debía ser aceptada por todos, ya que había sido la voluntad de los dioses que así sucediera, y tal había sido la voz de Amón.

“¿Es ella quién te lo cuenta?” le acabé por preguntar al final de la cena tras otro largo silencio entre nosotros. Estaba un poco molesto por todo tipo de pensamientos que ese día me vinieron a la cabeza sin ningún motivo, pero intenté que sólo pareciera curiosidad. Él me miró y esta vez me sonrió en silencio. “Son ya muchos años…” me dijo con una mezcla de evidencia y nostalgia, “y sobre todo, el haber estado ahí desde el principio”. Asentí, pues aquello era lo que a mí me faltaba. Yo no había formado parte de su vida de manera completa, él sí, y justo eso era lo que marcaba la diferencia entre él y yo. Sonreí también, y poco a poco se me fue pasando aquel rencor infundado, hasta que al día siguiente al poner un pie en tierra, ya no quedó nada.

Fuimos recibidos por los sacerdotes de Hapi y el alcalde de Jenu, hicimos ofrendas en la capilla que había junto al embarcadero y bajo el palmeral que lo rodeaba nos invitaron a un gran banquete de bienvenida antes de conducirnos a la residencia del templo donde íbamos a alojarnos los próximos dos meses. Ya estaban bien informados de nuestra llegada y no esperamos para explicarles cómo íbamos a proceder a cumplir las órdenes de la reina. Desde el mismo momento en que Neferura accedió al puesto de esposa del dios pusimos en marcha un plan de construcciones en la zona de las cataratas, y durante los dos días siguientes recibimos todos los informes de su progreso. En aquellos años habíamos decidido que una manera de asegurar la paz y la fidelidad de la Región del Oro, la más importante, era obsequiándoles con nuevos templos a sus dioses, pero también levantar capillas a los nuestros para plasmar la autoridad de Egipto a la que debían someterse. Esos días me sentí satisfecho, pues el país de Kush nos mandó sus agradecimientos y la garantía de una paz duradera. Todo aquello lo hicimos en nombre de la reina, pero también tuve que aceptar que su sobrino apareciera en alguna de las representaciones. Ella me lo había pedido así, pero al ver ese día que todas las muestras de sumisión y respeto se dirigían a ella, no pude sentirme más orgulloso. Habíamos conseguido imponer su imagen.

Recuerdo que uno de los proyectos que habíamos planificado se situaba en la isla de Sai, en la zona de la tercera y la cuarta catarata, y que una semana después de nuestra llegada a Jenu el virrey de Nubia quiso hacernos una visita personalmente. Había traído consigo a uno de los arquitectos que había estado trabajando allí, y fue él quien me habló sobre ese templo y sobre otros más al sur, como el de Buhén, que él había visitado para supervisar su reconstrucción. “Todo se ha hecho conforme a los mandatos de la Señora de las Dos Tierras” me dijo al final con una leve reverencia, entregándome el informe que me había leído junto a los planos de los templos y las estatuas que habían sido colocadas en ellos. Comprobé de nuevo que no había mentido en absoluto y complacido vi cómo ya se la trataba como un rey, con los nombres del protocolo real que Hapuseneb había hecho correr por Egipto desde el mismo momento que su hermano murió, y que ratificaríamos el día de su coronación no mucho tiempo después. Ya era considerada como la persona que tenía en sus manos la corona blanca del Alto Egipto, ahora sólo quedaba proclamarla oficialmente como rey.

“Creo que no hay mucho más que decir” me dijo Hapuseneb en cuanto se marcharon y terminó la audiencia, con una sonrisa que denotó la culminación de nuestros planes. “La frontera norte controlada, Kush pacificado y las Dos Tierras…”. Asentí. Su fama se había extendido por el mundo entero, y hasta en los lugares más

remotos se la había mitificado como la única garante de Maat. Se le reconocía su realeza y nadie dudaba sumirse a ella. “Hablaremos con ella en cuanto regresemos” continuó mientras salía de mi lado hacia la zona del lago del templo. Yo estaba completamente de acuerdo, y después de aquel día, teniendo la certeza de que nuestra espera estaba a punto de terminar, nos dedicamos aún con más satisfacción a la misión que nos había encomendado en la ciudad. Estaba feliz y pude ver que todos a mi alrededor sentían exactamente lo mismo.

Pero además, en nuestra planificación de los trabajos en el sur, habían surgido también proyectos más personales. En cuanto retomamos nuestros planes de construcción y ella me nombró jefe de todos los trabajos, le sugerí reabrir aquellas canteras de arenisca de Jenu. Era una piedra buena, y a la vez mucho más fácil de trabajar porque no era tan dura como otras que se solían utilizar. Cuando le hablé de ello no había pasado todavía un año desde que había tomado la regencia, pero ya vi su sonrisa por lo que entonces únicamente eran planos e ideas, porque ella también comprendía que aquello le iba a permitir construir mucho más deprisa todo lo que soñaba. “Ese día tú estarás allí” me dijo con orgullo, como si cederme su puesto le hiciera mucho más feliz que hacerlo ella misma. “Te concederé el privilegio de ser tú quien lo haga”. Ese día, a pesar de sentir que me lo decía en serio, no dejaba de ser una simple ilusión. Pero ahora realmente estaba allí, ocupando su lugar, realizando un acto que sólo correspondía al rey. Pensé en ella y cómo de nuevo sus promesas seguían cumpliéndose, otorgándome mucho más de lo que nunca hubiera supuesto.

Tras la fiesta por la apertura de las canteras veinte días después de nuestra llegada, no esperamos un día más para ir a visitar el lugar al otro lado del río, en la orilla occidental, del que Hapuseneb no había dejado de hablarme en años. Recuerdo que las veces que acudimos allí en año nuevo para realizar los ritos a Hapi, él siempre solía señalarme ese lugar como uno de los lugares más sagrados de Egipto y a la vez de los más inadvertidos. Estábamos en la época de la inundación y el agua alcanzaba los riscos hasta el mismo borde donde ya algunos de los nobles de la época del rey Ahmosis habían realizado sus cenotafios. “Ahora nosotros haremos los nuestros”.

Habíamos prometimos que algún día tendríamos allí nuestros propios santuarios, y al verle ahora en la barca, casi parecía más ilusionado con ello que con cualquier otro proyecto. Djehuty también había venido con nosotros y aquella iba a ser la primera vez que iba a demostrar su valía. Consideré que ya había llegado el momento de ofrecerle un puesto de gran responsabilidad sin depender de mí. Su deber sería supervisar los trabajos en nombre de la reina cuando nosotros nos marcháramos, pero también de nuestras capillas según lo

habíamos establecido en los meses que pasamos en Jenu y previamente en Tebas. No me decepcionó, y cuando se presentó en la sala del trono a su llegada, vi que también ella estaba orgullosa de su trabajo. Fue ese el momento en que se ganó su completa confianza, pues de mí ya la tenía desde el primer momento en que le vi en Hermópolis, pero ella siempre albergó ciertas dudas aludiendo sobre todo a su juventud, a pesar de que ambos eran de la misma edad. Después ella misma sería la que le ofreciera los mayores puestos y privilegios a nuestro lado, y sobre todo Neferura aprendería a dirigir el palacio a su lado.

Aquella zona sólo era accesible en esa época del año y mientras Hapuseneb recorría en silencio los caminos junto al río, yo me retiré con Djehuty a un lugar que únicamente pude ver al adentrarme en un giro de las rocas y al ascender por uno de los lados más pedregosos. Nada más acceder a la ladera de la colina supe de inmediato cuál quería que fuese mi lugar, y precisamente lo había encontrado en aquel espacio de difícil acceso. Allí donde pudiera verlo todo, pero nadie pudiera intuir mi ubicación desde el agua. Comprendí a Hapuseneb, y yo también me quedé fascinado por ese paisaje abrupto, las aguas del Nilo entrando veloces en el país por aquella garganta. Con sólo mirar desde lo alto decidí que aquél lugar no sería sólo para mi memoria, también quería que fuera una capilla para los dioses de aquellas tierras… y para ella. “Aquí” susurré.

Me sentí tranquilo al dejar en manos de Djehuty aquel proyecto, pues el resto de nuestra estancia prácticamente yo no hice nada ni interferí en los trabajos que él mismo dirigía. Únicamente iba con él para supervisarle y tan sólo le daba algunos consejos. Y en el momento en que pusimos un pie en Tebas y le presentamos a ella nuestros informes, vi por fin real todo aquello que tanto habíamos hablado Hapuseneb y yo aquellos meses que estuvimos fuera. Despidió a toda la sala y cuando nos quedamos los tres solos, alargó un silencio en el que no pudimos hacer más que seguir mirándola. A mí me sorprendió verla de nuevo, con esa actitud que me recordó tanto a su padre. Se puso en pie y nos dio la orden de preparar su coronación.

Ocho

Tras una semana inspeccionando la zona junto a sus cuatro trabajadores, lo que iban viendo no se ajustaba a sus expectativas, y si no hubiera sido por la insistencia de Jake, ya hubieran seguido ascendiendo a lugares más altos, donde ella suponía que tenían más posibilidades de encontrar algo. Allí la gente de aquel entonces hubiera supuesto que sus testimonios se conservarían mejor, ajenos a los trabajos de la cantera. Estaba decepcionada, y mientras comían como todos los días en un hueco de la montaña protegidos del sol, no había dicho una palabra. Estaba sentada, apoyada contra la roca, paseando la mirada por la pared de enfrente donde apenas quedaban restos visibles de algún tipo de representación.

- Ya antes de que ella muriera, en la periferia se empezó a imponer la imagen de su sobrino, sobre todo aquí en el sur – le comentó a Jake uno de esos días que no habían hecho más que encontrar todo tipo de informaciones menos las que les interesaba, con la mirada perdida sobre su cabeza en las vetas que dejaba la roca –. Aunque en Tebas y en el norte todavía se seguiría datando el doble reinado hasta el final, aquí por ejemplo ya sólo se menciona a Tutmosis en el año dieciséis, y ese año supuestamente es el culmen del poder de la reina. Podemos desmentir eso, encontrar alguna prueba que diga lo contrario y que aquí todavía mantenía un poder fuerte, pero tenemos que avanzar.

- Pero aquí tiene que haber algo – insistía él –. Estamos justo en el nivel donde se comenzó la segunda fase de explotación de la cantera a mediados del reinado de Tutmosis III. Tiene que haber vestigios, cualquier cosa, la más mínima referencia de alguien que hubiera conocido a la reina, que la apreciara, y aunque de manera críptica, haya dejado algo. Aquí mismo donde estamos – le decía señalando un lugar del techo donde había una inscripción muy dañada –, aquí se reunían los trabajadores en las horas de descanso del mediodía, como ahora nosotros.

- Crees que igual que los obreros, también tiene que haber alguna marca que hicieran los oficiales o los supervisores de los

trabajos – comprendió –, y con un poco de suerte...

- Sí – asintió completamente seguro –. Y tiene que estar cerca de aquí. Sólo un poco más de tiempo, un par de días.
- Tiempo – suspiró –, siempre es lo mismo.

Le miró con una sonrisa cansada, antes de buscar en la mochila la botella de agua y beber un sorbo.

- Vale – aceptó al final –. Dos días, si no, seguiremos subiendo.

Y al final, después de todo y como esperaba, esos dos días fueron en vano. Jake acabó dándole la razón, y al día siguiente les permitieron a sus trabajadores tener el día libre para dirigirse ellos solos a inspeccionar su nueva zona de trabajo. Conforme pasaron las horas, vieron que en las zonas más altas de la montaña había muchísimos más restos de los que esperaban. Había cientos de grabados y lo peor, que no seguían ningún orden ni métodos, incluso se les hacía en ocasiones muy difícil entender lo que querían decir al darse cuenta de que la mayoría habían sido escritos por gente con muy poca formación, como simples vestigios de que habían pasado por allí.

Se miraron un momento al terminar de recorrer los estrechos caminos de roca y arena, salvar antiguos desprendimientos, trepar y descender por ellos buscando algo que pudiera haber quedado escondido. Ya sabían de antemano que iba a ser difícil por la cantidad de rastros y señales, y la amplitud de aquel promontorio.

Durante casi todo ese mes que ya llevaban allí habían olvidado prácticamente que se encontraban en una zona expuesta a todo tipo actividades ilegales. Por un momento se quedó parada al desembocar en el camino que les llevaba a su campamento, mirando con una mezcla de curiosidad y respeto a las dos barcas que se acercaban por el norte. Hasta ese día no había visto ninguna que no fuera la de los jefes amarrada a la orilla, pero al ver aquello fue consciente de que en la próxima semana tendrían muchas visitas y que quizá a ellos les restringieran de algún modo sus pasos.

Se acordó de su hermana y de todas sus precauciones, sin embargo, a ella el ver aquello no le atemorizaba en absoluto. Pensó también en lo que les dijo el señor Donovan durante el viaje, y supo que estarían seguros. Más bien consideraba que eran ellos los que no debían estar allí. Uno de sus vigilantes le empujó para que continuaran, pero ella no dijo nada en absoluto, y sólo lamentaba que aquella situación momentánea les pudiera retrasar en su investigación. La última vez les prohibieron alejarse del recinto de la torre durante cinco días. Recordaba haber escuchado disparos durante un par de noches, como si algo se les hubiera ido de las manos. Pero esa vez fue como si no ocurriera nada en absoluto, y suponía que aquello era lo normal, que llevaran sus asuntos en la más absoluta discreción. A

pesar de todo, algo le empujaba a ser prudente, como si todas aquellas visitas se dejaran notar en el ambiente. Sentía el porte tenso de sus vigilantes, un movimiento poco usual a través de las calles del poblado que veían de lejos, incluso ella misma notaba esa incertidumbre contenida cada noche. Pero por la mañana y hasta el final del día, al adentrarse en la montaña, todo aquello parecía quedar de lado.

Una de esas tardes, poco antes de dar por terminada la jornada, se agachó simplemente por curiosidad para ver en una grieta por la que pasaban todos los días y que siempre había pasado desapercibida. Llamó a Jake con una voz y haciéndole gestos para que se acercara. Él sorteó un par de rocas y en seguida se puso a su lado.

- ¿Qué pasa?
- Mira – le dijo mientras limpiaba con una brocha el polvo de la superficie interior de la pequeña abertura –. ¡Esto es un cartucho!

Le miró emocionada un momento, pero aunque la luz era suficiente y estaba claro que aquella marca había sido realizada por la mano de una persona, no pudo distinguir claramente el nombre que había en su interior. Además, la datación que había sobre él podía referirse a cualquier rey, pero el ver el número dieciocho en egipcio le hizo ilusionarse aún más. Habían visto que en aquella parte de la ladera, en un perímetro de unos diez metros, había muchos restos de las fechas que estaban buscando, pero la mayoría eran simplemente los testimonios de los soldados nubios y egipcios que pasaban por allí acudiendo al reclutamiento para las campañas en Asia que Tutmosis puso en marcha a la muerte de su tía.

- Pásame la botella de agua – le pidió.

Tras abrir apresurada el tapón vertió parte de su contenido por la pared, y de inmediato, la inscripción se hizo completamente visible. Los dos se miraron sabiendo lo que aquello significaba.

- Ya era hora de que empezáramos a encontrar algo interesante – sonrió con orgullo.

Aquél era el cartucho de su reina, justo del año dieciocho como había distinguido al principio, pero debajo de su nombre estaba el de la persona que había escrito eso y el motivo que le había llevado a pasar por aquel lugar. Por fin habían encontrado una prueba de que aún se la seguía respetando más allá del año de la celebración de su jubileo.

- En el año dieciocho – comenzó a leer, guiándose con su dedo de arriba abajo antes de que se secara la superficie –. Amenemneju, nombrado hijo real de Kush conforme a los deseos de Su Majestad, amada de Hathor, hija de Amón. Eternamente viviente.

Y conforme fue leyendo, comprendió que de esas palabras se podrían desprender otras muchas suposiciones. Su nombre en el

cartucho era el de su coronación como rey, pero por todo lo demás se la trataba como una mujer y se habían marcado de manera consciente los femeninos de los nombres y adjetivos.

- Todo es cierto – susurró tras un momento de silencio en que los dos se quedaron pensando en lo que decían esas palabras –, tras el año dieciséis fue perdiendo progresivamente el poder y su influencia para continuar imponiéndose como rey, pero se le reconocen todos sus méritos y su origen divino. Lo que haría Tutmosis.

Hablaron sobre ello antes de que Jake le hiciera unas cuantas fotografías para llevárselas a la tienda, y esa misma noche, viéndolas en el portátil, llegaron a la conclusión de que no sería la única. Igual que habían descubierto ésa por casualidad, debía haber otras, y no se equivocaron. Durante cinco días más, sus obreros sacaron a la luz más inscripciones en los muros de la roca o trozos que se habían desprendido sobre la época de la reina, que les hicieron tener una visión más completa de lo que pudo suceder en los años finales de su reinado. Nuevos nombramientos, funcionarios que iban y venían de Kush, vieron también que de vez en cuando se marcaban las fechas por la datación doble, mostrando que Tutmosis y su tía reinaban en igualdad, como reyes, los dos, y que sobre todo aquellas personas que habían dejado sus testimonios de esos años eran los hijos y sobrinos de los que habían sido muchos de los apoyos de la reina. Los roquedos habían hecho la función de un periódico para los antiguos, pero de nuevo, todo quedaba en un vacío a partir del año veinte, como en el resto de Egipto, y era a partir del año veintidós cuando se volvían a tener restos ya únicamente de Tutmosis como rey.

HACÍA POCO QUE HABÍA anochecido y acababan de subir del río con las últimas luces de la tarde tras quitarse el polvo de todo un día en las laderas de la montaña. Sus vigilantes nocturnos ya conocían a la perfección sus costumbres y les habían custodiado hasta uno de los recodos del río que quedaba refugiado de cualquier visión desde el pueblo o miradas que delataran su presencia. Badia les miraba, colocados a los pies del muro desde la entrada de su tienda donde habían colocado una pequeña mesa plegable y el ordenador, mientras Jake lo encendía y conectaba la cámara para pasar las fotos que habían hecho en los últimos dos días.

- Creo que cuando vuelva a Luxor hasta echaré de menos esa presencia continua sobre nuestras espaldas – rió, volviendo su atención a él.

Se sentó a su lado y encendió una de las lámparas de batería que les subían cada noche con la cena. Abrió uno de los cuadernos y cogió un lápiz, y antes de escribir nada, pasaron en silencio cada una de las veinticinco fotos que tenían nuevas hasta que volvieron a la

primera.

- Esos dos años, del veinte al veintidós, debieron ser la clave – le dijo Badia con determinación –. Ya lo sabía, pero ahora lo confirmo.

- Sí – asintió, pues él compartía sus mismas teorías –, debieron ser dos años en que la corte empezó a orientarse a la nueva realidad, un cambio de política, a establecer las bases para lo que ya venía siendo evidente desde hacía años.

- En estos días que nos quedan, ahora que parece que todo se ha calmado aquí en Gebel quiero que vayas a pedir que nos lleven a la otra orilla del río, a inspeccionar de nuevo los cenotafios que hay allí. A ver si nos dicen algo nuevo, si encontramos algo a lo que antes no prestamos atención. Creo que por aquí, aunque para estudiar este lugar no bastaría ni una vida, tenemos más o menos lo que hemos venido a buscar. Con esto será suficiente para comparar con lo que nos espere en Asuán.

Él asintió, poniéndose de inmediato a fechar las fotos en el ordenador y pasar las mediciones y marcaciones que habían hecho en el mismo lugar de la excavación en otro de los cuadernos. Mientras, ella apuntó todo lo referente a las fotografías y su descripción en su cuaderno con pequeñas anotaciones e ideas que pudieran interesarles más adelante.

- Pues ya está – suspiró al terminar más de una hora después –, y creo que ya es suficiente por hoy.

* * *

Mientras recogían todo la última tarde antes de su partida, no podía imaginarse que al día siguiente pondrían rumbo a Luxor, o simplemente hacerse a la idea de que hubiera un mundo ajeno a ese modo de vida. Era tan diferente que cada vez que estaba en campañas de excavaciones como aquellas, alejadas completamente de lo que era la civilización, cuando volvía a la ciudad le costaba más de una semana volver a las costumbres, e incluso sentir aquel ambiente como real.

- ¿Sabes? – hablaban mientras hacían de nuevo las maletas –, aunque no lo parezca he acabado cansada.

Jake la miró y no pudo evitar reírse.

- Yo también – contestó –. No hemos parado ni un solo día.

- Sí, una tarde, creo, o dos, sin contar los días de viaje.

Badia rió también. Estaba contenta y se sentía optimista sobre el resultado de aquellas excavaciones y las conclusiones finales que comprobarían una vez que estuvieran en Luxor. Era la primera vez que todo sucedía tal cual habían previsto, sin ningún contratiempo, ni problemas, ni percances. Durante su estancia en Asuán habían

trabajado en lo que fueron las canteras de granito rosa y en un par de santuarios en las islas del Nilo. Habían ratificado todo lo que habían estudiado en Gebel El-Silsilah, pero además, allí también se centraron, a la hora de visitar los santuarios, en el propio reinado de su reina y las inscripciones que se le dedicaba a ella identificándola a las diosas locales, y también a Senenmut como su garante y en ocasiones aludiendo también a él como una divinidad. Cada vez tenía su historia más clara y sólo deseaba que llegara el día en que él pudiera hablarle de todo ello, que le confirmara alguna de sus teorías, que quizá le desmintiera otras, y que sobre todo, que le hablara sobre aspectos que ni siquiera pudiera sospechar.

- Tengo ganas de saber qué tal va todo en Luxor – comentó Badia al cabo de un rato.

- Cuando volvamos Arianne ya debería tenerlo todo prácticamente listo, ¿no?

- Sí, ella habrá avanzado mucho y Glenn me prometió que tendría una reproducción a pequeña escala de lo que será mi jardín donde le vaya a entrevistar – sonrió, resultándole casi imposible que todo aquello algún día se hiciera realidad –, y saber si el señor Donovan ya tiene pensado cuándo será la fecha de vuestro próximo viaje, y…

- Y terminar – adivino.

- Sí… pero no. No tanto terminar, sino… que llegue ese momento en el que lo tenga de frente, hablar con él, porque terminar, que toda esta investigación se acabe, tampoco…

Se encogió de hombros y miró a Jake de reojo, con nostalgia.

- Estamos ya muy cerca – le dijo él, dejando por un momento todo el equipaje –. Un año, año y medio quizá, dos como mucho. La próxima vez que volvamos a Egipto será para poner el punto y final a todo esto.

- Si todo sale bien, sí.

Después de comprobar que no se habían olvidado nada, salieron a los pies de la tienda a esperar a las personas que les llevarían de vuelta a Egipto. Allí en Asuán les habían colocado justo al lado del yacimiento y eso les había hecho aprovechar muchísimo más las jornadas, pues no tenían que perder casi hora y media al día entre ida y vuelta, y además también estaban muy cerca del río. Bajo los árboles que daban sombra a la tienda, se quedó mirando todos aquellos bloques de granito rosa acumulados sin ningún orden, las colinas de arena y roca que se elevaban en la orilla opuesta, en aquel lugar donde el río se ensanchaba para dar paso al lago. Ya no quedaba nada de la antigua presa que había sido derribada durante la guerra, un año antes de que ella naciera. Desde entonces el Nilo había vuelto a su curso, y la inundación volvió a Egipto como se había repetido desde

sus orígenes.

- En teoría tienen que venir a buscarnos en tres cuartos de hora – le dijo Jake sacando su maleta también con él.

Badia asintió en silencio, pues no le importaba que se retrasaran un poco más. Estaba tan a gusto que si hubiera dependido de ella, se hubieran quedado unos cuantos meses más. Sin embargo, justo en ese momento, también se le vino a la cabeza la conversación que había tenido con Jake hacía unos minutos y que le había hecho pensar en otras muchas cosas.

- Después de todo esto – le dijo Badia, abarcando el paisaje con la mirada, echándolo ya de menos –, cuando terminemos, ¿qué tienes pensado hacer? Me refiero en Inglaterra, en el Museo – le explicó volviéndose a él –. ¿Qué crees que el señor Donovan tendrá pensado para vosotros?

- No sé – le dijo sin importancia –, pero cualquier proyecto nuevo que nos presente supongo que estará bien. Si todo sale bien, supongo que estaremos a la altura para realizar cualquier cosa.

- Que estaréis – le matizo esa palabra, pues se daba cuenta que ella ya no estaría con ellos.

- ¿Y tú? – le dijo en seguida al ser consciente de que la situación hacía tiempo que había dado un vuelco.

- ¿Yo?
- Sí.
- Creo que es obvio. Quedarme. No puedo volver.
- Badia…

Fue a decirle algo, pero en ese momento no supo cómo hacerlo. A pesar de su confianza, temió que se estuviera entrometiendo donde no debía. Miró un momento a su alrededor antes de que ella suspirara y le sonriera con evidencia.

- Por favor – le pidió –, no me empieces a recriminar como hizo mi hermana, que no debí hacerlo, que hubiera habido otras maneras de solucionar aquello... No quiero hablar de eso, y menos ahora, aquí. No.

- No lo voy a hacer – contestó –, ¿pero por qué lo hiciste?
- Porque debía.
- ¿O porque querías?
- Quizá las dos cosas.

Le respondió de manera instintiva, porque realmente era eso lo que le había empujado a ser tan radical cuando se negó a abandonar el país y no encontró otra manera. Consideraba que ella debía estar allí, pero también porque ya no quería dejar Egipto. Había llegado un momento en que se había dado cuenta que en Inglaterra ya no le esperaba nada, que no había ningún motivo por el cual regresar. Fue consciente de que todo lo que hacía iba orientado a ese proyecto y no

le importó dejarlo todo para salvar lo que para ella era su vida.

Su hermana también había supuesto todo aquello y así se lo había dicho, aunque según su punto de vista lo había perdido todo por un capricho lamentaría. Ella no lo consideraba como tal, ni se iba a arrepentir jamás. Pero de nuevo respiró tranquila al saber que todo estaba bien y que al día siguiente cuando volvieran al instituto, Arianne le podría enseñar que todo ya estaba prácticamente terminado, y que incluso esa misma noche ya le contaría sobre los resultados que había conseguido durante los tres meses que había estado fuera.

- Sé que estarás bien aquí – continuó él –, pero…
- ¿Pero qué?

Badia se cruzó de brazos, impaciente porque le preguntara lo que se le estuviera pasando por la cabeza, pues le estaba poniendo nerviosa. Le vio mirar para otro lado hasta que por fin se decidió a hablarle.

- No quiero que te molestes y jamás he querido decirte nada sobre esto – le dijo, evitando que pudiera incomodarla –, pero en Egipto, en Armant, es donde tú has nacido. Tu madre quizá siga allí. Hemos hecho varias excavaciones hace años allí mismo y nunca has dicho nada, ni has hecho referencia a ello. A veces lo hablaba con Arianne o con Glenn y… no sé, estando tan cerca, viviendo en Luxor, a veces he pensado que decidiste quedarte de esa manera tan incondicional por ese motivo, para hacerlo tú sola. ¿Nunca has pensado volver a ver la que fue tu casa, saber qué ha sido de tu madre, de su familia, que sepan de ti?

Por un momento la miró de reojo, con precaución, considerando si había sido prudente mencionarle esa parte de su pasado. Siempre había sentido curiosidad, porque aunque ella misma le había hablado de cuando era pequeña y vivía allí, parecía que lo sentía como si no fuera parte de sí misma, y era lo que no lograba entender.

Badia no respondió en ese momento. Se quedó callada, apoyada contra el tronco del árbol bajo el que estaban y sumiéndose en el calor tan agradable que les dejaba el final de la tarde y la humedad del río. Volviendo la vista sobre la tienda vio que a lo lejos se acercaba un coche dejando una estela de polvo tras de sí. Supuso que vendrían a buscarles pero por la distancia aún calculó que tardarían unos diez minutos en llegar hasta allí.

- Bueno… – sonrió al final, queriendo dar por terminada aquella conversación porque aunque no le molestaba, tampoco le veía ningún sentido –, nos conocemos desde la universidad, ¿y has esperado hasta ahora para preguntármelo?
- No sabía si debía.
- No – le contestó segura a su pregunta –. No, jamás. No lo he

hecho, quizá se me haya pasado por la cabeza, por supuesto, pero no lo haré jamás aunque me quede a vivir en Luxor y tan sólo esté a tres kilómetros de allí. De hecho, no quiero saber de ella. ¿Para qué? – se encogió de hombros –, ¿qué sentido tendría? Y ahora – le dijo señalando el coche y a los hombres que salían de él –, vámonos.

8

Siempre quiso que la recordaran, que su nombre permaneciera a lo largo de las generaciones. Soñaba con que al paso de los años, cuando la gente mirara sus monumentos, hablaran de lo que ella había hecho. Y yo fui el que hizo posibles todas sus ilusiones. Hasta ese momento, en los seis años que llevaba en mi puesto como Mayordomo de Amón, me había esforzado porque a lo largo de las Dos Tierras y más allá de los límites del país se plasmara la imagen que se merecía, que la reconocieran como lo que era. Todo aquello lo habíamos conseguido. Día a día Hapuseneb me entregaba los informes que llegaban sobre el avance de las construcciones en el norte, los mismos nobles cuando llegaban a la ciudad me hablaban sobre ello, e igual el visir del sur y el virrey de Nubia me decían lo mismo con referencia a la multitud de trabajos que se estaban realizando en el sur.

Sin embargo, habíamos dejado Tebas para el final. Tan sólo habíamos hecho pequeñas ampliaciones en el templo de Karnak que yo mismo había supervisado. Pero ella perseguía unos planes mucho más ambiciosos y que sólo podría llevarlo acabo un rey. Quería convertir a la ciudad en la misma Tierra del Dios, y lo consiguió. Y yo estaba orgulloso, porque además me había encomendado a mí todas esas tareas. Pero a mí no me bastaba sólo eso, yo no quería ofrecerle únicamente eso. Yo no la veía con los mismos ojos que el resto de la gente. Muchas veces creí que no era suficiente, que a pesar de todo, no estaba haciendo todo lo que realmente podía. Cada uno de los días a partir de entonces vería su gran entusiasmo, su alegría, porque realmente todo aquello era mucho más de lo que ella había ideado. “¿Y qué más harías por mí?” me dijo una vez, justo cuando estaba apunto de terminar su Templo de Millones de Años. No quiso una respuesta, y yo no dije nada, porque sólo me estaba diciendo lo orgullosa que estaba de encontrarse allí ese día. Miró el templo, me miró a mí, suspiró, como si todas mis preocupaciones fueran simples tonterías, porque yo le había dado lo que jamás habría esperado de nadie.

Tras recibir su orden el día que llegamos de Jenu, nos pusimos de

inmediato a trabajar en ello. A veces incluso nos parecía imposible que fuera precisamente su coronación la que estábamos planificando y no uno de tantos proyectos preliminares. Hapuseneb se ocupó de establecer cada detalle de lo que serían las ceremonias, y yo los monumentos que había que realizar para ese día, pero también todos aquellos que comenzaríamos de inmediato en cuanto ocupara el trono de Horus como tal, como rey.

Dentro de todo ello, también Neferura ocuparía un lugar importante, aunque me produjera cierto recelo. Por fin le daría a ella el título de Gran Esposa Real, el último que le quedaba por desprenderse para dejar de lado todo lo que una vez fue, pero eso implicaba también el matrimonio de su hija con Tutmosis. Una de las mañanas que me había reunido con ella en mi despacho antes de que Useramon, el visir del sur, abriera el palacio y convocara la audiencia diaria, estuvimos hablando de ello. Aunque sabía que era imposible le sugerí si había otra manera de hacer las cosas. Ella me sonrió con evidencia y me siguió hablando como si nada sobre cómo quería que fuera ese día. “Ahora ve con ella y díselo tú” me dijo con una sonrisa. “Todo va a estar bien. Confía en mí”.

Sabía que su sobrino no se parecía en nada a su padre, pero todo aquello me había hecho recordar por lo que ella había pasado. Durante esos años ya creí haberlo olvidado, pero ahora volvía a tenerlo muy presente. Ese día, sin embargo, quería mostrarle algo más. Saqué de uno de los pliegues de mi faldellín un papiro que había hecho poco antes de la muerte de su hermano. También había cosas que yo le había callado. Se lo puse encima de la mesa y ella lo cogió de inmediato con curiosidad. “¿Qué es?” me preguntó tras intentar adivinarlo en silencio mirándolo desde todos los puntos de vista. Yo aún no dije nada y esperé a que fuera ella misma la que se diera cuenta. No le fue difícil. Al mirarlo una vez más vi cómo se le iluminaba la cara. “Esto es mi nombre”. “Sí” contesté en seguida. “¿Desde cuándo llevas haciendo esto?” me dijo aún sin salir de su asombro. “Años”. Me preguntó dónde lo había visto, cómo se me había ocurrido, quién me lo había dicho. Me encogí de hombros y le dije que no lo había copiado de ningún texto antiguo ni que nadie me lo había sugerido. “Simplemente se me ocurrió” le dije, pues no había encontrado otra mejor manera de que su nombre viviera eternamente, de protegerlo bajo aquellas formas secretas de escribirlo que sólo yo sabía y que tenía la certeza de que los dioses entenderían. Sería un secreto que sólo sabríamos nosotros hasta que muchos años después otra persona, Puyemra, el Segundo Profeta de Amón, me lo descubriera.

Yo siempre fui prudente, había aprendido a serlo, y era consciente de las condiciones que nos rodeaban. Nuestra situación era

única, insólita, y no podíamos saber con seguridad lo que se sucedería al día siguiente, si toda nuestra seguridad se vendría abajo o si lo que ella había iniciado permanecería para siempre. A pesar de que trabajábamos como si ella realmente fuera la única opción, su obsesión me hizo temer a mí también por la continuidad de su memoria, y más ahora quería compartir con ella lo que había hecho todos esos años para que fuera así.

Nos quedamos en silencio tras explicarle cómo desde el principio había grabado aquellos símbolos en la piedra a lo largo de Egipto sin que nadie se percatara de ello, como un adorno sagrado más. Volvió la mirada al papiro que le había enseñado y que aún tenía entre sus manos. Al cabo de un rato levantó la mirada, ahora mucho más grave "Aún temes por mí, ¿verdad?". Asentí y ella lo hizo también.

Antes de irme me recordó todo lo que debía hacer respecto a Neferura, y me dijo además que pasara en el Men-Set un par de días, que supervisara junto a mi hermano sus propiedades, que pasara tiempo con ella, que no me preocupara por nada más. No sé si lo hizo como una manera de recompensarme, pero aún así me sentí contento por pasar unos días junto a su hija. Ahora tan sólo la veía de vez en cuando en las ceremonias en el templo y en algún banquete que celebrábamos. Hacía mucho que no la visitaba y más después del viaje al sur y con todo el trabajo que se nos había acumulado. La echaba mucho de menos aunque suponía que ella estaría demasiado ocupada como para acordarse de mí tanto como yo lo hacía.

Allí no habían sido avisados de mi llegada, quería darles una sorpresa, y cuando mandé al heraldo del Men-Set que buscara a mi hermano, aún tuve que esperar un buen rato a que regresara de los almacenes. Estuve hablando con él para que me pusiera al día de todo lo que había estado haciendo esos meses antes de llevarme a la sala donde estaba Neferura. Tenían la puerta abierta y ya cuando me acercaba por el pasillo pude escuchar sus risas y la música. Al detenerme en el umbral la vi tumbada en uno de los almohadones jugando con una de sus amigas al *senet*, hablando y cantando en voz baja con la música de la flauta que tocaba otra de las chicas. Mi hermano la llamó y al girarse y verme a mí con él se levanto de inmediato. "Senenmut" me dijo, sonriéndome, antes de darme un abrazo.

Durante aquellas horas que estuve con ella para mí no existió otra cosa que lo que ella me decía. Yo la miraba encantado mientras me hablaba sobre todas sus clases y cómo ya dirigía por sí misma la mayor parte de la administración junto a mi hermano. Comimos solos en el jardín, al lado del lago con vistas al Nilo y a las playas donde ella y todas las chicas que vivían allí, hijas de los nobles de Tebas, pasaban muchas de las tardes. Ese día la vi más bonita que nunca,

noté que había cambiado, que ya no era la misma niña que había cuidado desde que nació. Tenía ya quince años y más poder que su propia madre a su edad. Mirándola a los ojos, su porte, eran idénticos a su madre cuando yo la conocí, aunque muchos decían que su carácter era exacto al mío. Pero en un momento que nos quedamos en silencio me tuve que recordar también uno de los motivos por los que estaba allí.

Creo que notó mi gravedad y no sé cómo adivinó mis pensamientos. “Se lo que vas a decirme” se adelantó, con un gesto que denotaba que ella también había estado esperando que aquello se sucediera de un momento a otro. “Es Tutmosis, ¿verdad?”. Yo asentí. Le dije que se casaría con él en nueve meses, uno antes de la proclamación de su madre como rey. Desvió la mirada y se quedó mirándose las uñas mientras seguía hablándome. Me sorprendí por todo lo que me dijo, pensé que iba a quejarse, pero en vez de eso me dio la sensación de que siempre lo tuvo asumido. Más bien se interesó en los cambios que le afectarían a ella directamente. “¿Y volveré a vivir en palacio?” me decía. “Supongo” contesté. “Bueno” se encogió de hombros, “al menos no voy a tener que levantarme tan pronto todos los días para ir al templo, volveré a vivir contigo, con mi madre…y seré por fin la Señora de las Dos Tierras”.

Desde que eran niños sabía que entre ella y Tutmosis existía una relación muy tensa y que eso les causaría problemas. Los dos se sabían con el derecho a dirigir algún día las Dos Tierras, pero ninguno quería compartir el poder con el otro, y a la vez estaba seguro de que ninguno cedería. Al ver su sonrisa al final supe que no debería preocuparme, pues por una vez tuve la certeza de que ella sabría dirigir la situación mucho mejor que cualquiera de nosotros. Ella se situaba al mismo nivel que Tutmosis. A pesar de todo, era quien mejor le conocía, y eso le haría lidiar con aquella situación y sobre todo con él.

A la mañana siguiente me levanté pronto y aproveché que casi nadie estaba todavía despierto para darme un baño en el lago del patio y pensar por un momento en todos los cambios que iban a sucederse a partir del próximo año. Viéndolo en ese momento con perspectiva supe, como me dijo ella antes de salir de palacio, que todo iba a estar bien. No sé por qué me extrañó que Neferura apareciera poco después. La miré sorprendido mientras salía del agua como si fuera extraño que me hubiera encontrado. “Soy la dueña de esta casa” me dijo seria con un porte altivo, “me pertenece, y yo sé todo lo que ocurre aquí”. Pero al instante se echó a reír. “Hoy me quiero quedar contigo” me suplicó, como si fuera yo el que todavía debía darle permiso para hacer cualquier cosa y con esa ilusión que recordaba de cuando era pequeña y yo la llevaba de la mano a cada sitio donde iba.

Durante toda la mañana no se separó de mí. Dejé a mi hermano en los almacenes y cuidando el Men-Set, y nosotros nos fuimos a recorrer los terrenos que le pertenecían a ella. Supervisamos todos los cultivos y el ganado que se situaba entre su casa e Iuny, y en todo momento dejé que fuera ella, como sabía que venía haciendo desde hacía años, quien impusiera su autoridad y diera las órdenes a los capataces e intendentes. Jamás la había visto realizando todas esas tareas y aunque sabía por Minhotep que todos acataban sus palabras sin réplica, que gobernaba con mano firme y se imponía sobre cualquier crítica que al principio escuchaba de alguno de sus trabajadores, ahora ya nadie se atrevía a desobedecerla.

Regresamos al mediodía cuando el sol era más fuerte y mientras dejamos los caballos en las caballerizas le pregunté por Meryt-Ra y le dije que también quería verla. De inmediato se quedó seria y me dijo con voz seca que estaba bien y si quería verla que preguntara por ella a alguien en la casa. Sonreí para mí, pues como me había dicho, estaba seguro que ella sabía perfectamente donde estaba cada persona en cada momento y más su hermana, pero que no me lo quería decir. A veces había notado que le molestaba que también prestara atención a Meryt-Ra, por mucho que supiera que ella era mi favorita, que no tenía ojos para nadie más que para ella, y aunque le dije que sólo iba a ver cómo estaba, asintió como si no le importara y se marchó de mal humor diciendo que tenía que hacer otras muchas cosas ya que había perdido toda la mañana conmigo. También sabía que se le pasaría en seguida.

Pero antes de salir de las caballerizas uno de los sirvientes vino a buscarme. Me dijo que acababa de llegar un heraldo de palacio preguntando por mí y que estaba esperándome en el vestíbulo. Salí corriendo, alarmado, pues aquello sólo significaba que me traía malas noticias. Vi a Senneferi, uno de los miembros de la guardia de la reina, y al verle confirmé de inmediato que había pasado algo. “Tienes que regresar de inmediato a palacio” me dijo en cuanto me vio. “La Señora de las Dos Tierras me ha enviado a buscarte”. Y de camino, aunque evitó decirme nada, alegando que ella se lo había prohibido, insistí tanto que acabó por contármelo. Dudó unos instantes y me advirtió que cuando llegara a palacio disimulara que sabía cualquier cosa. “Quería decírtelo ella” me advirtió grave justo antes de descender en el embarcadero real. Me dijo que su nodriza había muerto.

Me quedé en silencio y respiré hondo. Ahora entendía su urgencia, su expresión, y aunque no me lo hubiera dicho, supongo que lo habría intuido con poner un pie en palacio. De manera instintiva sin que nadie me dijera nada me dirigí a sus aposentos y en ese escaso trayecto quise hacerme a la idea aunque no lo conseguí en absoluto. Yo también la quería muchísimo, Sat-Ra había estado presente en

muchos de los momentos que recordaba como más los importantes que había pasado en la residencia real e incluso llegué a considerarla como de mi familia, como una más de mis hermanas. Más que tranquilizarme al ver las puertas de sus aposentos al final del pasillo de las estancias privadas, me puse más nervioso sin saber cómo reaccionaría a tenerla a ella delante hablándome sobre todo eso. No sabía si podría disimular.

Al ver a Nehesy cuidando el umbral, asintió en silencio y me dejó pasar. Estaba de espaldas a la entrada, sentada y apoyada con los codos en su tocador. Ni siquiera se volvió al escuchar mis pasos, lo suficiente para ver de reojo que era yo. Y a su lado estaba Hapuseneb. No tenía ninguna razón para sentirme molesto, pero el simple hecho de que fuera él quien estuviera allí casi me hizo perder los nervios. Se me vino a la cabeza lo me había contado meses atrás durante nuestro viaje, sentí sin razón todos esos celos por verle ahora también su lado, susurrando algo que no pude escuchar como si yo no estuviera presente. Me obligué a mí mismo a mantener la calma, y me quedé en silencio hasta que ella quiso dirigirme la palabra.

No vi que tenía algo en la mano hasta que levantó el brazo con una hoja de papiro. “Toma” me dijo ella sin mirarme, “ha llegado unos minutos antes que tú”. Lo cogí y lo leí, después de ver el sello del virrey de Nubia. Tras muchas lamentaciones me anunciaba a mí y a ella que uno de los dos obeliscos que habíamos encargado para levantar en el templo de Amón y que queríamos tener listo para el matrimonio de Neferura y Tutmosis, se había roto. Tuve que leer un par de veces el final de la misiva para creérmelo, diciéndome además que dudaba tener otro listo a tiempo. Lo leía una y otra vez y no me lo podía creer. Se había roto. El obelisco roto. Me sentí tan enfadado, tan fuera de mí, que dirigí toda mi frustración hacia aquellos que me dieron un motivo. Hice del papiro una bola y lo tiré al suelo antes de salir rápido de allí. Yo mismo me encargaría de que tallaran uno nuevo y que estuviera listo para la fecha prevista. No iba a permitir que nada saliera mal, no lo iba a consentir. No permitiría esa incompetencia por parte de todos los oficiales que había elegido para realizar los trabajos y menos del mismo virrey. Responderían ante mí y si tenía que castigarles personalmente lo haría sin dudarlo. En ese momento no me importó otra cosa que hacer cumplir minuciosamente lo que había sido la voluntad de la Señora de las Dos Tierras.

Parecía que los dioses habían elegido ese día para que todo saliera mal. Fue un mal día, uno de los peores, aunque hubiera comenzado de la mejor manera. No sé si estuvo bien o mal dejarla sola justo en ese momento. No me pidió que me quedara y quizá ella también quisiera estar sin mí. O que aún me necesitara más. Pero me fui. La tensión me hizo no pensar en otra cosa que cumplir lo que creí

que en ese momento era mi deber. “Me voy” le dije mientras salía de su habitación, pero ella salió corriendo detrás de mí y me paró al final del pasillo. Me agarró del brazo y me detuvo antes de salir al vestíbulo. “Recibirán su castigo, pero en su momento. Lo solucionaremos” intentó tranquilizarme, “y si sólo tenemos un obelisco para la boda de mi hija y el otro llega para mi coronación, que así sea”. La miré a la cara y vi sus ojos hinchados, sin maquillarse, y aún me sentí más en la obligación de irme. “No”. Le contesté determinante. Con un movimiento me solté de ella pero aún me hizo esperar un poco más. “Senenmut”, me ordenó sin levantar la voz, pero su tono me heló la sangre. Me giré y aún así la miré a los ojos. “Ven aquí ahora mismo”. Obedecí. “Al menos, si te vas a ir, déjame decirte que delego en ti todo mi poder para que impongas mi autoridad, para que actúes en mi nombre y hagas todo lo que consideres necesario”.

Hasta en ese momento vi en ella esa actitud firme tan propia de ella. Así lo haría, y tras un silencio en que no hizo otra cosa que atravesarme con una mirada, acabó por anunciarme lo que me había traído a palacio, aunque ya se hubiera imaginado que estaba enterado. “Sat-Ra ha muerto”, me dijo en voz baja mientras se daba la vuelta.

Puse rumbo a Asuán esa misma tarde en la barca real y mientras duró el viaje ni siquiera me percaté de la prudencia que todos mostraban hacia mí y cómo evitaban incluso cruzarse conmigo. Odiaba que las cosas no salieran como debían ser, que algo fallara o que algo no se ajustara a lo que había ordenado, pero además había coincidido con un mal momento. Cuando pasó todo, cuando años después a veces pensaba en aquellos meses, me parecía increíble cómo sancioné aquel error. Reconozco que fui demasiado duro, que forcé al límite a los trabajadores, a los oficiales, a los capataces, todo para enmendar lo que se había perdido y como una forma de sancionarles por su imprudencia. Yo mismo reorganicé las cuadrillas, asigné nuevos oficiales, y cada día me encargaba de vigilar las obras. Reduje también los días libres, suprimí las fiestas, les hice trabajar incluso bien entrada la noche, con tal de ampliar el horario de trabajo lo máximo posible. Conseguí que el trabajo de casi un año se realizara en menos de tres meses.

Veía cómo todos me miraban con cautela e incluso con temor, pero no me importaba en absoluto. Sólo quería que el trabajo se hiciera rápido y bien. E incluso el virrey, que me conocía y sabía que yo normalmente no era así, no se atrevió a contradecirme ni a cuestionar ninguno de mis métodos a pesar de que le llegaban quejas continuas de los obreros. Ni siquiera me preguntó por qué estaba siendo tan severo. Era evidente que no hubiera sido una buena idea y todos, como él, comprendieron que lo más sensato era obedecerme. Mis ánimos se fueron calmando al ver que todo se había solucionado e

incluso me sentí feliz el día que amarramos los dos obeliscos a las barcas de carga y puse rumbo a Tebas. Pero si de algo sirvió todo aquello fue para que en el futuro algo así no volviera a repetirse. Jamás se cometió otro error de tal calibre en cualquier construcción que yo ordené. Todo a partir de aquel momento se haría de manera impecable.

Nueve

El señor Donovan les estaba esperando en el mismo sitio donde les había dejado tres meses atrás y en cuanto montaron en el coche no esperó a preguntarles por todo lo que había pasado. Llegaron por la noche a Luxor y al llegar a casa tuvo que responder también a todas las preguntas de su hermana. Ella misma empezó a contarle todo en cuanto entró por la puerta y dos horas después, viendo cómo daba vueltas la lavadora con toda la ropa sucia del viaje, todavía no habían terminado.

- Todo estaba muy tranquilo – le hablaba Badia –, nada que ver a cuando vinisteis con nosotros.
- Parece entonces que pillamos unos años malos.
- Sí – asintió –, porque más allá de los hombres que nos vigilaban… salvo una semana en Gebel que nos tuvieron más controlados y nos dábamos cuenta perfectamente cuando mirábamos hacia el pueblo que pasaba algo, era evidente, lo notas; más allá, ni nos hicieron detener los trabajos, ni nos prohibieron bajar al río todas las tardes.
- Me alegro.

Pero Badia ya no quería hablar más de ella. La miró con una sonrisa cómplice, rogándole que le contara cada detalle de lo que había avanzado en ese tiempo porque no podría esperar al día siguiente para verlo personalmente. Por la sonrisa con la que le contestó Arianne, supo que allí también había ido todo a la perfección.

- Ya está casi listo – le dijo.

Badia suspiró contenta, pues esa era la respuesta que deseaba.

- Hace un mes que terminamos con su cuerpo y hace tres días terminé de programar el chip con los recuerdos que va a necesitar – le dijo –. Comprobé que todas las conexiones funcionaran y que además estuviera listo para transmitirnos todos sus signos vitales cuando llegue el momento. Ayer mismo lo coloqué en su sitio.

Badia ya le había dado a su hermana hacía tiempo un guión sobre esos momentos que él no había vivido y que le harían creer que sí lo había hecho. Le había dado imágenes, representaciones, ella

misma había leído sobre las concepciones egipcias tras la muerte y llevaba ya mucho tiempo ensayando como para que algo saliera mal en lo que debía ser lo más sencillo. Y era precisamente eso, todas aquellas creencias que los antiguos egipcios sostenían firmemente, las que había convertido para él en una realidad. Si querían que les respondiera con total sinceridad a lo que había sido su vida, habían llegado a la conclusión de que ésa era la mejor manera.

Sabían que si habían creado a un hombre también habría cosas que querría callar. Sólo haciéndole creer que estaba ante los mismos dioses, respondiendo a las preguntas de Maat, pesando su corazón, sólo así se aseguraban de que lo que les dijera fuera lo más sincero posible. Sabía que el corazón podía mentir. Muchos de los amuletos que se colocaban entre las vendas y las fórmulas de los papiros a veces iban destinados a evitar que su corazón les delatara en el juicio de Osiris. También por eso habían elegido que Badia se presentaría ante él como la diosa Maat. Pero por si todo eso fallara, por si a pesar de todo mintiera o no dijera toda la verdad, para eso le había estudiado durante toda su vida, para tener una base, para ir un paso por delante y poder desmentir su palabra o, lo que esperaba con total seguridad, confirmarla e indagar de una manera completa en él.

- Ya todo está en su cabeza – le dijo Arianne –, ahora sólo toca esperar.
- Si pudiéramos hacerlo ya – suspiró anhelante.

Arianne asintió.

- ¿Te ha dicho el señor Donovan que nos vamos en quince días?
- Sí – pues también les había hablado de eso durante el viaje de vuelta –. Y también que voy a tener que esperaros hasta el año que viene.

El pitido de la lavadora avisándoles de que había terminado les hizo quedarse un momento en silencio.

- ¿Podré verlo? – le preguntó Badia.
- Mañana – asintió –, y te aviso de que he hecho muy buen trabajo.

Arianne se quedó sentada en la silla mientras Badia sacaba la ropa y la llevaba al salón para tenderla. La miró un momento desde allí antes de levantarse. Todavía no le había hablado de un asunto que le llevaba preocupando desde hacía días.

- El señor Marzuq me llamó la semana pasada – le dijo Arianne desde el marco de la puerta.
- ¿Y qué quería?
- Va a venir a verme pasado mañana.

Badia se giró un momento, sorprendida, esperando que le aclarara algo más. Arianne se encogió de hombros.

- ¿Pero viene solamente a hablar contigo?

Su hermana asintió, porque eso era lo único que le había dicho. Por el tono con el que le había hecho la pregunta, Arianne notó que a ella también le había resultado extraño. Ni siquiera Badia pudo intuir qué quería el señor Marzuq, cuando hasta ese momento ella era la única por la que se había interesado más directamente.

A PRIMERA HORA YA ESTABA en el instituto poniendo en orden con Jake todo lo que habían realizado durante sus excavaciones y en cuanto pudo escaparse un momento fue a visitar a su hermana en el laboratorio.

- Arianne… – le insinuó mientras cerraba la puerta.

Ella ya estaba esperando que apareciera en cualquier momento y de inmediato, tras marcar la clave para abrir la cámara, le abrió la tapa para que lo viera. Por un momento Badia no reaccionó. El cuerpo entero estaba cubierto por una sábana blanca y sólo podía ver su cara. Ella misma había visto muchas reproducciones de él, tanto en la pantalla del ordenador como en arcilla y yeso. Siempre creyó que el día que lo observara en carne y hueso ya no le causaría impresión. Cada vez que pensaba en él tenía en la cabeza ese rostro. Veía la cara de un hombre de unos sesenta años de edad, de rasgos fuertes, con arrugas sobre todo alrededor de su boca y en los ojos, la piel ligeramente tostada, su pelo negro como el carbón; exactamente como se habría visto justo el día de su muerte. Era eso lo que había esperado e incluso su aspecto no era diferente de cualquier hombre que hoy podría ver en un ambiente mediterráneo, pero aún así, al verlo real, saber que era esa persona a la que se había dedicado por completo, que era él y no cualquier otro… Todavía sin salir de su asombro levantó la mirada a su hermana.

- Parece que fuera a abrir los ojos de un momento a otro – le dijo volviendo de inmediato la mirada a él.

Arianne sonrió. Al hablarle había notado que incluso le temblaba la voz y podía adivinar su emoción. Ella misma se había sentido así el día que por fin lo dio por terminado.

- Y lo hará – le respondió.
- Te felicito – fue lo único que pudo decirle.
- Tengo que volver a cerrarlo – le dijo tras un instante de silencio.

Badia asintió, y al mirar cómo bajaba la tapa y volvía a activar la clave, notó que su hermana se quedaba seria, pensativa, y adivinó que de nuevo volvía a considerar otros aspectos en los que de vez en cuando pensaba sin poder evitarlo.

- Ya no le des más vueltas – adivinó, sabiendo que se le estaría pasando por la cabeza todas aquellas dudas que muchas veces le había

dicho a lo largo de la investigación, que quizá no estaba bien lo que estaban haciendo, que él había sido una persona, que no se lo merecía.

- Pero Badia… ¿cómo no quieres que lo piense? – se encogió de hombros –. Si yo me imagino en su lugar...

Pero Badia se cruzó de brazos y buscó su mirada. Conocía perfectamente todas sus dudas.

- Arianne – le dijo intentando comprenderla, aunque para ella no significara lo mismo y a veces se enfadara al no poder convencerla de su punto de vista –. No estamos creando vida, literalmente, y podría estar segura de que eso sería prácticamente imposible. Si ya te ha sido difícil calcular las condiciones a las que deberá ajustarse para estar en pie unas cuantas horas, y que estará bajo un control estricto del ambiente y sus constantes, imagínate que tienes que hacer eso para que un cuerpo al que vas a dejar a su suerte. Imposible.

- No es eso Badia.

- Yo creo que sí. Igual que utilizamos las momias para hacerles tomografías y escáneres, tomamos muestras, las analizamos, esto – señaló la cámara –, es un estudio más. Supongo que si hubiera estado en su mano, por supuesto que nos hubiera permitido esta "licencia".

- Ese es el problema, que este proyecto va mucho más allá de un simple estudio – le apuntó –, que quizá si le hubiéramos preguntado a él hubiera dicho que no.

- ¿Es que ahora te arrepientes de todo lo que hemos hecho?

La miró un momento y bordeó la mesa para colocarse a su lado. No estaban solas en el laboratorio y no quería que nadie más pudiera escucharlas. Había levantado la voz y aquella conversación le estaba poniendo nerviosa, como cada vez que tocaban el tema.

- Arianne – le dijo en voz baja, intentando tranquilizarse –, cuando empezamos te pregunté si estabas dispuesta a ser la que se encargara de crear su cuerpo para mí y me dijiste que sí. Puse todo mi empeño hablando al señor Donovan de ti para que te eligiera y has hecho un trabajo magnífico. Ahora no quiero que te entren las dudas ni que me digas que no está bien. Este proyecto es diferente, se trata de hablar con él, de conocer, de saber, y además tenemos la suerte de hacerlo de una manera como nadie antes ha logrado hacer.

- Claro – asintió, pues aquellos habían sido los primeros motivos que la habían impulsado a participar en ello –, ¿pero es que no te importa lo que te estoy diciendo?

Respiró hondo y la traspasó con la mirada.

- ¿Cómo me dices eso? – le contestó molesta –. A mí precisamente.

- Déjalo – le pidió.

Badia asintió, sabiendo que sería lo mejor. Y en cuanto terminó

con ella, fue de inmediato a buscar a Glenn, esperando que también hubiera cumplido con su promesa como su hermana. Sabía que estaría en la sala del segundo sótano y de inmediato se dirigió allí. Había salido del laboratorio enfadada y con paso brusco, pero en cuanto bajó las escaleras y se encaminó por el pasillo se le dibujó en la cara una sonrisa por ver lo que sería su jardín.

- Bueno – suspiró Badia emocionada tras saludarle –, a ver qué me tienes preparado.

Él le indicó con la mano que se sentara en una de las mesas laterales mientras él le sacaba su trabajo de esos meses. No dijo nada hasta que colocó delante de ella una reproducción a escala del espacio donde tendría el privilegio de hablar con su hombre. Cada vez lo sentía más real, y ahora que le había visto a él y veía en miniatura ese patio que podría haber sido cualquiera de los que él hubiera pisado en palacio durante su vida, se le hacía difícil esperar un año que en otra ocasión no hubiera significado mucho.

- Ha sido difícil llegar a una combinación precisa – reconocía –, sobre todo por el poco espacio al que me he tenido que ajustar. Viendo todo el valor simbólico que ellos le daban a las plantas y a las flores, y más tratándose de un ambiente en que queríamos recrear el Más Allá pero a la vez lo que podrían ser las estancias de palacio, la relación entre las plantas y los dioses, me he visto obligado a elegir.

- No – le tranquilizó –. Me gusta. A primera vista está bien.

Observó la maqueta y le pareció que había hecho muy buen trabajo. Eso llevado a escala real sería un bonito jardín.

- Esto será la puerta de entrada de la sala, la he situado en el norte – le decía indicando un hueco que había dejado en el espacio porticado que rodeaba al jardín –, y en la mitad sur, enfrente según se entra, he colocado estos dos árboles de palma, dos sicomoros, una acacia del Nilo y un árbol de incienso. Los asientos estarán debajo y colocaré el sol de tal manera que os dé sombra durante toda la entrevista. El espacio era demasiado pequeño como para colocar un lago así que en vez de eso, detrás de vuestros asientos habrá dos canales. Dejaré correr el agua, pero tan lenta que la superficie quede intacta, por eso he pensado que podíamos poner encima lotos azules. Creo que una vez me hablaste de eso, pero no estaba seguro.

- Sí, sí – asintió de inmediato –, el loto, que representa la renovación de la vida, supongo que es muy apropiado, y además huele muy bien.

- Y con el incienso da una buena combinación. Ya lo he probado y no será un olor fuerte para un espacio cerrado. Y luego – le decía, volviendo a señalar partes de la maqueta –, el papiro verde de Osiris cerca del agua siguiendo el canal.

- Me gusta – le confirmó de nuevo –, y aparte de las plantas, la

disposición es tan… racional digamos, muy a su estilo: los árboles más altos arriba, las flores delante, todo tan ordenado, tan milimétrico. De hecho, me gusta mucho.

- Si tienes alguna sugerencia más…

Badia se encogió de hombros, porque no sabía qué más podrían añadir o modificar. Se quedó un momento en silencio, considerando qué podría faltar. Vio además que de manera perpendicular a los canales salían de los pórticos dos caminos de piedra y que salvaban la corriente con un pequeño puente a ras del suelo.

- El sarcófago va a ser colocado aquí – le indicó Badia en un sitio bajo el pórtico, justo donde terminaba el camino de la parte este –, así que le tendré que llevar por aquí hasta los asientos.

- Sí.

- Por cierto – adivinó, mirando más de cerca las piedras –, ¿vas a utilizar granito rosa?

- Sí – le sonrió –, ¿no era esa la piedra favorita de la reina?

Badia asintió, pues de nuevo cada detalle se ajustaba a sus expectativas. Aún se entretuvo un poco más con él hablando de todo lo que se encargaría de supervisar cuando se marcharan a Inglaterra. Todas esas plantas que en aquella maqueta tan sólo eran simples ramitas de sus originales, ella tendría que cuidar en cuanto se marcharan que los verdaderos que él había cultivado durante años en el vivero de las afueras de la ciudad se mantuvieran en perfectas condiciones. Muchas de las pruebas las había llevado a cabo en el jardín botánico de Inglaterra, pero los originales siempre habían estado de acuerdo en cultivarlos en su medio. Habían visitado juntos un par de veces el vivero y al día siguiente volvieron para ver cómo estaba todo. Caminando por los diferentes pasillos, vio que había muchísimo más de lo que en realidad podrían colocar en la sala.

- En estos días que me quedan voy a realizar con Arianne pruebas de alergia sobre su cuerpo – le explicaba él, al preguntarle por plantas que había allí y que no había colocado en la maqueta.

- Entonces le harás las pruebas con todas estas, ¿no? No solo con las de la maqueta, porque te iba a decir…

- Sí – le detuvo – con absolutamente todas las que he cultivado. Y también voy a aprovechar en estos quince días para calibrar su piel y poder ajustar el brillo del sol, la humedad del aire, la temperatura ideal, todo para que él esté en las mejores condiciones.

Badia asintió, intentando confiar en el trabajo que ella no podía hacer. No soportaba pensar que algo se pudiera escapar a su control, ni tampoco deseaba en absoluto improvisar el día que se colocara delante de Senenmut. Respiró hondo, disfrutando de aquella mezcla de todo tipo de aromas apartando de su mente cualquier problema que no tenía por qué surgir. Caminaron despacio hacia la salida,

observando de nuevo cada planta en la sección que les tenían reservada para ellos. Mientras se acercaban a la salida, se quedó mirando uno de los árboles de incienso que había al principio a la vez que su olor se imponía sobre todos los demás, el olor de Amón. Por un momento se imaginó la primera vez que se importaron a Egipto, recorrió de nuevo la historia de su reina y sin darse cuenta se le escapó una sonrisa.

9

Sería la última vez que me fuera, o al menos solo, sin ella. Ese proyecto que marcaría el inicio de los grandes trabajos en la ciudad, de una época como jamás se había sucedido antes sobre las Dos Tierras. Ése fue el último que dirigí personalmente en otro lugar que no fuera Tebas, porque a partir de entonces y hasta el final de mi vida mi nombre, mi trabajo y todo mi empeño quedarían unidos a ella.

Ella quiso recuperar todo lo que se había perdido con la llegada de los asiáticos, pero no sólo igualó a los reyes que habían regido Egipto hacía cientos de años y que habían hecho de aquella tierra un lugar próspero con su comercio, sus expediciones a tierras sagradas y el fomento de la cultura que habían llevado a su apogeo. Todo eso que había quedado en el olvido por culpa de los extranjeros, ella quiso restablecerlo. Quiso emularlos en todo lo que hicieron, basarse en lo que a ellos les hizo triunfar para proyectar sus propias aspiraciones. Tuvo la imagen de aquel pasado para llevar acabo todo lo que hizo, pero al darme a mí esas líneas generales que marcaban sus deseos, yo lo llevé mucho más lejos. Ella era única, y por eso no me limitaría a repetir lo que otros hicieron. Crearía a partir de ello algo nuevo. Siempre la vi satisfecha con cada trabajo que hice, por ese toque personal que según ella mis manos daban a cada piedra y a cada muro que tocaba. “Sabría distinguir cualquier cosa que sale de ti a las del resto de los arquitectos” me decía muchas veces. Y veía en sus ojos que le gustaba, y a la vez, yo siempre me esforcé por hacerlo lo mejor posible para no decepcionarla.

Puse todo mi corazón en cada obra, y fue ese día en que volví a pisar la ciudad junto a las dos agujas de granito rosa, cuando mis convicciones se hicieron aún mucho más fuertes, justo en el momento en que el segundo obelisco se estabilizó en su lugar, en la zona oriental del templo de Amón, y los cientos de obreros, los oficiales, los sacerdotes, e incluso nosotros mismos aplaudimos mientras llegaban a nosotros todo tipo de felicitaciones. Todo comenzó con aquellos dos obeliscos y aunque entonces me hubiera resultado irónico, algún día terminaría de la misma manera.

Él mes que siguió apenas hicimos más que dar los últimos

retoques a lo que llevábamos planeando años. Desde el principio no habíamos hecho otra cosa que prepararnos para ese momento, y cuanto más la conocía, cuanto más la quería, más había anhelado ese día. A veces pensé que jamás llegaría, habíamos esperado muchísimo tiempo, en ocasiones me daba la sensación de que eran simples ilusiones que nunca podríamos llevar a cabo, pero al levantarme esa mañana supe que todo había merecido la pena. En aquellos siete años nos habíamos limitado a marcas las pautas, pero ahora tocaba ponerlas en marcha.

Respiré hondo cuando Hapuseneb le colocó la doble corona sobre su cabeza en nombre de Amón y de su padre. Le miró a él con una sonrisa apenas perceptible, y yo me llené de orgullo cuando al volver la vista al frente, buscó un momento mi mirada antes de cruzar el báculo y el flagelo sobre su pecho. En la Sala de la Entronización del templo habíamos sido convocados todos los cortesanos, los dignatarios, los nobles y los principales embajadores extranjeros, y a ese gesto todos nos arrodillamos ante ella y besamos el suelo que siempre había sido suyo. Al levantarnos de nuevo, ella ya estaba en pie.

Habíamos pasado toda la mañana realizando los ritos mágicos que la protegerían de ahora en adelante. Todos estaban cansados tras horas de un intenso protocolo, aunque para mí ese día era como si el tiempo no existiera en absoluto, sólo ella y procurar que todo se cumpliera como habíamos previsto. Pero ahora, en lo más oculto del templo, iluminados con velas y la fragancia de incienso que inundaba cada rincón, pude ver en sus rostros su admiración y cómo recuperaban sus ánimos al verse realmente ante la hija de Amón. Incluso yo mismo jamás la había sentido tan cercana a los dioses, tan distante a cualquiera de nosotros.

Con un gesto hizo acercarse a los sacerdotes lectores que proclamaron sus nombres de rey, y que de ahora en adelante podría inscribir en todas mis construcciones sin disimulo. Me permití soñar un instante con todo eso que estaba por llegar. Durante la comida ella misma nos habló de sus ambiciones, que todos los que estábamos en la mesa con ella compartíamos. La recuerdo tan perfecta. No podía apartar ni un momento los ojos de ella, cada gesto, cada palabra. Me sentía completamente feliz, sobre todo por que los dioses me hubieran permitido estar ese día a su lado. Como le prometí a su padre, la había llevado a lo más alto. Darle lo que se merecía, el trono, y mantenerla en él fue lo único que me importó de ahora en adelante. Ese día tuve la certeza de que la suerte estaba a nuestro favor, porque además, habíamos hecho coincidir ese día con el primero del año y no podía haber mejor augurio que ese para un reinado largo y próspero.

Siempre había temido que llegado el momento no supiéramos

mantener aquella situación por muchos años, que a la larga se reclamara el puesto de Horus para su sobrino, que creyeran que no era digna del trono, que no la aceptaran como el verdadero rey. Pero el hecho es que nadie podía cuestionarla porque ella era la que llevaba sosteniendo las Dos Tierras desde hacía más de diez años tras la muerte de su padre, e incluso mucho antes a su lado, como la única persona capaz de dirigir todos los asuntos del país. Su sangre siempre había justificado ese poder. Así lo veían todos a mi alrededor y era eso lo que le hacía legítima ante sus ojos y los de todo el pueblo. Como había deseado su padre, ella al final fue la única, y yo además había cumplido mis deberes y mis promesas.

Recuerdo a la perfección cada día de los cinco que duraron los ritos y las fiestas de su coronación, y esa tarde cuando el calor ya no era tan sofocante, continuamos con la ceremonia de Unión de las Dos Tierras, que se alargó hasta la caída del sol. Sólo entonces nos dirigimos por fin a palacio. No dormimos en toda la noche, alargando ese día que no queríamos que terminara, hasta que las primeras luces del alba que entraron por las columnas del patio nos avisaron que Amón debía ser despertado. Hapuseneb se lo recordó con una mirada y ella asintió levemente antes de levantarse.

Las celebraciones se prolongaron en la ciudad durante cuatro días más en que se sucedieron los homenajes hacia ella en palacio, a Amón en su templo y al resto de los dioses en las capillas del resto de la ciudad. En cada momento, si por algún instante tuve alguna duda de su hegemonía, pude observar la devoción sincera que le profesaban todos y cada uno de los que estábamos allí. El mundo quería estar en paz con ella.

Aunque no había pisado apenas mis aposentos en esos días, no lo había echado en falta. El quinto día, tras los desfiles del ejército que había cuidado mucho de mantenerlo a punto esos años y que no dejaría de hacerlo, y de haber despedido a todos los extranjeros y gobernadores con misivas que anunciaban a la tierra entera su nueva posición, nos retiramos pronto después de la comida a una de las salas de palacio. No había notado el cansancio hasta que me tumbé en unos de los almohadones rodeado por un silencio roto tan sólo por su voz hablándome. No recuerdo el momento en que me quedé dormido, ni fui consciente de ello. Creí únicamente que había parpadeado un par de veces, pero al abrir los ojos de nuevo y verla arrodillada en el suelo, a mi lado, notando sus dedos sobre la palma de mi mano, mirándome con una sonrisa ausente, supe que había estado allí todo ese tiempo y que había sido mucho. Yo no pude hacer más que sonreírle también, con una sensación tan plácida que logró que para mí no existiera otra cosa más que sus ojos.

Sentí un escalofrío cuando me acarició el brazo y me recorrió en

un instante con la mirada. “Ahora nos toca a nosotros” me susurró. “No esperaré un solo día más. Estarás conmigo. Tú harás de la ciudad de mi padre La Ciudad de las Dos Tierras, convertirás su templo en el más bello de todos los que existen a lo largo del Nilo. Todo está en tus manos”, calló un momento y respiró hondo. Y antes de que dijera nada, ya adiviné sus palabras porque sabía lo que más deseaba. Me recosté sobre mi brazo y esperé que las pronunciara antes de decirle que sí a cada una de sus peticiones. “Harás realidad mi templo de Millones de Años”.

“Todo eso que me pides, lo haré por ti, para ti”. Me dio un beso en la mejilla sonriendo feliz, pero también altiva, y de una manera que me recordó a la primera vez que la vi. Ya nada se interpondría ni le frenaría para llevar acabo cada una de sus aspiraciones, y ella misma lo sabía. Ya había cumplido la más importante, y con ello, nadie podría negarle todo lo demás.

* * *

Cada vez que el virrey de Nubia nos mandaba una misiva anunciándonos que las caravanas de incienso habían llegado a la frontera de Egipto respirábamos aliviados. Ese año, pocas semanas después de la coronación, salimos a recibir los cargamentos al embarcadero de Amón, y mientras los escribas iban apuntando cada detalle, por primera vez me planteé hacer de aquello algo diferente.

Todo lo que había ocurrido en los últimos meses me había hecho ambicionar mucho más de lo que ya habíamos conseguido. Creí que me conformaría con verla coronada como rey y poner en marcha los proyectos constructivos que teníamos planeados. Era nuestro objetivo, pero ahora que lo habíamos cumplido y que todo aquello estaba seguro bajo mis manos, de inmediato me hizo desear cosas nuevas, plantearme aspectos que la convirtieran a ella aún más poderosa, y en pocas semanas ya no me conformé sólo con ordenar que su nombre fuera venerado en Egipto y en todos los pueblos extranjeros. Al ver descargar el incienso, quise llevarla hasta la misma Tierra del Dios y liberarnos completamente de la dependencia de esa gente incivilizada de Kush que nos hacían de intermediarios y que en ocasiones nos bloqueaban el acceso al oro y a las resinas sagradas.

A partir de ese momento siempre quise dar un paso más. También en esos días ella me había llevado a las colinas de Hathor, donde quería exactamente que se realizara su templo, y al estar allí tuve que arrepentirme por todo lo que pude pensar cuando Hapuseneb me dijo que había estado con ella evaluando el terreno. Ella no sabía que me lo había contado y yo tampoco le dije nada, pero en esos días fue ella quien me dio su versión. “Quería darte una sorpresa” me dijo

contenta mientras caminábamos a los pies de la colina junto al templo de su abuela. Lo único que habían estado haciendo era empezar a trasladar los materiales que íbamos a necesitar para la ceremonia de fundación y ahorrarme a mí mucho tiempo y trabajo. Sólo le pude agradecer todo aquello con una sonrisa, y a la mañana siguiente y durante varios amaneceres me puse a trabajar con los sacerdotes en la orientación del templo para delimitar el recinto sagrado.

Pero fue ese día, en el embarcadero del templo, cuando todo aquello formó un conjunto en mi mente que me hizo tener una visión clara de hasta dónde quería llegar. Me había pedido hacer de Tebas un lugar sagrado, así que no había mejor manera que visitar el país donde residía el dios para tener la imagen más fiel en la que basarme para ampliar la ciudad, y si hacía falta, remodelar lo que ya teníamos planificado. Así, quería que su templo también fuera una reproducción de las terrazas sagradas, y para eso no quería basarme en suposiciones. Necesitaba que alguien viera con sus propios ojos el país del Punt y me trajera un informe completo.

Fue una idea que me asaltó de repente, pero que ya deseaba como la primera de mis prioridades. “Eres la hija de Amón” le hablé diciendo todo lo que pensaba en voz alta, “y por tanto mereces que te conozcan en el país de tu padre. Nadie debería intermediar entre nosotros y sus habitantes, menos esos nubios que son un pueblo conquistado. Esos árboles deben ser cultivados aquí y nadie más que nosotros debería tener acceso a ellos”. Perdido en las bolsas que portaban las resinas y con ellas otros materiales preciosos de las tierras de Hathor y Amón, no existió en mí más que la planificación de ese viaje que ya daba como seguro.

Casi había olvidado la presencia de cada uno de los que me rodeaban y en ese instante mi propia voz me devolvió a aquel espacio, bajo los parasoles y el aire leve que nos llegaba de sus abanicadores, y los sacerdotes supervisando las últimas cargas que se estaban anotando para los almacenes del templo. Fui consciente que ella tendría la última palabra y al mirarla de reojo vi su rostro desconcertado, levantó una ceja y me sonrió con una actitud vacilante. “¿Estás proponiéndome algo?” me susurró, y al instante, con una de sus risas y mirando al frente, me delató que había deducido perfectamente lo que le estaba insinuando. “Si” le contesté. Pero no me dijo más, y sin borrar su sonrisa asintió. Supe que lo haríamos.

Había sido algo tan repentino que apenas tuve ocasión de percatarme de lo que estábamos haciendo, de la magnitud de mi capricho, o lo que yo consideraba un derecho; cuando ya estuvo todo prácticamente listo para partir. Y justo un año después de haberla visto ascender al trono, ahora despedíamos la comitiva para explorar la tierra y alcanzar los dominios sagrados que habían caído en el

olvido.

En realidad me había costado mucho poner en marcha todo aquello, pero vi con orgullo cómo la ciudad entera se ponía a mi disposición. El templo nos apoyó de manera incondicional, pues a partir de ese momento jamás le faltaría el incienso y los perfumes para las ceremonias, y cuando preguntaron al oráculo, Amón dio su aprobación para que fuera ella quien se adentrara en sus dominios de oriente, en la dirección del sol, hacia el amanecer. Envié a Djehuty a Hermópolis para que buscara en la biblioteca de la Casa de la Vida algún mapa que nos llevara allí o alguna referencia. Esa ruta había sido un secreto de estado y si debía guardarse en algún sitio no podía ser otro que allí, y para eso el más apropiado era él que se había encargado de la biblioteca durante años. Y en cuanto estuvo de vuelta con lo poco que encontró nos pusimos a organizar la flota que nos llevara hasta a ese lugar. Yo mismo iba a menudo a los astilleros para supervisar la construcción de los cinco barcos, me encargué de reclutar a la tripulación y a los auxiliares, pero también realicé personalmente una estatua de ella junto a Amón en granito rosa para que fuera llevada a la Tierra del Dios y conservaran su imagen para siempre.

Yo tenía fama de ser firme en todo lo que hacía, y esa vez no fue diferente. Estaba decidido a llegar allí costara lo que costara. A cada día que pasaba tenía la certeza de que sería un éxito, pero sobre todo cuando entre Djehuty y yo establecimos de manera definitiva la ruta que seguiríamos. Iríamos de Tebas a Coptos y desde allí tomaríamos la ruta de los *wadis* hasta la salida al mar en Kuseir, y de allí a la casa de Amón. Llegamos a la conclusión de que era la más segura, pues además en la ciudad de Kuseir había también buenos astilleros que podrían reparar nuestros barcos si habían sufrido algún daño en su viaje por tierra.

Desde el principio había acudido a los campos del ejército para elegir entre ellos a los ocho mejores soldados que dirigirían la exploración, y al frente de todo quise que estuviera Nehesy como Heraldo Real y quien llevara el mensaje del Señor de las Dos Tierras a la Tierra del Dios. Sin embargo, a veces también tuve que mediar con Tutmosis. Había comenzado a entrenar en el ejército, y cada vez que iba por allí aprovechaba para exigirme una participación en todo aquello. Era la única oportunidad que tenía para acercarse a mí porque durante el resto del día apenas coincidíamos y de no haber sido por sus continuas insistencias hasta habría olvidado su existencia. Siempre le respondía con evasivas, pues él era la última persona a la que hubiera dado un puesto destacado en todo aquello. A veces le hablé a ella sobre su sobrino, si deberíamos o no dejarle hacer algo. “No” me contestó un día, casi enfadada. “Esto a él no le incumbe en

absoluto. Este éxito será mío. Que entrene, que se prepare para la guerra, porque eso sí que le hará falta algún día".

Aquel proyecto ocupó prácticamente todo mi tiempo, y por eso, tuve que delegar muchas de mis responsabilidades sobre otras personas, incluso ella desvió muchas de sus competencias a Useramon como visir del Sur y a Hapuseneb como visir del Norte. Ordenó que fueran ellos quienes se ocuparan de los asuntos del país a no ser que fuera de suma importancia, restringió las audiencias reales, y a mí que no se me molestara en absoluto sin su permiso. Djehuty ocupó mi puesto de mayordomo en palacio, Puyemra se encargó de la administración de los tesoros y los campos del templo que a mí me correspondía, y así otros muchos. Pero sobre todo la que más me ayudó fue Neferura. Ahora que había vuelto a vivir con nosotros en palacio y como Señora de las Dos Tierras, ya no me necesitaba como mayordomo, y fue mi hermano quien siguió dirigiendo de primera mano el Men-Set y sus propiedades. Sin embargo, como había ocurrido con su madre, más allá de alejarnos, eso sólo sirvió para unirme más a ella y colaborar más estrechamente.

Neferura parecía ser mi voz en palacio, daba órdenes a todos los servidores y ellos la obedecían como si se tratara de mí o de su madre. La solía ver con Djehuty y él mismo me decía que incluso le hacían más caso a ella que a él. No dejé ni un solo día de sentirme orgulloso de ella, y cada día me daba motivos para estarlo aún más. Solía estar con ella algunas tardes después de comer mientras me comentaba cosas que hablaba con Djehuty, las cuentas de los tesoros, o alguna duda sobre cómo dirigir ciertos aspectos del reino. Y yo estaba encantado de seguir enseñándola, y no me importaba quedarme un rato más con ella por muchas cosas que tuviera que hacer.

Bastantes años después, cuando la situación ya estuvo más tranquila y todo más o menos se había normalizado, en pleno apogeo, cuando todo aquello no parecía haber tenido un principio ni que algún día tuviera un fin, un día Neferura vino a mí cuando estaba a punto de meterme a la cama, y esa noche me hizo ver una realidad muy diferente con una simple afirmación. No quise dar crédito a sus palabras, pero después comprobaría que tendría razón. "Yo jamás seré como mi madre" me dijo. Creí que me derrumbaba con sólo mirarla a los ojos. Le pregunté qué estaba diciendo, qué le hacía pensar eso, pero en realidad fue la única que supo anticiparse a lo que nosotros no quisimos ver.

Después de que llegara la expedición al Punt, Tutmosis se había marchado a Menfis porque él mismo lo pidió para entrenarse en las escuelas militares de la ciudad. Neferura había venido a hablar conmigo esa noche, después de una semana desde que él había regresado. "Ha vuelto siendo un rey y ocupará su lugar" afirmó con

pesar. “Y yo seré su reina, y todo quedará ahí”. No pude decir nada. Había sido tajante, como si aquello fuera una verdad incuestionable, y me daba cuenta de que no mentía, pero más allá sentí que me pedía perdón. La miré sin ni siquiera parpadear, pues si estaba allí era porque ya no podía callarse más sus preocupaciones. A mí era al único al que se lo habría dicho, y ella esperaba que quizá yo pudiera darle una razón para desmentirlo. Por primera vez en los más de veinte años que había cuidado de ella, no supe qué decir. Se me formó un nudo en la garganta y me deshice cuando vino y me abrazó en silencio. A su madre había conseguido dárselo todo, pero ella se me escapaba.

Aunque para eso aún tendría que pasar mucho tiempo, y ella misma, en esos momentos mientras preparábamos la expedición para partir al Punt, en que todo era frenético, se la veía radiante con esa vitalidad que parecían anunciar que sería ella y no su hermano quien ocupara verdaderamente la regencia de las Dos Tierras cuando llegara su momento.

De aquellos días recuerdo sobre todo una tarde en que estábamos reunidos en el despacho que había sido de la reina Ahmes en palacio y que ella seguía utilizando en reuniones más personales para no abrir la sala del trono. Sólo quedaban tres días para Año Nuevo, y por tanto, también el mismo tiempo para la marcha de nuestra expedición. Estábamos allí con Hapuseneb y los sacerdotes y escribas del templo que irían al viaje. Nos habíamos reunido para dar los últimos retoques a los ritos de bendición y explicarles a los escribas una última vez sobre la capilla para Hathor que debían levantar en el país del Punt donde estaría colocada la estatua de granito que yo había hecho.

Mientras Hapuseneb y yo les repetíamos cada detalle, ella nos miraba en silencio, esperando a que le pasáramos los papiros para sellarlos. Cada vez que le daba uno lo miraba tranquila, sonriente, y de vez en cuando me dedicaba alguna mirada cómplice, como si quisiera decirme algo aparte de aquellos que nos rodeaban. Al final, sin haber terminado, escondió una sonrisa, con un gesto mandó a todos que se retiraran y se quedó mirándome hasta que escuchó las puertas cerrarse de nuevo.

“Esto era justo lo que necesitaba” suspiró. “No sé si yo hubiera podido concebir esta idea que a ti te pareció tan lógica”. Me sorprendió lo que me dijo, pero aún así me llenó de orgullo. En vez de contestarle, simplemente me encogí de hombros mostrándole una actitud soberbia, jugando por un momento con ella. Pero al instante me reí, al haberme contagiado su entusiasmo. “Dime Senenmut” me dijo aún entre risas recostándose sobre su trono, “cuando hablabas a mi padre, cuando él te pedía consejo, ¿siempre le dabas la respuesta correcta?”. “Por supuesto, pero entonces eran otros tiempos” le sonreí. “Y él diferente a ti”. Nos miramos, y nos reímos otra vez, dejando de

lado por un instante lo que estábamos haciendo. Yo me alegré de que se tomara un tiempo de respiro, algo que en cualquier otra ocasión ni se le hubiera pasado por la cabeza cuando había tantísimo que hacer. Estaba tan feliz de verla contenta otra vez y sobre todo sin nada que pudiera empañar esa felicidad.

Pero el día que vimos partir a las tropas y a las cinco naves hacia Coptos, su actitud fue muy diferente, y aún nos quedamos allí parados un buen rato después de que desaparecieran Nilo abajo. "¿Te das cuenta de lo que puede significar?" le dije simplemente, pareciéndome increíble que lo que estábamos hablando fuese real. Y lo sabía, porque sin que yo le dijera nada, ella misma llegó a las conclusiones a la misma velocidad que yo en el momento en que me surgió esa idea. De regreso a palacio me habló de política, de estrategias y todas sus convicciones sobre los resultados que se proponía conseguir con todo aquello. Sólo había bastado una sugerencia mía para que ella hiciera suyo el proyecto, incluso ese día me habló de otras teorías que yo jamás había imaginado.

Diez

Arianne no escuchó el sonido de la puerta. Había llegado pronto al instituto y había estado esperando en el laboratorio a que la avisaran de la llegada del señor Marzuq. Aún así, se sobresaltó cuando escuchó su nombre de boca del señor Donovan.

- Arianne – le llamó, haciéndole un gesto urgente para que le siguiera.

Ella asintió, colgó la bata en el perchero y antes de salir le indicó a su ayudante que continuara con lo poco que había estado haciendo esa mañana.

- Arianne – le repitió en voz baja mientras subían a la entrada –. El señor Marquz quiere hablar contigo sobre tu trabajo.

No le dijo más. Eso ya se lo imaginaba; sin embargo, en cuanto se saludaron y vio su actitud cordial, se sintió mucho más tranquila.

- No se asuste por mi presencia, señora Winfrey – le dijo cuando el señor Donovan les dejó solos –. Hace tiempo que quería hablar con usted personalmente. Si le parece bien bajemos al laboratorio.

- Por supuesto.

Y tras unos segundos de silencio, nada más dejar atrás el hall, él siguió hablándole.

- Estoy aquí precisamente para garantizaros todo vuestro trabajo.

- Le agradezco todo su interés – le correspondió.

- Pero querrá saber por qué esta vez me he interesado precisamente por usted.

Arianne asintió. Aún no sabía a qué atenerse. Al llegar al laboratorio pidió que les dejaran solos y mientras cerraba de nuevo la puerta el señor Marzuq tomó asiento en uno de los taburetes junto a los ordenadores.

- Usted dirá – le incitó con un gesto de la mano en cuanto se sentó a su lado.

- Conoce la situación de su hermana – comenzó –, y seguro que sus motivos los sabrá usted mejor que nadie. Sé que puedo contar con

ella en cualquier momento y se podría decir que es la pieza más importante con la que cuento ahora mismo. Pero es evidente que forman un buen equipo. Vamos a recibir nuevos fondos desde París y voy a dedicarlos a nuevas investigaciones. No me estoy refiriendo a este tipo – dijo, señalando a la cámara frigorífica al otro lado del laboratorio –, hablo de proyectos más tradicionales: recuperación de ADN, identificación, tratamientos y conservación de los muchos restos que tenemos almacenados...

Arianne asintió. Había sido directo y sospechó lo que iba a ofrecerle. No se equivocó, pero aún así se sorprendió, porque aquello era lo último que hubiera esperado.

- Sé que no hay nadie mejor que usted para ocuparse de ello – declaró –. Quería ofrecerle un puesto aquí, en el instituto de Luxor, desde el mismo momento que den por terminado el proyecto. Si usted acepta, me encargaré de que tenga los permisos de residencia para usted y su familia, y le garantizo el mismo sueldo que usted tiene ahora.

No le contestó y únicamente se quedó mirándole. Ya en ese momento, aunque en el fondo le atraía la idea, no iba a hacerlo. Paseó la mirada por la sala, abrumada por tal petición que ya sabía de antemano que no iba a aceptar. Por supuesto, iba a echar de menos ese lugar. Había sido mucho tiempo allí, en concreto, entre aquellas cuatro paredes. Conocía cada estantería, cada compuesto que se almacenaban en las baldas y en los cajones, todos y cada uno de los instrumentos con los que contaban, los defectos de cada uno de los ordenadores, incluso ya tenía hasta su silla favorita y así, había hecho muchas otras costumbres.

- Señora Winfrey – le dijo al cabo de un rato al ver que no contestaba –, no le pido una respuesta ahora. Piénselo durante este año, háblelo con su familia, y esté tranquila, que cuando vuelva la oferta seguirá en pie.
- Lo siento – se disculpó, casi avergonzándose por rechazar.
- Aún así – insistió –, si cambia de opinión no dude en venir a hablar conmigo.

Él había hecho mucho por apoyarles y lamentaba no poder serle de más ayuda.

- Por supuesto – asintió.
- Bien – sonrió –, pero también he venido por otros motivos.

El señor Marzuq se interesó de inmediato por la parte más científica del proyecto. Hasta entonces había conocido cada detalle, pero siempre desde la perspectiva histórica que Badia le daba. Ahora quería que Arianne le comentara ciertos aspectos que su hermana no había podido explicarle con tanta exactitud. En uno de los ordenadores Arianne le enseñó con una demostración cómo se iba a

llevar el control del cuerpo el día que pusieran en práctica el experimento.

- Si observa esta línea azul – le decía mostrándole un gráfico –, es la actividad cerebral que nos transmitirá el chip que le hemos instalado. La línea verde indica la actividad cardiovascular. Todo es absolutamente fiable, porque no hay nada que pueda interferir con él. En esa sala no habrá aparatos electrónicos, ni ondas de frecuencia de ningún tipo. Está completamente aislada del exterior, salvo en la conexión con esta sala.

Arianne le iba explicando cada detalle y respondiendo a todas sus preguntas. Con un par de clicks y tras pasar a otro archivo, le mostró lo que verdaderamente le interesaba. Con una insinuación había puesto en duda todo su proyecto, queriendo saber cómo iba a ser posible que aquel hombre realmente les fuera a dar sus recuerdos verídicos. Se puso nerviosa ante esa pregunta, pues era un aspecto que a ella también le preocupaba. No podrían estar seguros al cien por cien hasta que acabaran, tras comprobar de nuevo en el laboratorio las diferentes constantes de su cuerpo y cómo había resultado la actividad en su cerebro.

- Aún así, el mapa cerebral – le decía con una imagen de muestra en el ordenador –, nos dará una idea de cómo se van a ir desarrollando sus recuerdos. Se irán iluminando las zonas izquierdas relacionadas con la memoria de un modo más intenso, y lo que siempre nos ha llamado la atención en otras pruebas que hemos hecho, es que repercuten en la zona derecha relacionada con las emociones.

Con su dedo le iba indicando casi rozando la pantalla todo lo que le iba explicando. De vez en cuando le miraba de reojo, y notaba que estaba impresionado.

- Podrá recordar – sonreía, emocionada incluso ella misma a medida que le iba explicando –, y lo va a sentir como tal.

- Pero de nuevo le vuelvo a preguntar – le insistió con una media sonrisa, como una manera de desafiarla y de poner a prueba su talento –, si usted ha creado el cuerpo, todas sus neuronas, incluso su hermana me dijo que habéis introducido un lapsus de tiempo y de recuerdos que en él no existieron, ¿por qué no leer el resto de su memoria?

- Señor Marzuq, si yo le examinara a usted jamás podría saber qué imágenes, qué palabras, qué sensaciones hay dentro de usted. Debe ser él mismo quien lo saque a la luz.

- Pero usted lo ha creado. Igual que ha podido cifrar en el chip que le ha implantado unos recuerdos que él nunca ha vivido, podría de la misma manera descifrar los que él contiene en sus células.

- No – le contradijo, deseando por un momento que hubiera

sido tal cual él se lo estaba presentando –, no es tan sencillo. Yo he trabajado sobre un material ya existente, y sobre esa base he recompuesto todo lo demás. He creado, digamos, un soporte físico, pero cada cosa abstracta, que aunque existe previamente, es insondable, sólo se puede saber si él mismo nos lo revela. Podemos medir la cantidad de información que existe en él, pero no el contenido.

Y para demostrarle lo que le decía, Arianne buscó justo el gráfico que indicaba todo aquello. Era un círculo de color beige, en el que se irían moteando lentamente puntos de un marrón oscuro, conforme Senenmut fuera hablando y avanzando en sus pensamientos. Igualmente los tantos por ciento que había al lado irían variando según corrieran los segundos.

- El color beige – le explicó –, es decir, el total del círculo, es el total de la información que contiene su cerebro. Como puede suponer, es prácticamente imposible que nos hable de todo, básicamente porque no tendríamos tiempo. Si completamos al menos un sesenta por ciento se podría decir que el experimento habrá sido un éxito. Y eso en cierto modo depende de cómo mi hermana encamine la conversación. Si hubiera sido tan sencillo como usted me ha propuesto – continuó sin apartar la mirada de la pantalla –, créame, nos hubiéramos ahorrado todo este escenario que nos ha costado más de un tercio del presupuesto.

- Así que habrá que esperar hasta el final.

Arianne asintió, terminando de mostrarle otras muchas variables que había estado investigando en esos años, refiriéndose a la manera en que había recompuesto cada parte de su cuerpo a partir de sus huesos y lo que quedaba de su piel y su pelo.

Cuando ya le estaba despidiendo le volvió a recordar su oferta y le insistió una vez más que al menos la tuviera en cuenta. Arianne simplemente se lo agradeció.

* * *

La última tarde antes de que se fueran, Badia estuvo con Jake terminando de organizar sus trabajos de las excavaciones de los cuatro meses anteriores y repasando lo que cada uno haría por su parte en ese año. A pesar de que aún tenía muy presente que las autoridades egipcias le habían robado parte de sus datos en lo referente a los resultados que obtuvieron en Deir El-Bahari, esperaba que eso no les impidiera dar el último paso. Él en Inglaterra tenía guardado todo lo que habían estudiado hasta ese momento y a partir de todo lo que habían aprendido de sus estudios, de los datos y los archivos, él le prepararía el guión de los aspectos más importantes de la vida de

Senenmut y de la época en la vivió, y Badia por su parte haría lo mismo desde su punto de vista. Y con un poco de suerte ella además conseguiría a acceder a otros datos que pudiera brindarle el señor Marzuq como le había prometido.

Una vez que estuvieran de vuelta, los dos se pondrían de acuerdo en cómo orientar la conversación y qué era más o menos relevante para encaminar así su entrevista. A veces pensó en dejar que fuera él quien simplemente le hablara de su vida sin que ella interviniera. Tuvo la tentación de proponérselo a Jake, pero sabía que aunque él aceptara, el señor Donovan no se lo permitiría. De nuevo se recordaba que no debían dejar nada al azar, y que debería atenerse a una mínima organización si querían conseguir unos resultados que se adaptaran a sus expectativas. Al menos sabía que debía marcar los puntos que deseaba conocer y por lo demás él sería libre para hablar de su vida.

Al día siguiente de quedarse sola se puso de inmediato a trabajar. Estaba en el laboratorio y al encender el ordenador y tener ante sí una hoja en blanco, no supo por dónde empezar. Sonrió, resultándole irónico que después de tantos años, ahora que llegaba el momento y de todas las dudas que deseaba resolver, no supiera cómo hacerlo. Se dio la vuelta en la silla y con la mirada perdida se quedó mirando la cámara frigorífica al otro lado de la sala. Sin entender por qué se sentía confundida, como si de entre tanto no supiera qué elegir. Al final decidió que por el momento se dedicaría al menos una semana a repasar todo lo que había hecho desde el comienzo hasta ese mismo día.

10

Amón había querido que fuera ella la responsable de abrir la ruta a las Regiones del Incienso que hasta entonces había sido desconocida para nosotros y asegurarlas de ahora en adelante. Salvo los comerciantes de caravanas, nadie había pisado antes tierra sagrada hasta que su ejército se adentró en ellas. Pero lo hizo sin derramar una sola gota de sangre, sólo como un medio para marcar su predominio y asegurar a sus hombres y los tesoros que traerían consigo. Creí que me impacientaría durante el tiempo que estuvieran fuera, por esa incertidumbre, pero tenía demasiadas obligaciones como para pensar en qué estaría ocurriendo en aquellos lugares tan lejanos. Durante los nueve meses hasta que regresó la expedición estuve dedicado a su templo, a comenzar mi tumba junto a la de los demás nobles, pero además, ella me dio una de sus tantas alegrías. Habíamos tenido que desmantelar el templo de Millones de Años de su abuela, muchas de las piedras las utilizamos como cimientos para el suyo, pero la parte más sagrada la habíamos trasladado a unos metros de allí. Con la mirada perdida en la colina que apenas habíamos empezado a preparar, me dijo que yo también formaría parte de todo aquello, que yo también tendría mi propio templo junto al suyo. Por un momento se quedó callada, sin saber muy bien cómo explicármelo. “Más bien” me dijo, mirándome de reojo, “compartiré contigo mi templo, como todo lo demás. Pero tendrás que prometerme que será un secreto”.

En ese momento no comprendí el alcance de lo que me estaba ofreciendo, pero con el paso de los años tuve el privilegio de darme cuenta que con ello también me colocaba a su mismo nivel ante los dioses. Sin embargo, para ocultarlo, debía permanecer bajo la superficie, pero eso sólo hizo que me resultara aún más fascinante. Conforme fui excavando las diferentes estancias, escribiendo lo que plasmaría sobre los muros, haciendo de aquello un lugar mágico, entendí que con ello me estaba dando lo que no había podido mostrar en vida. Siempre le pedí permiso para cada cosa que allí representé, y cada vez que ella venía a verlo parecía resultarle insuficiente. “Quiero que los dioses sepan lo que significas para mí” me dijo el día en que

había terminado todo el complejo bajo el recinto sagrado de su santuario. Sólo quedaba por pintar el techo de la primera cámara, y era lo único que había dejado reservado para hacer después de su fiesta Sed, que celebraríamos en unos días.

Ella se quedó mirando el techo vacío a la vez que hizo un gesto con la mano a Djehuty para que se acercara a su lado. "Queréis hacer algo parecido a lo que tú has hecho en tú tumba" adivinó. Y así era. Djehuty asintió y cuando fue a contarle lo que exactamente queríamos pintar, yo me adelanté. Llevaba mucho tiempo esperando para decírselo y escuchar su opinión, y quería ser yo quien se lo contara. Yo no quería representar simplemente una guía del cielo de la noche para que los dioses me ayudaran a caminar hacia el Más Allá. Yo pretendía que en ese techo se plasmara la noche de su fiesta Sed. Quería que esa noche Djehuty hiciera una copia del cielo, las estrellas y las constelaciones para después trasladarlas a ese lugar y que ese día se repitiera para siempre. Ese día en que ella celebraría su fiesta de renacimiento y, como me había prometido, cuando yo mismo me convertiría en un espíritu de naturaleza real a los ojos de los dioses, para compartir junto a ella todos los beneficios y los ritos de la realeza.

Ella sonrió al explicarle todo aquello, y asintió un par de veces mirando a su alrededor. Allí quiso que yo apareciera como su rey, como rey del Norte, gobernando las Dos Tierras junto a ella, pero no como uno de sus servidores, si no como poseedor de la corona roja de Horus. El poder dividido entre ella y yo.

Sólo Djehuty como director de los trabajos, y los obreros del Set-Maat supieron de aquellas estancias que formaban parte del recinto sagrado y de su templo. Eso fue lo que yo siempre había deseado, lo que le pedí en mis primeros años en palacio, cuando ya estaba seguro de que le dedicaría a ella mi vida. Fue mi única petición, que jamás me apartara de ella, que pudiera estar a su lado para toda la eternidad. Ella lo había tenido presente cada día, y como me dijo, para ella fue muy sencillo cumplir mis deseos.

Sin embargo, durante los meses que duró la expedición al Punt, aunque yo estaba sumido en todo tipo de trabajos, ella no pudo olvidar un instante el viaje a las tierras de su padre, y a mí me hacía recordarlo sobre todo cada vez que me llamaba a su habitación y no veía a Nehesy cuidando su puerta fuera o dentro de ella. Me preguntaba qué estaría ocurriendo, pero saber que era él quien estaba al frente de todo me daba también mucha tranquilidad. Y al fin, después de nueve meses, recibimos de Kuseir un mensajero anunciándonos que las tropas habían llegado a la ciudad, y que en menos de un mes estarían entrando por las puertas de Tebas.

Si su fiesta de coronación había sido magnífica, aquélla que

preparó para recibir a la expedición fue aún más espléndida. Podría asegurar que jamás sobre las Dos Tierras alguien habría visto algo así, y que a la vez fue algo único que no se repetiría jamás. Todo se cumplió como habíamos planificado, no hubo ningún contratiempo y las cinco embarcaciones con sus doscientos diez hombres, todos llegaron sanos y salvos de la Tierra del Dios. Ese día incluso el viento les fue favorable, las aguas estaban tranquilas, y no nos fue difícil distinguir las velas y los estandartes que se acercaban por el norte. Ya sabíamos que todo había salido bien, pero durante aquellas horas desde el amanecer mientras estuvimos haciendo ofrendas en el templo, hasta ese momento en que los barcos surgieron ante nuestros ojos y llegaron al embarcadero real, nuestra inquietud se hizo casi insoportable.

En cuanto Nehesy descendió nos acercamos de inmediato a él, los músicos empezaron a tocar, toda Tebas se había congregado allí, el ejército entero estaba preparado para desfilar con ellos y custodiarles hasta el templo. Ella no dudó en abrazarle, en felicitarle por el viaje, en ofrecerle ella misma agua y comida, pero de inmediato desvió la vista a los otros cuatro barcos que iban detrás y que acababan de ser amarrados. Miró a Hapuseneb y a esa señal él comenzó a organizar todo lo referente al traslado y al recuento de los árboles y el resto de los productos que habían traído. Mientras, nosotros terminamos de recibir al resto de la comitiva. Entre Neferura y Djehuty les iban ofreciendo a cada uno nada más bajar colgantes de oro y pulseras, como regalo personal a los servicios prestados al rey, a ella.

Nos entretuvimos allí hasta pasado el mediodía. Todo era perfecto, y yo tuve el privilegio de encabezar con ella el desfile militar, yo a un lado y Nehesy al otro, sobre los mejores carros de electro que había reservado para ese día. Podía imaginarme todo lo que ocurría detrás de nosotros, los soldados con sus lanzas, los escudos y las hachas, realizadas especialmente para esa ocasión. Tras ellos los sacerdotes con los treinta y un árboles en sus macetas, el resto de los tributos, los animales, y entre todo ello, también los nobles de Punt que habían venido junto a los productos de su tierra. A ellos aún no los habíamos visto, pero serían presentados ante nosotros esa misma tarde en audiencia. Mientras caminábamos hacia el templo Nehesy no esperó un solo instante para hablarnos del viaje, pero apenas pudo decir nada ante las preguntas que ella le hacía. Quería saberlo todo. Le miraba como si de alguna manera pudiera adivinar sus pensamientos y ser ella quien viera aquellas tierras con sus propios ojos. Estaba tan feliz por verle de nuevo, porque todo hubiera salido bien.

Estuvimos haciendo ofrendas al dios durante horas, cubrimos su altar con todo tipo de riquezas y ella le dio las gracias por haberle regalado a ella el Punt en su totalidad. Pero de todas las ceremonias

recuerdo perfectamente la última, cuando se dispuso a probar ella misma una de las ofrendas como muestra de aceptación de los presentes. Tomó en sus manos uno de los recipientes de oro que contenía resina recién extraída de uno de los árboles, extendiendo por su cuerpo y su ropa todo el incienso que contenía. Yo estaba a unos pasos tras ella y en ese instante todo cobró un sentido mucho más divino. Aún puedo oler su perfume de cedro que llevaba aquel día mezclado con el aroma del país del Punt y que en seguida inundó toda la sala. Incluso su piel pareció volverse de oro, más brillante que cualquiera de las estrellas, titilando a la luz de las únicas velas que había sobre el altar. Me abstraí completamente en ella, cada gesto, cada detalle, y tan cerca de mí que incluso sentí la tentación de extender el brazo y tocarla para tener la certeza de que seguía siendo real. Respiré hondo en cuanto se dio la vuelta, y en ese momento me arrodillé ante ella como el resto de los que estábamos allí.

Como yo, todo el mundo la honró, y a veces creo que fue ese día y no dos años antes, cuando realmente la gente reconoció en ella al verdadero Señor de las Dos Tierras y su divinidad como tal. Incluso en la audiencia de esa tarde, los nobles de Punt se rindieron a ella. Nehesy había cuidado de ellos mientras estuvimos en el templo y se aseguró de que contemplaran cada una de las ceremonias. Era evidente, cuando vi sus caras en la sala del trono, que tras todo ello no pondrían en duda su divinidad, y como tal se dirigieron a ella, como su soberana. Se sumieron a su poder, incluso adiviné su temor al arrodillarse a sus pies, y sin dudar, declararon su dependencia hacia la hija de Amón.

Como siempre, con motivo de una celebración, por la noche ella dio una fiesta en palacio, y como durante el día, los protagonistas fueron Nehesy y los ocho soldados que habían dirigido la expedición. Nosotros cenamos bajo los pórticos del patio, mientras los demás invitados, el resto de los hombres de la expedición, los nobles, los sacerdotes, eran atendidos por todos los servidores de palacio en el jardín. “¿Te imaginas?” me susurraba Neferura sin dejar de mirar a todos aquellos que nos hablaban de la Tierra del Dios. “Ojalá pudiera haber ido yo también”, y su madre de vez en cuando parecía decirme lo mismo con la mirada y sus sonrisas. Yo mismo, escuchando a Nehesy también tenía envidia por todo eso de lo que nos hablaba.

Nos relató con todo detalle desde el primer día que pusieron un pie en la Tierra del Incienso hasta que se marcharon de allí, y si había algo que se le olvidaba cualquiera de los soldados lo añadía. Nos contaron cómo tras navegar por mar unos mil kilómetros al sur al fin llegaron a una ciudad en la desembocadura de un río en forma de delta, como ocurría en Egipto, y distinguieron perfectamente que aquél era el lugar porque al mirar tierra adentro se distinguían con

claridad las terrazas y la vegetación de lo que supusieron que eran los árboles sagrados. Habían seguido exactamente la ruta que yo les dí, y me sentí orgulloso de no haberme equivocado en el diseño del itinerario.

Mientras desembarcaban la estatua y los presentes que iban a ofrecer a aquellas gentes, nos dijo que se les acercaron unos soldados y que con todo ello les dirigieron a las puertas de la residencia de los reyes del país, donde ya estaban esperando todos los nobles de Punt. En ese momento, tras beber un par de sorbos de su copa se echó a reír. "Y cuando se abrieron las puertas todos nos quedamos paralizados" y aún recordándolo parecía sorprendido, "salió el rey Parahu, se presentó, y me hizo una reverencia como si yo fuera el rey. Después de él la reina Ity hizo lo mismo, y tras ellos, sus dos hijos me ofrecieron este colgante de marfil". Nos lo enseñó a todos orgulloso, como si no destacara la forma del cuerno de color blanco sobre su piel negra. Yo sonreí para mí, deseando escuchar cada cosa que nos dijo de aquellas tierras lejanas.

Según lo que le dijeron los reyes, ya les estaban esperando porque hacía días que les habían divisado mientras se acercaban. "Y es cierto" confirmó desviando la mirada hacia ella, "adoran a Amón y desde el primer día mostraron su respeto al decirles que venía en tu nombre, como su hija". Yo también la miré en silencio, deseando ver su reacción. Sólo demostró orgullo, y más aún cuando le aseguró que la capilla de Hathor había sido levantada en un par de meses y que en cuanto su estatua estuvo en ella, cada día se realizaron ritos y ofrendas, y que incluso, en un par de semanas, llegaron a asimilarla a la misma diosa. Qué más podíamos pedir si era eso lo mejor que nos podía pasar.

Nos contó entre risas también sobre la curiosidad de toda la gente que se había juntado en torno a palacio para verles, y sobre cómo durante la cena que les ofrecieron los reyes no dejaban de tratarles como dioses. "Les parecía inconcebible que hubiéramos dado con ellos. Me preguntaron que cómo habíamos llegado a esas tierras que supuestamente no conocíamos, incluso que si habíamos llegado desde el cielo. Y luego la gente… yo me imaginé que serían como vosotros" nos señaló, pero nos dijo que su aspecto era muy diferente al de cualquier egipcio, que más se parecían a los nubios como él, que a nosotros, pero que su manera de vestir, sus formas, se asemejaban a la de los dioses, con las cintas alrededor de su cabeza, los hombres con la barba reservada a los dioses, y de hecho nos habíamos dado cuenta en la audiencia de esa tarde. "Y las joyas más bellas que he visto nunca…" suspiró. Nos habló también del poblado, cómo las casas se elevaban sobre el agua en postes, y su forma redondeada y los techos cónicos que le recordó al origen del mundo. "Como la montaña

primordial de la que surgió la tierra" adivinó ella mirándole. Nehesy asintió.

Ella también le preguntaba sobre todo tipo de cosas y parecía que por más que pasaran las horas no estaba cansada en absoluto. Estaba seguro además, que cuando al final de la noche él la acompañara como siempre hasta su habitación, continuarían hablando hasta que saliera el sol. Pero a nosotros tras relatarnos los últimos meses, cómo aceptaron cada una de las premisas que ella les había encargado realizar, cómo sacaron los árboles de su tierra, la despedida y el viaje de vuelta tan tranquilo como había sido la ida y toda su estancia, levantó la copa y bebimos por ella y su éxito. Sin embargo, cuando dimos por terminado el banquete y nos levantamos, Nehesy se acercó a mí y de manera disimulada me felicitó por haber puesto en marcha aquella idea y haberle brindado a ella una fama que según él trascendería para toda la eternidad. Me sonrió y me dio un par de palmaditas en el hombro antes de marcharse con ella.

Al día siguiente, cuando los escribas nos enseñaron todos los dibujos que habían hecho de cada cosa que vieron junto a las descripciones de la ciudad, de sus casas, de sus gentes, todo conforme a lo que esperábamos de los detalles de su geografía, decidí que no omitiría nada cuando plasmara aquello en las paredes de su templo de Millones de Años. Todo coincidía con lo que Nehesy nos había contado la noche anterior y lo que me estaría repitiendo cada vez que tuviera una oportunidad a mí o en muchos de los banquetes a los que nos sentábamos con él. Él mismo me asistió cuando empezamos a diseñar el muro en que iría colocado ese gran éxito con el que habíamos comenzado su reinado, e incluso aunque habían pasado ya un par de años cuando realizamos el trabajo, cuando yo hice un boceto en la pared se le veía igual de emocionado que el primer día.

* * *

Y como me había predicho, así se fueron pasando los años. Hicimos de Tebas la ciudad más bella de la tierra. Ampliamos el templo de Amón con nuevos recintos, capillas, el patio parecía ser la misma imagen de la Tierra del Dios con los árboles de incienso a cada lado del lago. Se convirtió prácticamente en el centro de nuestro proyecto, el eje que regularía todo lo demás. De allí, en la avenida que conducía al sur hacia las dependencias del Harén, a lo largo de los tres kilómetros colocamos miles de esfinges que custodiaron el camino adonde el dios había ido a buscar a su madre, restauramos también el santuario de Mut que se situaba a medio camino, y todas las demás capillas que se encontraban en la avenida donde la barca de Amón debía detenerse cuando salía en procesión al sur para dedicarle las

ofrendas. Además, instauramos nuevas fiestas que la recordaran a ella para siempre, pero también hicimos mucho más espléndidas aquéllas que se venían realizando desde hacía cientos de años.

Fueron unos años en que no importó más que acumular riquezas y gastarlas en los monumentos que exigía Amón, y en los que el gobierno parecía regirse solo. Yo sentía que si los dioses habían querido ponerme en su camino por alguna razón había sido precisamente para ser la persona que hiciera todo ello, y lo hacía con gusto. Aunque en realidad era mucho el trabajo al que teníamos que dedicarnos, yo al menos no lo sentía como tal. Cualquier dificultad no significaba nada para mí comparado con el honor de servir a sus deseos. Era lo que siempre soñó.

Pero más allá, en el camino hacia el oeste, también conecté el templo de Amón con el suyo propio al otro lado del río. A veces, cada día que lo veía más cerca del final, cuando desembarcaba en el Templo del Valle justo al borde del río y me encaminaba por la avenida que era una réplica de la que unía el Templo de Amón y el Harén, cuando veía que todo lo que había hecho estaba prácticamente terminado, cómo había conseguido reproducir las Terrazas del Dios, dudaba que no fuera ese lugar el verdadero centro del universo. Para mí ese templo, ese recinto, significaba mucho más que uno de los muchos monumentos que estaba realizando en la orilla este o cualquiera que podría haber levantado a lo largo de mi vida en todo Egipto. Aquello era realmente mi vida. Ese Templo de Millones de Años no era uno de tantos que deseábamos construir como regalo a Amón, al resto de los dioses o para mostrar al mundo su imagen y su poder como rey de las Dos Tierras. Es cierto que de todos ellos me sentí orgulloso, que cada uno era imprescindible, pero la primera de mis obras sería siempre ésa.

Muchas mañanas cuando me dirigía a allí, me quedaba al borde de la rampa de la primera terraza. Habían surgido problemas, habíamos tenido que remodelar el plano original, resolver ciertos inconvenientes de peso y altura que nos iban surgiendo a medida que construíamos. A veces me preocupaba ver que se retrasaban en el envío de las piedras para las esculturas o que las pinturas no avanzaban al ritmo que había esperado. Antes de empezar a trabajar lo miraba, y a veces me quedaba pensando en todo, o en nada. Ese templo fue mi muestra de amor por ella. Era la única construcción que yo no hice como una obligación hacia Amón o como un deber hacia ella como reina o como Señor de las Dos Tierras. Lo hice para ella como la mujer a la que amaba, como el lugar donde podría estar a su lado para siempre, y eso es lo que le hacía distinto a todos los demás.

Los años habían pasado delante de mis ojos tan rápidos que cuando quise darme cuenta ya pensaba en aquello que vendría

después de nosotros, y más aún cuando Tutmosis regresó de Menfis después de cinco años sin verle y sin que hubiera pisado Tebas desde que se marchó. Todo lo que una vez temí a la muerte de su abuelo volví a tenerlo muy presente, pero sentía que aún así todo había merecido la pena. Ahora me miraba a mí mismo, en esa posición que jamás hubiera imaginado, y lo que había sido mi vida ocupando el lugar que podría haber correspondido a un rey. Por mis méritos y por su preferencia, ella me había ofrecido la eternidad. Y yo a ella la hice feliz.

Todo empezó a cambiar cuando Tutmosis se instaló definitivamente en palacio, y yo me di cuenta la noche en que Neferura vino a hablarme. A partir de ese momento, inconscientemente, cuando le miraba le evaluaba en silencio y cada día tenía más claro que era cierto, que él era el rey. Quería evitarlo, me había esforzado mucho en convertirla a ella en la imagen legítima que heredaría el trono, y no quería que quedara únicamente como la Señora de las Dos Tierras. Ella, como su madre, se merecían ser el Horus, valían para ello y así debía ser. Al final tendría que reconocer que eso ya no estaba en mis manos.

Durante los cinco años que Tutmosis se estuvo entrenando en las escuelas militares de Menfis me había estado mandando algunas misivas con él, porque además, según Hapuseneb, debíamos darle también poderes civiles para que gobernara el Norte y vincularle a esas tierras que algún día gobernaría. En esos momentos simplemente las leía complacido de que todo marchara como habíamos ordenado y que él tuviera la autoridad para imponer los mandatos que le enviábamos desde palacio. Ahora sin embargo, podía asegurar que él mismo se había ganado la confianza del gobierno del Delta y que se había impuesto sobre nosotros. Pero no era sólo eso. Cuando ella y yo acudíamos a los campos del ejército de Tebas a supervisar los entrenamientos y a pasar revista a las tropas, ahora que él había pasado a entrenarse allí, le veíamos dirigirlo y cómo todos acataban sus órdenes al mismo nivel que las nuestras. Tenía de su lado además a todos los hijos de los nobles que un día nos relevarían, y su poder crecía cada día. Ya no podíamos darle simplemente una orden y esperar que la acatara. Ahora, de manera natural y sin que pudiéramos decir nada, acudía con nosotros a las audiencias, participaba, le daba incluso consejos a ella y a mí. Sin embargo, no hablamos de ello hasta que fue inevitable, hasta que ya no pudimos seguir negando algo tan evidente.

Durante un año entero dejamos pasar aquella situación, como si no quisiéramos reconocer que las cosas habían cambiado. Una tarde, justo cuando regresé a palacio tras pasarme el día en la orilla oeste trabajando con Djehuty en las cámaras subterráneas del templo, las

mías, ella me mandó llamar a su despacho. Cuando entré estaba sentada en la silla, con las manos sobre la mesa, y de inmediato me indicó con la mirada que me acercara. Me quedé en pie y ella me miró un momento y apretó los labios. Había algo que le preocupaba, estaba nerviosa. "¿Cuándo habrás terminado mi Templo de Millones de Años?" me dijo simplemente. Hubiera esperado cualquier otra cosa ante tanta urgencia, pero aquella pregunta… no sabía qué pretendía en realidad. Le dije que manteniendo el ritmo que llevábamos en un año estaría listo. "Bien" asintió. "Mi festival Sed se hará para entonces".

Me quedé perplejo al ver que esas eran sus intenciones, y aunque era perfectamente lógica la razón por la que lo hacía, me negaba a aceptarlo. Intenté quitarle esa idea de la cabeza, pero ella no dijo nada, tan solo me miraba impasible mientras hablaba, diciéndome con esa actitud que ya había tomado una decisión. "Aún no han pasado treinta años desde tu coronación" le dije, pues era un requisito imprescindible para celebrar la fiesta. Me sonrió con evidencia, y al instante noté en ella un ápice de tristeza. "¿Y tú me garantizas que para entonces siga aquí?". Bajé la mirada. Por supuesto que no. La comprendía y haría lo que me había pedido. Tendría todo listo para que en un año celebráramos la renovación de su realeza. Escuché que se ponía en pie y al levantar los ojos la vi a mi lado apoyada contra la mesa. "Sé que aún así no podré evitar que se gane el apoyo de las élites o que él ocupe mi puesto" me dijo, reconociendo por primera vez lo único que no deseábamos que sucediera. Y al hablarme así, me di cuenta que ella también lo había visto venir desde el mismo momento en que su sobrino regresó a la ciudad.

"Podría haber hecho algo" le recordé. "Antes… hace años". Sentía que me invadía una mezcla de resentimiento, enfado. "¡Por Amón, Senenmut!" me suplicó entre dientes ante mi reacción. "Le necesito, ¿o es que no te das cuenta?". Y vi que para ella era tan incómodo como para mí. "¿Quién dirigirá las tropa? ¿Mis hijas? ¿O tú?" sonrió irónica. "Lo dudo. Hace diez años te hubiera dado a ti el mando, pero ahora… Egipto necesita a alguien como él y estaré tranquila sabiendo que al menos no es como mi hermano". Llegó un momento en que fui incapaz de seguir mirándola. Con la mirada al otro lado de las columnas, en los árboles del patio, el cielo de la tarde, continué escuchando sus justificaciones. "¿Y tu hija?" le susurré al final. "¿Mi hija? Mi hija estará a su lado, gobernará el palacio, la ciudad, incluso las Dos Tierras, pero con él". Escuché que suspiraba y al cabo de un rato siguió hablando en voz aún más baja. "No sé si Neferura le adora o le odia, pero eso también me da coraje. Tiene lo que yo jamás pude tener, y en vez de alegrarme no dejo de lamentarme porque no debería ser así. No él. No él que no es de mi

sangre por mucho que pertenezca a la familia real".

Y de nuevo nos quedamos callados. Me crucé de brazos y al volver la mirada hacia mis pies ella se acercó un poco más y buscó mis ojos. "Ven en él a mi padre, y yo también. Cada vez que le miro, cada vez que viene a mí, pienso en que ojalá hubiera sido mío".

Cuando me había levantado esa mañana no hubiera imaginado que acabáramos atisbando el final de lo que con tanto esfuerzo habíamos levantado. Había sido un buen día, pero ahora sentía como si todo lo que me rodeara fuera simplemente una ilusión. Ya no quería seguir allí, no quería escuchar más. "Tú jamás renunciarías" le dije, temiendo que detrás de todo aquello el siguiente paso que diera fuera apartarse del poder. Y al ver que no contestaba, como si ni siquiera me hubiese escuchado, fui a darme la vuelta. "Así no es como habíamos planeado el mundo", suspiró. "Lo sé, y te he dicho todo esto porque así va a ocurrir" pero al instante, al mirarla de nuevo, reconocí en ella una pizca de la antigua ambición que nos había llevado a lo más alto. "Pero aún el trono es mío y no estoy dispuesta a perderlo voluntariamente. Sé que ocurrirá, pero no voy a ceder".

Le hice una reverencia, cambiando en un instante la imagen que me había formado por el repentino pesimismo con el que me había recibido. Al despedirla había logrado sonsacarme una sonrisa, y ella me correspondió de la misma manera. Después de todo, me había demostrado que no había dejado de ser la misma de siempre y que pasara lo que pasara estaría y lucharía hasta el final.

Once

- Buenos días señora Winfrey – le saludó una voz a sus espaldas.

Llevaba ya un par de días organizándose a sí misma y parecía que ya sabía de qué manera enfocar su entrevista. Estaba sumida en uno de los libros que había cogido de la biblioteca, y aquel saludo repentino le sobresalto, más a aún al girarse y ver al señor Marzuq en el umbral del laboratorio.

- ¿Podemos hablar, o le pillo en un mal momento?
- Claro – asintió –, por supuesto.

Dejó todo lo que estaba haciendo y se levantó para saludarle y ofrecerle uno de los asientos. Al ver que se quedaba mirando a los libros y las notas que llevaba haciendo esos días Badia le explicó brevemente en lo que ahora estaba trabajando, pero de inmediato él quiso aclararle por qué había viajado a Luxor. Al mirarle no pudo adivinar si le traía buenas o malas noticias o qué podría ofrecerle esta vez. A pesar de que estaba intrigada por el motivo de su visita, no le había preguntado nada hasta que él le habló de ello.

- Ya han comenzado las restauraciones de la sala que ustedes excavaron en Deir El-Bahari – le dijo sin más rodeos –, y han descubierto algo muy importante.

De la mano había traído una carpeta y mientras sacaba los papeles que le interesarían, le siguió hablando.

- Llevan ya dos meses allí y parece que había mucho más de lo que a primera vista parecía. Mírelo usted y me dirá qué le parece.

Badia cogió unos documentos que parecían de la base de datos de la Universidad Francesa de El Cairo. Había un total de treinta folios, pero con un subrayador amarillo estaba marcado lo que le resultó al señor Marzuq más importante. También le tenía marcadas con un asterisco las fotografías en las que no pudo distinguir con claridad lo que habían conseguido descubrir. Al levantar de nuevo la vista le siguió explicando.

- Han hecho todo tipo de pruebas a la segunda pared, y han descubierto que sí que había pintura y dibujos en la superficie. Vea las

fotografías – le dijo, buscándole una en concreto en la que parecía haber únicamente ciertas ralladuras insignificantes –. Se han encontrado trazas que no parecen casuales. Los especialistas han dicho que siempre se repiten en una misma dirección, repitiendo lo que sería la dirección del brazo de arriba a bajo.

- Es cierto – observó, al señalarle con el dedo sobre la fotografía lo que le quería decir.

- Quien quiera que lo borrara se cuidó mucho de que no se notara y que quedara lo más lisa posible, pero ahora viene lo más interesante. La grasa de los pigmentos se quedó impregnada en la roca y aunque a primera vista no se pueda ver nada, haciendo radiografías y escáneres se han podido obtener exactamente una especie de negativo de lo que hubo allí.

Badia buscó de inmediato una de las fotografías en la que se podía ver eso que le decía y comprendió ahora lo poco que había podido leer del informe.

- Se pueden ver las siluetas de las figuras y se pueden leer la mayoría de los jeroglíficos. Ahora en la universidad están trabajando en la traducción, pero supongo que usted tan sólo necesitará un par de horas para llegar a una conclusión casi cien por cien fiable.

Él le dedicó una mirada cómplice, poniendo en ella toda su confianza. Badia asintió, pues en ese sentido tenía que reconocer que pocos podrían hacer ese trabajo mejor que ella.

- ¿Podré quedarme esta copia? – le preguntó con prudencia, casi temiendo su respuesta.

- Me quedaré en la ciudad hasta mañana, y me tendré que llevar conmigo el documento – se disculpó –, pero tiene el resto del día y toda la noche para estudiarlo. Debe entender que no puedo arriesgarme a prestárselo.

- Por supuesto – asintió –, lo entiendo perfectamente.

Tras un silencio en que ella revisó de nuevo las páginas en las que tendría el privilegio de ver los resultados que en teoría deberían pertenecerle a ella, le agradeció todo lo que estaba haciendo.

- Sólo quiero pedirle un favor a cambio – le dijo al final.

- Sí, claro – se sorprendió, pero a la vez comprendía que en algún momento ella tendría que hacer algo por lo mucho que él estaba arriesgando.

- Quiero que el día que lleven acabo el experimento lo dejen en mis manos, que me dejen a mí preparar este lugar en todo lo relativo a la organización. Creo que no podrá negármelo y que además les conviene.

No respondió de inmediato, incluso le asustó aquella propuesta que tendría que aceptar irremediablemente, incluso desconfió de él, pero casi sin darse cuenta asintió en silencio. En realidad no tenía

motivos para dudar, lo único de lo que recelaba era dejar en manos de alguien ajeno al proyecto algo tan importante como lo que le pedía. Sin embargo, comprendió que si alguien debía ocuparse de ello él sería el más apropiado. Pensó en su jefe y supuso que en su lugar también le diría que sí.

- Claro – asintió –, no habrá ningún problema.

Conforme, se levantó y le tendió la mano para despedirla.

- Vendré mañana a las ocho a por los papeles – le recordó –. Aprovéchelos.

Y en cuanto desapareció por la puerta recogió todo, fue a buscar un par de libros y diccionarios a la biblioteca, y se fue de inmediato a su casa. Con aquellos documentos no podía arriesgarse a que nadie la viera y durante todo el día hizo de su salón una oficina. Al final de la tarde ya habían despejado todas sus dudas. Había sido tan sencillo, y ahora podía decir con certeza el significado de todo aquello. Veía en los jeroglíficos el motivo por el que habían levantado esa segunda pared, formulas de ofrendas, siluetas realizando actos de culto, pero sobre todo el motivo político por el que había sido borrado.

Se levantó de la silla cuando se dio cuenta que apenas podía ver con la luz del día que entraba por la ventana. Corrió las cortinas, encendió la luz, y pensando en todo ello fue a la cocina a por un vaso de agua. Se apoyó en la encimera y a través de la puerta abierta se quedó mirando la mesa del salón llena de papeles escritos, notas, libros abiertos y bolígrafos en un aparente desorden que sólo ella podría entender. Sonrió en silencio pues en el fondo no estuvieron tan equivocados en sus primeras suposiciones cuando dijeron que aquella sala podría estar dedicada a la hija de la reina. En realidad, después de haber comprobado una y otra vez los registros de los muros, tenía claro que lo que pretendieron fue dejar constancia de que sería Neferura y no Tutmosis la legítima heredera de las Dos Tierras. Por tanto, aunque no había nada que lo dijera, era evidente que habría sido él quien de inmediato mandó eliminar todo aquello en cuando su tía murió o cuando Neferura lo hizo si vivió en los primeros años de su reinado en solitario.

Ella siempre le había resultado una figura muy difícil de interpretar, demasiado ambigua, pero a la vez sospechaba que había sido una persona clave. No había constancia de su muerte, ni se sabía la fecha exacta, existía su tumba en una de las laderas donde eran enterradas las reinas, pero daba la sensación de que había quedado sin terminar. Sin embargo, cuando aparecía en los registros lo hacía junto a las personas más importantes del país, ejerciendo los cargos religiosos y civiles más altos, y con títulos que hacían referencia a su posición casi como la de un rey. A veces encontró su nombre en un cartucho, portando las insignias reales, fechas datadas con su nombre

aludiendo a su propio reinado paralelo al de su madre y el de su hermano. Aún así desaparecía de repente de los documentos y sabía que era a la única persona a la que Tutmosis había eliminado su nombre de inmediato y de manera sistemática para reemplazarlo por el de Satiah, su segunda esposa. Con su tía jamás hizo eso, a ella la respetó relativamente y no le importó aparecer en los lugares más sagrados del templo a su lado o detrás de ella. Con su hija fue diferente, mucho más radical y desde un principio. De momento no podía darlo por seguro, pero con lo que había descubierto esa tarde, cada vez tenía más claro que quizá la temiera y que incluso se disputaran el trono a la muerte de la reina o en sus últimos años.

Al volver a la mesa del salón revisó sus propias notas y se decidió a poner en orden todos los papeles. Supuso que ya no podría hacer mucho más, pero antes de irse a dormir releyó por última vez los documentos que el señor Marzuq le había entregado por si se le había escapado algo después de haberlos dejado ya guardados para devolvérselos al día siguiente. Tumbada en el sofá revisaba las imágenes, los jeroglíficos y las transcripciones, mientras en su mente se iban hilando las posibles historias que habrían sucedido en la corte egipcia. Todas aquellas palabras le hablaban de la transmisión de la realeza, y de nuevo se sentía orgullosa de comprobar lo que tantos años había defendido. Cuando aquello se hiciera público, muchos se acordarían de ella.

Ella no era tan radical como otros arqueólogos de su país y otras opiniones que decían que lo que pretendía la reina era establecer un sistema político donde la persona que heredara el trono fuera la mujer o que intentara crear una dinastía paralela femenina a través del cargo de esposa del dios gobernando la reina todo el sistema religioso mientras que el rey lo haría desde el ejército. Por tanto, en ese caso sería ella quien prácticamente gobernara el país al concentrar en sus manos el máximo poder que era servir al dios y transmitir su voluntad. Aquella idea tan radical le resultaba absurda y sin ningún fundamento, menos si intentaba adaptarla a la época, a su sociedad, a cada una de sus concepciones.

Siempre había rebatido esa idea. No consideraba que porque Neferura hubiera sido una mujer, quisiera remodelar por completo las bases que sustentaban sus tradiciones, cuando precisamente tras la invasión asiática se había querido volver a ellas. Aquella situación tan extraordinaria que le había permitido a la reina acceder al trono, el que no hubiera un solo hombre en la familia, no se iba a repetir constantemente. Incluso todo aquello, como había insistido en miles de conferencias y publicaciones, y como intentaba hacer ver a todos aquellos que le preguntaban sobre el tema, contradecía con que ella al ocupar el trono se había coronado como rey, como un hombre, y no

como una mujer. Lo que era un hecho era que ella buscaba un cambio, pero orientado en otro sentido a lo que todos afirmaban; en un sentido de derecho, en buscar a la persona más legítima.

A veces pensaba que lo que pretendía era establecer una especie de corregencia práctica en que el rey y la reina compartieran el poder, un equilibrio perfecto, lo que habría querido iniciar con su hija y su sobrino. Pero ahora, con esos papeles delante ella, confirmaba totalmente la teoría que siempre le pareció más lógica. Pasó una a una por última vez las imágenes con las siluetas que se habían recuperado y con ellas todavía en su cabeza se quedó mirando al techo. Los jeroglíficos decían literalmente que quien debía colocarse en el trono de Horus y regir las Dos Tierras debía ser el hijo primogénito porque sólo él había sido concebido bajo las condiciones de Amón, en que el dios había tomado el cuerpo del rey y así se había mostrado ante la reina. Así, como hijo carnal del dios, su sangre siempre sería divina. Con ello justificó todo su linaje y no sólo su propio derecho a reinar, que ya había plasmado en otros lugares del templo.

- Por fin, por fin – susurró contenta mientras se levantaba despacio del sofá –. Lo sabía…

Al guardar los documentos en su carpeta y dando vueltas en la cama antes de dormirse, fue sacando las conclusiones que le pediría al día siguiente el señor Marzuq. Y efectivamente, por la mañana, cuando se presentó a las ocho en el instituto, como siempre puntual, lo primero que hizo al tener consigo la carpeta, fue preguntarle por los resultados que estaba seguro que había obtenido.

- Espero que le haya sido de utilidad – le insinuó antes de preguntarle directamente.

- Por supuesto – asintió, aún sin creerse que en una sola tarde hubiera confirmado dudas que arrastraba durante toda su vida –, de hecho, mucho más de lo que esperaba.

- ¿Y bien?

- Es una declaración de que a Neferura le correspondía heredar tras ella – le dijo –, pero no porque la reina pretendiera hacer de la mujer la base del gobierno o una estirpe femenina, sino porque ella era la Hija Real, hija de Amón, su primogénita. Quien ocupara el poder lo haría, independientemente de que fuera hombre o mujer, porque era el primer hijo del rey y de la reina, y a la vez hijo de Amón. Y también se dice que su consorte debía ser el miembro de la familia más cercano a su sangre, para mantener la divinidad de la monarquía lo más pura posible. Con eso plasmó que en absoluto tenía intención de apartar a Tutmosis del trono. Pero después él mismo ya se encargó de eliminar esa versión que no le convenía una vez que ocupó el poder en solitario.

- Muy interesante – asintió sorprendido. Al final acabó

sonriendo –. A mis amigos de la Universidad Francesa les encantaría saber todo eso que me ha contado, pero le aseguro que lo que me ha dicho no saldrá de aquí. Tendrán que ser ellos mismos quien lleguen a esas conclusiones y dedicarse a traducir y a interpretar en los próximos meses lo que a usted no le ha llevado más de medio día. Cuando llegue ese momento podrá leerlo en cualquier publicación o revista, y entonces sí que usted podrá intervenir con sus teorías – le sugirió.

Por su expresión se dio cuenta de inmediato cómo intentaba beneficiarla. En ese momento recordó la petición que le había hecho la tarde anterior, y ahora sí que se sintió tranquila de que él se encargara de la organización cuando pusieran en marcha su experimento. Si había tenido alguna duda, ahora confirmaba que no haría nada para perjudicarles, todo lo contrario. Más allá de sus responsabilidades, sabía que él mismo estaba fascinado por el gran trabajo que estaban haciendo y que era eso lo que le empujaba a favorecerles por mala que fuera la situación.

- Por cierto – le recordó –, ¿y qué hay sobre la segunda pared, también se dice algo?

- Sí – le contestó, recordando una de las frases en que hacía alusión a ello –. Hay una parte en la que se dice algo así como que la reina en recompensa por haber retirado el templo de su abuela, tendría un lugar en el suyo para toda la eternidad, en un lugar secreto. Es decir – le explicó –, que se la quería proteger de que se repitiera lo que ella misma le había hecho, y a la vez era una manera mágica de garantizar que la reina Ahmes Nefertary sostendría siempre la dinastía. Después de todo era ella quien en última instancia les legitimaba.

El señor Marzuq asintió, felicitándole de nuevo por su trabajo. Pareció que iba a preguntarle algo más cuando de repente miró el reloj y pareció darse cuenta que tenía prisa.

- Nos mantendremos en contacto señora Winfrey – se despidió tendiéndole la mano.

- Por supuesto.

11

Su padre siempre fue la persona más importante para ella. Ella misma me lo decía y ya sólo por su mirada, por su manera de hablar, era evidente cómo le echaba de menos. Sus obras más importantes estuvieron dedicadas a él y muchas veces solía decirme qué diría él si lo viera, qué pensaría de ella... Tres meses después de haberme ordenado preparar su fiesta Sed yo ya había mandado a mis escribas enviar misivas a todos los nobles de Egipto y a los países extranjeros invitándolos a venir a las fiestas que celebraríamos el primer día de la estación de la siembra.

Últimamente en muchas mis reuniones de la tarde me acompañaba Tutmosis, y esta vez ocuparía un lugar principal en las celebraciones, y sobre todo en los ritos de cara a Amón. Él por la mañana entrenaba en los campos del ejército, pero a las pocas semanas de regresar del Norte me dijo que quería aprender de mí a dirigir el reino y acompañarme cuando me reuniera por las tardes. Acepté, también por la curiosidad de observar su actitud. Cuando lo pensaba de manera racional recelaba de él y de sus grandes capacidades que me sorprendían cada día, pero otras simplemente me encontraba cómodo trabajando con él olvidando que en teoría no le hubiera correspondido estar allí. Una de esas tardes en las que estaba preparando con él y con alguno de los cortesanos y oficiales los juegos de las fiestas, ella apareció sin avisar. Abrió la puerta sin ser anunciada y nos interrumpió sin ninguna excusa. La miré, incluso preocupado, sin saber qué habría pasado. Me miró impasible y con una orden me obligó a ir con ella. “Ven” me dijo simplemente. Asentí y sin preocuparme porque fuera Tutmosis quien terminara solo, salí de inmediato. En el fondo sabía que lo haría bien y que ya no necesitaba de mí para asesorarle. “¿Qué ha pasado?” le susurré en cuanto salimos. “Ven”, me repitió, pero en ese momento su voz ya sonaba más tranquila, y sin decirme nada me llevó a su habitación. Yo me quedé de pie y ella se sentó en una de las sillas, mirándome con una sonrisa. “Estaba aquí sentada, pensaba en mi padre” me dijo como si no hubiera nada más importante que aquello que me iba a decir. Yo

aún estaba expectante. “Quiero levantar para él dos obeliscos y colocarlos en la Sala de las Columnas del Templo de Amón, entre los dos que él hizo allí”.

Con decirme eso, lo entendí todo y le perdoné que me hubiera sacado de la reunión de manera tan repentina. De inmediato, mirándola a los ojos mientras me hablaba con esa ilusión, empecé a imaginar ese proyecto que me encargaba y que sería el último que haría. “Quiero que sean los más altos de Egipto, de granito rosa y que sus puntas de oro alcancen el cielo. Quiero que la gente, cada vez que los vean, hablen de mí y sepan por qué los he hecho: en honor a mi padre, para que su nombre permanezca para siempre sobre la tierra y sobre esos monumentos. Es mi ofrenda a él, porque fue el único que siempre confió en verme como rey, quien me hizo su heredero, a pesar de todo lo que después sucedió. Si por alguien estoy aquí es por él”. Suspiró y desvió un instante la mirada al otro lado de las columnas antes de mirarme de nuevo. “Quiero que cuando Amón renueve mi nombre el día de mi fiesta, también él comparta conmigo sus bendiciones”.

Me habían sobrecogido sus palabras, y yo mismo me daba cuenta de que detrás de su esperanza por que realmente todo volviera a comenzar con su fiesta Sed, que su poder se renovara, que todo fuera como habían sido los últimos quince años; ese día le preocupaban otros cientos de cosas. Sin embargo, no le pregunté nada centrándome únicamente en lo que me había dicho. “Los tendré listos para entonces”, le dije, y viendo que asentía, sin decirme ya nada más, fui a marcharme. Aún quedaban un par de horas de sol y todavía me daría tiempo a comenzar con aquel nuevo trabajo que tendría que tener listo en siete meses.

Pero ese día me suplicó que no me fuera. Se levantó y la vi caminar despacio a lo largo de las columnas del balcón hasta que salió fuera. Yo la seguí en silencio y me quedé a su lado apoyado en la barandilla. Ella se perdió en el perfil que dejaba el templo en el horizonte, y yo sin darme cuenta me quedé mirándola fijamente a los ojos. Me habló en voz baja, inmóvil. Quería olvidarse de que todo había cambiado, de que ya no podría volver atrás, que por muchas fiestas y monumentos que levantara ya nada sería como antes. Me habló de ello para no decirme lo que en realidad le había llevado a tenerme allí esa tarde. Ni siquiera era capaz de mirarme a la cara. “¿Qué te ocurre?” le pregunté al final. “Nada”, pero yo sabía que sí. Me bastó simplemente rozarle la mano y una mirada para que me lo contara. “Ahora entiendo a mi padre” me dijo con una leve sonrisa. “He hecho con mi hija lo mismo que él hizo conmigo. Sin darme cuenta opté por la misma solución. Le critiqué que no había tenido valor para darme el trono, pero ahora entiendo que ése no era el

momento, que debía esperar al tiempo que Amón había elegido para mí. Él lo sabía, y también tenía la certeza de que por mucho que mi hermano ocupara el título de Horus, eso no me impediría gobernar ni ejercer a mí como tal. Por supuesto que fue difícil" recordaba, "pero lo conseguimos".

Me habló de aquellos años, de qué habría hecho hoy su padre en su lugar, que esperaba no haberse equivocado, y sobre todo de qué le estaría esperando a su tierra cuando ella ya no estuviera. "Confío en que todo salga bien" me habló anhelante, "en que haya una mínima posibilidad de que Neferura y Tutmosis gobiernen mucho mejor que yo. Los dos son tan parecidos, y serían capaces de superar con creces lo que hereden de mí. Ojalá se dieran cuenta, pero ese maldito orgullo… esa competencia". Me miró de reojo y después de todo acabó riendo. "No debería extrañarte" le dije, dejando de lado toda la tensión que habíamos contenido hasta ese momento, "es algo que viene de familia". Noté que se relajaba, que volvía a sonreírme tranquila, haciendo de todo aquello algo natural. "Pues en ese sentido tú también tendrías parte de la culpa". Reí y asentí, pues era cierto que si su talento y sus aptitudes venían de sangre, yo les había educado para que no se conformaran simplemente con eso, sino que además lo había fomentado y les había empujado a que lucharan por ser los mejores.

* * *

La ceremonia fue una imagen de lo que habíamos celebrado el día de la coronación. Había temido ese momento porque en vez de que la reafirmara en el trono, mostrara al país y al extranjero un cambio en el orden que nosotros ya habíamos notado. Eso no sucedió. En realidad no sería justo ese día ni por ese motivo por lo que se acabara rompiendo el equilibrio a favor de su sobrino. Las fiestas duraron cinco días y cada uno de ellos pude ver que aún ella era la persona que concentraba el poder en sus manos. Los cortesanos, los nobles y los embajadores le mostraron sus respetos, se arrodillaron ante ella, le juraron fidelidad.

Una de las tardes al salir del templo, después de haber realizado todos los cultos en que recibió de nuevo la realeza por parte del dios, nos dirigimos al patio para confirmar su poder al resto de la ciudad. Soltó cuatro aves y con un arco disparó en dirección a las cuatro esquinas del universo. Recuerdo cómo una de ellas se clavó de lleno en uno de los árboles de incienso, y por un momento me quedé mirando cómo empezaba a salir del tronco un hilo de resina. Aquello me delató cada éxito que habíamos conseguido, y al volver la mirada donde ella estaba, decidí dejar de resistirme a lo que tuviera que

venir. Tutmosis había estado a su lado para sujetarle el arco y las flechas, ella estaba contenta, y él de inmediato fue a recoger cada una que había lanzado. Yo estaba un poco apartado de ellos, junto a los altos miembros del templo, y vi que hablaron un momento antes de dirigirse a nosotros.

Al acercarse vi en ella toda esa alegría, como si realmente todos los temores que veníamos arrastrando desde hacía ya un par de años, hubieran desaparecido sin dejar rastro. Cogió una de las copas que le ofreció uno de los sacerdotes y colocándose a mi lado, mirando con una sonrisa todo a su alrededor, el lago, los árboles, la gente, bebió un par de sorbos antes de hablarme. “Todo está como esperaba”, me dijo, e inexplicablemente yo mismo lo sentí como tal, como si debiera suceder así. “Estoy orgullosa”. Fui a contestarle, a decirle que yo también, pero me cortó uno de sus movimientos tan repentinos. Se dio la vuelta para dejar la copa en la mesa que había detrás de nosotros y al instante se volvió de nuevo hacia mí con un porte que me reveló toda esa antigua emoción, como si realmente nos encontráramos en la misma situación que entonces, cuando celebramos todos aquellos ritos por primera vez, como si el tiempo no hubiera pasado y nos regalara de nuevo todos aquellos años.

Pero también esos días tendría motivos para preocuparme, y durante la comida del día siguiente tuve que recordarme de vez en cuando que no todo era tan maravilloso como intentábamos aparentar. Tuvimos que soportar ese día la presencia de la madre de Tutmosis. Él mismo se había empeñado en invitarla y como madre del rey, no pudimos negarnos. En todo ese tiempo en que nosotros gobernamos el país, ella simplemente no había significado nada. Vivía en el harén y no puso un pie fuera de allí hasta que su hijo regresó. Ahora incluso se atrevía a visitarle en palacio, y la primera vez que me crucé con ella me sorprendí. La había olvidado completamente, pero en un instante recordé que ella había sido una vez la responsable de que casi perdiera la vida. La fulminé con la mirada y reconocí también ese temor por mí. Ahora, ese día, se la veía orgullosa, pero prudente hacia nosotros; sin embargo, esa misma mirada de reproche y orgullo que recordaba se mantenía intacta. Era evidente que ya no era una niña, y que empezaba a tener conciencia de que algún día podría ocupar un lugar importante en palacio. Sus pretensiones no me preocupaban en absoluto, más bien me incomodaban, porque en realidad ella jamás podría disfrutar de otra cosa que no fueran las comodidades que su hijo quisiera ofrecerle. No se daba cuenta que jamás tendría poder.

Neferura estaba junto a ella, su hermano y su hermana, y me di cuenta que a ella también le molestaba su presencia. Una vez que se cruzó con mi mirada, suspiró como si estuviera soportando el peor de

los castigos, y también comprendí que no era solo por Isis. También era por su hermana, pues a esas alturas era evidente que no se llevaban bien. Desde que eran pequeñas sabía que para Neferura su hermana era alguien insignificante, y Meryt-Ra la odiaba por haber sido la primera. Yo a veces cuando miraba a Meryt-Ra recordaba la noche en que había nacido. En silencio la culpaba simplemente por no ser un hombre, pero la mayoría de las veces me ponía nervioso ver en ella muchas de las actitudes, esa presunción, el engreimiento que un día tuvo su padre, cuando en realidad era el que menos debía presumir de su realeza. A la vez, y con rabia, sabía que si algún día alguno de nosotros corría peligro, la que menos sería ella, y que incluso pasaría desapercibida. Su madre jamás le prestó mucha atención, y desde que la reina Ahmes se la llevó con ella al Men-Set jamás había vuelto a vivir en palacio. Apenas salía de allí si no era para ir de vez en cuando a hacer ofrendas al templo o para las fiestas. Jamás me la mencionó por su propia iniciativa, y cuando hablábamos de ella era simplemente por casualidad, si me preguntaba qué había hecho, sobre alguna novedad, y coincidía que la había visto.

Pero ella siempre cortaba de inmediato el tema o acababa desviándolo a otros asuntos. Un día de esos acabé hablándole de sus dos hijas, “al menos podría parecerse un poco más a su hermana” le dije, pero como si hubiera dicho la mayor estupidez de mi vida, me miró fulminante. “No puedes comparármela con Neferura”. Y me daba cuenta de que, aunque jamás dio muestras de ello, en el fondo también le guardaba rencor, también la culpaba a ella por haber truncado muchas de sus perspectivas de futuro.

Aún así yo a veces intentaba defenderla, pero cuando después veía a Neferura, realmente no podía compararlas. Cuando iba a ver a mi hermano y después buscaba a Meryt-Ra por el Men-Set simplemente para saber como estaba, casi siempre la encontraba sin hacer nada, pasando el rato con sus amigas, jugando, tocando música, bailando. Eran ese tipo de cosas las que me ponían nervioso. No tenía ninguna expectativa más que estar allí y ni siquiera se preocupaba por dirigir la casa como le hubiera correspondido ahora que Neferura no vivía con ellos.

De inmediato, Hapuseneb reclamó mi atención y logré olvidar cualquier preocupación como solíamos hacer cada vez que nos reuníamos. Ya no presté atención a otra cosa durante el resto de la comida que no fuera las conversaciones de las que hablaban los que estábamos junto a la mesa real. Al final acabé retirándome con Djehuty del salón y fuimos a caminar por los pasillos de alrededor. Me estaba hablando de mi tumba y las estatuas que había encargado para ella. No recuerdo exactamente qué me hizo dirigir la mirada hacia la sala del final del pasillo donde estábamos, quizá una voz, pero sí que

al volverme hacia allí la puerta no estaba cerrada del todo. Disimuladamente despedí a Djehuty con una excusa. Lo hice de manera inconsciente, pero al estar al otro lado escuché perfectamente a Neferura y a Tutmosis hablar entre susurros. Ni siquiera había advertido su ausencia cuando salí del salón.

Abrí de repente, preocupado, pues sentí que algo no marchaba bien. Temía pensar que alguna vez pudieran estar a solas, antes de entrar sabía que lo estaban. De cara a nosotros o al resto de la gente siempre se mostraban rectos, imparciales, pero en palacio, la vida diaria era muy diferente. Su actitud era siempre hostil, hasta cuando parecían demostrarse cierto afecto. Ya no se guardaban ningún respeto, y yo les hubiera permitido cualquier cosa menos eso. Ya me había vuelto a acostumbrar a sus riñas y a sus disputas, sólo que ahora no se resumían a simples enfados por ganar o perder un juego. Ya no podía mediar entre ellos como antes de que Tutmosis se fuera a Menfis. Yo les había visto crecer, conocía esa rivalidad, ese afán de dominio, pero más allá, como me había dicho ella una vez, era difícil saber si existía un mínimo de estima entre ellos, si se odiaban o se querían. A mí lo que más me preocupaba era si podrían convivir cuando se vieran solos en lo más alto del poder y de ellos dependieran por completo decisiones esenciales para dirigir el reino, cuando ninguno de nosotros estuviéramos ahí para controlarles o hacerles entrar en razón.

Me quedé en el umbral sosteniendo la puerta. Vi a Tutmosis sentado en uno de los sofás y a Neferura en pie delante de él. Al verle sosteniéndola de los brazos y cómo me miró ella al verme, sentí de inmediato una rabia infinita recorriéndome entero. No me fue difícil adivinar sus intenciones y por qué la había traído allí. También podía asegurar que no era la primera vez que ocurría. Por un instante vi en ella un cierto alivio, pero también intuí su impresión porque les hubiera pillado desprevenidos. Yo me mantuve en silencio sin moverme, con mi porte más severo, y con una sola mirada hice que la soltara. Ninguno de los dos se atrevió a decirme nada, muchas veces no me hacía falta decir una palabra para imponer mi autoridad.

Neferura salió de allí con paso altivo, volviéndome la mirada al pasar a mi lado. Él ni siquiera se movió, simplemente se tumbó boca arriba y volvió la cabeza hacia otro lado con desgana. Le miré molesto, pero él no hizo ningún gesto de atención a mí y yo me fui antes de que Neferura se me escapara. Intentó eludirme, esquivarme, hasta que la agarré del brazo y frenó el paso. Estaba enfadada y sabía que le había incomodado mi interrupción. “No necesito que constantemente intentes protegerme” me reclamó gritándome. “Y menos de él”. “¿Ah no?” le contesté irónico. “No”. Miré por un momento a mi alrededor y aunque no había nadie le hice un gesto con

el dedo para que bajara la voz. “¿Crees que no sé lo que significa todo esto?”. “Por supuesto que lo sabes” me dijo bajando el tono pero igualmente intransigente, “tú y todo palacio. Y también sé que ahora que él está aquí, que ya han pasado varios años, todos esperan que sea la madre del futuro rey”. Vi que estaba a punto de perder los nervios. Se tomó un momento para apartarme la mirada, y yo sabía que lo menos que le apetecía era hablar de aquello conmigo justo en ese momento. “¿Crees que yo no estoy cansada de escuchar constantemente comentarios en cada rincón de palacio? Sé que me cuestionan, que dudan que sea capaz de dar algún día un heredero a mi hermano, pero si no lo hago es porque no quiero. Y lo peor es que los que intuyen eso son los que más le están metiendo en la cabeza que algún día le apartaré del poder y colocaré a otro en su lugar como mi madre ha hecho contigo”.

En ese instante se quedó callada y a mí me sobrecogió que hiciera referencia a ello. Jamás había hecho mención a cualquier tipo de relación que me pudiera unir a su madre más allá de nuestras funciones. Lo había dicho sin pensar, pero era evidente que no había pasado desapercibido para ella. No sabía hasta qué punto podría suponerlo, pero al instante me dio igual. Lo supiera o no, por muchas que fueran las dudas que le rondaran por la cabeza incluso respecto a ella, fue como si nunca hubiera sido realmente importante confirmarlo. Como si fuera preferible dudar que arriesgarse a saber la verdad, y muchas veces supuse que en todos los sentidos era lo mejor.

“No vas a poder alargar el tiempo indefinidamente” le dije. “No tendré ningún hijo mientras mi madre siga con vida” me contestó con rabia, como si al final fuera yo el culpable de esa situación. “Entonces deberás andar como mucho cuidado” le advertí determinante, “porque eso precisamente es lo que él quiere de ti”. Me miró de nuevo y respiró hondo intentado calmarse en vano. “Ya me he dado cuenta”, me contestó. Y sin decirme más ni que me diera tiempo a contestarla, me esquivó con un gesto brusco y esta vez la dejé marchar.

Doce

Sin percatarse, había levantado la vista de la revista que estaba leyendo, y sumida en el silencio que la rodeaba se hundió aún más en el sofá. Se quedó mirando un punto indefinido en lo alto de la estantería, ausente, pero considerando por primera vez todo lo que hasta ese momento había dejado pasar. Muchas de sus decisiones las había tomado de manera impulsiva, aunque siendo consciente de que era eso lo que quería y porque había sido necesario. La que más, renunciar a nacionalidad inglesa, que la ligaba a Egipto incondicionalmente. No era sólo el hecho de quedarse, era comenzar una vida allí, y ahora era cuando empezaba a sentirlo como tal.

Había pasado ya medio año desde que su equipo había vuelto a Inglaterra y Badia ya se había acostumbrado a pasar sola los domingos, y sobre todo en pleno verano a estar en casa hasta casi entrada la noche. Tenía la ventana abierta, las cortinas corridas para que no entrara ni un rayo de sol, el ventilador puesto, pero aún así el calor se le hacía insoportable. Cerró los ojos y se abanicó un momento con la revista que tenía en la mano. Pensó en cómo sería su vida de ahí en cuatro, cinco, diez años, y otras tantas preguntas que hasta entonces no se había planteado. En ese momento le hubiera gustado que su hermana estuviera allí para zanjar todos los asuntos que había dejado sin resolver en Inglaterra y de los que deberían hablar sin falta a su vuelta. Ya no se trataba sólo de su trabajo, pues de eso se ocuparía perfectamente el señor Donovan. Allí tenía su casa, la mayoría de sus pertenencias, su coche, cuentas de banco, y todo eso ya no lo necesitaría.

No solía pensar en ello porque no le gustaba detenerse en su vida personal, pero a veces sin querer, cuando estaba sola, irremediablemente se planteaba qué hubiera sido si se hubiera permitido la oportunidad de vivir como la mayoría de la gente creía que era lo normal. Ella nunca prestó demasiada atención a tales costumbres, aunque veces echaba de menos ese modo de vida que no había tenido la oportunidad de conocer. A veces cuando visitaba a Arianne, a sus sobrinos, o a alguna de sus amigas, intentaba

imaginarse a sí misma en su lugar, con un hombre a su lado, con unos hijos, y en ese momento, al pensar de nuevo en esa alternativa, la descartó por completo. Si siempre se había negado a esa opción ya no iba a cambiar, y aunque aún pudiera planteárselo no lo deseaba. Antes por el temor a que alguien pudiera interferir en su camino y competir por lo que verdaderamente era su pasión, todo su trabajo, sus metas, sus objetivos; pero ahora incluso adoraba esa libertad de no estar atada ni tener que dar cuentas a nadie.

Respiró hondo y se incorporó paseando la mirada por el salón en una semipenumbra anaranjada del final de la tarde. Sonrió al saber que no cambiaría ni el más mínimo detalle de su vida, aunque a veces le surgieran dudas. Pero luego, al darse cuenta de lo lejos que había llegado, todos los sueños que había cumplido, hacer lo que realmente le gustaba sin tener otro tipo de obligaciones que irremediablemente hubieran limitado sus pasos; entonces se sentía feliz. Repasó por un momento algunas de las relaciones que más habían significado para ella, y con pesar perdió la mirada en sus manos antes de levantarse del sofá. De cada uno de los hombres que habían estado a su lado se había acabado distanciando siempre por el mismo motivo. Siempre le reclamaron su egoísmo, su despreocupación, su empeño de anteponerse ella misma ante todo lo demás, ser de alguna manera inaccesible. Reconocía que jamás quiso comprometerse a nada que pudiera frenar sus expectativas y ahora más que nunca se alegraba de que hubiera sido así. Le gustó verse allí en Egipto y su proyecto a escasos meses de cumplirse con éxito. Sabía lo único de lo que no podría prescindir, pero además esa pasión era solamente suya.

Al levantarse se sintió cansada a pesar de que no había hecho nada en todo el día, y mientras recogía antes de salir a dar una vuelta se puso la música para apartar de su mente toda esa nostalgia sin sentido. De inmediato, en vez de eso, empezó a imaginarse lo mucho que debería hacer de ahora en adelante, y al salir a la calle con las últimas luces de la tarde, mientras se iban encendiendo las farolas, al tomar el camino hacia el norte de la ciudad, todo aquello se hizo mucho más firme.

Ahora tenía claro que sería allí donde viviría, compraría la casa donde ahora estaba viviendo de alquiler y que sería en el instituto de Luxor donde trabajaría. Ya de noche, llegó hasta los alrededores del templo de Karnak. Redujo el paso en cuanto distinguió los pilonos y las copas de las palmeras más altas iluminados. Incluso llegó a detenerse en mitad de la calle, dejando que por un tiempo indefinido la gente pasara a su lado sin que nada más le importara. Por más que pasaran los años tenía la certeza de que jamás se cansaría verlo, y como las ruinas del templo, otros muchos lugares del país que aunque ya se los conociera de memoria, sólo esperaba el día de poder

regresar.

* * *

El señor Marzuq la visitó unas cuantas veces en los seis meses antes de que su equipo regresara de nuevo. Quería hablar con ella sobre la planificación de su proyecto y lo que él tenía pensado para ese día. En una de esas ocasiones le habló sobre las premisas que les exigirían desde el ministerio y que escapaban a su control.

- El ministro de cultura quiere tener acceso a los resultados – le decía –. Yo en su lugar, de momento no pondría ninguna objeción, porque no me extrañaría que intentaran ponerles trabas por cualquier nimiedad, así que al menos no habrá que dar motivos para que sean más estrictos de lo que puedan ser ya de por sí.
- Sí, contábamos con ello – comprendía.
- He conseguido ponerme en contacto con su jefe Andrew Donovan y en cuanto esté de vuelta voy a concretar con él todo lo que se necesite en cuanto a permisos, documentos, papeles… al menos que no se os pueda prohibir nada por cuestiones de legalidad.

Badia asintió, y esperó en silencio a que el señor Marzuq sacara de su carpeta otros papeles que quería enseñarle.

- Este proyecto está siendo muy nombrado a lo largo de Egipto y he recibido multitud de solicitudes de prensa y televisión que desean en un futuro publicar sobre ello – le dijo tendiéndole el papel que buscaba –. Esta es la lista con el nombre de las revistas y televisiones que de momento han solicitado permiso.
- Son muchas – se sorprendió Badia.
- Quiero que usted y su equipo seleccione las que crean adecuadas.
- Bien – asintió.

En seguida el jefe del Consejo de Antigüedades comenzó a recoger todo lo que había traído consigo. Ya no había mucho más que hacer respecto a la organización, pero él aún tenía otras muchas cosas que tratar con ella. Habían estado todo ese tiempo en el laboratorio y Badia ya pensaba que sólo le tendría que acompañar a la salida, pero él parecía querer entretenerse en ese corto trayecto. Caminó despacio por el pasillo que conducía a las escaleras custodiado por todas las estanterías repletas de restos de todas las excavaciones de Luxor y sus alrededores, obligándole a reducir aún más el paso. Vio que paseaba la mirada por cada uno de los estantes, sonriente, y por un momento Badia no entendió qué se estaba perdiendo.

- Las últimas veces que me reuní con usted no tuve tiempo de plantearle algunas propuestas que me gustaría que aceptara – le dijo al instante.

- Usted dirá.
- Me comentó que tenía intención de quedarse aquí en Luxor, que le gustaría trabajar aquí.
- Sí – se encogió de hombros, sin saber a dónde quería llegar.
- Ya le habrá comentado también su hermana la propuesta que le hice.

Badia asintió, pues la misma noche que habló con él, Arianne le contó todo lo que había pasado

- Le sugiero que esté esperando una llamada del director del instituto cuando se dé por terminado el proyecto en el que ahora está trabajando para el señor Donovan – le sonrió –. Sólo espero que desde aquí usted pueda reorganizar todo esto – y con un gesto de su mano pareció abarcar todas las estanterías del sótano –, que consiga todo lo que yo me estoy esforzando por mejorar en El Cairo. Hay miles de objetos valiosísimos que pueden llegar a perderse simplemente porque no se les presta la atención adecuada, de esto y de todo lo que está por descubrirse. Sólo se necesita una buena organización y sé que usted será capaz.

Badia sólo pudo asentir sin salir de su asombro por lo que le acababa decir. Le estaba ofreciendo prácticamente lo que deseaba, pero antes de despedirle a las puertas del instituto le hizo una última insistencia que ya no le atañía tan directamente a ella.

- ¿Está segura que no podría convencer a su hermana para trabajar con usted?
- No va a aceptar.

Pareció comprenderlo al instante y no dijo más. A ella misma le gustaría, pero conocía a su hermana, y Arianne jamás se atrevería a dar un cambio tan radical a su vida.

Pero más allá de aquellas pequeñas distracciones, toda su atención estaba centrada en su proyecto, y en esos meses se dedicó a sintetizar los más de diez años que llevaba en marcha su trabajo. A veces le era sencillo, pero otras, le resultaba enormemente complicado resumir en unas cuantas preguntas y esquemas lo que podría extender indefinidamente. Poco a poco iba tomando forma y cada vez tenía más claro los puntos importantes y cómo debería orientar la entrevista. Sin embargo, cuando creía estar atascada y veía que únicamente estaba perdiendo el tiempo delante del ordenador, acudía al vivero a cuidar de las plantas que le había encargado Glenn. Uno de esos días, antes de irse a comer, se pasó por allí, y el encargado la acompañó por el par de pasillos que tenían reservados para ellos. Caminaron en silencio comprobando que todo estaba en orden, y al final, Badia le preguntó por cortesía algunos detalles que ni siquiera necesitaba saber. Le habló sobre las características de ciertas flores, su cultivo a lo largo de la historia, y sin muchas ganas acabó por volver a casa para terminar allí

el día.

Al cabo de un par de semanas, su equipo estaba por fin de vuelta. Ella tenía ya zanjada su parte, y con orgullo, vio cómo Jake había hecho también un buen trabajo que concretarían en los días siguientes para ponerse de acuerdo y presentarle un borrador al señor Donovan. Glenn se puso de inmediato a acondicionar la sala como un verdadero patio del palacio real egipcio, y cada día desde su llegada, vigiló que Arianne completara el cuerpo de Senenmut.

- ¿Te acuerdas cuando empezamos? – le dijo Badia a su hermana uno de esos días.

Habían salido tarde del instituto y en vez de llegar hasta su casa se quedaron a medio camino tomando algo en la terraza de un bar. Badia movió despacio los hielos del vaso con la pajita, con la mirada perdida en ellos mientras le hablaba.

- Parece que han pasado siglos.
- Sí – sonrió, mirándola un momento –. Me acuerdo que cuando el señor Donovan me llamó para ofrecerme un puesto en este proyecto, cuando me lo explicó todo, cuando me dijo que quería que yo fuera la responsable… creo que aún no me lo creo, y sobre todo que lo hayamos conseguido.
- Aún queda ponerlo en práctica – le previno Arianne.
- Ya – asintió.

Badia aún seguía perdida en todo lo que había sucedido hasta llegar hasta allí, y consideró que después de tantas adversidades se merecían acabar bien.

- Ese día que me llamó a su despacho – continuó –, estaba tan nerviosa. Creo que no llevaba casi ni un año trabajando allí en el Museo en cosas sencillas, en el mantenimiento de ciertos objetos, conservación, traducción, ya sabes. Recuerdo que justo ese día estaba con Jake, que nos habían encargado preparar un ajuar que acababa de llegar al museo de una mujer de la nobleza, Asetsenet. Te podría decir cada detalle de la lista de objetos. Justo estaba pegando unos escarabajos del corazón que estaban rotos, de esos que se ponían en las momias entre las vendas, cuando la secretaria del señor Donovan vino a buscarme. ¡No sé como no se me cayeron de las manos, los escarabajos, el pegamento…! Creí que iba a decirme cualquier cosa que había hecho mal y que no volviera al día siguiente. No sé por qué, pero fue lo que pensé.

Badia rió un momento, y recostándose en la silla levantó los ojos por encima de los tejados.

- Y después de mí – sonrió –, le tocó a Jake ir a hablar con él. Al menos él ya iba tranquilo después de ver mi cara de felicidad.

Había anochecido, y por un momento dejó que su mente se inundara únicamente con los murmullos de los que estaban sentados a

su alrededor, humos con olor a fruta de las pipas de agua, y otras muchas plantas quemadas de las lámparas que les llegaban del interior del bar. Por un momento no pensó en nada. Al bajar la vista, se cruzó con la mirada de Arianne y le sonrió feliz. Estaban ya tan cerca de conseguir lo que tanto había soñado. Pero entre todo, también se preguntó cómo estaría todo en Inglaterra, y se dio cuenta que apenas le había preguntado sobre ello.

- La gente me ha dado recuerdos para ti – le contestó Arianne –. Por cierto, te tenía que decir, antes de que se me olvide, mamá me ha preguntado qué va a pasar con todas tus cosas…

Vio su precaución al hablarle de ello, pero esta vez ya no le importó.

- De eso quería hablarte – le dijo, sabiendo que en algún momento tenían que poner en orden esos asuntos antes de que se marchara –. Pero ya hablamos en casa.

Pagaron y una vez en su apartamento le explicó todo lo que pretendía hacer, porque ya lo tenía decidido y ella tendría que ayudarle.

- Quiero que vendas mi casa – comenzó determinante –, porque con ese dinero voy a comprar este apartamento. Si tú necesitas quedarte con cualquier cosa o mamá quiere algo de lo que tengo allí o sabes de cualquier persona que necesite cualquier cosa de casa, que se lo quede. Yo aquí tengo todo lo que necesito.

Le habló también de todo lo demás, y que procurara dejar todo en orden para no tener que preocuparse jamás de asuntos relacionados con esa parte de su vida. Sabía que aún quedarían algunos cuantos meses hasta poder prescindir completamente de cualquier cosa relacionada con Inglaterra, y sobre todo intentó mentalizarse de que aquello sería definitivo, por mucho que en el futuro pudiera colaborar con su hermana, con el Museo o que ellos volvieran de manera eventual a Egipto.

- Y en cuanto tengas el dinero me lo mandas de inmediato – le recordó al final –, y con cuidado.
- Para eso pediré ayuda al señor Donovan, ¿no crees?
- Sí – asintió –, díselo en su momento y que utilice sus contactos para que me llegue íntegro. Ya sabes lo que pasa cuando se hacen transferencias así a la ligera y con tales cantidades.
- Lo sé.

Badia se quedó un momento en silencio, pensando si había algo que se le había olvidado. Consideró que ya se lo había dicho todo y con una mirada le advirtió que lo hiciera como le había explicado.

12

Su muerte precipitó todo lo que vendría después. Tan solo habían transcurrido tres meses desde la fiesta Sed cuando ella, al regresar del templo una mañana, vino a buscarme antes de lo normal. Estaba leyendo algunas misivas que me habían llegado del Norte, y cuando ella entró simplemente la miré brevemente sin darle importancia. Seguí leyendo esperando a que me dijera qué quería. Se acercó despacio a la mesa y se quedó callada, apoyada con las manos en el borde hasta que levanté la mirada. Me dijo que Hapuseneb había muerto.

Me había llegado de manera tan repentina, tan inesperada. Ni siquiera fui consciente de que debíamos hacer algo y rápido, pero sobre todo que con él y ese día habíamos perdido el último bastión que nos sostenía en la cúpula del poder. Sin él perdimos el templo, y como consecuencia nuestro dominio sobre el resto de la corte y la nobleza. Creíamos que habíamos reconducido el gobierno tras su fiesta, de hecho, era eso lo que había sucedido y parecía que al menos podríamos mantenernos unos cuantos años más sin tener que ceder a Tutmosis los poderes más altos. Pero ahora definitivamente se nos escapó de las manos de un día para otro. Sé que en gran medida se debió a que no estábamos preparados y no supimos reaccionar de la manera correcta, o simplemente que ya no podíamos negar a su sobrino lo que le correspondía. Vimos cómo la tierra entera ahora le brindaba su favor a él.

Pero de ese momento en que ella me anunció su muerte recuerdo únicamente haber pensado en la tarde anterior cuando estuve con él repasando los informes que nos habían llegado del Norte. Le despedí como siempre, y nada me hubiera hecho sospechar que unas horas después del amanecer recibiría tales noticias. Aún tenía una hoja de papiro entre mis manos y al cabo de un rato ella me la quitó y la dejó en la mesa sin dejar de mirarme, pero diciéndome en silencio que ahora más que nunca necesitaba de mí. Vi en sus ojos que estaba perdida, que no sabía qué hacer. Estaba asustada y más que nunca confió en que yo solucionara esa crisis. Ni siquiera yo podría hacerlo

esta vez.

"Estaba conmigo preparando las ofrendas al dios" me dijo aún conmovida, como si su mente todavía permaneciera en ese momento del que me hablaba, "y de repente, escuché que me llamaba. Cuando me di la vuelta estaba sentado en la silla. Estaba a unos cuantos pasos de él, pero ni siquiera me dio tiempo acercarme". "Llama de inmediato a Puyemra y a Neferura" le dije, sin dudar un instante más. Al verla callarse, respirar hondo, limpiarse un par de lágrimas apartando la mirada a sus pies, me recordé que no era el momento para que precisamente yo olvidara mis obligaciones. Si había alguien que no podía perder la seguridad era yo, y tenía que demostrar la actitud que se esperaba de mí. "Que vengan de inmediato". "¿Qué vas a hacer?" me preguntó. "Tú diles que vengan".

Asintió, y al instante ella también recobró parte de su serenidad, sintiéndose de algún modo amparada por la solución que suponía que se me había ocurrido. Pero en cuanto desapareció por las puertas y fui capaz de levantarme de la silla, hasta yo dudaba de conseguir los apoyos suficientes para lo que pretendía hacer.

No habían pasado ni dos horas desde su muerte cuando todo palacio y seguramente toda la ciudad ya conocían la noticia. Yo no tuve que esperar mucho para que poco después de que ella se marchara, vinieran a verme el visir Useramon diciéndome qué iba a ocurrir ahora con el visirato del Norte y quién ocuparía esa posición, y unos cuantos nobles, no recuerdo exactamente quienes, exigiendo también una respuesta en relación al templo. En esa hora escasa empecé a darme cuenta además de los grandes poderes que él había concentrado, y que ahora temía que se dispersaran en gente poco apropiada. Useramon pidió que el gobierno del Bajo Egipto pasara al control de su sobrino Rejmira y me dio otros nombres para los diferentes cargos que Hapuseneb tenía en sus manos hasta esa misma mañana. Escuché en silencio, pero al final, si ya de por sí tenía la cabeza y todas mis ideas confusas, no soporté la sensación de que estaban aprovechando el momento para obligarme también a mí a retirarme del poder. No daba crédito a lo que me estaba diciendo, pues todas aquellas personas eran completamente favorables a Tutmosis, y el que más Rejmira. "¿Tú también nos vas a dar la espalda?" le reclamé, sin ser capaz de escuchar una palabra más. Fue a justificarse, pero le corté con un gesto intransigente. "No es el momento para hablar de esto" le dije impasible, "ni seré yo el que lo decida". Y con una mirada ordené que se fueran él y todos los demás.

Pero esa sensación ya no desaparecería en los tres años siguientes que yo aún estuve a su lado. Y todo lo que pude hacer para prolongar su poder efectivo sobre las Dos Tierras, todo fue inútil. Llegué incluso a temer por todas aquellas personas que intentaron imponer nuestra

voluntad en contra de las exigencias de Tutmosis. Veía el miedo en sus rostros por que llegado el momento él pudiera recordarles alguna vez la lealtad absoluta hacia su tía. Neferura era una de ellas, y cuando apareció del lado de Puyemra temí que también fuera la primera en apoyar a su hermano ahora.

Antes de nada les pedí que me hablaran del ambiente que se respiraba al otro lado de los muros de palacio, en el templo y en la ciudad. Miré a Neferura y apretó los labios sin saber qué decir, y Puyemra negó en silencio con un suspiro. "Puedes imaginarte" me dijo él. "¿Y Tutmosis?" me atreví a preguntarles, sin saber realmente si deseaba confirmar mis temores. "En los campos de entrenamiento" me dijo Neferura, "con sus generales y los oficiales". Yo asentí, porque había sospechado eso, pero ya sin rodeos les conté lo poco que me había dado tiempo a considerar. Me sorprendí a mí mismo actuando sobre la marcha, hablando incluso sin tener una idea clara de adónde quería llegar, sólo sabiendo lo que no permitiría que sucediera. Estaba tan confuso que ni siquiera se me pasó por la cabeza que alguien pudiera oponerse. Si nunca había sido así, simplemente me resultó inconcebible. Ese fue mi error, y quizá si en vez de empeñarme en negarle hubiéramos llegado a un pacto con Tutmosis, las cosas hubieran sido muy diferentes. "Mañana en la audiencia te nombraremos a ti Primer Profeta de Amón" le dije a Puyemra, "y tú Neferura, ocuparás el puesto de Puyemra. Daré la orden de convocar esta tarde una audiencia extraordinaria. Trataremos estos temas".

"Así que pretendes devolver a mi hija el puesto que fundó mi abuela". Su voz nos silencio a los tres, y se impuso sobre toda la sala. Todos los servidores se arrodillaron ante ella y nosotros la vimos entrar. Hasta ese instante no me había dado cuenta que había llegado con ellos. Había permanecido al otro lado de la puerta abierta, pero estaba escuchándolo todo. "Atrévete a hacer esa propuesta, y te será denegada". La miré sobrecogido. Al verla aparecer vi que su actitud era muy diferente a como se había marchado para ir a buscar a su hija y a Puyemra. Sin embargo, a pesar de la dureza con la que hablaba no me estaba reprochando nada. Su tono era absolutamente neutral, pero aún tengo clavadas sus palabras.

"Si mi abuela" continuó, con la mirada fija en mí, atravesándome, "la gran reina Ahmes Nefertary, tuvo que cedérselo a un hombre, ¿por qué ahora iba a ser diferente? El templo es de los sacerdotes, no de una reina. Sé prudente, Senenmut, no olvides el motivo que una vez casi te hizo caer. No estás en posición de desafiar a nadie, ni siquiera yo, y aún menos en este momento".

Calló un instante, pero cuando volvió a hablar, ya parecía sentir toda la incertidumbre que se cernía sobre nosotros. En unas horas el mundo había cambiado, e incluso antes del medio día, parecía haber

pasado una eternidad desde que nos habíamos levantado. “No van a respetar el tiempo de los funerales” me dijo, hablándome de lo que había visto en el camino del palacio al templo y todos aquellos que se habían acercado a hablar con ella. “O hacemos algo, o en unas horas estallarán revueltas en la ciudad. Senenmut, ¿no te das cuenta que este es el momento que habían estado esperando? Sal y mira tú mismo” me miró firme, abarcando la sala con las manos. “En unos minutos podemos tener todo el ejército cercando palacio. Hay que sacar las tropas de la ciudad por un tiempo, y a Tutmosis con ellas”. De nuevo se tomó un momento para respirar hondo, y yo hice lo mismo. En ese momento no pude más y ella pareció comprenderlo.

“Deberíamos tener tiempo para pensar” me susurró antes de darse la vuelta para marcharse y ordenar que me dejaran solo. Sabía que lo necesitaba, que le estaba suplicando de manera inconsciente que me permitiera una tregua antes de todas las turbulencias que se desatarían sin pausa desde ese instante. Ya no hubo un solo día en paz ni que pudiera eludir cualquier tipo de preocupación. El resto del día, y los siguientes que vinieron, se convirtieron en una lucha constante. Todo fue demasiado difícil a partir de entonces, porque además de tener que hacer frente a una situación tan delicada, a la vez personal y de estado, era la primera vez que no supe cómo actuar. Antes había sido yo el que siempre le había dado consejo, el que siempre le solucionaba sus problemas. Esta vez lo hizo ella por mí, buscando apoyos donde sabía que no le iban a fallar. Siempre la admiré, pero cuando pasó un tiempo y pude darme cuenta, viéndolo con perspectiva, de lo mucho que había hecho, la adoré aún más. Aún así, aunque aún seguíamos teniendo capacidad de decisión, ya se había precipitado el cambio de poder. Si antes el equilibrio era frágil, ahora ya estaba roto.

Aunque el ejército estuvo a punto de levantarse contra nosotros, ella supo frenar de raíz la sublevación. Pero no lo hizo sola, y si no hubiera sido por la mediación de Pennejebet, ese día quizá hubiera sido el último que hubiera ocupado el trono de Horus. Esta vez yo no pude ayudarla en absoluto, pero él le dio la solución que necesitaba. Él había apoyado toda su vida a la familia real desde que comenzó su servicio en las guerras de reunificación junto al rey Ahmes. Había sido maestro de todos los hijos reales, fue él quien cuidó de Neferura los primeros años de su vida antes de que pasara bajo mi protección, nos había ayudado a Hapuseneb y a mí en el gobierno del Norte, y ahora era la persona a la que todos los oficiales, los generales, también Tutmosis, incluso ella a menudo, acudían a pedirle consejo.

Durante la reunión de la tarde en que tras horas de discusiones repartiéndonos los cargos que había ocupado Hapuseneb, viendo como la tensión aumentaba a cada segundo, temiendo que también allí en

palacio pudieran surgir disensiones, él se impuso sobre todos nosotros. Se adelantó entre todos los que estaban presentes y se quedó en pie al borde de las escaleras del atrio, ante ella y Tutmosis, y Neferura y yo que nos manteníamos en pie a cada lado. “Señora” le dijo, sin guardar ningún tipo de protocolo. La sala entera guardó silencio, esperando alguna reacción por su parte, o de Tutmosis, exigiendo alguna explicación. Ella, sin embargo, le escuchó y le dejó hablar. Yo la miré primero a ella de reojo, nervioso por cómo pudiera actuar respecto a él. Ya era tarde, y después de tanto tiempo y de un día tan difícil, temía que pudiera cometer alguna insensatez. “Señora” repitió, y en ese momento ella asintió levemente dejándole hablar, “como tu padre, has dedicado gran parte de las riquezas que han entrado durante todos estos años en las Dos Tierras para mejorar y equipar al ejército. Podría asegurar que las tropas que posee el reino son las más sofisticadas de la tierra y que podríamos vencer sin ningún esfuerzo a cualquier contingente extranjero. Por eso muchos ansían que seamos nosotros quienes demos el primer paso”.

Al oírle hablar por un momento pensé que nos retiraría su favor para apoyar a las aspiraciones de los nuevos oficiales que habían entrado en el ejército durante los últimos años, y que coincidían con las intenciones de Tutmosis. Parecía que era eso lo que nos estaba diciendo y aunque no alcancé a ver a Tutmosis me pude imaginar su gran sonrisa. “Ni la paz ni la estabilidad se consiguen únicamente con la guerra” dijo ella, y por su tono intuí que había supuesto lo mismo que yo. Aún así, no sé por qué pensé que perdería los nervios o que no sabría sostener la situación por tarde que fuera o por delicado que fuera el momento. Siempre lo había hecho y sería así hasta el final. Aparentó su típica firmeza, y quizá sólo para mí fuera evidente que lo decía con pesar, cansada, quizá deseando únicamente salir de allí. “Un ejército da seguridad” le dijo él, pues compartía ese punto de vista, “pero también exige la demostración de una mínima capacidad ofensiva”.

Y antes de que ninguno de nosotros pudiera contestar o decir algo, él de nuevo tomó la iniciativa. De inmediato, Pennejebet se dirigió a Tutmosis. “Señor” le dijo, “propongo que probemos nuestras tropas antes de lanzarlas a una gran batalla. Hay muchos pueblos en la frontera Norte, en la zona de las minas del Sinaí, o en la gobernación de Retenu. Vayamos allí, aplastemos a esas tribus que aunque ahora no sean una amenaza, sí que nos causan problemas en los envíos de metales, piedras y madera”.

“Así se hará”, contestó, y en ese momento escuché que se levantaba y le vi acercarse al mismo borde de las escaleras. Le vi tan orgulloso, tan satisfecho por participar al fin en una auténtica guerra y bajo sus condiciones. Tras mirar un instante al que también era su

maestro, se volvió y su rostro reflejaba el mismo orgullo que su porte. “Tía” le dijo con una media sonrisa, con una mezcla de cortesía y arrogancia, “prepararé el ejército. Saldremos en diez días. En ese tiempo estableceré con mis generales el sitio y te informaré de lo que determinemos”. Ella asintió brevemente y no dijo nada. Fue la primera vez que no le cuestionó en absoluto y yo mismo me sorprendí al no intervenir en sus decisiones.

La audiencia terminó con sus palabras y de inmediato se retiró con Neferura. Tras él, todos los demás salieron de la sala, pero ella y yo nos quedamos hasta el final, hasta que no quedamos más que nuestros sirvientes y Pennejebet aún al borde del atrio. Supuse que ella le había hecho alguna señal para que se quedara, aunque no tenía ni idea de lo que le querría decir a solas. Entonces le vi sonreír, y ella bajó de inmediato a su lado y le dio un abrazo. Escuché también cómo le daba mil veces las gracias, y yo a la vez me sentí aliviado porque después de todo el día hubiera concluido bien, teniendo en cuenta cómo podría haber acabado. Miré por un momento al otro lado de las columnas. Ya era de noche. Al volver la mirada hacia ellos vi que él me hizo una reverencia y de inmediato se dio la vuelta para marcharse.

Después ella me diría que antes de comenzar la reunión había hablado con él. Le rogó que buscara alguna manera de superar aquella situación. Sabía que iba a ser una tarde difícil, y que de lo que se hablara allí dependería el futuro de las Dos Tierras y de ella como regente. Confiaba en él, y Pennejebet le aseguró que haría lo mejor para Egipto. Él jamás se posicionó bajo ninguna opinión, siempre fue neutral, y ahora lo demostraba una vez más al no dar la razón a ninguno de los dos. Siempre decía que él servía a la realeza, no a las posibles facciones que pudieran surgir porque jamás quería volver a ver un reino dividido. Pero yo en ese momento sólo comprendí que ambos habían jugado a persuadir a Tutmosis para que aceptara el mando de una expedición que a él le saciaría en su orgullo y a la vez lo alejaría por un tiempo de la ciudad.

Y por fin habíamos terminado. Cuando Pennejebet se marchó, ella se giró hacia mí, tendiéndome una mano para que bajara. La apreté fuerte un instante antes de soltarla, me miró fijamente y suspiró. Sólo quiso comprobar que yo al menos sí que permanecía a su lado, y para mí sus ojos fueron un momento de alivio después de no recordar siquiera cuándo me había levantado. “Estoy muy cansada” me susurró. Asentí e hice que se retirara con un simple toque de mi mano en su espalda. Yo también estaba agotado.

Sin embargo, tras ese día, los demás se hicieron algo más llevaderos. Ella se encargó de preparar los funerales de Hapuseneb junto a su familia, yo di los últimos retoques a su tumba antes de darla

por terminada. Vimos con alivio cómo Tutmosis se iba con dos de las cuatro secciones del ejército a asegurar las Rutas de la Turquesa del Sinaí, y a partir de ese día organizamos de manera más sensata la repartición de los cargos de Hapuseneb a nuevos funcionarios. Pero respecto a eso, la mayoría se iban llenando con los hijos de los nobles y cortesanos, aquéllos que brindaban su apoyo abiertamente a Tutmosis. Aunque él no estaba, su autoridad se dejaba notar.

Supe entonces lo importante que había sido Hapuseneb para nosotros y para el reino. Había concentrado en su persona mucho más poder que yo mismo, y sin él habíamos perdido nuestro baluarte más importante. Pero también le echaba de menos como mi amigo, como el apoyo que había sido siempre para mí, como la primera persona a la que acudía cuando me surgían las dudas o estaba a punto de desesperarme por cualquier motivo. Habíamos pasado tantas horas juntos, y le debía tanto, porque aparte de ella y su padre, creo que fue el único que me brindó su apoyo desde el principio. Jamás me cuestionó, todo lo contrario, desde su posición me ofreció su favor de manera incondicional. Él fue nuestro punto de unión, quien, como superior de todos los templos de las Dos Tierras, hizo legítimos todos nuestros actos a ojos del país. Además, su origen real le favoreció más aún.

Si nuestra relación se hubiera tambaleado lo más mínimo, si no hubiéramos sabido colaborar o entendernos, si hubieran surgido disensiones y competencias entre él y yo, en pocos años todo se hubiera venido abajo. Creo que él siempre lo comprendió. A veces me daba la sensación que la gente le hubiera querido a él en el lugar que yo me encontraba, al lado de ella en el puesto del rey. Aquella posibilidad me la planteé por última vez el día que llevamos su sarcófago a su tumba, y quizá una vez más en las fiestas de año nuevo cuando viajamos a Jenu a dar la bienvenida al Nilo e hicimos ofrendas en su capilla. Más de una vez había sospechado que su padre Tutmosis había llevado a cabo tratos en secreto con Hapuseneb temiendo que su hijo no viviera el tiempo suficiente para casarse con ella o darle un heredero al país. Pero aunque tuve la tentación, jamás me atreví a preguntárselo a ninguno de los dos.

Hapuseneb nunca me habló de ella como persona, que su devoción fuese por algo más que su buena política, sus capacidades, por su extraordinario talento. Yo con él jamás hablé de mis sentimientos por ella por mucho que ya lo supiera y la situación fuera evidente, cosa que sí que había hecho con Sat-Ra, con Nehesy, Djehuty, mi hermano. Tampoco sé si ella le hablaba sobre nosotros, aunque supongo que sí y que él conocía de sus propios labios cada detalle de lo que se le pasaba por la cabeza. Él tampoco me hablaba mucho de su esposa, de sus hijos de vez en cuando porque todos ellos

tenían algún puesto en el templo y sus hijas también se llevaban bien con Neferura de haber estado juntas en el Men-Set. Pero cuando vi a su mujer en los funerales me sorprendí dándome cuenta de que apenas habíamos cruzado un par de palabras en toda la vida. Él vivía en una residencia a las afueras de Tebas, como la mayoría de los nobles, pero pocas veces nos vimos allí, y parecía que deseaba tener esa faceta de su vida alejada y completamente separada de su gran posición en la corte.

Siempre intuí la razón, y cuando llevamos su cuerpo a la cámara funeraria y el sacerdote de Anubis se dispuso a hacer el ritual de la apertura de la boca, yo sin querer me quedé mirándola a ella. Vi su tristeza mientras sujetaba ella misma los utensilios que el sacerdote iba tomando de sus manos, y al final encendió todos los recipientes de incienso alrededor de su cuerpo. Por un momento se cruzó con mi mirada y al instante continuó dirigiendo los rituales. Me pregunté por primera vez cómo me habría visto él a mí. Qué le habría motivado a hacerse a un lado, dejarme a mí el camino que le hubiera correspondido a él antes de que yo irrumpiera en sus vidas.

Pensé y se me vinieron tantos momentos a la cabeza ese día. De regreso a palacio, mientras atravesábamos el Nilo en la barca real, no cruzamos una sola palabra. Ella se sentó en su silla en el pabellón real y con una copa en las manos de la que no bebió en absoluto, se quedó perdida en las montañas que dejábamos atrás. Con ella estaba únicamente Neferura y sus servidores. Yo no me atreví a acercarme, pero no pude dejar de mirarla ni un instante desde cubierta. Tampoco supe nunca hasta qué punto ella se había dejado llevar por esa confianza que siempre le demostró y que muchas veces había despertado mis celos. Pero aunque Hapuseneb jamás me dijo nada y ella nunca hizo mención a esa posibilidad, a veces le vi mirándola con los mismos ojos que yo la miraba. Por su parte, nunca estuve seguro si antes o después de conocerme pudo haber una cierta intimidad entre ellos. Ella me demostró mil y una vez que nadie podría reemplazar el lugar que yo ocupaba en ella, pero a veces no podía evitar preguntármelo. Sin embargo, esa tarde, mirándola desde la distancia y justo en el instante en que se levantó de la silla cuando llegamos al embarcadero, comprendí que eso era lo de menos, porque yo había sido siempre su elección.

Trece

Badia levantó un momento la vista del papel al escuchar que una persona pasaba a su lado a buscar un libro en la estantería de la sección donde estaban sentados. Estaba con Jake en la biblioteca del instituto para releer por última vez el guión antes de darlo por concluido.

- Tendré que aprendérmelo de memoria – suspiró, volviendo la mirada al informe y terminando de leer los últimos párrafos.

Jake sonrió, pues suponía que ya podría repetirlo entero sin ni siquiera consultar los diez folios en los que se resumían las preguntas, las dudas y los puntos más importantes de su investigación.

- Bueno – le dijo él, viendo que ya no había nada más que hacer con ello –, pues vamos a entregárselo al señor Donovan.
- Vamos.

Él les había dicho que estaría toda la mañana en el despacho que siempre le prestaban en el instituto, y en silencio se dirigieron hasta allí. Jake llevaba los papeles en una carpeta, y mientras subían en el ascensor al tercer piso del instituto Badia se quedó mirándola ausente, pensando mucho más allá de lo que contenía. Sabía que estaría de acuerdo, y como mucho les haría algunas pequeñas correcciones, pero aún así, en el mes que ya llevaban allí, aún no podía hacerse a la idea de que estuvieran dando los últimos retoques a lo que tanto había esperado, y menos que todas esas palabras le sirvieran para hacer frente a ese momento.

Al llegar ante la puerta acercó un momento el oído y al escuchar las teclas del ordenador e intuir que el señor Donovan estaba dentro, tocó con un par de golpes secos. Escuchó su permiso para entrar y antes de sentarse Jake puso la carpeta en la mesa.

- Veamos – susurró en silencio.

Lo leyó delante de ellos y al terminar asintió dándoles su aprobación. Con lo que ella había hecho en el tiempo que estuvieron fuera, y Jake por su parte en Inglaterra, habían expuesto primero todas las dudas que a través de las investigaciones no habían podido resolver, y que Badia en su momento intentaría dirigirle para que le

aclarara esos puntos más oscuros. Después habían resumido todo aquello que daban por seguro y que él les debería confirmar, y por último una lista de preguntas con las dudas que les habían ido surgiendo a lo largo de esos años.

- Bien – asintió levantando la mirada hacia ellos y dejando de nuevo los papeles sobre la mesa –. Y ahora dime Badia, ¿cómo vas a llevarlo a cabo?

Por un momento se quedó mirándole en silencio, pues aunque ya sabía perfectamente cómo lo haría, aún había algo que quería consultarle y que ya lo había pensado más de una vez.

- En los próximos días voy a practicar con Arianne para saber cómo tengo que introducirle la inyección para despertarle y la otra para cuando terminemos – comenzó –. Una vez que me vea, que yo compruebe que todo ha salido bien, le explicaré donde supuestamente se encuentra, y que voy a pesar su corazón. Y después dejaré que me hable encaminándole por todo eso que usted ha leído.

Él asintió estuvo conforme.

- Pero me gustaría darle una cierta libertad para que sea él quien me hable – le dijo al final con cierta precaución.
- ¿Qué quieres decir? – se sorprendió.
- Que a pesar de que voy a basarme en todo eso que hemos hecho – le señaló los papeles –, me gustaría que él también tuviera el privilegio de contarnos cosas que sólo puedan estar en su cabeza.
- Ten cuidado con eso Badia – le previno –, se te puede ir de las manos.
- Al fin y al cabo, si lo que nos tiene que contar es su vida, quién mejor que él para guiarla.
- Recuerda que tienes que adaptarte a un tiempo.
- Lo sé.
- En ese caso, está en tus manos – le consintió.

Se levantó un momento para hacer unas fotocopias de los documentos y quedarse él con una copia, y en seguida les devolvió a ellos el original.

- Dudaba que dijera que sí – le dijo a Jake en voz baja nada más salir de su despacho.
- Al final has conseguido en parte lo que querías – sonrió –. Ya sabes que a mí me parecía bien.
- Y yo creo que el señor Donovan ha entendido que lo mejor para conseguir ciertas respuestas es dejarle a él que nos hable de cosas que ni siquiera sospechamos y que no podría preguntarle porque jamás se me podría haber ocurrido.

EN ESAS SEMANAS ARIANNE había hecho suyo el laboratorio, y poca gente aparte de ella, sus ayudantes y los médicos y cirujanos que

colaboraban con ellos, tenían permiso para entrar allí. Habían comenzado a reemplazar los órganos sintéticos del cuerpo por las muestras reales que habían traído de Inglaterra, y cuando Badia se acercó hasta allí y vio que la puerta estaba cerrada supuso que aún estarían trabajando. Miró el reloj y sabía que no le quedaría mucho para terminar, así que espero vagando entre las estanterías que se abrían a los lados del pasillo. En cuanto oyó la puerta esperó a que todo el mundo se marchara hasta que dentro sólo quedó ella.

- ¿Se puede? – le dijo desde la puerta.

Arianne estaba en la pila lavándose las manos y al verla sonrió y asintió. Había quedado con ella en ir a buscarla para ir a comer, y mientras terminaba de recoger, Badia se sentó en una de las sillas viéndola ordenar cada uno de los frascos que habían utilizado, limpiando la encimera y al final poniendo la clave a la cámara.

- ¿Qué tal vais? – le preguntó al cabo de un rato.
- Bien – le contestó quitándose la bata –, hoy hemos terminado con la parte inferior del pecho. La semana que viene trabajaremos con los pulmones, y en el próximo mes todo lo demás.
- Que nervios – suspiró por un momento, deseando verlo por fin terminado.

Desvió un momento la vista hacia la salita con el jardín que también iba tomando forma poco a poco, y supo que aún quedaba mucho que preparar.

- Esta tarde comenzamos a ensayar, ¿no? – le recordó a su hermana.
- Sí.

Ya le llevaba insistiendo durante los dos últimos días que debían empezar cuanto antes a practicar, pues ella tenía que ocuparse todavía de otras muchas cosas y no quería que se les echara el tiempo encima.

- Ya estoy – le avisó al terminar –, vamos a comer.

Ese día se quedaron en el restaurante del instituto, y entre las miles de cosas de las que siempre hablaban, Badia no dejaba de comentarle sobre lo que ahora ocupaba la mayor parte de sus preocupaciones. Desde hacía un par de días había empezado a buscar en Luxor alguna modista que se encargara de hacerle el vestido para el día que pusieran en marcha el experimento, y esa misma mañana ya había hablado con una de ellas para que le hiciera un dibujo de cómo debía ser el traje. Ella le había llevado un par de modelos impresos a los que tendría que adaptarse, y en tres días volvería a su tienda para ver lo que le había hecho. Pero a parte de eso, necesitaba también todos los complementos. Llevaba varios días pensando en contactar con el señor Marzuq y pedirle que le dejara buscar entre las colecciones y las piezas de los almacenes del Museo de El Cairo algo que se adaptara a lo que quería. Sabía que él le permitiría tomar lo

que necesitara. Ya había recorrido los museos de Luxor pero no había nada como lo que ella tenía en la cabeza.

- Si no lo encuentro allí – rió Badia –, dudo siquiera que exista.
- No creo que sea tan difícil.
- No… – se encogió de hombros –, pero lo que he visto, o es demasiado frágil para utilizarlo, o está roto, o no es exactamente como quiero.
- Qué exquisita – sonrió.

Esa misma tarde, antes de regresar a casa, se decidió a mandarle un e-mail al señor Marzuq para pedirle una cita lo antes posible, y a la mañana siguiente a primera hora ya tenía la respuesta. Pero aparte de su hermana, con quien más había estado hablando de ello, quien le estaba ayudando realmente era Jake. En cuanto leyó el e-mail preguntó por él y le dijeron que estaba en el yacimiento donde se encontraban los restos del palacio real. Salió de inmediato hacia allí y lo encontró organizando unos bloques de piedra que trasladarían a la sala del instituto y que les serviría para recrear las columnas del pórtico del jardín.

- ¡Jake! – le llamó desde lo lejos, al borde de la barandilla que delimitaba el yacimiento.

En cuanto la vio, ella le hizo un gesto para que se acercara.

- ¿Qué pasa?
- En una semana nos vamos a El Cairo.
- Perfecto – asintió, adivinando de inmediato el motivo.

Durante el viaje, Badia llevó consigo los dibujos que le había hecho la modista de lo que sería su vestido y mientras Jake iba pendiente de la carretera, ella iba pensando y hablando de las joyas y los complementos que le irían mejor, repasando en su cabeza los cientos de imágenes que había visto a lo largo de su vida sobre muros, estatuas, papiros. Pasarían un par de días en la ciudad. Cuando llegaron ya de noche, y no hicieron otra cosa que buscar el hotel.

El señor Marzuq ya le había dicho en el e-mail que estaría dispuesto a ayudarla en lo que necesitara y que pondría todo de su parte para que pudieran tomar prestado del museo cualquier pieza. Cuando esa mañana les recibió en su despacho notó esa misma disposición que siempre les había mostrado, y con ellos delante hizo un par de llamadas para conseguirles permisos especiales de acceso y avisar a ciertos contactos para que les recibieran esa misma tarde.

- Ya está todo – les dijo en cuanto colgó el teléfono y sacó unos cuantos papeles de la impresora para firmarlos él personalmente –. No deberían tener problemas.

Badia cogió los impresos que le entregó, y asintió dándole las gracias nuevamente por todo.

- Si les ponen algún impedimento, vuelvan mañana a esta

misma hora – les advirtió –, e iré yo con ustedes.

- Muy bien – asintió Badia –. Muchas gracias.

- Tras observar un momento los papeles los metió en su sobre y los guardó en el bolso. Esperaba que como le había dicho, no tuvieran problemas, pues ya tenían la experiencia de todas las restricciones que les solían poner por ser ellos quienes eran.

Nada más salir del ministerio de la cita con el señor Marzuq vieron que aún ni siquiera eran las diez y media de la mañana, y hasta las cuatro de la tarde que les habían concertado otra cita con el encargado del registro, decidieron ir ya hacia el Museo y visitarlo por enésima vez. Prácticamente ya se sabían de memoria dónde se situaban los objetos más reconocidos, aunque entre tantos miles de piezas y restos, en cada visita descubrían alguno de ellos que siempre les llamaba la atención y que hasta entonces se les había pasado desapercibido. Entre los turistas que vagaban de una vitrina a otra, ellos recorrieron la gran sala central hasta detenerse en una que contenía alguno de los objetos que habían pertenecido al ajuar de Amenhotep II.

Badia leyó en silencio una inscripción que había en la parte superior de una paleta para la quema de incienso como ofrenda a Amón, pero de inmediato se le fue la vista a una barca de oro en miniatura que había al lado. Era una réplica perfecta de lo que habría sido una de las embarcaciones reales del Nilo, con sus remos, la tripulación, el pabellón real con todos sus detalles, pero entre todo, vio que los laterales de la parte exterior del casco estaban adornados con palabras inscritas.

- Ya no me acordaba de esta maravilla – sonrió, haciendo un gesto a Jake para que se acercara un poco más –. Mira, aquí se nombra a Meryt-Ra.

Le señaló un grupo de jeroglíficos de la parte inferior, y en voz baja leyó desde el principio lo que decía. Después de pasar las primeras líneas dedicadas a Osiris, a Isis, a Ra, para que acogieran su espíritu y fueran justos permitiéndole al rey acceder a la barca sagrada de Ra y recorrer el cielo con él, llegó a la parte que le pareció más interesante, y que hacía referencia a ciertos aspectos que a ella le decían mucho a pesar de que podría haber pasado por cualquier otra inscripción de ofrendas.

- Ofrenda hecha en honor a Isis, Señora de la Magia, madre de Horus; a Hathor, Señora de Occidente; a Mut, esposa de Amón que reside en el Templo de Isheru, para Meryt-Ra, madre del rey, para que prepare en la Tierra de Osiris la comida para este difunto. Ella que ha actuado según su corazón, la madre del rey, Meryt-Ra, justificada. Ahora este difunto, Amenhotep, he aquí que desciende feliz, con el corazón alegre, porque su familia le será restituida en Occidente.

Badia sonrió en silencio al evocarle su propia voz la esencia de todo lo que había leído. Reconocía en aquella inscripción alguna de las preocupaciones que tenían todos los egipcios y que se veían plasmadas desde el origen de su civilización. También los reyes deseaban reencontrarse con su familia en el Más Allá, pero en ese caso se le vinieron otras muchas cosas a la cabeza. En ese caso podía intuir la vida de la persona que había realizado aquello, e incluso podría decir que en cierta manera les conocía.

- Amenhotep – dijo en voz baja –, hijo de Meryt-Ra y Tutmosis III.

- Y rey de Egipto – sonrió Jake mirándola de reojo –. Siempre me ha parecido curioso – le dijo mientras se incorporaban, caminando despacio entre otros muchos objetos –. Al final la sangre de la reina no se perdió. Era una de las cosas que más le preocupó en vida, la legitimidad de la persona que ocupara el trono, y al final en cierto modo, consiguió lo que se propuso.

- Sí – se consoló –. Al menos todo su esfuerzo no fue en vano. Aunque no creo que ninguno se imaginaran que fuera a ser Meryt-Ra la que continuara su linaje, y ni siquiera que ella misma pensara que algún día ocuparía el puesto de su hermana. Ni aunque la reina lo hubiera visto con sus ojos lo hubiera creído.

- Sí – asintió Jake –. De niña apenas se tienen documentos referidos a ella, y cuando se la nombra prácticamente es por cortesía.

- Sin embargo, acabó siendo la gran esposa real y madre del rey.

- Tutmosis la necesitaba para legitimarse – afirmó –, una vez que hubo terminado con las grandes campañas, cuando se decidiera a gobernar desde Tebas, a comenzar con las edificaciones que plasmarían su nombre, sus éxitos, todo lo que había sido su vida, se encontraría con el problema de que en ese pasado había gente a la que no quería nombrar.

- Pero debía. Y muchos le obligarían a recordar que si estaba donde estaba había sido por su tía y la realeza completa que le había dado su hermana. Cuando Neferura muriera se encontraría con el problema de que él por sí mismo no tenía la suficiente legitimidad para ocupar el trono de Horus.

- Y la solución fue fácil.

- Pero estoy segura de que a Meryt-Ra no le debió parecer tan buena idea – sospechó –, ¿por qué si no mandó ser enterrada en la tumba de su hijo y no en la que Tutmosis había ordenado para ella? Quizá debieron llegar a un tipo de acuerdo entre los dos, ella era su esposa y todo lo que ello implicaba y él le dio su palabra de respetar su memoria y su acceso al Más Allá. Vería todo lo que estaba sucediendo con su hermana, su madre, y aunque debió mantenerse en

un segundo plano respecto a él, quizá siempre le quedará cierta desconfianza porque le ocurriera lo mismo a ella.

- O quizá simplemente estuviera de acuerdo porque, como tú has dicho, ella jamás se imaginó siendo la Señora de las Dos Tierras.

Badia se quedó en silencio y durante un rato siguieron caminando entre las vitrinas, pensando de nuevo en lo que pudo ser su vida y la de su familia, deseando saber con certeza cada uno de los hechos que debió sucederse en el seno de la familia real, sus circunstancias, sus motivos y sus intenciones.

- Qué pena que todo eso que vino después no lo vayamos a saber con seguridad – suspiró, pero sin embargo, acabó sonriendo –. Bueno, pero parece que al menos estamos de acuerdo en esto.

- Es lo más lógico – se encogió de hombros.

- Bueno, recuerda cuando estuvimos en Deir El-Bahari y también nos parecía muy lógico lo que supusimos que íbamos a encontrar en la sala del almacén.

Rieron un momento, antes de que Badia pudiera atisbar ciertas piezas con las que había trabajado. Se acercaron hasta allí y de nuevo vio aquel vestido que ella misma había sacado de su caja y que había ordenado restaurar. Sonrió orgullosa, pues consideró que le había quedado muy bien, y sobre todo pensando que pronto ella tendría el suyo propio.

13

Cuando mi padre me decía que estudiara, cuando me obligaba a ir cada día a la Casa de la Vida y yo me quejaba porque me aburría, y me enfadaba porque todo lo que me enseñaban yo lo aprendía en seguida, me solía dar un cachete y me tenía toda la tarde sentado en la puerta de mi casa dictándome cualquier cosa que se le ocurría o haciéndome resolver problemas y cuentas del cuaderno de clase. Cuando me dejaba marchar siempre me decía lo mismo: "Senenmut, te he puesto en la escuela con los hijos de los magistrados para que algún día puedas servir a los grandes hombres de Egipto o incluso poder elegir una profesión que te ponga por delante de todos ellos". Al final siempre me acababa sonriendo. Entendía que para él era un gran esfuerzo que yo fuera cada día a Tebas, cuando le hubiera sido mucho más cómodo dejarme en la escuela de Iuny con mis hermanos. Aún así, no creí que lo que me decía algún día se hiciese realidad. Pero igualmente dejaba que me animara y porque además me daba cuenta que a él también le gustaría que fuera así.

Mi madre cuando nos veía, nos miraba a mi padre y a mí con evidencia, pero no decía nada, y pasaba de largo ocupándose de sus tareas en la casa con mis hermanas. Pero una vez les escuché hablar a los dos, y me sorprendí que mi madre me diera la razón. "Quizá quiera hacer otras cosas" le decía ella, "quizá debamos darle la oportunidad de que pruebe cosas nuevas, que pueda elegir, que sepa realmente qué es lo que quiere. El rey está ampliando el ejército". "Sería el mejor escriba de palacio" le dijo mi padre, y yo me sorprendí de que realmente pensara tal cosa de mí. "Vale para ello". "Ya lo sé, Ramose. Pero tiene que ser él quien se dé cuenta". Hubo un momento de silencio y yo esperé. "Le consientes demasiado" le dijo mi padre al cabo de un rato, y en ese momento fue como si pudiese ver la gran sonrisa de mi madre. "Creo que voy a darle una sorpresa", la escuché decir casi en un susurro.

Los siguientes diez días no pude hacer otra cosa que pensar en aquello que mi madre me daría, y una de las tardes que regresó de palacio, cuando estaba empezando a olvidar que pudiera

sorprenderme con cualquier cosa, me preguntó si me gustaría entrenarme en el ejército junto a los hijos de los nobles de Tebas. Le dije que sí y tres días después me presentó ante la reina Meryt-Amón. Fue la primera vez que observé a un miembro de la familia real de cerca y aunque mi madre nos hablaba de ella e incluso en cierto modo me resultase familiar, ya me había advertido de cómo tenía que actuar delante de ella. Intenté no levantar los ojos de sus pies, pero sin querer, continuamente la miraba de reojo con total fascinación.

Muchísimo tiempo después, cuando recordaba aquello se me escapaba una sonrisa, porque más allá de la concepción que yo tenía de la realeza con apenas doce años, me resultó un ambiente cálido, sobre todo cuando en vez de reprocharme por atreverme a mirarla directamente, ella me sonreía ante mi admiración. “Me encargaré de que le traten bien” dijo al final. Pero su protección apenas me hizo falta. A los pocos años de empezar a entrenar en los campos del ejército fui ascendiendo entre los mejores y podía superar incluso a aquellos que llevaban mucho más tiempo que yo bajo la supervisión de los más altos oficiales. Y mientras en la escuela me habían ido frenando, allí ascendí de manera vertiginosa hasta alcanzar las filas del rey.

Recuerdo que a lo largo de los años pocas veces tuve tiempo para pensar en todo ello, pero cuando lo hacía, me resultaba difícil concebir que esa parte de mi vida también fuese mía. Ese día acabábamos de regresar de Jenu de celebrar el año nuevo, y ahora, aprovechando el último día de las fiestas, quería hacer algunas ofrendas a la tumba de mis padres y en la de mis dos animales, mi yegua y un babuino que había sido el preferido de Neferura, que también había enterrado en unos nichos cerca de ellos.

Por un momento eché de menos todos esos años al mirar las pinturas de la sala de las ofrendas, mientras los sacerdotes que me habían acompañado terminaban de hacer los ritos a sus *kau* y a sus nombres. Jamás pensé que aquella combinación de letras y armas, todos esos saberes que parecían estar en mí de forma innata, me servirían para encontrar los caminos hacia los resortes más altos del poder. El camino que me guiaría hasta ella. Y a su lado, lo que sería mi felicidad y mi vida.

Siempre utilicé todo mi talento en su beneficio, pero a mi alrededor también hubo otras personas muy inteligentes y que también querían como yo, protegerla de lo que pudiera estar por venir, mucho más ahora que incluso intuíamos qué ocurriría. Los días libres era cuando todo el mundo aprovechaba para ir a visitar personalmente el progreso de sus tumbas, y ese día, en la colina donde los nobles habíamos elegido nuestra Casa para la Eternidad, pude ver a más gente de la habitual que cuando me dirigía en un día normal a

trabajar en la orilla oeste. Al salir de la tumba de mis padres me dirigí a la mía, a pocos metros, y recuerdo que lo primero que pensé al llegar fue que aún quedaba mucho por hacer. Durante unos minutos me evadí por completo de todo lo que me rodeaba mirando la estatua de Neferura y mía que había en la entrada, planificando todo lo que quería que fuera escrito dentro.

"Al final supimos salir del paso", me dijo de repente una voz a mis espaldas, y al girarme vi Puyemra. Me sorprendió su interrupción, pero cuando me dijo que quería hablar conmigo, volví a darme cuenta de la situación. Ni siquiera allí podría eludir la realidad tan grave en la que nos encontrábamos. "Sí" asentí. Los dos sabíamos que en cuanto Tutmosis volviera de su expedición ya no atendería a más contemplaciones. No sé si en algún momento albergué la esperanza de que muriera, yo y todos nosotros, de que el destino pudiera hacer lo que ella no me permitió cuando pude hacerlo y haber evitado la coyuntura en la que nos encontrábamos; o si era eso lo que ella pretendía detrás de sus otras razones. "Pero no quiero hablar de ello" dijo en seguida, "Quiero decirte, aunque ya lo sepas, que apoyo a la Señora de las Dos Tierras de manera incondicional, como reina, como rey y como dios. Apoyo a su hija como su heredera, como la persona que debería recibir el país de su madre" me miró un momento, y ahora su expresión era mucho más grave. Esperé a que me dijera lo que realmente quería decirme, porque todo eso no era nuevo para mí. Siempre nos había brindado su mano y junto a Hapuseneb no había otra persona más importante que estuviera de nuestro lado en el templo. Sin embargo, también me había dicho alguna vez que llegado el momento tendría que ponerse a disposición de Tutmosis si así debía ser y Amón daba su consentimiento. Podría resistirse a él, pero no a los mandatos del dios.

"Yo también quiero proteger su nombre", me dijo firme, y aunque su afirmación no me resultó extraña, sí el matiz con el que me habló. "¿Tú también?" le pregunté extrañado. "¿A qué te refieres?". "¿De verdad no puedes imaginarlo?" me contestó, "Creí que era evidente". Y al ver su sonrisa cómplice, su silencio esperando a que yo dijera algo, vi la respuesta. Había descubierto lo que tan bien creía haber escondido, el secreto que tenía con ella, pero lo que más temí fue que como él, otros también pudieran haber intuido el significado de todos aquellos símbolos que yo había creado para escribir su nombre. Reconozco que tuve miedo, y no dije nada, quizá con la esperanza de poder negarlo de alguna manera, por mucho que él jamás pudiera hacer nada en su perjuicio.

Pero a la vez no supe como evitarle. "Pensé que tú podrías decirme lo que significa una cobra tocada con la corona del sol en forma de *ka*", continuó al ver que no contestaba. Me estaba dando

confianza, pero yo no quería reconocerlo. Sin embargo, al instante rió en silencio ante mis dudas y la desconfianza infundada que pareció no molestarle. "¿Por qué no hablamos claro?" me dijo, y en ese instante estuve dispuesto a reconocerle lo que tan bien había intuido. "Hablemos claro" contesté. Qué mal podía hacerme, todo lo contrario.

No nos habíamos movido en todo ese tiempo del borde de la ladera, en la entrada de mi tumba, y me tomé un momento para mirar el valle que se extendía a nuestros pies, ya oculto entre las sombras de las montañas a esas horas de la tarde. Y allí, yo aún con cierto recelo y él complacido de poder seguir sirviendo a su señora tras la muerte, me garantizó que su nombre estaría a salvo. Pero yo a cambio le pedí que debía ser yo mismo quien los escribiera. Aceptó y en cierta manera me sentí tranquilo cuando los vi escritos en los frisos de su tumba.

EN LOS MESES EN QUE TUTMOSIS estuvo ausente, Tebas se sumió en la incertidumbre mientras todos aparentábamos ese equilibrio que no existía, los homenajes que le rendían a ella y a mí tan sólo de nombre. Y al final, tras su regreso y un año de pugnas, luchas, en que realmente todos creímos que estallaría una guerra entre ambos, ella le cedió lo que su sobrino le exigía.

Recuerdo la tarde en que decidió hacerlo. Muchas veces me había dicho que aguantaría hasta el final, pero por encima de su orgullo, estaba Egipto. "Lo único que no haré será echar a perder todo esto que hemos construido" me dijo. "No me perdonaría jamás haber sido la causante de una guerra que arruine mi país. Antes me arrodillo y le beso los pies que ver a las Dos Tierras sumidas en una guerra civil". Se había levantado del trono después de quedarnos solos tras dar por terminada la audiencia de la tarde. Ese día de nuevo había acabado discutiendo con Tutmosis, esta vez por el nombramiento del gobernador de una de las provincias. Yo estaba en pie a su lado y me miró con una sonrisa afligida que me delató que todo eso de lo que me hablaba era cierto. "Y quiero que tú me apoyes", me susurró, "por favor". Asentí, conmovido en parte por aquella última súplica, pero en sus ojos noté que se estaba resignando a compartir el mundo con él, como siempre debía haber sido e incluso invertir el orden para que ahora Tutmosis se colocara delante de ella. Entendí que me estaba diciendo que esta vez no diera motivos para nuevas disensiones.

"Mañana le daré plenos poderes sobre el Norte" me dijo, y tras un silencio en que no dejó de mirarme, me habló intentando mantenerse firme. "Mañana recibirá de tus manos la Corona Roja". Por supuesto que la apoyaría en todo en lo que me pidiera, y esta vez no sería diferente. Le daría a su sobrino todo el poder que hasta ese momento había sido mío, lo haría si eso era lo mejor para las Dos Tierras, y aunque hubiera sido únicamente su petición y su deseo,

también lo hubiera hecho. “¿Por qué?” le pregunté aún así, aunque ya me había dado sus razones, aunque las entendía y yo también las apoyaba, aunque yo hubiera hecho lo mismo. Pero supongo que me salió sin querer, porque a pesar de todo, también recordaba el esfuerzo, nuestros éxitos, lo difícil que había sido llegar hasta allí, las alegrías que nos había brindado el poder cuando aún no teníamos límites, la felicidad por ver construirse todo ello y ser nosotros los responsables. Aún no quería ceder.

Vi que se contenía, que estaba intentando dominar todos sus reproches por aquella pregunta que le había ofendido. Se volvió a sentar, agarró fuerte los reposabrazos y respiró hondo antes de levantarse de nuevo. Yo la miraba con cautela casi sin atreverme a respirar. También intuía que con quien menos hubiera deseado discutir era conmigo y que eso era lo único que le hizo callar. Se alejó unos pasos de mí, me dio la espalda, y al rato se giró con un movimiento brusco. “¿Por qué?” me repitió ella con un tono irónico. Era lógico que me reprochara, cómo si para ella hubiera sido fácil tomar esa decisión, y así me lo dijo. “¿Quieres saber realmente por qué?” continuó, y en un ademán que hice para bajarle la mirada ella me ordenó que la mirara a la cara. Jamás me había costado tanto hacerlo, e incluso sentí que me estaban clavando cientos de agujas al intentar mantenerme firme en sus ojos.

“Esa misma noche” me dijo, aludiendo al día en que el ejército había regresado a Tebas, “Tutmosis vino a buscarme a mi habitación, ¿y quieres saber lo que me dijo? ‘Tía, la regencia ha terminado’. Por todo lo que te acabo de pedir, puedes suponer lo que le dije: Nada. No fui capaz de decirle nada. Hasta que él me preguntó si sería yo o debía ser él quien anunciara ante las Dos Tierras esta nueva realidad. Me enfadé, le levanté la voz. ‘Yo soy el rey’ le dije, ‘y ocuparás tu lugar cuando yo muera’ ‘No te olvides de que yo también lo soy’ me contestó. Se quedó callado, mirándome a los ojos y supe que me estaba amenazando. He estirado el tiempo, le he rehuido durante un año, pero justo anoche vino a recordármelo. ‘Tía’ me dijo, ‘no me obligues a demostrártelo por la fuerza’ ”. Por un momento me atravesó aún más con la mirada, y yo en ese instante comprendí mucho mejor por qué había decidido renunciar a una parte de su poder justo en ese momento. No me había mencionado ese incidente, pero tras un año, entendí que no podía soportar más la presión.

Me lo había dicho despacio, pausada, y había acabado hablando en un susurro; sin embargo, su tono marcó toda su amargura. Sabía lo mucho que también le dolía verse apartada de lo que le pertenecía, y al instante me arrepentí de habérselo hecho recordar aún sin saberlo de antemano. “Sabes que lo haré como tú digas” le dije al final, pero ella simplemente suspiró y me dio las gracias. Algunos meses después

me enteraría de otros motivos, ella misma me confesaría que no se veía ya capaz de dirigir el reino, que sentía que poco a poco se le escapaban las fuerzas. Pero sin ni siquiera saber eso, en ese momento para mí fue suficiente con todo lo demás.

Y así se hizo. Durante meses había estado cegado por esa obsesión de negarme a aceptar que las cosas no saldrían como yo había querido. Cuando Tutmosis tomó de mis manos al día siguiente la corona que ella había consagrado para él en la Sala de la Coronación del templo, me sonrió sincero y recordé entonces todos aquellos años que habíamos trabajado juntos. También recordé cómo le había criado desde pequeño, y sobre todo me dije a mí mismo que no sería tan malo que él ocupara el trono. "¿Aún querrás estar a mi lado, Senenmut?" me susurró él justo antes de salir de la sala. Le miré, ya coronado, orgulloso de haber tomado al fin lo que creía que le era legítimo. Consiguió exasperarme con su pregunta, pero me di cuenta que su petición era sincera. Quería saber que aún podría acudir a mí en busca de consejo, pero con ello, de manera implícita también me estaba obligando a declarar mis intenciones respecto a él.

Asentí, y con ello, acepté también su legitimidad. Vi que su sonrisa se hacía aún más grande, y esperó un instante mirándome a los ojos antes de continuar. "Lo habéis hecho muy difícil" me dijo en voz aún más baja, tanto que tuve que hacer un gran esfuerzo para entenderle. "Ojalá este día hubiera tenido lugar mucho antes". Pero ya no me importó y no le dije nada. Al fin y al cabo, como ella me dijo muchas veces, ningún hombre más que él contenía sangre real por mucho que no fuera la suya. "Al menos sí la de mi padre" me había dicho alguna vez. Y yo quise pensar únicamente en eso, reconocer que él sería un buen gobernante, ya sólo fuera porque todo lo que sabía lo había aprendido de nosotros. Intenté no olvidarlo ninguno de los días hasta que Anubis vino a por mí, y supe que no lo haría cuando esa tarde le vi aparecer en el Balcón de las Apariciones de palacio de la mano de Neferura para presentarse ante la ciudad entera como soberano y Señor del Bajo Egipto. La miré a ella desde los pies de las columnatas donde estaba, y recordé el día que salió para ser presentada con sus nuevos títulos de Esposa del Dios. No sé cómo supo encontrarme entre la gente nada más poner un pie en el balcón, y desde lo alto le distinguí una sonrisa antes de volver la vista al frente, iluminados los dos directamente por los rayos del sol. Me quedé tranquilo, porque si Neferura estaba con él, todo iría bien.

Catorce

Con el bolígrafo en la mano leyó por encima las condiciones del préstamo y en las que no se entretuvo mucho porque ya había hecho eso cientos de veces, y siempre eran las mismas. En seguida se puso a rellenar todos los datos que le pedían mientras el encargado revisaba toda su documentación y sus permisos. Una vez que le entregó los papeles para que él también los firmara y ella tuvo su copia, volvieron a los fondos del museo para que le entregaran los objetos que había pedido. Desde el primer momento había ido buscando unos restos de unas excavaciones que se habían realizado hacía un siglo en una de las ciudades del Delta. Recordó de cuando estuvo trabajando allí en el museo para el señor Marzuq, haber visto unas cajas en las que se marcaba que contenían objetos de un ajuar funerario de una reina y ofrendas que había hecho en honor a Maat. Pero entre tantas piezas, al final dudó si simplemente lo recordaba porque era lo que deseaba encontrar.

- Quizá no deberías empeñarte tanto en encontrar precisamente eso – le decía Jake tras horas de búsqueda –. Hemos visto decenas de coronas, pulseras, joyas, cinturones… y de todo eso sólo has sido capaz de elegir unas sandalias.

Badia rió, mirando de reojo al encargado que llevaba consigo la única reliquia por la que se había decidido. Había sido difícil encontrar unas que se adaptaran a su talla y que estuvieran en buenas condiciones, y después de todo eso era lo menos importante. Pero Badia insistió un poco más.

- Si lo que te digo son ofrendas hechas a Maat – le dijo –, será lo más adecuado que pueda ponerme. Después de todo, supuestamente ese día yo seré Maat.

- Puede que incluso cuando las encontremos no las puedas utilizar.

- Entonces – le dijo, volviendo su atención a su alrededor, procurando que no se le pasara ningún detalle por alto –, ya tengo pensadas un par de opciones que he visto. Me ha gustado una cinta de oro para el pelo con grabados que hemos visto al principio, habría que

ver si me vale, y he visto también un colgante con una pluma del visir Rejmira. Me gustó mucho. Era bastante grande así que la utilizaría para ponérmela en la cinta en el lado izquierdo, como lo lleva siempre la diosa. Y bueno, de brazaletes, pulseras, tobilleras, pendientes, pelucas y todas esas cosas, la colección de la reina Tiyi que hay arriba en el Museo está en muy buen estado.

- ¡Pues por qué no lo eliges ya!

Badia se dio cuenta que estaba cansado, ella también, y estaba a punto de dejarlo cuando al pasar por un pequeño vano ovalado al final de todo el pasillo, vio en las cajas las fechas y las dataciones exactas. Después de toda la tarde recorriendo pasillos, estanterías, abriendo cajas en vano, con la humedad y el aire enrarecido de algunas de las secciones que no se abrían en años, decepcionada y sin encontrar nada que se adaptara a sus gustos, al fin dio con lo que llegó a pensar que no eran más que imaginaciones suyas.

- Lo sabía – sonrió.

Pero al abrir las cajas tuvo que darle la razón a Jake. Estaban demasiado deteriorados como para atreverse siquiera a sacarlos de su sitio, ni tampoco les daría tiempo para enviarlos a restaurar. Volvió a dejarlo todo donde estaba y al final tuvieron que retroceder sobre sus pasos para elegir aquella alternativa que ya tenía pensada.

Ahora al fin tenía esos objetos consigo, embalados, y bien protegidos para que no se dañaran durante el viaje. Aún así, durante todo el trayecto no dejó de mirar hacia la parte trasera donde los habían asegurado a los asientos con cinturones y cuerdas. Ella misma se encargó de llevarlas hasta una de las estanterías que había cerca de la puerta del laboratorio, y no los volvió a tocar hasta la semana previa a su experimento.

* * *

Cada cuatro o cinco días Badia se pasaba por la tienda de la modista para probarse el vestido y comprobar que todo fuera en orden. A sólo un par de semanas de terminar el proyecto, mientras en el instituto ya se estaban dando los últimos retoques, ella se escapó unos minutos antes para ir a verla. En su última visita le había dicho que la próxima vez que fuera lo tendría terminado y Badia estaba impaciente por verlo y probárselo sin ninguna aguja o hilván de los que siempre tenía que tener cuidado. Entró a través del vano, cubierto tan solo por una cortina de abalorios de madera y hueso, y a su sonido, oyó unos pasos de la parte interior de la casa. La tienda tan sólo era el recibidor acondicionado para atender a los clientes, pero aún así, podría haber pasado por cualquier pequeño almacén donde se guardaban rollos de tela y todo tipo de utensilios de costura

aparentemente sin ningún orden. Delante de las estanterías que había junto al vano interior había una mesa alargada y debajo de ella un cesto con remiendos, también un par de taburetes, unas escaleritas de madera y sillas plegables apoyadas sobre las patas. Badia se había quedado abstraída en ello, nerviosa, pensando en cómo habría quedado su traje, pero al instante vio a una niña pequeña que salió y al verla, volvió corriendo al interior. Unos segundos después vio a su modista salir a su lado y en sus manos traía el vestido.

- Pruébeselo – le dijo –, por si acaso tenemos que arreglarle algún detalle.

Badia asintió de inmediato y después de quitarse su ropa, dejó que ella le pusiera y le colocara el vestido. Le acercó uno de los taburetes y le indicó que se subiera. Badia sentía las manos de la mujer revisando cada pliegue, cada costura de los bajos, en la cintura, los tirantes, pero ella, paseando la mirada a su alrededor, esperó a que comprobara que había quedado perfecto. Escuchó que le preguntaba a su hija si ella veía algo mal y al mirarla de reojo notó cómo la miraba fascinada. Y al final le preguntó a ella cómo se sentía con él, si estaba cómoda, si había quedado a su gusto, y ella sólo pudo decir a todo que sí. Le hizo sentarse, e igualmente no encontró ningún defecto.

- ¿Quiere verse? – le preguntó antes de que se lo quitara.
- Claro que sí.

Badia sonrió cuando le sacó del interior de su casa un espejo de bronce. Era un vestido le lino blanco roto, bordado con zig-zags horizontales verdes y dorados, de escote recto y tirantes anchos, en forma de tubo desde la cintura hasta los pies y un corte vertical para permitirle andar. Al ver su reflejo sintió un escalofrío al imaginárselo con todos los complementos que tenía bien guardados en el instituto. A pesar del tono dorado que dejaba el metal sobre su imagen, comprobó que había quedado bien. Se miraba, y no hubiera podido sentirse más egipcia que entonces; como si en vez de a ella misma estuviera contemplando una de las muchas imágenes antiguas que había visto a lo largo de su vida.

- Es perfecto – le dijo, volviendo la mirada hacia ella.

La modista simplemente asintió, correspondiéndole con una sonrisa, y en cuanto lo tuvo de nuevo doblado, se lo preparó para llevárselo. Después de pagarlo y salir con él envuelto en papel, respiró hondo. Ella ya tenía todo dispuesto, ya no le quedaba más que hacer, sólo prepararse para ese día que estaba a la vuelta de la esquina, y sobre todo ensayar y practicar para que nada pudiera salir mal.

Y ya durante los últimos días, mientras ultimaban y dejaban todo listo, la penúltima tarde el señor Donovan les reunió a los cuatro en el laboratorio. Mientras esperaban, ninguno dijo nada, inquietos por lo que pudiera decirles. Tratándose de él, no podían adivinar lo que

querría hablar con ellos a tan poco tiempo de realizar su experimento, si simplemente quería dejar claras las pautas que seguirían dos días después, o advertirles de algún contratiempo. Arianne había terminado de reconstruir el cuerpo, Glenn la sala, y Jake y ella, que ellos supieran, no le habían dado razones para disgustarle.

Sin embargo, en cuanto le vieron entrar por la puerta todos respiraron tranquilos. Pocas veces le habían visto sonreír aparentemente sin ningún motivo, y ese día sólo venía a invitarles al día siguiente a una cena en su hotel.

- Se lo merecen – les dijo.

Y con otra sonrisa, volvió a marcharse.

NADA MÁS ENTRAR EN EL vestíbulo del hotel, recordó los días que pasaron en El Cairo por intentar eludir la caducidad de sus permisos. Cada vez que habían viajado a Luxor el señor Donovan se había alojado en ese hotel, pero ellos nunca habían tenido la oportunidad de pasar más allá de las puertas de entrada. Sabía que Luxor contaba con alguno de los hoteles más lujosos del país, y también que ese era el mejor de ellos. Ella, como los demás, sólo había pasado de largo de vez en cuando.

- El señor Donovan y sus gustos siempre tan exquisitos – le dijo Arianne en voz baja, casi al oído.

Badia sonrió levemente mirándola de reojo mientras uno de los encargados les guiaba hasta el restaurante, y mientras se sentaban en la mesa que tenían reservaba, el señor Donovan se reunió con ellos.

- Buenas noches – les saludó, antes de ordenar al camarero que les trajera el mejor vino que tuvieran en las bodegas.

Asintió, y en silencio esperaron a que les sirviera a cada uno en sus copas. Badia miró un momento a su alrededor, sin poder apartar de su cabeza cada día que estuvieron recluidos en la capital. Era todo tan parecido. Esa perfección, el lujo de cada detalle que les rodeaba. Mientras esperaban en silencio, recordó una de las noches en que estando en El Cairo la llamó para cenar y advertirle que debería ser ella quien diera la cara cuando al día siguiente se reunieran con las máximas autoridades del país. Confió en ella, y no se permitió decepcionarle, ni a él, ni menos a ella misma. Ya habían pasado años desde aquello, pero aún al recordar ese punto tan crítico en que todo se hubiera echado a perder, casi temblaba porque algo hubiera salido mal. Ahora se sentía orgullosa de haber dado la talla entonces, pero en esa ocasión sabía que estaban allí por un motivo bien diferente. Sin embargo, lo que les esperaba a la mañana siguiente era mucho más importante, lo que marcaría su éxito o su fracaso, y si todo eso que le había hecho renunciar a algunas cosas y desvivirse por otras, había merecido la pena. Y de nuevo la mayor parte de la responsabilidad

dependería de ella.

Volvió la vista a la mesa cuando el camarero terminó de servirles y se retiró con la botella. El señor Donovan tomó su copa de la mano y cuando ellos hicieron lo mismo, les miró a cada uno durante un instante.

- Por el día de mañana – les dijo simplemente.

Pero a lo largo de la cena, además de reconocer a cada uno su lugar dentro de ese proyecto, valorar lo que habían hecho y de agradecerles con aquella invitación el trabajo de todos esos años, no pudo evitar advertirles.

- Ahora más que nunca espero que demostréis vuestras aptitudes – les dijo en un tono firme –, que mañana pueda confirmar todo lo que os he dicho esta noche y no tenga que arrepentirme por haberos elegido para trabajar en este proyecto. Espero mucho de vosotros y os he exigido siempre el límite.

Los cuatro asintieron, pues estaban de acuerdo con ello, pero tras un momento de silencio, pareció que en ese instante la única que le importó fue Badia, como si los demás de repente hubieran dejado de estar presentes.

- Badia – le dijo, y ante aquel tono inflexible, aún más de lo que estaba acostumbrada, y su mirada cortante, de nuevo tembló al sentir el peso de toda la responsabilidad que ponía sobre ella –, mañana darás todo de ti, porque ante él, tú serás la imagen de todos nosotros.

Creyó que le diría cualquier cosa más, pero en vez de eso se puso en pie y dio por terminada la cena.

- Descansen – les despidió en el hall del hotel –. Y no lleguen tarde.

Al poner un pie al otro lado de las puertas les recibió una de las típicas noches de invierno, con una brisa suave, los murmullos de la gente que pasaba a su lado y el tráfico de la calle. Había estado tensa, pero de camino a casa consiguió relajarse en la conversación con sus compañeros, y que se resumió en comentar la cena.

En cuanto dejaron a Jake y a Glenn en el tercer piso, Arianne y ella se sumieron en un silencio que incluso agradeció. Escuchó sus zapatos contra la madera mientras subían por las escaleras, el sonido de la cerradura, y aunque las dos estaban cansadas, no hicieron más que dejarse caer cada una en un sofá sin ni siquiera cambiarse de ropa.

En ese momento, a tan solo unas horas de ver realizado su proyecto, le hubiera gustado hablar con ella de muchísimas cosas, pero en un par de intentos por decirle algo, se quedó callada.

- Arianne – le llamó –, ¿qué piensas?

Pero ella simplemente se encogió de hombros, como si también

le ocurriera lo mismo, alargando el silencio que parecía ser la mejor opción.

- Sé tanto de él – acabó suspirando, sin poder borrar su sonrisa o disimular toda su emoción –. Sé su vida entera. He recorrido los lugares donde él estuvo, he estudiado todo lo que él hizo. Le he dedicado todo de mí. Sin embargo…

No supo cómo explicarle todo lo que le estaba pasando por la cabeza, toda esa inquietud que casi le hacía temblar. Se recostó aún más en el sofá y giró la cabeza para mirar a su hermana, intuyendo que ella tampoco podría dormir esa noche.

- Sólo imaginarme que vaya a tenerlo frente a frente, que vaya a ser él quien me cuente todo cómo él lo vivió. Él. Es que es tan…

Pero en ese instante de nuevo le faltaron las palabras y sólo pudo reír. Arianne sonrió también y al momento se levantó para sentarse a su lado. Se miraron un momento antes de volver a sonreír, pero Badia le apartó los ojos en seguida.

- Es que se me pone un nudo en la garganta que casi me hace que se me salten las lágrimas – rió, sintiéndose incluso estúpida por estar tan emocionada.

- Menos mal que mañana será él quien tenga que hablarte, porque si no…

- Si no… – pensó –. Si no, aún así creo que lo haría bien, ¿no crees?

Bromeó un instante con ella, pero de inmediato respiró hondo y levantó los ojos al techo.

- Es mañana – suspiró –. Mañana…

Y aunque al cabo de un rato se fueron a la cama e intentó coger el sueño, fue incapaz. Aún así, esa vez no fue a molestar a su hermana para entretenerse con ella. Al darse cuenta que estaba dando vueltas sin ningún sentido sin saber si se había llegado a dormir, se levantó y vagó por la casa, del baño a la cocina, de ahí al salón, y por más que intentaba hacerse a la idea, no lograba concebir que todo culminaría en unas pocas horas. Al final cuando notó que el cielo tras las cortinas empezaba a aclararse, abrió la ventana del salón y se quedó allí sin sentir ni siquiera el paso del tiempo.

- ¿Puedo decirte una cosa?

Badia se volvió hacia su hermana, sorprendida por escuchar la voz de Arianne. No dijo nada, simplemente se encogió de hombros y asintió. Arianne se apoyó en el marco de la ventana a su lado y Badia vio que paseaba la miraba por el salón sin borrar su sonrisa de la cara. Tras un momento, quiso hablarle sinceramente. Le dijo que se alegraba de que se quedara con aquella casa, y por una vez le apoyó en todo aquello que siempre le resultó una locura. Badia la había mirado sorprendida, sin entender por qué le estaba diciendo eso justo

en ese momento, y no pudo aguantar para preguntárselo.

- Ya que no he podido nunca hacerte entrar en razón… –suspiró Arianne resignada, pero también volviendo a la actitud con la que le había dado los buenos días –, al menos te dejo en un lugar conocido. Aunque seguro que sin mí no será lo mismo…
- Deja de decir tonterías – rió.

Arianne sonrió también antes de ser conscientes de que el día había comenzado y que debían prepararse para salir al instituto. Cuando llegaron, a pesar de que creían haber llegado demasiado pronto, el señor Donovan ya estaba allí empezando a organizar a todos los encargados.

- Vamos – se les acercó de inmediato el señor Donovan al verlas –. Id abajo, empezad a prepararos. En dos horas deberíamos tener todo listo para comenzar.

No pudieron entrar en el laboratorio. Jake y Glenn estaban colocando el cuerpo de Senenmut en el sarcófago y llevándolo al interior de la sala. Ellas se dirigieron al baño, y allí ya les estaban esperando un par de esteticistas como habían acordado los últimos días. Ya habían sacado de sus cajas todos los objetos que habían traído de El Cairo, y en cuanto entraron, Badia no esperó ni un instante para comenzar a prepararse.

Durante aquellas horas en que se vio rodeada de manos, de la mezcla de olores de los cosméticos, la laca, las colonias, recibiendo únicamente órdenes; ella obedecía cada palabra, pero sobre todo intentaba que el corazón no se le desbocara. Intentaba pensar en otra cosa o dejar la mente en blanco, pero una y otra vez era incapaz de olvidar qué significaba todo aquello. Respiró hondo cuando le dijeron que ya estaba lista, y mientras Arianne fue a avisar en el laboratorio, ella se mantuvo en pie mirándose fijamente en el espejo. Al verla regresar de nuevo y hacerle una señal desde la puerta para acompañarla, pensó en lo último que le dijo el señor Donovan la noche anterior durante la cena, y que le recordó con una simple mirada al entrar en el laboratorio.

Mientras Arianne le había colocado el vestido, las esteticistas la habían pintado, le habían puesto la peluca, y sobre todo cada vez que se miraba de reojo en el espejo de los baños, llegó incluso a sentir que no podría hacerlo. Pero al entrar en aquella sala que había sido su lugar de trabajo durante tanto tiempo, de ver a través del cristal ese escenario que tantas veces se había imaginado, y sobre todo, verles en la sala esperándola a ella, tuvo la certeza de que no habría nada que echara a perder lo que tanto había anhelado y que ahora sólo dependía de ella llevarlo a buen puerto. Sólo tendría aquella oportunidad.

14

Después de más de treinta años ya conocía cada sala, cada pasillo, cada galería oculta tras las habitaciones y los patios. No había nada que yo no supiera. Ella me había mostrado cada secreto que se escondía a resguardo de los muros y las columnas de palacio; sin embargo, hubo un lugar que a mí me reportaba una sensación muy diferente al resto. Y ésos siempre fueron sus aposentos, porque cada vez que acudí allí lo hice para estar con ella. Siempre fueron los mismos, y era lo único que había permanecido constante en su vida. Ni siquiera cuando se convirtió en Esposa Real le pidió a su madre que le dejara la habitación que le hubiera correspondido, ni cuando se coronó rey ocupó el cuarto de su padre y que ahora pertenecía a Tutmosis. "Estoy cómoda aquí" me decía. Y yo también me alegraba de poder reconocer allí muchos de los momentos que había pasado a su lado.

Pero ahora, ni siquiera ella se sentía segura allí. Ahora, además de sus dos criadas personales que dormían con ella, había dispuesto un colchón para que Nehesy pasara allí cada noche. Decía que temía por lo que su sobrino fuera capaz de hacer, pero yo no creía que quisiera hacerle daño, y sobre todo porque no le convenía. No había motivos para que quisiera atacarla, menos ahora que estaba consiguiendo lo que tanto ansiaba de nuestras propias manos. Antes podría estar seguro que intentaría cualquier acción contra mí, porque sólo así hubieran podido derrumbarla. Yo era la seguridad que aún le quedaba para mantenerse en el poder, y al menos mientras yo estuviera a su lado podría estar tranquila.

A veces creía que exageraba, pero esa noche, ante su llamada, recorrí el camino a su cuarto de manera inconsciente, con el único objetivo de acudir con ella. Había mandado a buscarme a uno de sus guardias, parecía urgente, y temí que pudiera haber sucedido algo. Ni siquiera me planteé la posibilidad de que lo hiciera por gusto, simplemente para estar conmigo como antes solíamos hacer.

La puerta estaba abierta y miré un instante al interior antes de pasar. La vi sentada en su tocador mientras sus sirvientas la

arreglaban y ella misma se estaba poniendo sus cremas y perfumes mirándose en un espejo que sostenía con la otra mano. Me quedé en silencio y no le dije nada, pero de inmediato se giró hacia mí. Si había estado inquieto en los pocos minutos que había tardado en llegar, en ese momento cualquier cosa dejó de preocuparme. Me sonrió al verme y sin dejar de mirarme hizo que sus sirvientas se retiraran y cerraran la puerta.

"Hacía mucho que no me mandabas llamar" le dije, pues sólo eso me importó. Se levantó y sonrió aún más. "Hacía mucho que tú no venías". Me reí en silencio ante su respuesta, y sin saber por qué no supe qué decirle. Simplemente había dejado todo de lado y de nuevo volví a sentirme como antes, feliz, tranquilo. Me crucé de brazos y desvié la mirada a sus pies, concentrado en el tintineo de la luz de las lámparas sobre el suelo de plata. Pero al instante la tenía conmigo y le correspondí al abrazo que quiso darme.

"¿Que pasaría si yo muriera?" me lo dijo de repente, en voz baja, sin separarse de mí y sintiendo su voz sobre mi pecho. Temblé, y por un momento no reaccioné, pero de inmediato comprendí que, como siempre, había un motivo que le había empujado a llamarme. Ni la pregunta ni el estar allí eran casuales, aunque ella quisiera aparentar que sí. Antes de decirle nada, tenía que hacerme primero a una idea que jamás había concebido. Sólo pude abrazarla aún más fuerte, me perdí un momento en el color cobrizo de su pelo, aún húmedo e impregnado en aceites, y al instante apoyé mi cabeza en él. Tuve que repetirme sus palabras un par de veces, pero antes de que dijera nada ella quiso decírmelo a la cara y sin rodeos.

"Me encuentro mal, Senenmut" me dijo, "No sé lo que me pasa, pero me encuentro mal". Vi su angustia y lo noté en la manera en que aferró mis manos. Le dije que si había visitado a sus médicos, que cuánto tiempo llevaba así, si alguien lo sabía, si al menos había preguntado a los sacerdotes o había consultado los libros o los oráculos. A todo me dijo que no, que yo era el primero en saberlo. Ni siquiera había hecho ofrendas a los dioses por su salud.

Me dijo que constantemente se sentía cansada, que incluso le costaba levantarse cada mañana. Que desde hacía meses incluso tenía la piel mucho peor de lo que siempre la había tenido, y que ahora ya no podía estar más de media hora sin echarse sus cremas. Me habló de lo difícil que se le había hecho permanecer impasible en las audiencias, no soportando incluso el estar sentada. Pero a pesar de todo lo hizo, y aguanto firme cada día sin dar una mínima muestra de debilidad. "No podía dar más motivos para perder el poco poder que ya me queda" me dijo al final, y me hizo jurar que no diría nada.

En cierta manera me sentí culpable por no haberme dado cuenta, pero después de que me lo hubo dicho todo, pareció como si quisiera

olvidar que lo había hecho. Supe que lo hizo para que estuviera preparado, para darme tiempo y no me ocurriera como nos había pasado a la muerte de Hapuseneb. Quizá quiso que empezara a pensar en una alternativa a ella. Pero al instante su actitud fue la misma con la que me había recibido, y ahora sólo quería hablar. Me sonrió de nuevo y fue a sentarse otra vez en la silla de su tocador. Yo me senté al borde de la cama y durante un buen rato nos quedamos mirando en silencio. No sé qué se le pudo pasar por la cabeza, y cómo era capaz de permanecer tan serena ante lo que me había dicho, cuando yo sabía esa prudencia que siempre mostraba ante cualquier cosa relacionada con los ámbitos de Occidente.

"Mi padre eligió bien", me dijo rompiendo el silencio, hablando como lo podríamos haber hecho muchos años atrás. "Para él fue sencillo traerte a mí y obligarme a aceptarte", sonrió. "Y luego simplemente quise que estuvieses conmigo". Y yo recordé todo eso de lo que me hablaba, olvidando de inmediato lo demás; otra cosa que no fueran ella y sus palabras. Todo lo que había sido tan complicado en aquellos primeros años, ella lo convirtió en unos años sutiles, livianos, y me conmovió la sencillez con la que lo consiguió.

Y al final, mirándome con curiosidad, me hizo una pregunta. "¿Y tú, Senenmut?", me dijo. "¿Tú querías? ¿Querías estar a mi lado?". Suspiré y me quedé pensando en cómo responderle. Era una pregunta difícil. Aunque la respuesta en ese momento fuera evidente, entonces… Pensé cómo antes primaban mi temor por hacerle cualquier daño, el respeto a su persona y también a su padre, porque algo pudiera pasarle al estar a mi lado, por las consecuencias, que se mezclaban con las ganas de estar con ella.

"Dime" insistió. "Siempre, desde el principio" le dije, pues aunque pudiera confundir lo que entonces pensaba con todo lo que después había vivido, supuse que eso era lo más cercano a la realidad. "Pero si yo no te hubiera persuadido, jamás hubieras acudido a mí". "No", le contesté. Y más que molestarle, noté que incluso le complació mi respuesta. Pero al quedarnos de nuevo en silencio, volvieron a mí todas las preocupaciones. "Todo va a estar bien" le dije, aún presintiendo que eso no iba a ser así. Ella me dedicó una media sonrisa, intuyendo también que sólo se lo decía para consolarla y que las cosas no iban a estar bien. Pero durante un instante quiso creerlo, y en un susurro me dijo que le había gustado escuchar eso de mis labios cuando siempre había sido yo el que había visto la parte negativa de las cosas. "Eso era lo que yo te solía decir" me dijo.

Aunque quiso refugiarse incluso de mí, al final no pudo evitar mostrarme su temor por todo lo que estaba por llegar. No sé cuanto tiempo pasé con ella hasta que decidió levantarse de nuevo para volver a mi lado. Se sentó en la cama junto a mí, me miró, pero ya no

me dijo nada. La sentí tan frágil, tan pequeña, como cuando no era más que una niña, y al pasarle el brazo por los hombros me hizo recordar la primera vez que la toqué, como si se fuera a romper bajo mis manos en mil pedazos.

Esa noche además permitió que fuera yo quien la cuidara. Le preparé la cama, fui yo quien la peiné para irse a acostar, le eché sus cremas, los aceites, le puse el vestido que utilizaba de noche, le serví una copa de leche, agua, quemé incienso para ella y apagué todas las lámparas hasta no dejar más que las dos antorchas de las columnas. No me dijo nada, simplemente me dejó hacerlo. Y yo tampoco le dije nada a ella, tan solo cruzamos alguna mirada, le hice alguna caricia, y sin querer de vez en cuando se me escapaba una sonrisa al verla suspirar continuamente. Me dio la sensación de que se echaría a llorar de un momento a otro, no sé si por mí, por ella, por la situación, o por todo en general.

A pesar de sentir toda esa angustia por imaginarme a cada segundo un mundo sin ella, por pensar que quizá esa noche podría ser la última que la viera, por despertarme un día y que alguien me dijera que había que preparar sus funerales. Podría imaginarme cualquier cosa menos eso, y por un momento se me vino a la cabeza el día en que ella me dijo que se vio haciendo una vida sin mí.

A pesar de todo, fue para mí una noche única y perfecta, completamente distinta a cada una de las que había pasado a su lado en toda mi vida. Simplemente así me entregué a ella. Y esperé que de alguna manera ella también se hubiera dado cuenta. La miré desde la puerta antes de marcharme y todavía veía su mirada ausente sobre mí.

A partir de ese día no hubo uno sólo que no dejara de pensar y preocuparme por ella. Cada mañana al verla le preguntaba cómo estaba y cuando se iba a dormir me aseguraba de que realmente estuviera bien. Jamás hubiera imaginado que antes que ella, yo la abandonaría primero tan solo tres meses después.

La Hermosa Fiesta del Valle era una de sus favoritas, incluso era una de las que había representado en uno de los muros del patio de la segunda terraza de su templo, y de hecho, ya llevábamos hablando de ella durante un par de semanas. El último mes me pasé todas las mañanas antes de comer con Tutmosis y los sacerdotes organizando todo lo referente a ella. Quería que fuera impecable y hacer todo para que estuviera a su gusto.

Prácticamente fui yo quien lo organizó todo, como siempre había hecho en lo referente a la planificación de las fiestas, y Tutmosis tampoco me puso ninguna objeción, salvo recordarme continuamente que él debería estar en todo momento al lado de su tía y hacer cada rito con ella. Ese año dediqué una cantidad mucho mayor del tesoro

de Amón a las ofrendas que le haríamos, en la procesión hacia la otra orilla del Nilo y para el banquete que daríamos esa noche a los pies de las colinas de Hathor. Gasté el triple que en cualquier otra ocasión para decorar completamente de oro la barca del dios, dejando las reservas casi a la mitad. Pero sabía que nos lo podíamos permitir, en un mes nos llegarían los cargamentos de Nubia quizá con una cantidad mucho mayor, y yo quería hacerlo así.

El primer día de las fiestas, esa misma tarde cuando descendimos en el Templo del Valle a la otra orilla del Nilo, vi cómo miró primero a la barca de Amón mientras los sacerdotes la bajaban de la embarcación real, y detrás, todo el cortejo que se acercaba ante ella. Siempre hice todo lo posible para que se sintiera orgullosa, y esta vez tampoco la decepcioné. Pero yo de ese día recuerdo el momento en que ascendimos las dos terrazas del Templo del Valle y tras la puerta final que daba acceso a la avenida del complejo, su santuario, tuve ante mí el Templo de Millones de Años en la distancia. Parecía surgir de la roca como si formara parte de ella, y se me hizo difícil pensar que algo así pudiera haberlo hecho yo.

Lo que quedaba de tarde estuvimos haciendo ritos a Amón en su capilla a una de las orillas de la avenida y justo al anochecer llegamos al fin a su templo donde el dios pasaría esa noche para ser recibido por todos los reyes que residían en Occidente. Después de toda la música, la gente que nos había acompañado, ahora en la parte más sagrada sólo estábamos unos pocos. Con la barca ya colocada en su altar, ella y Tutmosis consagraron las ofrendas al dios, pero yo sólo tuve ojos para ella. La vi rellenar los cuatro estanques alrededor de la barca con jarras de leche que Tutmosis le iba dando, y tras retirarse unos pasos, dejó que los sacerdotes encendieran las cuatro antorchas que habían colocado en el centro de cada uno de ellos. Y al instante, el lago se volvió de oro, y justo en ese momento yo la volví a mirar a ella. Suspiró y al cruzarse con mi mirada sonrió emocionada. Sabía que ése era uno de los momentos que más esperaba a lo largo de año, y mucho más desde que pudo hacerlo en su propio templo. Los que habíamos tenido el privilegio de estar allí nos quedamos un poco más alrededor del altar hasta que Tutmosis se decidió a salir para anunciar ante todos los nobles que esperaban en la primera terraza el banquete que se daría en honor del dios.

Ella salió detrás de él, y me dio la sensación de que quiso esperarme. “Ha sido bonito” me dijo, y yo asentí. Pero a partir de ese momento se me hizo una noche larga. Quise que pasaran rápidas las horas, que amaneciera, y regresar de nuevo a Tebas. Me molestaba el ruido, la música, la voz de la gente, el calor a pesar de que estábamos al aire libre, e incluso se me había quitado el hambre. Aproveché un momento para evadirme y salir del recinto que habíamos dispuesto

para la cena.

Me senté en uno de los cojines a la entrada del pabellón y jugando con una copa de agua entre mis manos me quedé mirando a lo lejos el Templo de Millones de Años. Era tan hermoso, mucho más que a la luz del día, o quizá simplemente de otra manera. Hacía cuatro años que habíamos celebrado su inauguración, y también la cuarta vez que realizábamos la Fiesta del Valle allí y no en el Men-Set y su capilla de Amón. Todo estaba iluminado por el fuego, las terrazas, la avenida entera, una lámpara por cada hueco entre una esfinge y otra, hasta el Templo del Valle al borde del Nilo. Me resultó un lugar imperecedero, en que la tierra ardía mientras mis monumentos permanecían sublimes entre las llamas. "Como la eternidad" pensé, lo mismo que ella me había prometido siempre y que yo había materializado justo allí. Para mí no haber nacido en el seno de la familia real nunca había sido un inconveniente, y otra vez lo comprobaba al mirar a mi alrededor y saber que todo aquello había salido de mí. Fueron otros los motivos que me habían conducido a aquella posición, ser yo, ser como era, y con sólo eso alcancé los privilegios de un rey.

Pensé que me dolía la cabeza simplemente del cansancio y quizá por haber bebido demasiado, pero con la brisa y un poco de silencio pareció que se me pasaba. Al cabo de un rato, no se cuánto, Neferura me interrumpió llamándome en voz baja y con una de sus sonrisas. "Senenmut" me dijo, como si me estuviera despertando una la mañana. Yo la miré y sin dejar de sonreírme acercó un cojín y se sentó a mi lado. "He visto que salías" continuó, "y quería hablarte de una cosa". La vi dudar, mirar un momento a su alrededor, mirarme a mí, a la vez que parecía inquietarse por aquello que me daba la sensación que no sabía cómo decirme, o al menos cómo empezar. "¿Qué ha pasado?" le ayudé, pero tan sólo hizo que dar rodeos hablándome de conjeturas de lo que pretendía su hermano y el papel que ella jugaría en Tebas cuando él marchara de campañas. "Y ahora" le dije en cuanto se quedó en silencio más de unos segundos, no habiéndome dicho nada en realidad después de haber perdido la cuenta del tiempo que había estado hablando, "¿qué es lo que me quieres preguntar?". "Preguntarte…" suspiró, perdiendo la mirada en la avenida. "Preguntarte en realidad nada" y en seguida, al mirarme de nuevo vi lo preocupada que estaba. "Dime lo que sea". "Senenmut" y aún tardó un rato en continuar. Yo esperé, y empecé a alarmarme, pues intuí que si tanto le costaba se debía a que era muy importante. "Tengo miedo" me dijo al final. "Tengo miedo de que algún día mi hermano ya no me necesite". Intenté decirle que ese motivo era el único por lo que no debía temer, pues Tutmosis no se iba a deshacer de la persona que precisamente le daba la realeza y le hacía legítimo en el trono. Pero enseguida me pidió que me callara y la dejara hablar ahora que

se había decidido a hacerlo.

"Quizá sí" supuso, "pero sabes que si yo quisiera podría en su día derrocarle con cierta facilidad. Con una simple negativa mía a seguir a su lado, él perdería el derecho a gobernar. Tengo miedo de que me vea como una amenaza en vez de un privilegio. Y él siempre podrá obligar a Meryt-Ra a darle su sangre" la vi hacer un gesto de disgusto al mencionarla, diciéndome además con ironía que ella sería una reina excelente para él, mucho mejor que ella misma, porque precisamente no le opondría resistencia. Y me habló también de Satiah, de cuántas veces la comparaba con ella y la provocaba con hacerla también su esposa.

La observé suspirar un par de veces y entretenerse un momento jugando con una hierba que había entre sus piernas. Me había sorprendido lo último que me había dicho, porque yo jamás hubiera imaginado que Tutmosis tuviera tales intenciones ni en qué le beneficiaría a él. Me hubiera gustado preguntarle más sobre ello y saber si era simplemente una amenaza hacia ella; pero yo aún no quería decirle nada hasta que supiera realmente que había terminado. Ella acabó riéndose. "No sé, Senenmut" me dijo con una mezcla de disgusto y enfado. "Pero hay algo que me preocupa mucho más que todo eso", me acabó diciendo al fin, pero aún dudó, me quitó la copa que había sacado conmigo y bebió de ella. "Al final no he sabido decir que no, por miedo, porque pensaba que si seguía tensando las circunstancias sólo le bastaría un motivo más para quitarme de su camino, y sin mí… no habría nada que pudiera frenarle", se pasó las manos por la cara e intentó no derrumbarse, y aunque yo la escuchaba en silencio, aún no comprendía exactamente a lo que se estaba refiriendo. "No he podido decir que no", me dijo al final en voz baja.

Yo conocía su situación, pero no sé qué me quiso decir con aquella mirada. Fue justo en ese momento cuando por un instante dejé de verla, de escucharla, y sólo pude sentir que sus manos me rodeaban. El tiempo dejaba de existir, y a partir de ese momento todo lo que ocurrió a mi alrededor fueron simplemente imágenes vacías. Sólo la sentí real a ella, a Neferura. Sé que me cuidó hasta el final, porque desde ese instante, no recuerdo otras manos que no fueran las suyas.

No sé como entendí que Anubis había venido a buscarme, que estaba esperando a mi lado hasta que decidiera que era el momento de llevarme definitivamente con él. Pero antes, los dioses me permitieron recordar todo aquello que había dejado inconcluso. Mi tumba fue lo más importante, no la había terminado ni tampoco daría tiempo a concluirla en setenta días. Sin embargo, después de haber despertado a las Puertas de Occidente, de haber respondido con éxito a las preguntas de los guardias que las custodiaban y de estar aquí

sometiéndome al juicio y pesando mi corazón con Maat; tengo la certeza de que tanto ella como su madre me han concedido los ritos adecuados y un buen lugar donde podrá reposar mi cadáver para toda la eternidad.